

fugaces

algo más que un juego



esteban gonzález garcía

fugaces:
algo más que un juego

Esteban González García

Portada e ilustraciones: *Mercedes Moreno Barbero*

Contacto: *fugaces@gmail.com*

STB 2.3 - 2007



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente el texto.

Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadore.



No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

Fugaces: *algo más que un juego* es una obra registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual.

Prohibida la reproducción total o parcial de las ilustraciones sin el consentimiento expreso del autor.

A mi primer lector, corrector, consejero y apoyo incondicional.
Neleb, esto lo escribo sólo para ti.

Gracias, *Merche*, por prestarme amablemente tu lapicero.



La presente obra está basada en hechos reales.
Todos los personajes son fiel reflejo de personas que existen,
incluso los orcos.
Cualquier parecido con la realidad que se encuentre
es fruto deliberado de la retorcida mente del autor,
y no de casualidades...
¿O era al revés?

I.

La partida.

-Shhh. Pueden descubrirnos.

El murmullo se extinguió de inmediato. Haces de luz enfocaban los rincones del viejo desván polvoriento, deslumbrando asustadas miradas, iluminando rostros familiares, entrevistos en la multitud de aquellos días.

-Sentaos, sentaos. Más cerca.

El muchacho esperó hasta que el roce de ropas y el arrastrar de pies hubiera cesado. Tres, había esperado alguno más, pero mejor así, ejercer de *Guía* resultaría más fácil de aquella manera.

-Bienvenidos -continuó-, bienvenidos a la *Hermandad de los Dragones*. No hacen falta presentaciones, nos iremos conociendo. De todos modos, yo soy Quico, o Paquito, lo que prefiráis, *Dragón Rojo de la Hermandad* -diciendo esto hizo brillar con la linterna una cabeza de dragón prendida en su camiseta. Todos miraron boquiabiertos la insignia-. Desde este mismo momento, y hasta que acabe vuestra iniciación seréis *Dragones Blancos*. Estáis a prueba, y deberéis someteros a las decisiones que el Guía dicte, o sea, yo. Y puede que algún día ascendáis y paséis del *Blanco* al *Verde*. Y hasta puede que un día lleguéis al grado *Rojo*, o incluso al insuperable *Negro*.

Las tablas del suelo chascaron, enmudeciendo al chico. Sobresaltados haces de linternas recorrieron rápidamente la vacía estancia. Allí no había nadie más que ellos, tres *Dragones Blancos* y el Guía, *Dragón Rojo de la Hermandad*.

- Mirad, hay ciertas reglas -continuó en un susurro-. Sólo unas pocas, pero son muy importantes.

Todos respiraron más despacio. Aguantando la emoción prestaron la máxima atención a las palabras de Paquito.

-Las posibilidades son inmensas, aunque con unos pocos límites. Cada uno debe elegir un personaje, un personaje desconocido. No se puede escoger a alguien ya creado. No valen ni Conan ni Sandokán ni el Capitán Trueno ni el Jabato...

-¿El Capitán Trueno? ¿Quién es ese?

-...ni el mago Gandalf, ni el Príncipe Valiente. ¿Entendéis?

Todos asintieron, con los ojos llenos de imaginación contenida.

-Se trata de que nada pueda influenciar nuestro personaje, de que nosotros seamos dueños de él, de que nosotros seamos él. Aunque claro, todos hemos leído libros sobre elfos, enanos, caballeros de Camelot y cientos de cosas del estilo, ¿no?

De nuevo asintieron. ¿Qué otra cosa se podía leer si no era eso? ¿Las páginas económicas del periódico? No, desde luego que no.

-Allá donde vamos no existen ni coches ni bombillas ni pistolas ni rayos ni naves. Estamos en plena Edad Media. ¿Alguno ha leído “*Un yankee en la corte del Rey Arturo*¹”? Pues olvidaos. Nada de inventitos. ¿Entendido?

Comprendían.

-Lo que sí existe es la magia, los monstruos, los tesoros, los enemigos. Es un mundo de “Espada y Brujería”. Espero que comprendáis. No existen las balas, que derrotan a un guerrero poderoso sin esfuerzo. La lucha es más justa y más difícil,

¹ “Un Yankee en la corte del rey Arturo” de Mark Twain.

aunque no todo es luchar. Hay que buscarse la comida, sobrevivir a intentos de envenenamiento, buscar alianzas y hacer todo lo que podamos necesitar.

La excitación alegre fue dando paso a emoción en serio. Era algo más que un juego, era una aventura.

-En solitario no lograremos nada, sin embargo, juntando nuestras fuerzas seremos mucho más que héroes, seremos dragones: poderosos, invencibles y despiadados con nuestro enemigo.

No se oía ni un murmullo, los tres chicuelos vivían pendientes de las palabras del Guía, de sus labios capaces de llevarles a un mundo remoto y desconocido, perdido en la historia, inexplorado y salvaje.

-Comenzaré yo, para que vayáis entendiendo, dejad que el Guía os muestre el camino.

Silencio de cementerio rodeándoles. Sólo los huesos de los viejos muebles al crujir perturbaban la inmensa quietud. Fuera, la tormenta relumbró repentinamente a través de las ventanas destartaladas.

-Jo, podías haber elegido otro lugar que no fuera el desván.

-¿Tienes miedo? Qué miedica.

-¿Quico, por qué has tenido que traer a una chica? Está cagada.

-No es verdad.

-Sí, sí lo es.

-Tiene miedo, tiene miedo.

-No, no lo tengo.

-Miedica.

-Y tú.

Un trueno hizo callar a todos, de sopetón, estremecidos. Ella ahogó un grito y los otros tres chicos se agacharon instintivamente. Durante unos segundos ninguno dijo nada y finalmente la chica del grupo declaró triunfante:

-Todos tenemos miedo.

-Sí, y es bueno. Allá donde os encamino el miedo puede que nos salve de una muerte segura. El miedo es bueno, lo que no lo es tanto es no saber dominarlo. Es un mundo tenebroso en algunas regiones, en cualquier lugar puede emboscarse un enemigo o cualquier criatura maligna; aunque también podremos encontrar amigos, pero no hay que fiarse.

Volvían a estar pendientes de su voz. Quico estaba halagado, estaba resultando un buen Guía.

-Comenzaré por lo primero. Es el momento de decidir quién es quién.

El silencio se hizo tenso. La voz cantante la llevaba el Guía, los demás no tenían demasiada idea de lo que debían hacer. De todos modos estaban entusiasmados, atrapados, gozando de antemano el sabor del miedo a lo desconocido, el gusto por la aventura que había empujado a todos ellos hasta el desván. Demasiado tarde para retirarse, ni aun por la formidable tormenta.

Ahucando la voz, y adoptando pose grave, el Guía inició la presentación.

-Mi nombre es Kikro Cabeza de Torre, Rey de Reyes de la perdida Nación Enana, y actual jefe de mi clan. Aproximadamente tengo doscientos cincuenta años, una edad mediana para mi longeva raza. Soy un buen guerrero, como corresponde a mi condición de Rey. En la actualidad sobrevivo como caza recompensas; mi clan está desperdigado a los cuatro vientos y la Nación Enana es sólo un recuerdo lejano. Sin embargo, mi deseo más íntimo es volver a unir los clanes enanos y levantar otra vez la Nación, con su antiguo esplendor y su legendario poder, para poder vengar así la afrenta de aquel cruel invierno en que los lobos descendieron de las montañas, acompañados de

orcos y trasgos malignos -agitó el puño al aire-. Yo era muy niño todavía, pero recuerdo todo con la misma claridad que si hubiera sido ayer.

La mirada boquiabierta de los Dragones Blancos satisfizo la vanidad del Guía.

-Ya usé este personaje antes. No creáis que todo esto se inventa de una tirada. Todavía podría contaros más detalles, pero lo mejor es que lo vayáis descubriendo vosotros mismos; y cuidado con mi enorme hacha, afilada como una cuchilla y dura como la roca, es de cólera fácil y mi incansable brazo de herrero la maneja como si hubiera nacido ya empuñándola.

El grupo sonrió. Era realmente fantástico. Un verdadero Rey enano, un descendiente de los antiguos Reyes. Un autentico líder.

-Ahora tú, Leo. Imagina que eres...

Tres pares de ojos se clavaron en el enrojecido rostro de Leopoldo, el primero a la derecha de Paquito.

-Pues, bueno, yo... me gustaría ser un caballero -dijo tras pensar durante menos de un minuto silencioso-, de brillante armadura; con un caballo negro, poderoso y fuerte para la batalla, y además veloz. Seré León, Caballero de la lejana Britunia, defensor del débil y de las damas. Sí, y nada se podrá resistir a mi puño armado con una brillante hoja de acero.

-Shhh -interrumpió Paquito-, más bajo. Otra cosa que olvidé deciros es que podéis desear ser un buen guerrero, pero no el mejor de todos. Eso sólo lo decidirá vuestra pericia y vuestra suerte.

Leo asintió conforme.

-Bien, Caballero León de la lejana Britunia. Para empezar está bastante bien. León, el joven caballero de Britunia recorriendo las naciones en busca de aventuras, pero de corazón tan duro que aún no ha conocido el amor de ninguna doncella -Leo torció la boca, disgustado-. Por ello busca de uno a otro confín la dama capaz de arrebatarse el corazón. Su escudo porta orgulloso el blasón del Rey de Britunia, que le dispensó de sus deberes hasta que encontrase amor, y al que hizo la promesa de volver sano y salvo, para defender el honor de Britunia con su lanza siempre que hiciera falta.

Leo asintió despacio. León, el triste caballero, fiel a su señor, en busca de la Dama de su Sueño. ¡Estupendo!

-Lo que vosotros no definís lo decido yo. Es peligroso adentrarse sin un pasado. Ahora vos, princesa.

Miraron a Alicia, la siguiente. Estaba ruborizada hasta las cejas, pero no se arredró, había venido allí para dar rienda suelta a su instinto de mujer guerrera. Y ni los truenos ni las socarronas bromas de sus compañeros iban a retraerla de su propósito.

-Seré Alis, Princesa de las Amazonas -miró a Quico, asintiendo-. Mi arma será un arco de madera de tejo, especial para disparos certeros a larga distancia, potente y fuerte como la tormenta de mi ira. Seré una experta jinete, y en mi aljaba no faltará nunca una flecha para el que abuse de una mujer, o de un niño. No retrocederé nunca ante el peligro, y sólo volveré a mi selva natal cuando consiga el reconocimiento de un príncipe guerrero, por mis méritos en combate. Mientras tanto recorreré el mundo haciendo que muerdan el polvo de mis botas todos aquellos que me desprecien por mi condición de mujer. ¡Y juro -Alicia se interrumpió bruscamente, todos la miraban boquiabiertos; continuó bajando un poco la voz, por vergüenza- juro que me casaré con el primer hombre que me venza en justa lid! Desde ese día no volveré a empuñar mi arco. Lo tenía pensado. Desde ayer. Yo...

-Oh.

-Bien, Alis. La orgullosa Princesa Amazona, Alisia Zedaira, la heredera del vasto imperio de la selva. Tu cabello rubio indica sangre norsteña, lo que explica tu

impresionante planta e incomparable fuerza. Tu padre, el Rey Aastagar, Rey de los vikingos del helado norte, fue hecho prisionero por las despiadadas Amazonas. Este hecho no ha sido aún olvidado por los vikingos, y para tu medio hermano Durgarg representas el más vivo recuerdo de la ofensa. Vigila tu relación con los norteños, son pocos, pero poderosos guerreros, capaces de vencer a las ballenas en medio de un océano de hielo.

Alicia sonrió complacida, era una buena historia.

-Ahora tú Rober.

-Lo mío es fácil -comenzó con una sonrisa-. Yo seré Robín, arquero elfo. Mi nación serán los bosques, mi hogar las ramas de los árboles. Mi belleza será excepcional, aun para mi bella raza, y mi vista será excepcional también. Mi estatura será de casi dos metros, como corresponde a mi familia, y mi corcel será blanco puro, como la nieve, rápido como la brisa y fiel como un amigo. Sólo usaré mis flechas contra los enemigos del Pueblo Elfo. Por eso llevaré una espada azulada, hecha de metal de estrella, extraído en las remotas minas del país de los Elfos Montañeses, con poderosos dones mágicos, propios de mi raza.

-Presumido -susurró Ali.

-No, no, es correcto -terció Paquito-. Cada uno puede crearse como desee, eso es lo bueno.

-Creo que yo me he quedado un poco corto -sugirió Leo.

Paquito pensó durante unos segundos. Concentrado en su papel de director, en su puesto de Guía.

-Bien, creo que no, es lo básico de un caballero, de un buen caballero. Y el personaje es ahora tuyo, y sólo tú lo podrás modificar en un futuro, si así lo deseas.

Leo asintió convencido.

-Bien. Robín de Gruesolmo, arquero elfo, bello entre el pueblo de los bellos, expulsado de tus bosques natales y condenado a vagar por las arboledas deshabitadas, y todo por tu vanidad. En un no muy lejano pasado robaste la joya de Ardiel, soberana del pueblo del bosque: un enorme espejo de gotas de rocío y brillo lunar, y todo para poder satisfacer tu vanidad. Eres un elfo solitario, mas tienes un buen corazón, y eres diestro en el manejo de la espada y el arco, maestro en el arte del disfraz y el disimulo, artista en el juego de los poemas amorosos, y ávido de doncellas hermosas. Vigila a los amantes y maridos celosos; un puñal en la espalda puede curar tu vanidad definitivamente. Además ya no eres un jovencuelo, estás entrando en la edad de la sabiduría y el reposo, y tal y como dicta la tradición de tu pueblo, deberías tomar a tu cargo un joven aprendiz. Pero, ¿quién querría como maestro a un elfo que vaga por los bosques, sin hogar fijo?

Roberto hubo de aceptar, era un justo precio a cambio de su belleza. Además, percibió de inmediato la conexión entre ellos: todos eran gente errante, alejados de su pueblo por un motivo u otro.

El Guía tomó la palabra de nuevo. Respiraban agitadamente, aguardando la siguiente fase de su juego. Fuera, la noche de tormenta continuaba desplegando todo su intenso fragor veraniego.

-Escuchad -dijo Paquito-. Apagad las linternas, ya no las necesitaremos más.

Sucesivos clics obedecieron su orden, dejando a oscuras al grupo, sentados en corro entorno a un cuaderno ajado por el uso, viejo como una montaña.

-Hace muchos siglos, varias de las criaturas más poderosas que existen en todos los mundos conocidos se reunieron en concilio. Entre ellos decidieron elegir como líder al más sabio y anciano, jurando respetar y acatar todas sus decisiones. Lo primero que

se decidió de común acuerdo fue crear un nuevo mundo en el que hombres, elfos y enanos viviesen libres de la influencia de los de su especie.

Los muchachos sólo tenían ojos y oídos para él.

-Rodeado de inmensos mares, con cumbres que llegaban hasta el cielo y vastas llanuras, un primer continente tomó forma. En él aparecieron los primeros elfos, los primeros enanos y finalmente los primeros hombres. Este nuevo continente se llamó Draconia, pues sus creadores no eran otros que poderosos Dragones. Por eso vosotros ahora sois Dragones Blancos.

Nadie respiraba. Nadie parpadeaba siquiera.

-Usad las alas que vuestro poder de dragones os otorga. Volad hasta Cretia, adentraros bajo la forma de los guerreros que habéis elegido. Ahora, daos la mano - continuó-. Ese será nuestro nexo de unión. Y cerrad los ojos, ya no les necesitáis aquí. En adelante, si alguien se suelta, o abre los ojos, rompe el círculo. Y todo acabará entonces. ¿De acuerdo? Así que no os soltéis ni abráis los ojos, por nada de lo que suceda, por nada.

En un momento, sin dudas, sin reservas, ayudados por la oscuridad, se estrecharon las manos, procurando mantener los párpados bajados. El círculo se acabó de completar con las sudorosas manos del Guía. Y su voz ayudó a establecer el vínculo entre ellos, vínculo de confraternización, camaradería, ilusión y fantasía.

Quico, ahuecando la voz y concentrándose en sus recuerdos, dio comienzo a una nueva partida.

“Estamos unidos por este lazo que no debe romperse y así, unidos, volamos hacia el reino de Cretia.

Es un territorio agreste, inexplorado y lleno de riquezas por conquistar. Este joven reino ha nacido tras innumerables guerras con los países vecinos. Su rey, Pablino de Aastrid, gobierna con mano férrea, manteniendo a duras penas la paz con los poderosos reinos colindantes.

Este país se mantiene gracias a los prósperos yacimientos de hierro y plata de las montañas, en las que clanes mineros de enanos han jurado lealtad al Rey Pablino. Hierro, plata y ganado abundante constituyen sus mayores riquezas, además del comercio como lugar de paso de caravanas.

Pablino debe hacer frente a las frecuentes guerras fronterizas, a las incursiones bárbaras por mar, a las hordas de orcos y además convertir el reino en un lugar próspero y civilizado. Su ingente ejército de mercenarios conlleva un inmenso gasto para las arcas reales, por lo que la paz es una necesidad imperiosa para este orgulloso reino.

Existen extensos bosques de robles y hayas, en los que te sentirás como en casa, Robín. Pero no busques gente del pueblo elfo, no han llegado tan al norte. Al menos para establecerse, porque antes de las guerras, el camino del sur era usado por los de tu raza para embarcarse rumbo a los reinos legendarios de más allá de los mares. Sin embargo, esa ruta ya no es segura y tu gente la ha abandonado de momento. Pablino desearía restablecer la antigua seguridad de sus caminos para recuperar el importante comercio con los elfos viajeros.

Cuentan los rumores que el Rey Pablino ha logrado la ayuda de alguna familia elfa y tiene un escuadrón de arqueros elfos a su servicio. Y se murmura también de la ayuda de un brujo del inhóspito norte.

A grandes rasgos ésta es la región a la que nos acercamos. Somos cuatro sin-hogar, en busca de diversas metas que nos devuelvan a nuestro país. Nos conocimos por casualidad en Óstima, cuando acudimos a la llamada de Pablino de Aastrid, primer Rey de Cretia. Juntos, decidimos aceptar el reto de rescatar a la princesa Vivian, secuestrada por los bárbaros del norte... o eso es lo que se cree. La importante suma en plata y oro hizo que decidiésemos unir nuestro empeño. Una pequeña parte del tesoro bastaría para enriquecer a cualquiera de nosotros, por lo que es seguro que no nos disputaremos la cuantía del botín.

Ahora en Cretia es invierno. Nos encontramos al este de la capital, Óstima, en medio de un bosquecillo de abetos, en lo alto de una colina, intentando encontrar un refugio que nos salve de morir congelados. Está nevando desde hace dos días y hemos perdido nuestras monturas...”

El aliento congelado formaba vaho al salir de su boca. Kikro comenzó a sentir en sus carnes duras de enano la mordedura del frío y del viento racheado que le cegaba con remolinos de nieve.

II.

Tormenta.

-¡Por aquí, seguidme!

Kikro se inclinó hacia adelante para hacer frente a las acometidas del viento cargado de hielo. Las barbas, trenzadas y sujetas al cinturón, estaban blanquecinas por el hielo, y su grueso manto de piel de lobo apenas le protegía ya del frío. Portaba una gruesa mochila, seguramente más pesada que el propio enano, y enganchada a ella se adivinaba bajo el manto el mango de un hacha formidable y un escudo redondo. Su voluntad férrea e inquebrantable le mantenía en cabeza, a pesar de que la nieve le llegaba, en algunos momentos, por encima de la cintura. Su vozarrón se abría paso a través de la tormenta a duras penas, y sus piernas, demasiado cortas, se hundían una y otra vez en la capa de nieve.

De súbito, el enano desapareció bajo el manto blanco. León, el alto caballero de Britunia, se arrojó hacia adelante extendiendo sus brazos y en el último momento sintió la áspera pelambreira de Kikro. Tiró hacia arriba con toda su fuerza, sin soltar los pelos del enano, que cuando asomó la cabeza fuera del agujero, comenzó a maldecir y a resoplar. Robín se sumó al esfuerzo de León y juntos izaron al enano fuera del agujero de nieve.

-Está bien, está bien. ¡Maldita sea! ¡Soltadme! Me gusta sentir el suelo bajo mis pies. Si el Dios Testarudo de los enanos hubiera querido que volásemos nos habría dado alas.

León y el elfo depositaron de golpe al enano en el suelo.

-Estamos metidos hasta el cuello en la tormenta, enano. Y todo ha sido por hacerte caso. *Al este, al este* –gritó el elfo haciendo muecas-. Debimos ir al oeste como yo propuse.

Robín se giró y envolviéndose en su capa blanca se alejó unos pasos, haciéndose invisible en la nevada. Sus pies ligeros casi no dejaban huella en la nieve, pues iba descargado. Había perdido todo junto con su montura. Irónicamente había perdido a su caballo *Nieve* en la nieve. Lo único que no le faltaba eran sus preciadas armas, de las que no se separaba nunca.

-Asqueroso elfo engreído -murmuró Alis.

-Kikro, debemos encontrar dónde encender fuego. Y pronto. Moriremos de frío si no -reclamó León mientras se aflojaba la mochila y se sacudía la nieve del pelo negro y crespo.

-Y si no morimos de frío lo haremos de hambre -dijo Alis desde el escaso refugio que ofrecía el tronco de un abeto cargado de nieve.

-Lo mejor que podías hacer es callarte, ya que no haces nada útil para la compañía -apuntilló Robín, oculto en la tormenta.

-Si te hubieras preocupado de sujetar los caballos como se te encargó en vez de preocuparte por si tu espejo iba bien atado, no estaríamos aquí ahora. ¡Vanidoso elfo, creído, orejas puntiagudas!

-Si alguien no hace callar a esta mujer...

-¡Qué! ¿Qué es lo que vas a hacerme?

El elfo surgió a la espalda de Alis, que estaba encogida al pie del abeto.

-Robín, no es momento de discusiones -intentó mediar León, con ánimo conciliador-. ¿Dónde se ha metido otra vez el enano?

El elfo propinó un fuerte puntapié al tronco del árbol que cobijaba a Alis, que con la sacudida soltó toda su carga de nieve encima de la guerrera amazona, sepultándola hasta las cejas en hielo en polvo.

-Quietos, quietos.

Alis surgió hecha una furia de debajo del montón de nieve, ya empuñaba su afilada daga.

-¡Cerdo! Ven, atrévete a acercarte.

-Aquí estoy, mujerzuela.

Alis se volvió hacia la derecha, de donde había salido la voz. Su capa estaba teñida de nieve y su pelo de empapado oro se le pegaba en húmedas guedejas sobre el rostro.

-No, no. Estoy por aquí.

La amazona giró en redondo, con redoblada furia.

-¡Alto ya! -gritó el caballero, espada en mano.

-Aparta, León. No necesito que me defiendas.

-Sí, eso, deja que se defienda sola.

Robín se descubrió, dejando que resaltaran sus ropas oscuras con la blancura de la nieve que le llegaba a los tobillos.

Alis clavó su mirada en los burlones ojos del elfo.

-Se acabó, elfo. Voy a arreglarte la cara.

Pero ninguno de ellos dio un sólo paso adelante. Algo parecido a un torbellino les embistió a ambos, y antes de que pudieran darse cuenta, se encontraron de bruces en la nieve.

-He dicho que B-A-S-T-A.

Sólo León pudo ver la carga del enano, con la cabeza encogida y los puños apretados. Si un momento antes se había hundido en la nieve, al correr parecía que sus pies ni rozaran el suelo. No se podía subestimar a un enano testarudo. Y menos a Kikro Cabeza de Torre.

La embestida dejó dolorida la espalda a la sorprendida Alis, y herido hasta lo más profundo el orgullo del elfo. Pero las palabras del enano frenaron el ímpetu de los guerreros.

-Venid, he encontrado una cueva seca. Incluso hay hasta leña.

León fue el primero en seguir al enano. El elfo y la amazona olvidaron por el momento sus diferencias para seguirles con paso presuroso, pues ya desaparecían tras la cortina de nieve. No tardaron ni dos minutos en encontrarse al pie de un peñasco medio sepultado por la nieve. Kikro comenzó a andar alrededor, seguido por los otros tres integrantes de la compañía. Al poco, se lanzó adelante y desapareció en el macizo de roca.

-Aquí, aquí. ¿No es fantástica?

-Oh, sí enano, un verdadero hogar. En adelante me mudaré para siempre y no saldré ni a tomar el sol.

-Cállate elfo, es mejor de lo que has encontrado tú. Que por cierto, no ha sido nada.

-No empecemos -volvió a mediar León.

-¡Silencio!

La voz del enano suavizó la discusión, en la semioscuridad de la cueva.

-Tenemos problemas, graves problemas. Y lo mejor que podemos hacer es aunar esfuerzos para salir de ésta y lograr rescatar a la princesa, que es para lo que nos hemos reunido. Después, si no nos volvemos a ver...

Fuera, la tormenta, en la anochecida, comenzaba a tomar dimensiones de huracán helado, haciendo que los cuatro aventureros tiritasen de frío. Sólo el enano parecía encontrarse en su elemento, con roca bajo sus pies y sobre su cabeza. El elfo se mantenía acurrucado en un rincón, envuelto en su capote, mientras que León, siempre práctico, reunía leña en un montoncito, resguardado del aire que se colaba por la boca de la cueva. Alis entrechocaba sus dientes, helada, acostumbrada a los climas más cálidos de su selva de origen.

-Bien, León de Britunia, aparta y deja que haga unas chispas que chamusquen mis barbas y sequen mi ropa. Y de paso la de todos.

El enano buscó en esos bolsillos interiores de su chaquetón de los que podía aparecer cualquier cosa.

-Oh-oh.

-¿Qué ocurre, Kikro? -preguntó sobresaltada Alis.

-Creo que mi yesca está húmeda. Así no lograremos nada.

-Uf -exclamó León contrariado, a quien la posibilidad de un fuego le había empezado a animar.

El enano mostró las palmas de sus encallecidas manos, impotente ante la humedad. Alis se arrojó otra vez a su rincón, tiritando con inusitada fuerza.

-Apartad, apartad. Dejad que este engraido elfo os ayude. Y que conste que si no fuera porque estoy aterido de frío, dejaría que os congelaseis esta noche.

Como hubo sonado a fanfarronada, los demás compañeros miraron incrédulos las evoluciones del elfo. Y más pronto que tarde se vieron obligados, y agradecidos, a creer en Robín. Sacando la espada azulada, increíblemente brillante para la oscuridad reinante, el elfo la colocó en medio de las ramas secas que había amontonado León. Luego sacó de un saquito que pendía de su cuello una piedrecita negra, la misma que habían visto usar para afilar su espada. Comenzó a chocarla contra el filo, y para alivio de todos, las chispas que saltaron consiguieron agarrarse con suficiente fuerza a la leña. De tal modo que en diez minutos ardía ya un pequeño fuego, que alimentado con mimo y pequeños trocitos de madera comenzó a expandir su humo por toda la cavidad de roca.

-Oh.

-Bien, bien, elfo. No está mal para ser un habitante del bosque.

-Gracias -hubo de decir Alis.

Durante largos minutos, hipnotizados por el influjo de la danza roja y sinuosa, los cuatro compañeros permanecieron en silencio, concediéndose reposo por primera vez en dos días. La modorra fue aumentando, y solamente los estómagos vacíos impedían una calma total. Sin embargo, estaban en lugar seco, guarecidos de la tormenta, del aire, y con un fuego enfrente que comenzaba a secar los húmedos calcetines del enano y la blanca y muy sucia capa del elfo.

Habían tenido suerte aquella vez, pero quedaba claro que debían tener más previsión si querían sobrevivir en aquella inhóspita región de Cretia.

Y justo en el momento en que más calmado parecía todo, incluso el viento de la tormenta había dejado de aullar, sobrevino el estallido. El inmenso fragor de un trueno envolvió a todos, agitándoles y asustándoles, despertándoles.



Alicia chilló asustada, le había cogido desprevenida e inconscientemente se llevó las manos a la cara, abriendo los ojos a las sobras funestas del viejo desván.

-¡¡No, no, no soltéis las manos!! -gritó Quico al comprobar que habían roto el círculo de manos.

-Dame, dame la mano, Alicia.

-Oh, lo siento. No he podido remediarlo. Me asustó verdaderamente.

-Oye, qué frías se te han quedado de repente las manos.

-Sí, y a ti también.

-Cerrad los ojos –ordenó el Guía-. Rápido, concentraos. Estamos en la cueva, y se nos ha apagado el fuego...

Ж

El alboroto inicial se calmó poco a poco. Alis vio el brillo de los ojos del enano a la luz de las ascuas, y oyó cómo jadeaba asustado León. Del elfo, en la oscuridad, no pudo percibir ni un detalle que indicara su presencia.

-Nos hemos quedado amodorrados, y se nos ha apagado el fuego. Rápido, León, echa más leña antes de que se extinga.

-Voy, en un segundo.

-Kikro.

-Dime, elfo.

-¿Revisaste la cueva antes de avisarnos?

-No. ¿Por qué?

-Creo que no estamos solos.

El aviso heló aún más a los cuatro compañeros; el silencio que lograron permitió que oyesen sonidos guturales provenientes de la oscuridad que acongojaron a los compañeros.

-Estúpido enano -susurró Robín- Nos has metido en una guarida de oso.

-Silencio -siseó León-. Pegaos a la pared y no os mováis ni por lo más remoto.

Alis cerró los ojos, apretando los párpados hasta que vio blanco. Apoyó la nuca contra la fría roca y a poco no se desmayó cuando sintió una tibia zarpa pisándole la pierna extendida en el suelo. Olió un aliento putrefacto que se estrellaba en su rostro, husmeándola. Permaneció sin moverse, lo más quieta que le fue posible, incluso sin respirar. Sintió terror durante unos inacabables segundos, un miedo tan atroz que su vello se erizó más todavía. Poco a poco dejó de sentir la presencia de aquella bestia que no había ni entrevisto, pero no se atrevió a abrir los ojos.

Kikro se convirtió en estatua pétrea, inmóvil junto a la pared, atrapado en la mirada adormecida del oso, un terrible oso negro, macho, enorme, con garras como cuchillos. Mantuvo la mirada, sin apartarla, prisionera de la fiereza que la bestia emanaba.

León también contuvo la respiración, deseó estar fuera de allí, enfundado en su armadura plateada, a lomos de su caballo negro, empuñando su indomable espada. Pero no se movió. Los amenazantes ojos de la fiera le clavaban las manos en el costado.

Entonces el oso rugió, ronco, hondo, protestando por la invasión de su morada y la interrupción de su sueño invernal. Los compañeros se sintieron desfallecer. A tan corta distancia el rugido de una fiera como aquella les heló la sangre de forma tan brutal que ni el hielo hubiera podido superarlo.

Robín se incorporó gritando y agitando su capa. De dos zancadas ganó la oscuridad de fuera. El oso se lanzó en pos del elfo, rugiendo, ahora de rabia. Sus afiladas uñas chasqueaban contra la roca, y sus colmillos buscaban apagar la sed de sangre surgida de la ira.



León, por delante del enano y de Alis, se lanzó hacia la salida, espada en mano. Podían haber tenido sus desavenencias, pero eran una compañía, no podían dejar al elfo sólo en aquel lance. Cuando asomó al exterior llegó a vislumbrar el trasero del oso, desapareciendo en la intensa nevada, y en la oscuridad nocturna. El elfo todavía gritaba.

-Quieto, enano -dijo-. Robín nos lleva demasiada ventaja en la oscuridad. Incluso demasiada ventaja al oso.

-Sí, tienes razón. Pero algo hemos de hacer.

-Si no me equivoco, el elfo volverá aquí en muy poco tiempo. No creo que tarde mucho en dar esquinazo a un oso medio dormido en medio de esta tormenta. El oso volverá a su guarida y entonces...

-Entonces estaré aquí esperándole -declaró una voz a la espalda de León y el enano.

Ambos miraron, y vieron a la verdadera Alisia Zedaira, Princesa de las amazonas, empuñando su mortífero arco, ya cargado con una maligna flecha empenachada. Había tal seguridad en su porte que ambos se hicieron a un lado para dejar franco el paso a la mujer guerrera.

-Retrocedamos. En el interior tendremos mejor visión -dijo Alis-. León, aviva el fuego. No quiero atravesar al elfo cuando regrese. Kikro, vigila la entrada. Avísanos cuando lleguen.

León no tardó nada en despertar las llamas adormecidas. Mientras, Alis se acomodaba en línea recta a la boca de la cueva. Se notaban los músculos en sus brazos tensos, esperando entrar en acción, olvidado ya el miedo y el frío.

No habían transcurrido ni tres minutos de espera cuando Kikro entró como una centella a la cueva, gritando sin dejar de correr.

-Ahí viene el elfo. ¡Con el oso negro pegado al culo!

Kikro dejó atrás a la amazona, y se lanzó de cabeza hacia su mochila, desenganchando su hacha de doble filo.

León retrocedió, pero sólo lo necesario para tener campo de visión. Y en el momento en que tomó posición oyó el jadeo del elfo, y el rugido ronco de la fiera.

-Uf, uf, uf.

Entró a toda velocidad en la cueva, sofocado y sudoroso. Llevaba el oso a punto de dar un zarpazo a su capa, que flotaba enganchada al cuello del bello elfo en apuros. En menos de un segundo encaró a la mujer.

-¡¡Al suelo!!

El aviso hizo efecto inmediato, y Robín se lanzó en plancha desesperada, al tiempo que el dardo le rozaba la coronilla al salir al encuentro del oso.

Kikro y León, desde su posición privilegiada apenas pudieron seguir con los ojos el transcurrir de la escena. El elfo se echó al suelo, justo a tiempo para esquivar el salto sobre su espalda del oso, y Alis tuvo que tirarse a un lado para esquivar a su vez la acometida del oso, que se estrelló contra la pared; la flecha ya no estaba en el arco de la amazona.

Kikro levantó su pesada hacha y saltó hacia el cuerpo del oso, gritando salvajemente, adelantándose al caballero León. Mas no llegó a descargar su pesado golpe, que hubiera decapitado a la fiera. Su risa tronó en la cueva, desconcertando a los demás.

-¡Ja! ¡Buena táctica para cazar osos, elfo! ¡Algún día tendrás que explicármela mejor! ¡Ja, ja, ja!

La fiera, inmóvil boca abajo, dio un último estertor y falleció a la vista de toda la compañía. La punta ensangrentada de flecha que le sobresalía del cráneo tenía toda la culpa.

-Buen tiro, Alis. Aunque no nos haya dado tiempo ni a verlo -felicizó aliviado León.

Robín seguía tumbado en el húmedo fango de la entrada, sin resuello, asustado aún.

-¡Uf! No... No... No pensé... que este... bicho iba a... a correr tanto. Dos metros... más y me atrapa.

-Dos metros más y te hace picadillo de elfo -rió el enano-. ¿Quién había puesto en duda mi capacidad para proporcionaros cobijo seco y comida fresca?

El asombroso humor ante los peligros de Kikro, que ya se disponía, cuchillo en mano, a desollar al oso, dejó perplejos a los tres compañeros.

-La próxima vez corre tú delante. Así entenderás cómo se hace -sugirió Robín.

-Vamos, elfo. Si tú lo has hecho muy bien -bromeó Alis.

-Sí, deberías haberte visto la cara cuando has entrado en la cueva -afirmó León-. Bueno, más o menos la que tienes ahora.

-¡Ja, ja! Caballero, no sabía que en Britunia fueseis dados a bromear -dijo Kikro, que ya había empezado a cortar piel.

Rieron aliviados haciendo que el eco les acompañase, descargando la tensión, agradeciendo el final de la peripecia. Rieron todos, menos el elfo.

-Tal vez deberíamos comprobar que no estaba sólo -sugirió Robín una vez que el alboroto hubiese remitido.

-Oh, bueno. Tú eres el experto en osos. Te cedo el honor -dijo con sorna el enano.

Nuevas risas acompañaron la propuesta.

-Yo, al menos hice algo. Vosotros os quedasteis embobados -rabió el elfo al tiempo que cogía una rama encendida y se metía hacia el interior de la cueva.

-No, si cobarde ya sabemos que no eres. Espera, voy contigo -exclamó León.

Cuando volvieron, Kikro ya tenía medio desolladas las patas traseras, y estaba cubierto de sangre hasta más arriba de los codos. Alis ayudaba en lo que podía, tirando de aquí y de allá, manteniendo tensa la piel.

-Todo despejado -informó León.

-Bien, bien -resolló el enano-. En un momento estará. Encargaos de que haya suficiente fuego para asar uno de estos jamones. ¡La cena está casi lista!

Todavía tardaron casi una hora en prepararlo todo para empezar a asar, y aún otra hora y pico en quemar lo suficiente la pata de oso para poder hincarla el diente. Pero mereció la pena, a juzgar por lo rápido que devoraron su ración. El aroma de asado se extendía por toda la gruta, e incluso salía al exterior, por lo que una vez concluido el banquete, consideraron la conveniencia de montar guardia, no fuera que algún invitado no deseado se colase en la fiesta. El enano, testarudo como una mula se ofreció voluntario a pasar el resto de noche en vela aduciendo que las comilonas le despejaban el sueño. No hubo forma humana ni élfica de convencerle, por lo que la amazona, el caballero y el elfo se dispusieron a dormir, junto al fuego, arropados lo mejor posible, rendidos de fatiga. No tardaron ni dos minutos en empezar a sentir pesados los ojos.

-Alis.

-¿Hmm?

-Gracias, antes no tuve tiempo de decirte nada.

-No hay de qué.

El silencio reinó un instante, de nuevo.

-Robín.

-Dime.

-Cuando quieras te doy clases de tiro con arco.

-¡¡Qué!! ¿Qué? ¿Pero qué te has creído? Lo que tú necesitas es una buena patada en...

-Oh, vale ya. A dormir de una vez -apaciguó León, que previsoraamente se había colocado entre ellos al acostarse.

Ya no hubo más palabras. Alis satisfecha por su pequeña venganza por lo del árbol y la nieve de aquella tarde, Robín herido en el orgullo por haber sido objeto de continuas bromas y mascullando el desquite.

III.

El enemigo acecha.

Amaneció. Y tuvo que ser el enano quien levantara a la tropa. Era un día claro, sin una nube, con un sol radiante y con un manto de más de un metro de nieve que tapaba la boca de la cueva hasta casi la mitad. No soplaban ni una brizna de brisa.

-¡Arriba, gandules! ¡Arriba, hay mucho que hacer!

Alis y León se fueron desperezando lentamente. El elfo, como era su costumbre, se incorporó de un salto, y tomando sus armas salió de la cueva. Todos los días al levantarse desaparecía un ratito.

-Vamos Alis, arriba -animó Kikro-. Tengo una sorpresa para ti.

-¿Sorpresa? Va, déjame un ratito más y te guardas la sorpresa para ti. ¿Vale?

El enano insistió, zarandeando a la adormilada amazona. Normalmente hubiera sido la primera en levantarse, pero apenas unas horas de sueño y los dos días pasados sin pegar ojo, comiendo carne seca y escasa, y luchando con la tormenta habían minado su físico imponente.

-Majestad, esto lo he hecho para vos. Es un adorno de reyes y de guerreros valientes. No todo el mundo puede presumir de haber abatido un oso negro como éste.

-¿Pero qué es eso? -dijo con repugnancia la princesa amazona.

-Es un collar con las garras y con los colmillos.

-Pero si aún chorrea sangre.

-Buscas reconocimiento como guerrero. Esto te ayudará a que en muchos sitios se te admire. Tú abatiste de un sólo disparo al oso más grande y más cabreado que he visto en los últimos cien años.

Alis frunció el ceño, entre halagada, sorprendida y asqueada. Al fin y al cabo era un signo de poder y de valentía. Debía aceptar el regalo que el enano había estado toda la noche preparando.

-Mira, yo llevo el mío. Me costó esta añeja cicatriz -dijo enseñando en cuello y pecho un surco viejo y amoratado.

-Está bien. Es un honor llevar mi propio collar de uñas y de dientes de oso.

-No te burles -advirtió León-. En muchos pueblos guerreros no dejan a los más jóvenes ir a las batallas hasta que han demostrado su valor cazando fieras como osos, leones o panteras.

-Tienes razón, caballero de Britunia. Esto es símbolo de hombría. Más de uno rabiará al verlo colgado del cuello de una mujer.

Alis se lo puso de inmediato.

-Ah, ¿sí?

El enano sonrió, como esas veces que se salía con la suya tal y como había planeado.

-Sabía que eso te convencería.

-Gracias, Kikro. Gracias de todas formas. Pero no me llames majestad.

-Aún hay más -aclaró el enano-. La piel también es tuya. Con ella podrás hacerte un manto que te envuelva completamente, y que te proteja de este frío. Pero necesitas curtirla, y no tenemos tiempo, de momento -la mujer puso cara contrariada, pero el enano continuó hablando-. De todos modos, en cualquier pueblo estoy seguro de que encontrarás quién te la cambie por una ya curtida. Aunque te darán una más pequeña y de menor calidad, pero qué se le va a hacer.

-Bien, Kikro. ¿Ahora qué hacemos? –preguntó León.

-Lo primero, y en cuanto venga el elfo, es buscar nuestras monturas. Y de momento preparar el almuerzo y toda la carne asada que podamos para llevárnosla. Puede que no tengamos oportunidad de hacer fuego en unos días.

León avisó de la llegada del elfo, y que había más leña seca en la cueva. Como si alguien hubiera hecho acopio de madera en un refugio seguro.

-Kikro. Tenemos problemas.

El aviso del elfo volvió a dejar helados a todos.

-Elfo, ¿no traes nunca buenas noticias? -se quejó Alis.

Haciendo caso omiso, Robín relató lo que había visto en el exterior.

-He encontrado nuestras monturas -el enano no comprendía, pero comenzó a intuir algo cuando vio a León entrar a toda prisa y echar barro sobre el fuego-. He visto los caballos y tu poni. Pero no soy el único que les ha visto. ¡Un grupo de orcos les ha encontrado primero y viene directo hacia aquí!

-Buf, está visto que esta maldita cueva nos va a traer más problemas que beneficios. ¿Hay alguna posibilidad de escapar? -preguntó Kikro.

-Ninguna -susurró León-. Nos verían, están a menos de cien metros.

-Uf -resopló el enano.

-¿Cuántos son? -indagó Alis, que ya se había puesto las botas y se afianzaba la aljaba en la espalda.

-Cinco -afirmó León sonriente y con la espada ya desenfundada.

El enano sonrió también.

-¿Cinco? Salgamos y acabemos con ellos.

-Espera -retuvo el elfo-. Son demasiados y no debemos dejar que escape ninguno.

-No pienso dejar que ningún mono peludo me encierre en esta ratonera. A este enano no le asustan esos hijos de puerca orca. Ni aunque fueran mismísimos demonios.

-Todavía no nos han descubierto. Tenemos el factor sorpresa, antes de que sepan lo que está pasando habremos acabado con dos. ¿Estás lista? –preguntó Robín mirando a la amazona.

-Siempre que tú lo estés, orejas puntiagudas.

-Adelante, pues.

Apostados en la boca de la cueva, pegados a la pared, todo lo fuera que se atrevieron, el elfo y la amazona aguardaron a que los orcos se aproximasen un poco más. A veinte metros sería suficiente. León y Kikro esperaban detrás, listos para saltar y correr en pos de los que quedasen en pie. Robín se encargaría del otro superviviente, mientras que Alis cubriría con sus flechas que ninguno escapase con vida.

Kikro se ajustó el casco con impaciencia.

-Vamos, disparad de una vez –susurró el tenso enano.

-Tres pasos más, elfo...

-...dos... ¡tres!

Dos saetas silbaron en el aire, cayendo sobre los desprevenidos orcos. Uno se dobló hacia adelante, como si fuese a recoger algo, con un proyectil hundido en la frente; el otro gimió un poco, lo poco que duró su vida con una certera flecha en el corazón.

Los tres orcos restantes tardaron varios segundos en reaccionar y darse cuenta de lo que estaba pasando. Desenvainaron sus torcidas espadas y encararon rugiendo al enano gritón y al fornido hombre que se les acercaban corriendo a grandes saltos. Pero cuando de la cueva salió el elfo, alto y majestuoso, empuñando su acero azulado, y detrás de él la mujer de rubios cabellos y arco grandioso, las bestias se lo pensaron

mejor. Uno de los orcos ordenó algo a otro, que giró de inmediato y echó a correr pendiente abajo como un poseso. Robín advirtió de ello a Alis, que ya se había percatado.

Entre tanto, León ya había entablado un feroz cuerpo a cuerpo con un gigantesco orco que le igualaba en estatura y el enano se acercaba entonando una especie de plegaria a sus testarudos dioses enanos.

*Corta, corta, tala, tala.
Hacha dura, orco tala.
Pie de plata,
hoja afilada,
orco mata,
¡por la Morada!*

León detuvo como pudo la embestida del orco, y contraatacó lo mejor que supo, hundido hasta las rodillas en la nieve. Al contrario de lo que había pensado, Kikro llevaba mejor el combate que él.

-Así me gusta. Eras demasiado alto -exclamó jubiloso Kikro, justo en el momento en que acababa de cercenar de un hachazo una pata a su orco, a la altura de la articulación. De un certero mandoble, la cabeza asombrada del orco rodó lejos de su cuello, dejando la nieve carmesí en su camino.

El oponente de León se asustó cuando vio caer a su compañero y al parecer jefe, y en un descuido, el último de su vida, recibió la hoja del caballero bajo la garganta. La mala bestia se dobló hacia adelante, salpicándolo todo de sangre.

En cambio, el que huía parecía tener mejor suerte, había esquivado hábilmente la primera flecha. Robín ya corría hacia su arco abandonado en la boca de la cueva, temeroso de que la mujer no fuese capaz de acertarle al fugitivo, que ya había ganado los árboles y comenzaba a disfrutar de su protección.

-¡Mujer! ¡Mujer! No le dejes escapar. ¡Dispara! Pronto estará fuera de tu alcance.

Tranquilamente, Alis bajó su arma.

-¿Cómo dices?

-¡Dispara!

-¿Cómo me has llamado?

-Ya casi está fuera de tiro. ¡Dispara! -gruesas gotas de sudor corrían por la frente del elfo.

-Te pregunto que cómo me has llamado.

León y Kikro observaban la discusión, advirtiendo que ni aunque montasen en sus caballos podrían alcanzar al fugitivo.

-Está bien, Alis. Alis. Alis. ¿Así mejor? ¡Dispara!

-Muy bien, así mucho mejor -levantó el arma y disparó al diminuto enemigo distanciado ya mucho.

En unos segundos, todos pudieron percibir cómo se doblaba y se encogía, cayendo bajo el certero dardo.

-No me vuelvas a llamar mujer. Ni vuelvas a dudar de mi arco.

-¿Está muerto? -preguntó el enano.

-Iré a comprobarlo -se ofreció León.

-No. No hace falta. Le ha dado en mitad de la espalda, muy cerca del corazón. Está muerto.

-Buena vista, elfo -comentó Kikro.

-No es nada especial, todos los de mi raza la tenemos.

León gritó desde el lugar en el que habían combatido.

-¡Eh! ¡Mirad! Estos son nuestros caballos, y con todas nuestras pertenencias.

Felicitándose por la buena suerte, recogieron lo suyo, comprobando que no faltara nada, y guiando las monturas, volvieron a la cueva.

-Enhorabuena, Kikro. No pensé que se te diera tan bien talar orcos -dijo León.

-Bah -restó importancia el enano-. Cientos de ellos han caído bajo mi hacha. Estoy seguro de que la dejo sola y ella también lo sabría hacer.

-Eres asombroso, enano. Te has enfrentado a una de las criaturas más peligrosas y despiadadas que puede deparar esta tierra y como si nada -aseguró el caballero mientras limpiaba su espada.

-El secreto está en la rapidez. No hay que darles ni una sola oportunidad. Sobre todo cuando el enemigo te dobla en estatura e iguala tu fuerza.

-De todos modos -dijo Alis-, nunca había visto a nadie hacer lo que tú. Y sin apenas esfuerzo.

-Bueno, tu disparo tampoco ha estado nada mal. Incluso el elfo, experto arquero entre los expertos, ha quedado sorprendido. Pero no lo reconocerá ni aunque se ahogue.

-¿Habláis de mí? -inquirió el elfo, acercándose por detrás.

-Claro, elfo -aseguró el enano-. Pero ahora debemos ocultar todo este jaleo y largarnos a toda prisa.

Rápidamente ocultaron las monturas en el interior de la gruta, y se dispusieron a ocultar las huellas de la batalla y los cadáveres.

-Me pregunto por qué no cogió un caballo el que huyó -se extrañó Alis.

-¿Un caballo? Jamás verás un caballo aceptar semejante jinete -aclaró Kikro-. De todos modos, esas bestias pueden correr casi tanto como los mejores jacos.

-Entonces, ¿para qué los querían?

-Para comérselos, claro -afirmó León.

-Sí, y aunque no hubieran tenido hambre los habrían sacrificado -apuntilló Robín-, particularmente a Nieve. Los orcos sienten casi tanto odio por los caballos élficos como por los elfos.

-Yo iré a ocultar al fugado -dijo Kikro. Quería comprobar el certero disparo.

-Iré contigo -dijo Robín-, me preocupa que se fugase en vez de plantar cara.

-Sí, eso sólo puede significar una cosa, elfo.

-Sí, eso quiere decir que por los alrededores hay más orcos. Y no me gustan los orcos, apestan y son enormes.

-Tranquilo, elfo -dijo el enano con una sonrisa-, cuanto más grandes, más sitio para dar leña.

Tardaron casi diez minutos en llegar hasta el lugar en que yacía el cadáver del orco. La flecha le atravesaba de parte a parte, y su punta sobresalía de la coraza de cuero.

-Fíjate, enano. Con un arco de esta potencia podría atinar a nuestro peor enemigo desde un kilómetro de distancia.

-¿Te asombra? ¿Y cómo es que los avanzados elfos no han logrado armas de esa calidad? Tal vez debieras admitir que un puñado de mujeres os ha aventajado, aunque sea una sola vez. Ésta vez.

-Pues sí. No había visto nunca esa madera. Y créeme, soy un experto en árboles.

-No lo dudo. Oye, ¿te has fijado? Este emblema no lo había visto nunca... ¿Qué clase de clan orco lleva este emblema?

-Parece una especie de dragón o algo así.

El enano se quedó pensativo.

-Puede ser un dragón rojo. ¿No?

-Bueno, rojo sí que es. Y en cuanto a dragones rojos... ni me los mientes. Todos los dragones son terribles, pero particularmente los rojos son los peores que conozco. Y eso que afortunadamente no he tenido que tratar con ninguno de ellos.

-Manos a la obra. Escondamos el cadáver -sugirió Kikro-. Aunque con todas estas huellas y con toda esta nieve no podremos disimular el alboroto, me temo.

-No, Kikro. Tendremos que marcharnos zumbando.

Tironeando del cadáver, lo colocaron bajo un abeto nevado, enterrándolo con nieve hasta que no se vio nada de la bestia. Luego trataron de disimular la sangre, demasiado caliente aún como para dejarse tapar por nieve.

-Déjalo, Robín. Da igual.

-Montemos y pongamos tierra de por medio. ¿Al sur? -propuso el elfo.

-No, mejor a la costa -respondió Kikro.

-Bien, espero que sepas dónde vamos -deseó Robín.

-No tengo ni idea, y será mejor que nieve. Descubrirán nuestro rastro y el de la patrulla desaparecida.

-Venga, vámonos.

En el cuarto de hora que tardaron en llegar a la cueva, el clima dio otro giro radical. Gruesas nubes negras cerraron el cielo, y cuando el enano estaba a punto de entrar en la cueva, comenzaron a caer los primeros copos. No tardó ni otros cinco minutos en desencadenarse una tormenta tanto o más violenta que la de los días pasados.

-¿Será mejor que nieve? ¡Vaya, enano! ¿Eres meteorólogo?

León y Alis no entendieron la queja de Robín, pero les quedó muy claro que el enano había deseado que nevase.

-Míralo por el lado bueno, elfo. Nosotros no podemos huir, pero ellos tampoco pueden venir a buscarnos. Y además así podremos asar el resto del oso para llevárnoslo, y sin peligro de que se vea el humo.

León comenzó a entender.

-Así que nuestros peludos y negros amigos no estaban solos.

-¿Dónde si no iba a huir uno solo de ellos? -dijo Alis.

-Bueno, esperaremos -sentenció Robín-. Pero en cuanto aclare nos largamos a toda velocidad.

-Entre tanto, León, enciende el fuego. Voy a asar nuestro oso -declaró el enano guiñando un ojo a Alis.

-¿Puede ser que no hayas perdido el apetito? -extrañó Robín.

-Puede ser -rió Kikro.

Ese día, y esa noche, se dedicaron a descansar, a comer y a dormir, hasta que se agotó la provisión de leña para el permanente fuego. En el exterior seguía la tormenta, con toda su furia inagotable.

Robín fue el primero en protestar y en caminar inquieto por toda la cueva. León procuraba mantenerse inmóvil, envuelto en su manta y en su nube de pensamientos.

-Kikro. ¿Puedes venir un momento? -pidió el elfo con inquietante urgencia.

El enano se acercó hasta la boca de la cueva, en la que Robín permanecía agachado, observando el barro.

-Esta huella no corresponde con ninguno de nuestros pies -aseguró señalando el lodo, a un batiburrillo de pisadas y charcos.

El enano se rascó pensativo la barba.

-¿Estás seguro? -preguntó Kikro, pero el elfo no le prestó atención, concentrado en encontrar más de aquellas extrañas huellas.

-Aquí hay otra –afirmó-. La hemos pisado unas cuantas veces, pero aquí hay otra.

-Salen de la cueva –afirmó el enano.

-Salen de la cueva, sí –confirmó el elfo.

-¿Qué ocurre? –preguntó León acercándose.

-¡Quieto! –ordenó imperativamente Robín-. Que no se mueva nadie, estamos pisando las huellas.

León, sin comprender demasiado, hizo caso al elfo. Mientras, Robín y Kikro escudriñaban agachados palmo a palmo el barro en la entrada. Revisaron el lodo y poco a poco se fueron introduciendo en la cueva, hasta la zona más seca en la que habían encendido el fuego.

-Hay muy pocas huellas –dijo pensativo Robín-. Y las que hay se dirigen a la salida.

-Pero no hay huellas que entren o que nos indiquen qué ha hecho en la cueva quien quiera que sea el que dejó esas huellas –continuó Kikro.

-Exacto. Hay muy pocas huellas como esas dentro de la cueva –confirmó el elfo.

-Es muy raro –se extrañó Kikro-. Debería haber más pisadas.

-A lo mejor las hemos borrado nosotros con las nuestras –sugirió León.

-Espero que eso sea lo que ha pasado –aseguró muy serio el enano.

-¿Qué ocurre? –preguntó Alis.

-Nada. Por el momento –afirmó Robín de Gruesolmo mientras se envolvía en su capa y desaparecía en la oscuridad.

-Nada –deseó en voz alta Kikro, sin poder reprimir un escalofrío por el inquietante recuerdo que vino a su mente.

IV.

El campamento de verano.

Susana Marqués tenía dieciocho años recién cumpliditos. La idea de ser monitora no había sido exactamente suya. Más bien no era en absoluto lo que ella había pensado para pasar el verano. *Te vendrá bien. Aprenderás lo que es el sentido de la responsabilidad. Va siendo hora de que aprendas a trabajar. Además, descubrirás lo que es trabajar duro, como hace tu padre. Y no todo el día por ahí, ¿o crees que el dinero crece en los árboles? Mira, así tendrás dinerillo para tus gastos, para tu ropa... para el curso, para lo que quieras.*

Total, que le habían encasquetado quince días con aquellos monstruos. Algo maravilloso. Y para colmo, desde que llegaron no había dejado de llover. Perfecto, no pasa nada, había un plan. De algo tenían que servir todas aquellas horas perdidas, todas esas tardes haciendo juegucitos estúpidos que ni aun cuando era pequeña le habían gustado, todos esos fines de semana que había pasado embadurnada de arcilla, o de pintura, o de cola, o harta de recortar, de bailar o de estar tirada en el suelo, como si para poder comprenderlo debiera estar metida en la piel de un niño de diez años. ¡¡Horrible!!

De todos modos, era una suerte que el “Complejo Polideportivo Tres Pinares” fuese un excelente lugar para unas colonias como aquellas. Disponía de amplios barracones con literas, de comedores lo suficientemente grandes para todos los pequeños y malvados inquilinos. Y lo mejor de todo: un gigantesco polideportivo cubierto, el perfecto lugar para mantener lejos de resfriados y catarros a todos. Y es que, la Caja de Ahorros no reparaba en gastos a la hora de agasajar a sus clientes; todo vale para llevárselos al huerto.

En aquellos tres primeros días, no había escampado ni veinte minutos seguidos. Y según indicaban las previsiones meteorológicas, en los próximos cuatro días no había atisbos de cambio. Un horror.

Quién conchos le había mandado aceptar. Si es que tenía la negra. Había quince monitores, y según recordaba doscientos cincuenta niños y niñas, pequeños impertinentes y gritones malcriados. Y de entre todos aquellos enanos había tenido que tocarle a ella los más díscolos, los menos participativos, los menos imaginativos, los más caras y los más exigentes. Y ahora, para colmo, cinco de aquellos bichos no aparecían al desayuno.

Sin demasiado ánimo subió el último tramo que llevaba al segundo piso. Seguro que estaban todos aún en la cama. Seguro que los angelitos no habían pegado ojo hasta más de las seis y ahora, claro, se habían dormido.

No pensaba despertarles. Esos capullos se iban a quedar sin desayuno como ella se llamaba Susana. Hombre que sí.

Suavemente abrió la puerta del barracón, y por la rendija de luz se deslizó hasta las literas. Allí no había nadie. Menudo lío.

Bajando las escaleras hacia el comedor, Susana iba pensando en toda suerte de torturas medievales. Y se estaba quedando ella sin desayuno también. Pero ya no tenía mucho apetito. Se le había esfumado con la sola imagen del careto del director cuando le comunicase que no aparecían cinco de sus niños.

Atravesó la larga hilera de mesas. Todas estaban llenas de gritones y sonrientes bestezuelas, puliéndose un desayuno muy nutritivo. Anestesia les tenían que dar con la leche.

Al fondo, estilo boda, y colocada en perpendicular estaba la mesa de los jefazos: el director de las colonias, su mujer, y los monitores que en ese turno podían desayunarse. Y el que ella estuviera allí contravenía las dictatoriales órdenes de armonía y buen comportamiento.

-Oye... Héctor... que no... que no encuentro a cinco niños.

-¿Cómo dices?

-Queeee... no, que no aparecen, que no encuentro a cinco niños.

-¿Cinco?

-Sí.

-Bueno, mujer, no te apures. Ya sabes lo que son los niños. Andarán mezclados con otros de otros grupos, búscalos -la despidió haciendo un amplio gesto con la mano y con una de sus sonrisas de *has visto cuán magnífica es mi sapiencia en el tema, baby*.

Acto seguido volvió a beber de su tazón de cacao y sus barbas medio rubias quedaron empapadas en leche chocolateada.

-Mmmmm... me cachis... ¿Y tú que haces ahí mirando? ¡Anda y busca a tus niños!

Tardó, aunque parezca increíble, diez minutos en contar a todos y cada uno de los monstruos que estaban en el comedor. Afortunadamente, aún no habían terminado el desayuno, y todavía estaban medio formalmente sentaditos.

-Doscientos cuarenta y cinco.

-¿Qué? -contestó Héctor, absorto en tragar.

-¡Que faltan cinco! ¡Cinco, cinco, los cinco que no aparecen!

-Mira. Lo primero es que no debes hablar así delante de los niños. Nunca. ¿Entiendes? Y lo segundo es que es imposible que se hayan esfumado. ¡Si no hemos salido en tres días del albergue!

-Pues, oye, no están. Qué quieres que te diga. ¡Y si no les buscas tú, listo!

-Bueno, bueno, bueno. En algún lado han de estar. A ver, Alberto, ve a la habitación de los niños y búscalos. Tú, Richar, cuéntame los niños. Y tú, Susi, rica, no estorbes. Y vigila que no se te pierda ninguno más. ¿Vale?

¿No estorbes? Pero bueno. Mascullando juramentos en arameo, Susana se dirigió a su mesa. Por lo menos comería algo, y comprobaría que, efectivamente, no había desaparecido ninguno de los capullos que quedaban.

Cuando llegó a su larga mesa, lo que comprobó fue que no quedaba ni una gota de leche, ni un panecillo, ni una cucharadita de mermelada, ni un mísero terrón de azúcar. Los muy animales se lo habían zampado todo. Todo de todo. Y faltaban cinco, con ella seis. Se habían comido lo de seis más. La madre que...

La noticia corrió rápido, como una mecha. Faltan niños. Faltan niños. Faltan niños. Faltan niños. En menos de media hora lo sabía toda la gente menuda. Comenzaron a correr toda clase de versiones sobre espíritus, un sádico asesino llamado Jason y brujas diversas. Pero todo ello no pasó de ser otro elemento más de juego para toda aquella jauría reunida en el polideportivo. Había más de doscientos niños en un polideportivo con un reducido graderío, aquello era una invasión. Niños en las duchas, niños en las gradas, niños en las canastas, en los vestuarios, niños en la cancha, niños en los servicios, niños en los cuartos de material. Los monitores se veían incapaces de contener a todos al mismo tiempo, por lo que finalmente desistieron, que cada cual hiciera lo que le viniese en gana. Al fin y al cabo todo era idea del director. Que les

controlase él. Y los monstruos corriendo unos detrás de otros, con bolsas de plástico cubriéndoles la cabeza: “Soy Yeison, soy Yeison, te voy a sacar las tripas...”

En el edificio de los dormitorios y de los comedores, mientras tanto, Héctor, acompañado de Susana y de seis monitores, peinaban todas las habitaciones, salas, trasteros, sótanos. En algún sitio debían estar.

Sí, claro, en algún sitio.

Toda la mañana se pasaron en eso. Buscaron, buscaron y buscaron. Y no sólo en el edificio del albergue, también en los vestuarios de las piscinas, por los alrededores, y siempre con igual resultado. Y, al final, el director, Héctor, descompuesto, fuera totalmente de sí, perdido ya todo su autodomínio de psicólogo por correspondencia, decidió someter a un último interrogatorio a Susana. A solas. En su despacho.

-Vamos a ver. ¿Cuándo fue la última vez que les viste?

-Cuando se fueron a la cama, ya te lo dije.

-Y no oíste si se levantaban o algo así.

-No, todo estuvo muy tranquilo. Y me dormí. ¡Era de noche!

-¡Pues no puede ser! No puede ser. De allí salieron, porque no están.

Se levantó, mesándose los crespos cabellos rubios y la barba.

-Veamos, ¿quién debía vigilar los pasillos hasta las cuatro? -dijo tomando un folio con un cuadro de su carpeta-. Porque alguien tiene que haberlos visto, digo yo.

Comenzó a leer el cuadro de turnos, y cuando vio su nombre en la casilla de vigilancia de pasillos de las 0:00 h. a las 4:00 h. cambió de tercio.

-Bueno, es igual. El caso es que son niños a tu cargo. A tu cargo -repitió gritando y apuntando con un dedo directamente hacia el rostro ojeroso de Susana-. Y si no aparecen... si no aparecen... tú responderás ante la Caja. Ya lo sabes.

-¿Yo? Pero, pero...

-¡¡Sí, tú, niñata!! Por tu culpa esto va a ser un escándalo, la Caja se va a ver perjudicada. Yo me voy a ver perjudicado. Te aseguro que tú vas a caer conmigo.

Dio una violenta patada a la silla donde había estado sentado.

-Esto me pasa por rodearme de niñatas... me cachis.

Susana tenía dos lágrimas a punto. ¿Culpa de ella? No había puesto demasiado énfasis en los estúpidos jueguecitos, vale, de acuerdo. Pero de ahí a que ella tuviera la culpa de que hubiesen desaparecido cinco monstruosos niños.

-¡Eres... eres... una criaja! Si es que te tenía que...

Golpes en la puerta del despacho le contuvieron con el puño en alto.

-¡¡Quién!!

Uno de los monitores entró, interrumpiendo la ira de su director. Y no tenía buenas noticias.

-La Guardia Civil ha llegado. Quieren hablar contigo.

Héctor respiró hondo, peinándose el cabello con los dedos, serenándose.

-Largo los dos. Decidles que entren.

Susana caminó directa a su cuarto, a solas. Había sido relegada de toda función que tuviera que ver con la vigilancia de niños. Al parecer había sido ella la causante de la desaparición de los cinco niños. Tal vez se los había comido, tal vez.

Se sentía impotente. No conseguía explicarse lo que estaba ocurriendo. Ni imaginaba lo que pudiera pasar a continuación. Con Héctor de por medio era toda una incógnita. ¿Dónde podían haberse metido esos cinco? Cuatro niños y una niña. ¿Dónde?

De inmediato la Guardia Civil comenzaría a rastrear los alrededores. Nadie se explicaba cómo habían franqueado las puertas bajo llave y los barrotes de las ventanas, pero de alguna oscura manera, los cinco renacuajos se habían esfumado. Incluso Héctor

había mandado que no abandonase nadie el edificio, ni cocineras, ni portero, ni jardinero, ni... Alguien tendría que responsabilizarse de aquella desaparición.

La desnuda bombilla del techo alumbraba el desconsuelo de Susana. En el reloj, las dos de la tarde. Cómo poder pensar si quiera en comer. Vaya verano, y todo por la estúpida idea de su padre de tener que hacer todo lo que él no había tenido oportunidad. Recordaría sus colonias en “El Pinar” durante toda su vida, o más.

Encendió su mp3 y se ajustó los auriculares. A todo volumen, que el estruendo tapase los problemas, como siempre hacía cuando tenía problemas mayores. Se tumbó en la cama, y con los párpados entrecerrados, fijó la vista en la cegadora bombilla. *Welcome to the jungle...* tronaron los auriculares. Por cierto que a la jungla.

En un tris pasó una hora. La siguiente voló tras la primera. Tumbada en la cama, sin apenas moverse, con los oídos reventando por la brutal inyección de vatios. Vuelta y vuelta a la misma canción. Gruesos lagrimones resbalaban por su mejilla, empapando el cuello de su camiseta. ¿Por qué había tenido que tocarla a ella?

Pero no lloraba por eso. Lloraba porque aunque lo desease, que lo hacía, no podía remediar la situación, su situación. ¿Qué es lo que les habría pasado a los niños? Porque estaba claro que si se hubieran escondido ya habrían aparecido. Claro como el agua estaba que ya no se encontraban en el edificio, ni en las instalaciones anexas, ni ahogados en la piscina, que era lo primero que habían revisado. ¿Dónde entonces?

Bienvenida a la jungla, Susana.



Súbitamente sintió, porque oír no podía, cómo se abría la puerta de su cuarto. Se sentó y liberó a sus oídos de la tortura de los auriculares.

Ante sus ojos incrédulos, un niño, morenete, con cara de espabilado, entró sigilosamente y cerró.

-Hola.

-¿Y tú, qué corcho quieres? ¿No sabes que deberías estar en el comedor, o en el polideportivo? ¿Quieres meterme en más líos?

-Me llamo Javi. Y yo sé dónde están.

-Vete al cuerno. No me importa.
-Ah, ¿sí? Por eso lloras, entonces.
Susana se dio cuenta. Seguía llorando como una magdalena.
-Y a ti qué te importa -respondió secándose con las manos.
-Les conozco. No a todos, pero sé que si no me ayudas no podremos encontrarles jamás.
-Venga ya, tío.
-Te lo juro.
-Vale. ¿Dónde están?
El niño calló, dudando unos segundos.
-Como me estés tomando el pelo...
-¿Has leído “*La Historia Interminable*”²?
Susana asintió.
-Sí, ¿y?
Javi no respondió de nuevo.
-Venga ya. Largo, y no me molestes más. ¿Entendido?
-Es verdad -protestó elevando un poco la voz-. Es más sencillo de lo que te piensas... yo estuve allí unas cuantas veces. Lo juro. Y ahora ellos están allí también.
Susana arrugó los labios. Esto sí que era increíble. Lo último que le faltaba.
-Muy bien, Javi. Ale, que sí. Mira, mono, si no te esfumas en cinco segundos, llamo al monitor de vigilancia y te va a caer una...
-¿Por qué no me crees? Es la verdad, te lo he jurado.
-Uno.
-Es verdad, es verdad.
-Dos.
-Te lo prometo.
-Tres.
-Si no les ayudamos no podrán volver jamás.
-Cuatro.
Javi se marchó, dejando anonadada a Susana. Vaya imaginación. ¿De dónde sacarían esas cosas?
Se tumbó de nuevo y encendió la música.

Welcome, Susana. Welcome to the jungle...

² “La Historia Interminable” de Michael Ende.

V.

Orcos y lobos.

Resistieron hasta mediada la tarde del segundo día de encierro. La temperatura en el interior de la cueva comenzaba a descender por debajo de lo tolerable. La respiración se helaba nada más salir de la boca, y los caballos comenzaban a dar síntomas de agobio y de hambre.

-Kikro, deja ya de comer. Nos vamos -mandó el elfo. Su tono no admitía réplica.

-Por una vez tienes razón, orejas puntiagudas -respondió tomando el apodo que usaba la mujer amazona.

-Adelante -afirmó aterida Alis.

-No queda más remedio -aceptó León.

-Esta vez iré yo delante, enano cabezón. Y que cada cual se ocupe de su montura -dijo severo Robín.

-Sí, con una vez que pierdas nuestros caballos es bastante -atacó Alis.

-Nos vamos -ordenó Robín, haciendo caso omiso de la mujer.

En fila, guiados por el elfo, la compañía abandonó la cueva. La tormenta se los tragó a poco de pasar por el umbral, cada uno llevando atada la brida del caballo a su brazo, e intentando no perder de vista al compañero de delante.

En contra de su costumbre, Kikro iba en retaguardia. Y Alis, que le precedía, habría jurado que el enano iba canturreando como si tal cosa. El cabezón, orgulloso, iracundo, divertido, terrible e imprevisible enano no dejaba de sorprender a la amazona. Y se hubiera detenido a comprobar si no la engañaba el oído de no haber sido por la tormenta helada que azotaba sus orejas.

Mas la suerte cambió para los guerreros. A las dos horas de caminata la tormenta amainó, hasta el punto de que si no hubiera sido casi noche cerrada, ninguno habría dudado en ver el sol.

Nuevamente se colocó Kikro el primero. Y Robín hubo de ceder, no había manera de convencer al cabezón.

Caminaron toda la noche, descendiendo hacia la inmensa llanura nevada, y a eso del amanecer pudieron montar. Cabalgando avanzaron más, y cuando el sol estaba ya mediado en el cielo, decidieron hacer un alto.

No tenían necesidad de hacer fuego, la comida la llevaban ya asada, y aun así no se hubieran atrevido.

-Ojalá que no necesitemos encender fuego.

-¿Por qué, elfo? -se interesó el caballero.

-Bueno, si nosotros podemos ver su columna de humo... ellos podrán ver la nuestra -dijo señalando hacia adelante con el mentón.

De inmediato se volvieron hacia el lugar señalado, y aunque no con la claridad con que veía el elfo, pudieron ver penachos de humo blanquecino.

-¡Hogueras! -siseó Kikro.

-No parece de un saqueo, el humo es más negro -razonó el elfo-. Con lo que nos quedan dos posibilidades: una granja, en peligro, o el campamento de los orcos.

Un aullido terrorífico sacó de dudas al estirado elfo.

-¡Orcos!

-Y lobos -masculló el enano.

-Uf. ¿Podremos con ellos? -resopló León.

-Bueno, no nos han descubierto. Todavía -dijo Kikro.

Robín comenzó a trepar por el tronco del árbol más alto que encontró, sentándose a horcajadas en una rama cercana a la parte superior, mostrando su familiaridad en trepar por los árboles y mantener el equilibrio fácilmente.

-Desde aquí veré mejor... ¡Dioses!

De un salto se lanzó al suelo, rodando grácilmente y poniéndose en pie.

-¿Qué ocurre? -indagó Kikro.

El elfo se metió a toda velocidad debajo de sombra del árbol, instando a todos a que lo hicieran también.

-Están ahí mismo. No llega a cien metros. El humo parece lejano porque, contra su costumbre, han encendido fogatas diminutas.

-¿Cuántos? -se interesó el enano.

-Veinte o treinta -dudó Robín.

-¿Y lobos?

El elfo asintió compungido.

-Media vuelta -dijo Kikro-. Cuanto más lejos estemos al anochecer, mejor. Los lobos que he oído me gustan menos aún que sus peludos compinches.

-Eso no es todo... he visto...

Kikro se detuvo a medio montar en su poni.

-¿Qué? ¿Qué viste?

-¿Recuerdas la insignia del orco aquel?

-Sí. No me digas que ahí...

El elfo negó con la cabeza, y aclaró lo que había visto, para alivio del enano.

-Una insignia implica un grupo o un ejército. Ahí está su comandante.

Kikro, a pesar de sus cortas piernas trepó también al árbol. Dejándose caer, al igual que el elfo, de inmediato.

-¡Que me corten todos los pelos de mi barba! ¡Es enorme!

-Pero ¿qué es lo que habéis visto? ¿Qué hay ahí? -preguntaron al unísono Alis y León.

El enano miró aprobadoramente al elfo.

-Un enorme gigante. Un asqueroso y enorme gigante de más de tres metros -contestó Robín-. ¡Y en vez de alejarnos, lo que hemos hecho ha sido ir directos al campamento orco!

León se rascó la cabeza. Allá, en Britunia, había oído alguna vez historias sobre gigantes, pero nunca había dado demasiado crédito a quien las narraba. Siempre habían sido trovadores y sus fábulas los máximos defensores de tales criaturas.

-No estoy seguro de que debamos enfrentarnos a él -suspiró el elfo.

-Sí, y ¿has mirado más allá? -dijo Kikro.

Robín asintió.

-Hay una granja. Están perdidos.

-Como nosotros -afirmó Kikro-. Si nos localizan no podremos huir a caballo con toda esta nieve. Y si esperamos a esta noche, seremos una estupenda cena de lobo.

-¡Acabemos con ese gigante! -propuso León, con la espada ya desenvainada-. ¿Estás conmigo, Kikro?

El enano miraba al caballero Britunio con incredulidad.

-Nada me complacería más que acabar con él -respondió el Rey enano con los ojos brillantes.

-Pues adelante. Tenemos el factor sorpresa. No nos han visto aún -animó León. ¡Adelante!

-Quieto, quieto –paró Kikro-. No estamos tan desesperados como para enfrentarnos a un gigante y a su cohorte de guerreros.

León hizo un gesto restándole importancia. Pero el severo rostro de Robín y la asustada mirada de Alis le contuvieron.

-Para enfrentarnos a ese enemigo necesitamos algo que aquí no podemos encontrar: rapidez.

-Somos cuatro –insistió el caballero.

-Cuatro lentos –replicó Robín-. El enano tiene razón esta vez. No podremos esquivar sus golpes metidos hasta las rodillas en esta nieve.

-Además, si no me equivoco, *Cesarón* es un viejo conocido.

Todos se volvieron para mirar a Kikro Cabeza de Torre.

-Ya me he enfrentado a ese gigante en el pasado. Y creedme que es un enemigo de cuidado.

-¿Te venció? –preguntó Alis, cada vez más asustada.

-Digamos que la pelea quedó interrumpida. Pero no pude acabar con él. Y esa muesca en mi hacha es de las que más ansío. Mas no será esta vez.

La desolación invadió la compañía, temerosa de huir, y temerosa de quedarse, deseosa de luchar y atemorizada por la presencia del gigante. Las posibilidades que se presentaban no eran nada halagüeñas. Si por casualidad les localizaban no podrían huir. Y si esperaban a la batida nocturna de los lobos, estaban condenados a huir a los árboles; y en la copa de los árboles, con la llegada de los orcos, condenados a morir abatidos por las lanzas, las flechas o el fuego. ¿Qué hacer?

Por primera vez, desde que había comenzado la singular aventura, León, Alis y Robín se sintieron desbordados. Únicamente la presencia del tozudo enano, el Guía de todo aquello, les consolaba y les permitía albergar ciertas esperanzas. Alis se recostó contra un tronco, como era su costumbre cuando no sabía qué hacer, y el elfo se envolvió en su capa, sorprendentemente de color verde y blanco ahora, y se alejó unos pasos del grupo. León permanecía atento al enano, sin saber cómo colaborar, pero dispuesto a ello, incluso a luchar si esa era la decisión del líder.

Kikro no sabía qué hacer. Se atusaba la barba mientras daba cortos paseos que no le alejasen del cobijo protector brindado por el árbol. Estaba en un verdadero aprieto, y debía encontrar la solución. ¡Alguna habría! Todo se había ido complicando desde que habían llegado. Para empezar, la tormenta había sido considerablemente más fuerte de lo que había previsto. Y cuando parecía que con la cueva se solucionaba todo, el oso. Y en el momento en que consiguieron enderezarlo, los orcos, y el gigante Cesarón. ¿Cuándo había pensado él en un gigante? Si aquella era su historia, y él era el Guía, ¿qué estaba sucediendo? Algo, en algún momento, había empezado a ir mal, y no conseguía descubrir qué era.

Desde el momento en que habían llegado a la cueva, no había salido nada como tenía él previsto; por ello estaba empezando a preocuparse. Además, desde la última vez que había estado en Cretia habían cambiado demasiado las cosas. La última vez, los orcos no eran más que una vaga amenaza, y ahora habían encontrado un campamento en plena llanura, nada de cuevas o grutas que ocultasen su presencia. Y en aquella zona del mundo eran extrañas las bandas de orcos. No se había oído hablar de ellos desde la época de las grandes batallas, e incluso entonces no habían habitado más que las regiones remotas, muy al oeste de Cretia. Y Cesarón. ¿Un gigante en Cretia? ¿Cómo había atravesado las montañas?

Viejos fantasmas de partidas pasadas rondaron la preocupada frente del enano. Antiguos recuerdos que le acongojaron y le hicieron temer lo peor. Miró a su grupo. Unos compañeros fantásticos, pero aún muy flojos. No eran más que tres Dragones

Blancos. Y él un inexperto Rojo dándoselas de Guía. Por primera vez en toda la aventura sintió miedo.

-Bien, bien. ¿Qué hacer? –pensó en voz alta Kikro.

El sol proseguía su inexorable camino. Y la cercanía de las horas de oscuridad, las horas de actividad de los lobos que habían oído, espoleó la mente del enano.

-¿Robín, de qué armas disponemos? Quiero decir, ¿cuál es nuestra baza contra el gigante?

El elfo apareció al abrir la capa, enfrente del enano, que se sorprendió ante su súbita presencia. Si Robín permanecía inmóvil era prácticamente invisible.

-Realmente ninguna. El arco de Alis es potente -la aludida levantó la cabeza un poco al oír su nombre-, pero inútil contra la coraza del gigante; y por otro lado, mis flechas son tan normales como las de la amazona.

Kikro se sentó en la fría nieve, imitando al elfo.

-La espada de León es de buen acero, pero sin ninguna clase de influjo. Inservible. Lo mismo que tu hacha, a menos que me corrijas.

El enano negó con la cabeza.

-Nada de magia en mi hacha.

-Lo único, -sopesó Robín- lo único que podríamos usar es mi espada. Fue fundida y forjada en los tiempos remotos, por los primeros elfos. Tiene poderes que ni yo mismo sospecho, pero temo que colocarme a la altura del gigante y pedirle amablemente que agache la cabeza para que se la corte, no dará resultado.

-No, elfo, no creo que Cesarón acepte.

Robín desenvainó la hoja y la colocó frente a ambos. Su brillo azulado y sus dibujos, runas élficas en realidad, hacían que pareciese un arma de adorno. Sin embargo era una de las hojas más mortíferas que pululaban por el mundo, vestigio de la antigua grandeza de los reinos élficos del pasado, prueba inequívoca de la veracidad de mitos y leyendas, tan denostados hoy en día. Desconocida incluso para su amo, la centelleante espada reposó tranquila junto a la fría nieve, como si la sangre derramada en jornadas pasadas hubiera alimentado su fuerza, haciendo que aun después de ser continuamente afilada pareciese recién forjada y pulida.

-Es un arma magnífica, elfo. Digna del tesoro de un rey enano.

-Tranquilo, Kikro. Es mía y así seguirá por muchos años –respondió el elfo enfundando la espada rápidamente.

-No, si no pensaba en mí. Soy rey sólo de nombre. Ni tengo tesoro ni mucho menos reino. Y me temo que mi ejército es todo lo que aquí ves -dijo pesaroso señalando a los decaídos Alis y León.

-En ese caso acepto el cumplido. Pero si seguimos así, la noche nos sorprenderá charlando. Y tus queridos lobos saldrán no tardando mucho.

-Ni me los mientes -dijo Kikro sintiendo un escalofrío correr por su espalda.

Tras unos minutos, viendo que el elfo, a pesar de ser el más participativo, tampoco le ofrecía soluciones, decidió tomar la resolución que más le dolía. La última. La que nunca había pensado: abandonar.

Con los ojos clavados en el suelo y mordiéndose los labios comunicó la noticia.

-Muchachos. Acercaos. Formad un círculo.

El elfo entendió de inmediato la intención de Kikro. Pero Alis y León no parecían comprender la necesidad de formar corrillo.

-Venid. Nos vamos –explicó Kikro-. Esta aventura está descontrolada. Creo que nunca debimos venir aquí.

Por fin los cuatro compañeros formaron un corro y sentados en la nieve se dieron la mano.

-De la misma manera que vinimos debemos irnos. Cerrad los ojos y concentraos en vuestras alas. Volad rumbo a casa. ¡Desead regresar!

Durante unos instantes los cuatro amigos permanecieron en silencio, con los ojos cerrados. Únicamente el viento rompía el silencio del bosque nevado. La respiración de los cuatro, en forma de vaho se tornaba más pausada, helándose dentro del círculo de manos.

-¿Qué está pasando Kikro? –preguntó Robín.

-Mierda. Algo va mal –fue la respuesta del enano.

Todos abrieron los ojos y miraron al Guía.

-¿Todos estáis pensando en volver? ¿Todos estáis deseando volver? –casi gritó Kikro. Estaba muy asustado. Ya había tenido esa sensación con anterioridad.

Alis, Robín y León se miraron entre sí, sin comprender.

-Cogeos de las manos. Cerrad los ojos. Pensad en vuestros padres, en vuestra casa, en vuestros amigos. Concentraos.

Esta vez el enano fue el último en cerrar los ojos, asegurándose de que todos cumplían sus instrucciones. Finalmente él mismo se unió al grupo.

Transcurrieron otro par de minutos. Volvieron a fracasar.

-No, no –murmuraba el enano.

-¿No, no, qué? –indagó León.

-No funciona –dijo Kikro.

-Eso ya lo vemos nosotros, cabezón –contestó Robín.

-¿Qué es lo que no funciona? –indagó la amazona.

-El círculo –respondió Kikro con la cabeza hundida entre los hombros. Esa pesadilla ya la había tenido antes-. El círculo de manos.

-¿Y eso qué quiere decir? –preguntó el elfo muy irritado.

-Que falta alguien –sentenció el enano, sin añadir nada más.

-¿Alguien? Aquí estamos todos. ¿Quién falta? –gruñó León.

Alis tuvo un recuerdo. Un breve fogonazo de luz.

-Kikro. ¿Recuerdas lo que pasó cuando se nos apago la hoguera en la cueva?

El enano no parecía entender.

-Justo antes de que apareciera el oso.

El enano cerró los ojos. Ahora lo entendía todo. ¡Idiota! ¡Se había dejado coger!
¡Otra vez!

-Cuando el trueno nos asustó separamos las manos un instante. Pero al volver a dármele noté que se te había quedado muy fría. ¿Lo recuerdas?

-Sí, Kikro. Yo noté exactamente lo mismo, lo recuerdo perfectamente –dijo la mujer.

-Eso sólo significa una cosa.

-¿Qué enano? ¿Más sorpresas de las tuyas? –preguntó Robín.

-Que alguien más se incorporó a la partida.

-¡Las huellas! –gritó el elfo, y de inmediato bajó la voz-. Las huellas que vimos saliendo de la caverna.

Kikro asintió. Otra vez atrapado en Cretia. Se juró a sí mismo que si salía otra vez del atoladero no volvería a poner un pie en esa porquería de mundo.

-¿Entonces? –quiso saber la amazona.

-Entonces nada. O salimos todos juntos o no sale nadie.

-Pues busquemos a ese que se metió con nosotros –propuso León-. Y cuando le encontremos nos vamos.

-Si él quiere –respondió el elfo, que ya entendía la dificultad que se les presentaba.

-Exacto. Sólo si todos quieren regresar se regresa –sentenció el enano.

-Bueno, ¿entonces qué hacemos?

El Guía se preguntó eso mismo. ¿Qué hacer? Pero en su coraje encontró la respuesta: continuar. Eso era lo único que podían hacer de momento.

-Los caballos, coged los caballos -susurró el enano.

Como siempre, Kikro fue el primero en recuperarse.

-Bien, muchachos. Es hora de moverse.

Las palabras sorprendieron a todos.

-No queda más remedio que seguir hacia adelante. Rodeemos el campamento orco y dirijamos nuestros pasos hacia la granja que vimos el elfo y yo.

El único del grupo que parecía no estar conforme era Robín.

-Kikro, si nos descubren, en la granja estaremos atrapados.

-Elfo, si nos descubren y no tenemos un refugio, date por perdido. La única oportunidad que tenemos es refugiarnos en la granja, y por la mañana huir a todo galope. Porque yo doy por seguro que los lobos olerán nuestro rastro y que lo seguirán hasta donde estemos. Con que empieza a encomendarte a tus dioses, y ruega que los orcos no acompañen esta noche a sus siervos lobunos. Y que por la mañana se retiren los lobos a sus cubiles.

Robín no estaba convencido, en absoluto. Y para aumentar la discordia, Alis se sumó a la negativa a seguir los planes del enano. León era el único dispuesto a todo, a cualquier cosa. Lo mismo le daba cargar gritando a pleno pulmón contra el gigante que escabullirse sigiloso en espera de una mejor oportunidad; para él no era cuestión de importancia el por qué, sino el cómo. No entendía muy bien, pero colaboraría. Habían venido hasta allí en busca de aventuras, ¿por qué las evitaban ahora?

Kikro parecía entender la postura de León, incluso la compartía; sin embargo había algo que no les había dicho: era su primera vez, no había ejercido nunca antes de Guía. Eso sí, había participado en cientos de incursiones a Cretia, por ello conocía el lugar a la perfección.

Pero tampoco les había dicho que algo se había salido de madre desde que habían llegado, que nada había salido como él, el creador de la historia, había planeado. Incluso el rescate de la princesa Vivian quedaba ahora tan lejano y sepultado por los problemas que arrastraban que habría sido mejor abandonar, si hubiesen podido. Había hecho algunas cosas mal, de acuerdo, pero todos aquellos orcos, el gigante, los lobos. Eso no lo había puesto allí él.

Las cosas habían cambiado demasiado desde la última vez que había hecho una incursión por esa lejana tierra. ¿Qué es lo que había pasado en su ausencia? Pregunta sin respuesta que de momento quedaba así. Mentalmente tomó nota de uno de sus grandes errores: había pretendido un reto de demasiada dificultad para gente no iniciada. Y además lo había comenzado solo, sin gente experimentada, e iniciándose como Guía. Demasiados nuevos, eso era lo que había salido mal.

-Mira Robín, acepta mi decisión. Es inamovible. Por algo soy el Guía. No tenemos más remedio que seguir adelante. Si retrocedemos nos encontraremos en medio de la noche en campo abierto, y con la manada de lobos detrás. No quiero que eso pase.

El elfo hubo de admitir, a regañadientes, la autoridad del enano. Si alguien conocía el lugar en que se encontraban era Kikro, Rey de Reyes.

-¿Seguro que podremos dejar atrás a los orcos?

-Sí, elfo. No es nuestra historia. No nos concierne. ¿Entendido? Pues en marcha. Montad y seguidme.

De repente, la compañía volvió a la actividad. Kikro tomó el lugar que le correspondía y todo comenzó a ir tan bien como se podía esperar. Avanzaron sin

contratiempos, rodeando el campamento orco; pero sin poder evitar lanzar miradas recelosas a su espalda y a la sombra de los árboles, cada vez más alargadas y oscuras a medida que el sol se iba acercando a su lugar de reposo. Habían perdido demasiado tiempo hablando y ahora el sol se marchaba demasiado deprisa.

-Estad atentos. Se aproxima el anochecer y nuestros amigos los lobos están a punto de iniciar la cacería de esta noche. Démonos prisa, la granja queda lejana aún.

Un escalofriante aullido rasgó la espalda a los cuatro. Sus monturas avivaron el paso voluntariamente, huyendo del espeso silencio que sucedió al triste lamento durante varios minutos. Había sido la primera llamada, el aviso a todos los hermanos de que la batida había comenzado.

Lentamente comenzaron a oír jadeos y pasos sigilosos, sombras en movimiento tras ellos. Algún lejano aullido y algún que otro rugido les indicaba la siniestra presencia de la manada. Tardaron poco en darse cuenta que habían venteado su rastro y que venían por ellos. Los ruidos furtivos de carreras comenzaron a dejarse sentir más frecuentemente que antes, y casi sin querer se vieron huyendo a todo galope de los furiosos colmillos cubiertos de espuma y de los ojos inyectados en sangre, ojos que acechaban desde la oscuridad cada vez más cerrada.

Afortunadamente para ellos, habían salido justo a tiempo para poder alcanzar la granja sin tener que luchar con las bestias. Alcanzaron la cancela, abierta, e irrumpieron a toda velocidad en la finca, en dirección a la casa.

-Entremos con caballos y todo -gritó Kikro haciéndose oír por encima del ruido furioso de los cascos de su poni, sorprendentemente tan veloz y tan ágil como los caballos de sus compañeros.

El elfo, fue el primero en llegar, y desmontando de un salto se acercó a la puerta y la abrió, entrando con Nieve de la brida. Kikro entró tras él, y León le siguió, corriendo y sin perder un segundo. Pero Alis, valiente por naturaleza, y viendo el seguro refugio tan cerca, no pudo resistir más y sacando una flecha a toda velocidad, disparó al lobo más adelantado de la manada, a escasos veinte metros ya. El dardo le entró con rabia en el pecho, y la bestia aún dio unos pasos vacilantes, para rodar sin vida por el impulso de su carrera. El segundo lobo saltó grácilmente sobre el cadáver del compañero y cuando vio preparar el arco a Alis por segunda vez, retrocedió de un salto y buscó alejarse del punto de mira del arma. Mas la llegada del resto de cazadores le insufló valor, y lentamente dirigió amenazante su gruñido hacia la mujer. Ese fue el momento de entrar a la cabaña, y así lo hizo Alis, cerrando y trancando la puerta tras de sí.

En el interior, el dueño de la granja se llevó una sorpresa mayúscula. Era un hombre malencarado, bajo y encorvado, de larguísima brazos y espesa barba, desgredado. Los ojos desmintieron sus palabras, y el elfo fue el primero en notar la codiciosa mirada que dirigió a las monturas de los compañeros, y a sus poderosas armas.

-¡¡Oh!! ¡¡Vaya sorpresa!! ¡¡Vaya susto!!

El hombrecillo se llevó una mano al corazón.

-¿Quiénes sois? ¿De dónde salís? Pero...

-¡Rápido, trancad las puertas y las ventanas! -ordenó Alis-. Están aquí mismo.

La pequeña sala se vio saturada con las cuatro monturas y los jinetes, arinconando al dueño al fondo, contra la chimenea.

-Pero, ¿qué pasa?

-¿Que qué pasa? ¿Que qué pasa? ¿Es que no has oído a los lobos? -le gritó Kikro, visiblemente nervioso por los aullidos.

En un instante, León y Robín cerraron los cuartillos de los ventanucos, y Alis se ocupó de asegurar la puerta lo mejor posible. Kikro, guiado por su instinto, avivó la lumbre, preparando largas ramas que prendieran por un extremo. En el exterior, el griterío y los rugidos iban creciendo, indicando la llegada del grueso de la manada.

-Por el momento no parece que les acompañen orcos u otras bestias -comentó Robín-. Si es así, aún tenemos una posibilidad.

-Puede, elfo, puede -respondió el enano-. Y ahora será mejor que revisemos nuestra situación.

-Las ventanas y la puerta están seguras -afirmó León.

-El techo parece resistente. No creo que intenten un asalto por ahí -dijo Alis.

-Bien, pues entonces -dijo Kikro al tiempo que se quitaba la capa- sólo queda una cosa.

-¡No estarás pensando en comer! -regañó León.

-¿A ti no se te quita nunca el apetito? -preguntó Alis.

El enano negó en silencio, al tiempo que miraba al dueño de la recién invadida casa.

-Sí, creo que sé a lo que se refiere nuestro pequeño cascarrabias -dijo Robín, y apartando los caballos se aproximó al hombrecillo.

León y Alis no entendieron qué es lo que pasaba, ni siquiera tenían una ligera idea.

-Sí, elfo. Tu vista penetra más allá de la piel. Has comprendido.

-Gracias enano. Sospechaba, y la sola mención a que no tenías hambre me ha hecho comprender que algo no iba bien. El cabezarroca de Kikro no pierde el apetito así como así, según tengo entendido.

-En efecto -afirmó.

Lentamente sacó el cuchillo, y dirigiendo la más fiera mirada que le habían visto jamás, habló al hombrecillo que se habían encontrado.

-He tardado en darme cuenta, pero el dueño de estas tierras no eres tú. Y si no me das al instante una explicación satisfactoria... -al decir esto se pasó la punta del cuchillo tan cerca, que la piel del gatzate se le enrojeció.

-Yo... yo... te juro que no sé nada.

El hombrecillo se acurrucó contra la pared.

-Tranquilo, Kikro -trató de mediar el elfo-. Oigamos lo que tiene que contarnos.

-Adelante. Y más vale que sea convincente, porque si no me aclara qué es lo que ocurre lo va a pasar muy mal. Además, tenemos muuucho tiempo, ¿verdad? -el interpelado se empequeñeció aún más.

Acomodaron los caballos lo mejor que pudieron, y tras unos minutos para instalarse más cómodamente, la compañía se sentó en semicírculo alrededor del sospechoso.

-Bueno... yo... no tengo idea de dónde está el legítimo propietario de esta granja. Llegué hace dos días, huyendo de los lobos, lobos negros de terribles colmillos. Acabaron con mi caballo y con mi mulo, pero afortunadamente pude escapar hasta aquí -comenzó el extraño.

La mirada escrutadora de Kikro no se dio por vencida.

-Por... cierto, me llamo Vívoro.

Tras unos segundos de vacilación, el elfo hizo los honores.

-Kikro, Alis y León. Yo soy Robín.

-Me... me alegro mucho de veros. Empezaba a impacientarme. Casi no me atrevía ni a salir de la casa. Eso durante el día. Por la noche ¡ni hablar!

-¿Qué es lo que hacías en este lado del país? -inquirió el enano.

-Busco plata y oro. Las noticias de yacimientos en las montañas me despertaron la codicia. Dejé todo lo que tenía en Siesa y partí en busca de fortuna.

-¿Y piensas que nos vamos a creer eso?

El enano saltó hacia adelante como impulsado por un resorte, y el cuchillo apareció en su mano por arte de magia.

-¡Lo juro! ¡Lo juro! ¡Lo juro por la memoria de mis dos hijas!

El elfo detuvo la mano de Kikro en el último momento. Mientras, León y Alis miraban asombrados la discusión. Los rugidos de fuera se habían apaciguado un poco.

-Mira. Ahí está mi macuto, con todo lo que pude salvar de los lobos.

El plato de buscador de oro y el mango de pala y pico sobresalían de una mugrienta bolsa.

-Sacar todo lo que lleves. Si por casualidad encuentro algo que no me convenza...

Despacio, temiendo horribles coincidencias, Vívoro fue amontonando las pequeñas cosas que llevaba: algo de ropa, herramientas de la profesión, ungüentos, cuerda, un paquetito de sal, un viejo mapa de la zona, y un pellejo de vino. Despacio, muy despacio, para que el enano pudiera ver que no le ocultaba nada, dio la vuelta a la bolsa, de la que cayó arena y trozos de corteza.

-Ya veo que me he equivocado -se excusó el enano en voz muy baja.

Durante unos instantes, el ambiente fue incómodo y desagradable, silencioso, ni los aullidos de los lobos lo perturbaban. El hombrecillo seguía en su rincón, apocado.

-En fin, para que veas que no somos unos incrédulos -comenzó León- te ofrecemos compartir nuestra comida. Carne, recién asada hace poco más de un día.

-Sí, y sería buena idea que tú compartieses el vino de ese mugriento pellejo -propuso Alis.

Vívoro sonrió a medias.

-¿De verdad? ¿Pata de oso? ¡Encantado!

De inmediato, el hombrecillo bebió un poco y tendió el pellejo a Robín, que era el más cercano.

-Si no hay más remedio -masculló el elfo.

-¡Oh! Es un vino muy bueno, de verdad.

León sacó de su bolsa de viaje un paquete con parte del oso asado.

-Bueno, bueno, aquí está el asado.

Los ojos de Vívoro se abrieron al máximo, al tiempo que se relamía.

-Eh, enano. Parece que hemos encontrado alguien con tu mismo apetito -bromeó Robín.

-No será hoy cuando me harte -murmuró Kikro. No estaba en absoluto convencido. Le estaba dando vueltas a algo, a algo que no encajaba.

-Bebe, León de Britunia. Me recuerda mucho al mosto de tu país -afirmó Robín.

El caballero tomó el vino, y tras probarlo dijo:

-Bah, no se le puede comparar. Pero hace tanto tiempo que no pruebo nada parecido, que me sabe excelente.

Después echó un segundo trago y se lo alargó a Alis, que entre bocado y bocado bebió también un largo sorbo. Tras ello, le pasó el odre a Kikro. Éste, para poder beber mejor se incorporó.

-Así... así que minero.

Vívoro asintió.

-¿Y has encontrado mucho por aquí?

El hombre negó con la boca llena.

-¿Sabes? Yo te conozco.

Al instante, todos dejaron de comer.

-Yo te conozco -repitió Kikro-. Sé que eres un fugaz.

Nadie, excepto Vívoro parecía entender.

-Lo sé porque sólo un fugaz como tú no descubriría que nosotros también lo somos. Las gentes de aquí lo huelen. Y ninguno habría aceptado compartir con nosotros la comida y la bebida sin asegurarse antes de que somos de confianza.

-Ah, ¿sí? -dijo Vívoro.

Robín fue el primero en notarlo. Sus ojos comenzaron a nublarse, y cuando fue a levantarse, sus piernas flaquearon y no le soportaron. León miró incrédulo cómo se desvanecían Alis y Robín, para un segundo después desmayarse él mismo.

-¡Veneno!

-No, Kikro. Sólo adormidera.

-Eres un cerdo. Sabía que te conocía. Los lobos sólo dejan de aullar en una noche como ésta en presencia de su amo. No eres Vívoro, eres un víbora.

-Y tú un incauto, enano, jamás llegarás a ser más que un torpe Dragón Rojo. Pero... bebe, bebe.

-Que te zurzan -respondió el enano al tiempo que arrojaba el pellejo al hombrecillo.

Vívoro, o quien quiera que fuese, esquivó el proyectil y se puso en pie.

-Sabía que mentías. Las minas de plata están mucho más al sur. A un enano no puedes engañarlo en eso. Y además, sabías que teníamos oso, pata de oso asada. Y nadie te lo había dicho. Esta vez no te vas a salir con la tuya.

-Ah, ¿no? -sonrió Vívoro.

-Tus lobos andan de cacería, lejos ya de aquí. Marcharon tranquilos sabiendo que el amo tenía su presa. Y sabes que mi hacha resolverá todo sin problemas.

-Puede... que sí, puede... que no -fue la respuesta. Parecía divertirse.

Todo estaba en silencio, sólo el crepitar de las llamas perturbaba el tenso mutismo de ambos.

En un súbito arranque, el enano se abalanzó hacia el hombre, haciendo chocar su cabeza contra las costillas del desprevenido traidor. El golpe le dejó sin respiración, y con varias costillas rotas a buen seguro. Cuando Vívoro abrió los ojos, Kikro ya balanceaba el hacha sobre su cabeza.

-Di adiós, Nidarún. De ésta no sales.

El hombrecillo entrecerró los ojos, esperando el golpe.

-Si me matas... si me matas, tus amigos y tú caeréis prisioneros de mis orcos. No tendrás tiempo de despertarles para regresar.

-Adiós, víbora.

La pesada hacha trazó un mortífero arco. Cuando Kikro la levantó de nuevo, la cabeza de Vívoro rodó unos centímetros. La sangre manó, caliente, humeante.

Ahora lo comprendía todo, todas las extrañas cosas que habían sucedido. Ahora entendía por qué la aventura se había salido de madre. Otra vez él.

-Vaya porquería -susurró al tiempo que daba un patadón a la cabeza de Vívoro-. En buen lío me he metido. ¡Cómo me los voy a cargar! ¡Si es que no puedo!

Meditó durante otro ratito. *No, no puedo. Sí, debo. No, no puedo. Sí, debo.* ¡Valiente Guía estaba hecho!



Todo estaba a oscuras. Había empleado el vino restante para apagar los rescoldos de la chimenea. Estaba aterido de frío, su aliento congelado formaba estelas en forma de serpiente retorcida, y venenosa. Y además, sentía un terrible sabor amargo en la boca, como siempre que tenía que matar. No lograba acostumbrarse. Le pasaba siempre que su hacha cercenaba algo distinto a lobos u orcos.

Oyó pasos furtivos en el exterior, de varios orcos, imaginó. El caballo élfico de Robín holló inquieto. Sí, él también lo había notado.

En el momento en que una peluda mano empujó la puerta, que él mismo había desatracado, dio una palmatada en la inmaculada anca de Nieve. Éste salió disparado hacia adelante, arrollando al orco. El poni del enano, amarrado a la cola del caballo del elfo, saltó por el hueco de la puerta, pisoteando con furia al orco derribado. Los otros dos caballos llevados de la brida por Kikro, soportaron el violento tirón, y una vez en el exterior, al verse libres y con el repugnante olor de orco flotando en el ambiente, galoparon hacia el bosque.

Kikro, de un hábil tajo liberó también su poni del caballo blanco, y ya con las manos libres, empuñó su hacha. El primer orco, sorprendido por la violencia de la estampida, fue arrollado y aplastado por los cascos. El segundo perdió la cabeza antes de enterarse, y el tercero recibió tal cozo que su pecho se hundió con un horrible crujido.

Mas esa no era noche afortunada para el enano, y él lo sabía. Otra media docena de terribles orcos ya no fueron cogidos por sorpresa, y Kikro tuvo que huir como alma que lleva el diablo, perseguido por otros tantos y no menos feroces diablos.

-¡Deseo regresar! ¡Deseo regresar! -gritaba cegado por rabiosas lágrimas; pero aquello no funcionó, a todas luces, no funcionó.

VI.

Revelaciones.

Nada más despertar notó el jaleo. Le dolía horriblemente la cabeza, se había dormido con la música a todo gas. Miró su reloj: las cinco y cuarenta.

Sin lavarse la cara ni nada salió al pasillo. Había dormido hasta con los playeros puestos. Lo primero que se encontró, así, de sopetón, fue un uniforme verde de la Guardia Civil recorriendo el pasillo a grandes zancadas. Tras él, Héctor, enrojecido, despeinado, vomitaba un torrente de palabrotas, explicaciones y consejos sobre niños. El Guardia no parecía hacer demasiado caso.

Se frotó los ojos. Debía estar soñando. Otra vez el gusano de las pesadillas estaba haciendo de las suyas.

-Susana, ¿te has enterado?

Miró a quien le hablaba. Rober.

-¿Qué?

- Ha aparecido uno de ellos. Hemos encontrado a uno.

-¿Dónde estaba? –preguntó excitada Susana.

-Al parecer en su habitación – respondió encogiéndose de hombros el monitor-. Vamos, aún no le ha visto Héctor ni la Guardia Civil.

Cuando llegaron al cuarto de los niños, uno de los desaparecidos estaba sentado en la cama, soportando las preguntas del psicólogo.

Susana creyó reconocer al niño. Se llamaba Adrián, un cabrito de sonrisa *made in di lo que quieras que haré lo que se me ponga*.

-¿Y tú? ¿Y tú? ¿De dónde carajo sales? ¡Contesta! -Héctor estaba furioso.

El niño hizo un pucherito, bajó la cabeza y no contestó, lo que irritó más aún al director.

-¡¡Aaah!! ¡Encima se nos ha quedado mudo!! ¡Si es queeee...!!

Se quitó las gafas, las dejó pausadamente, demasiado, encima de la colcha.

Héctor tomó una silla y se sentó enfrente.

-Bueno, bueno, ya está -dijo en tono mucho más calmado-. ¿Cómo te llamas?

-Adrián -contestó Susana al ver que el nano seguía mudo.

-Bueno, Adrián -continuó el director-. Mira, no pasa nada. Sólo quiero saber dónde has estado. Sólo eso.

El niño continuó obstinadamente callado, agotando la paciencia del director.

-Mira. No te lo voy a repetir mucho más -se levantó para intimidar y elevó sutilmente el tono de su amenaza, sin gritar, pero más alto-. Si no me contestas en dos segundos, este señor –añadió señalando al Guardia Civil-, te va a meter en la cárcel de niños y no vas a salir de ella en años. ¿Estamos?

El niño asintió con la cabeza.

-En el desván.

-¿Cómo?

-En el desván.

-¡Pero... por todos los santos! ¿Qué corcho estabas haciendo allí?

-Tenía miedo.

-¿Miedo? ¿Miedo? ¿Miedo a qué?

-A la tormenta. A los truenos y a los relámpagos.

-¿Y por eso estuviste escondido toda la noche, toda la mañana y toda la tarde?

Adrián asintió.
-¡¡Uf!! ¿Y dónde están los otros?
El niño se encogió de hombros.
-¿Qué otros?
-¿Cómo que qué otros? Pues los que faltan, los que tampoco aparecen. Hombre, Adrián, si sabes algo dínoslo.
Negó con la cabeza. No, él no sabía nada.
-Vaya día. No puede ser.
Héctor miró al Guardia Civil encogiéndose de hombros.
-Susi, ve a que le den algo de comer y que se acueste un rato la siesta. Y en su cama, nada de salir.
La monitora obedeció. Vaya con el niño. Contenta estaba.
-Ven, anda -le dijo, ya por el pasillo, a solas-. ¿Pero cómo se te ha ocurrido? Menudo lío.
El niño, sonrió. Ya no tenía esa carita de angelote acobardado. Siguió sonriendo y no contestó.
-Mira que me estás tocando las narices. Y para colmo, los otros no aparecen.
El niño continuó mudo, como una estatua, como un retrato. El muy...
No tardó ni diez minutos en darle un vaso de leche, llevarle a su litera y acostarle. Adrián no había tardado ni medio segundo en dormirse profundamente. Y ahora ya no había nada más por hacer hasta la hora de la cena. Nada salvo encontrar a otros cuatro desaparecidos.

Ж

Todos los niños se encontraban en su barracón, probablemente haciendo la maleta. La vigilancia de pasillos se había reforzado con numerosos Guardias Civiles recién llegados. No podían perder más niños, ni uno sólo más. Y había que encontrar a los restantes, ya habían faltado casi un día entero.

Las colonias de verano se daban por finalizadas. Héctor no había tenido más remedio que aceptar la imposición de la Guardia Civil. Vaya desastre.

Susana se encontraba en su habitación, sin saber muy bien qué pensar sobre los desaparecidos. Y de pronto volvió a oír jaleo en el pasillo.

Se asomó a la puerta y vio a su compañera de cuarto.

-Ha vuelto a desaparecer. El cabrito ha vuelto a esfumarse.

-¿Qué? Espera, voy contigo.

Tras del Guardia y de Héctor, los dos llegaron hasta el barracón de los niños de Susana.

-¿Ve? -gritaba Héctor-. No está. Nadie le vio salir.

-Bien. Comencemos por el principio.

El guardia fue hasta la ventana y comprobó los sólidos barrotes, Susana ya lo había hecho el día anterior. Miró debajo de la cama y en los armarios, buscando algún indicio.

Susana sintió que tiraban de su camiseta. Se dio la vuelta y vio al niño que le había contado eso raro, Javi. Su rostro reflejaba azoramiento y preocupación.

El chaval se marchó pasillo adelante, y antes de doblar la esquina del corredor se volvió e hizo gestos a Susana para que le siguiera.

No tardaron en acudir a su mente las últimas palabras antes de marcharse de su habitación: “*Si no les ayudamos no podrán volver jamás*”. Y algo la empujó a seguir a

Javi. Lo necesitaba. De repente sentía la imperiosa urgencia de sonsacar al niño todo aquello que supiera, de pedirle algo más que explicaciones.

Cuando llegó al recodo, Javi le esperaba un poco más adelante, junto a las escaleras; nada más verla empezó a subir.

Susana, fuera de la vista de todos los curiosos, corrió en pos de Javi. Sus ágiles y largas zancadas deberían haber dado alcance al muchacho en un momento, pero no lo consiguió hasta el interior del desván. La tarde anterior habían estado allí buscando a los niños.

Una gruesa capa de polvo sobre los viejos muebles abandonados y astillados convertía el lugar en fantasmagórico. Javi estaba en pie, en el centro del espacio libre. Su silueta estaba recortada contra un luminoso ventanuco de manera impactante, y sus ojos centelleaban con un fuego impropio de un niño de trece años.

-Qué... qué es lo que pasa... -jadeó Susana.

-¿Me crees ahora? -estaba realmente indignado, como diciendo “*ya te lo advertí*”.

Después de varios segundos para recobrar el resuello, Susana se encaró con el niño.

-¿Crees que te voy a hacer caso? ¿De veras lo crees?

-Escúchame al menos -protestó.

-¿Dónde está Adrián? -preguntó ella remarcando cada palabra.

-Escúchame, te lo explicaré -insistió el niño.

La monitora, harta ya de cosas raras, amenazó lo más seria que fue capaz.

-Ya has visto a la Guardia Civil. Como me tomes el pelo...

Javi negó con la cabeza.

-Hace dos años, ¿oíste hablar de cinco niños que desaparecieron dos días, y que nunca se supo cómo explicar lo que había pasado?

Susana hizo memoria.

-Fue en verano, justo hace dos años.

-Sí, creo que lo recuerdo.

-Todo debiera haber ido bien, es un juego. Pero Adrián es un tramposo, y no es bueno; quiero decir que no es buena persona, ni de fiar.

Susana hacía gestos impacientes.

-Aquella tarde decidimos jugar a algo muy emocionante. Estábamos Paquito, Toño, Pepi, Adrián y yo.

-Sí, ¿pero esto qué tiene que ver con lo de ahora? -interrumpió Susana.

-Mucho, mucho. Aquella partida quedó sin final. Y lo están jugando ahora.

-¿Qué?

-Sí, mira.

Javi sacó de debajo de unas sillas rotas cuatro linternas y un viejo cuaderno.

-He estado antes que vosotros aquí. En cuanto supe que faltaban Quico y Adrián sospeché. Y conociendo a Quico, el desván era el lugar adecuado. Son las linternas de los niños que faltan. Y este cuaderno es el que usábamos para anotar todas las aventuras que jugábamos.

-Pero, vamos a ver. ¿Qué clase de juego es ese?

-El más sencillo de todos. El mejor.

-¡Pero, de qué se trata!

-Bueno, te haré un resumen para que captes la esencia del juego, aunque no sé si serás capaz. Sólo los niños pueden jugar a esto, que yo sepa.

Susana se sentó en el suelo, y Javi la imitó.

-Mira, mocoso. Me he pasado todo el invierno jugando a infantiladas soberbias, aburridas hasta no poder más. Así que no me vengas ahora con que si no seré capaz de jugar.

-Vale, vale. Te cuento. Se trata de usar la imaginación. Cada uno inventa un personaje. Inventa, no copia, que eso no es válido, porque es igual que si tú quisieras ser ahora Cenicienta, o Caperucita, pues no podrías; esos personajes ya tienen su propia realidad, tú no puedes cambiarla.

-Venga, por ahora voy comprendiendo. Nada de copieteo.

-Uno se hace a sí mismo, con un pasado, con sus amigos, con sus enemigos. Todo lo que se te ocurra es válido. Pero...

-Ya sabía yo que había un pero.

-Pero -continuó el niño-, ojo, nada de inventitos. El juego tiene sus reglas. En las carreras de caballos nadie compite en moto, luego, por ejemplo, si estás atrapado en una mazmorra, no vale sacar del bolsillo una bomba y estallar la puerta. ¿Captas?

-Capto, tron.

-El mundo en el que creo que están es el mismo que nos dio problemas la otra vez. Es un país de fantasía: brujos, guerreros, elfos, enanos. Ambientado todo ello en la Edad Media. Es un mundo de "*Espada y Brujería*". ¿Entiendes?

-Me pierdo. Entonces, ¿a qué leches están jugando?

-A lo que voy. Cada uno tiene un personaje, uno propio. Entonces, tienen una misión. Y el juego termina cuando se cumple esa misión.

-¿Y quién gana?

-No gana nadie. Al menos no hay un campeón. El premio consiste en jugar, en divertirse. Allí casi todo es posible. El juego en sí es un premio, porque, no creas, es difícil de jugar, y no todos lo consiguen a la primera. Pero...

-¿Otro pero?

-Sí. Me temo que eso de que no hay un campeón es según se tome. Todo depende de si la misión elegida tiene como objetivo algo individual y no colectivo. No sé, nosotros nunca jugábamos solos. Pero Adrián es caso aparte.

-Bueno, vale. ¿Y dónde están? No me digas que desaparecen los jugadores.

-Temporalmente.

-Venga ya -Susana no daba crédito a sus oídos.

-Como en "*La Historia Interminable*". Ende sabía jugar a esto, estoy seguro.

-¿Ende? Pero si era un viejo.

-Bueno, pero primero fue niño. ¿A que sí?

Susana empezaba a tener la cabeza hecha un lío.

-Entonces, mientras se está jugando se desaparece de aquí, porque estás en otro mundo, en la partida, en otra realidad, llámalo como quieras -Javi se esforzaba en explicar algo tan evidente para él que no encontraba palabras.

-Uf.

-Y cuando la partida termina, o sea, cuando se cumple el objetivo fijado, entonces, todos volvemos y ya está. Quiero decir que desde el momento en que empieza el juego, hasta el momento en que termina y volvemos pues no pasan nunca más de dos horas, o tres. Aunque en el otro lado hayan pasado cinco semanas. En realidad no va más allá de esas dos horas.

-Quieres decir que... que es como si no hubiera pasado nada.

-Sí, la imaginación es así de poderosa.

-Vaya lío. O sea, que jugáis, y si en el juego pasan dos días, o más, da igual, porque cuando volvéis no han pasado más de dos horas.

-Sí, pero la vida no queda interrumpida. Si no regresamos...

-¿Qué?

-Pues que si no regresamos, la vida aquí continúa, pero los que juegan no están.

-Esto es un jaleo –suspiró Susana tapándose la cara con las manos.

-Entonces, te contaba, que hace dos años estábamos jugando una partida. Una emocionantísima. Éramos cinco jugadores, y siempre habíamos jugado juntos, en el mismo mundo. Cada vez nos planteábamos retos más grandes, y más difíciles, lo que hacía que fuese más emocionante el juego. Pero, aquel día Adrián nos traicionó. Se unió al enemigo y nos la jugó.

-¿Cómo?

-Impidió que cumpliéramos el objetivo, y además...

-¿Qué? Venga, no te pares ahora.

-Para jugar, hay que tener muy claras las cosas. Es un juego, pero se puede ir de madre.

-¿Y eso?

-Bueno, igual que para empezar hay que estar todos de acuerdo, para salir, hay que estar todos de acuerdo. Si uno sólo de los jugadores desea continuar los demás no pueden abandonar. O todos juntos o no hay nada que hacer.

-¿Y qué es lo que pasó?

-Pues que Adrián se alió con los orcos y nos ganó. Bueno, impidió que cumpliéramos el objetivo.

-¿Y qué objetivo era ese?

-Debíamos descubrir si unos túneles que se habían encontrado pertenecían a una antigua civilización, a los primeros enanos. Pero el lugar estaba infestado de trasgos y...

-¿Qué es un trasgo?

-Un mono malvado, un ser inteligente que disfruta destruyendo cualquier cosa viva.

-Y... ¿qué pasó?

-Pues que Adrián no quería regresar, y entonces, nosotros no podíamos tampoco. Pretendía que nos uniésemos a él, o derrotarnos. Quería instaurar un reinado de terror en aquella tierra. Y los demás no estuvimos dispuestos a dejarle que se saliera con la suya. Uno hace algo más que amigos allá.

Susana estaba boquiabierta. Deseaba de todo corazón no tener que explicar una historia semejante a la Guardia Civil. Ni a Héctor.

-Pero estábamos atrapados. Al fin y al cabo éramos niños, pertenecíamos a este lugar. Todos tenemos padres, no se puede desaparecer así como así, ¿no?

-Pues no, y en unas colonias menos. ¿Qué piensas que vamos a contar a los padres de los niños que han desaparecido? No se preocupe, señora, su hijo está luchando con los trasgos esos en otro mundo. Cuando vuelva ya le diré que ha estado usted aquí.

-Ya. Pero no es culpa mía. Recuerda que yo no he desaparecido.

-¿La otra vez cómo conseguisteis regresar? -indagó Susana.

Javi extendió la mano izquierda ante sí. Le faltaba la punta del dedo meñique.

-Me hizo prisionero. Y como comprendía que debíamos regresar se aseguró que quisiéramos volver a terminar la partida. Debía estar planeando algo para el regreso y todo eso, pero se equivocó. Nunca quisimos regresar allí. Hicimos un pacto. No volveríamos a aceptar a Adrián en nuestros juegos. Y jamás regresaríamos a Cretia.

-¿Dónde?

-Cretia, el país de esa partida.

-Jesús, le llamas juego y te falta un trozo de dedo. ¿Pero qué clase de niños sois?

-Normales, sólo normales. Como tú.

-Eh, eh. Que aquí la menda tiene dieciocho.

-Bueno. Pero sólo los niños comprenden lo que te he explicado. Tienes suerte de que todavía no sea demasiado tarde.

-No, si aún tendré que hacerme dos coletas y volver al cole.

Javi se encogió de hombros.

-¿Los niños de ahora no jugáis a los pistoleros? Yo pensé que lo peor que os pasaba eran las *vicioconsolas*.

-Sí, alguna vez hemos jugado al Oeste.

-No me digas que también...

-Es un juego. El mejor. Y si no está Adrián de por medio es bastante seguro. Si dentro del juego te ocurre algo... es sólo dentro del juego.

-Quieres decir que si te... que si te matan...

-Sí. Tu personaje muere, tú vuelves aquí y asunto arreglado.

-Entonces... entonces ¿por qué no os matasteis todos aquella vez que estabais atrapados?

-Al final vas a tener razón. No entiendes nada. ¿Cómo voy a querer que se muera un personaje que me puede haber costado crearlo igual más de medio año? Tú flipas.

-¡Pero si estabais atrapados!

-Para eso es mejor no jugar.

-¡Pero si te falta un trozo de dedo!

-El que juega ya sabe a qué se atiene.

-Pero... pero ¿y si no llegáis a poder regresar nunca?

-Nunca es mucho tiempo. Allí teníamos amigos, tarde o temprano nos hubieran ayudado.

-¿Y si no?

-Y si no, Adrián habría ganado. Y entonces, tendríamos que haber inventado nuevos personajes y haber vuelto. En Cretia hay muchas cosas buenas, no podríamos haber dejado que Adrián echase a perder todo aquello.

-Pero ¿no es un juego?

-Sí, para nosotros sí. Pero para la gente que vive allí no. Es algo tan real. Pero eso tú no lo podrás entender si es que no juegas alguna vez.

-¿Yo? Ahora sí que flipas tú. ¡Voy a ir yo a ese Cretia o como se llame, ni hablar!

Se hizo el silencio entre ambos. La frontera entre niño y adulto, que por un momento se había disipado, volvió a interponerse. Javi se había esforzado. Pero, ¿cómo explicar lo inexplicable?

-Voy a ir yo también.

-Dónde, ¿a Cretia?

-Sí.

-¿Y vas a desaparecer? Bueno, claro. Qué cosas digo. Sí, ¿no?

El niño asintió.

-Si no han regresado es por culpa de Adrián. Estoy seguro.

-¿Qué vas a hacer?

-Ir. Y una vez allí ya veré.

-Y si no regresas tú tampoco, ¿yo qué digo?

Javi le tendió un cuaderno. Era un bloc viejo y gastado, encuadernado en fieltro negro, con las esquinas dobladas, sucio y maltratado.

-Si yo no regreso tendrás que ir a buscarnos.

-¿Yo?

La mirada de Javi era seria, clara. No estaba de broma.

-¿Y para qué quiero el cuaderno?

-En él está escrito con claridad cómo es Cretia, sus gentes, el clima, su historia, todo. Lee e imagina. Sólo eso.

-Pero...

-¿No has leído ningún libro de caballeros o de fantasía, o de, no sé, de duendes?

-Sí. Alguno. Pero hace ya muchos años.

-Haz memoria.

Susana estaba asustada. Había creído, sí. Por eso estaba asustada. Y la sola posibilidad de que tuviera que hacer algo tan peligroso como desaparecer o lo que quisiera que tuviese que hacer le hacía sentirse incómoda. Muy incómoda.

Javi se sentó en cuclillas, a lo indio. Juntó las manos y cerró los ojos.

-¡Espera, espera! -dijo Susana-. Dime al menos cómo se hace.

-Te pones cómodo, te relajas, cierras los ojos, y si fuésemos más, haríamos un círculo para estar todos unidos de la mano. Ahora, como estoy yo solo, me doy la mano a mí mismo.

-Entiendo, ¿y luego?

-Debes llegar volando, en las alas de un poderoso dragón. Piensas en el lugar que quieres ir... y si eres capaz de imaginártelo, pues ya está.

-¿Un dragón? ¿Montada en un dragón?

-No. Tú eres el dragón -afirmó Javi.

-¿Ah, sí?

-No es tan fácil normalmente, pero dadas las circunstancias lo mejor es que tú también entres en la Hermandad.

-¿Hermandad? -preguntó asustada la monitora.

-El cuaderno -respondió Javi-. Todo está en el cuaderno.

-Bien, lo comprendo. ¿Y nada más? ¿Ni conjuros, ni hechizos?

-¡Qué dices! Así vale. Así de simple.

-Bueno, bueno.

Javi cerró los ojos otra vez.

-¡Espera, espera!

-¿Qué pasa ahora?

-¿Cuándo volverás?

-Si todo va bien un par de horas es suficiente. Si la cosa se complica, a la noche, y si se complica más...

-¿Si se complica más?

-Pues entonces no sé.

-Vale, vale.

Volvió a cerrar los ojos.

-¡Espera, espera!

El niño soltó aire por la nariz, conteniéndose.

-¿Y si debo ir? ¿Cómo lo sabré?

-No lo sabrás, así que déjame en paz. Si mañana no he vuelto, mejor será que no te metas. Creo que no entiendes ni jota. Además, no creo que alguien como tú pueda hacer algo. Eres... eres demasiado mayor ya.

-Bueno, pero por si acaso.

Ya no le quedaba más paciencia, ni una gota más. Estaba perdiendo el tiempo, y eso le estaba sacando de quicio.

-Mira, si vas, cosa que no creo posible, busca una posada llamada "El Buen Pozo Sediento". Allí alguien te dará noticias de mí. Por cierto, yo soy Varandir.

-¿Varandir?

-Sí, si preguntas por Javi nadie sabrá qué decirte. Y otra cosa. No comentes que vienes... *de fuera*. La gente no admira precisamente a los *fugaces*. Así nos llaman, porque llegamos, la liamos y desaparecemos. No estamos muy bien vistos. En el cuaderno está todo lo que debes saber. ¿Vale?

-Vale.

-¿Alguna pregunta más?

-No, adelante. Ya no te interrumpo más.

Javi cerró los ojos. Se le veía concentrado, absorto. Movía los labios en indescifrables murmullos. Sus manos, firmemente apretadas, comenzaron a moverse, cambiando de posición, para finalmente entrelazar los dedos. Durante varios minutos permaneció igual, sin moverse.

Susana no quitaba ojo, y en su cerebro de adulto comenzó a manar la idea de que todo había sido una tomadura de pelo. La sospecha crecía y crecía, hasta que una vez que parpadeó, cuando abrió los ojos, ya no estaba.

De un salto se puso en pie. Estaba acongojada, aterrada. Fuese lo que fuese aquel juego no le gustaba ni un pelo. Buscó detrás de los muebles, y por entre las sillas, insistiendo en la idea de un engaño. Pero hubo de admitir que Javi no estaba allí. Ni escondido ni sentado delante de ella, que es como una persona normal hubiera estado.

Ahora sí que estaba en un lío. Otro niño había desaparecido, y sólo ella sabía qué había pasado. Pero no lo podía contar. ¿Quién iba a creerla?

VII.

Caza recompensas.

El resto de día lo pasó como un zombi, yendo de acá para allá sin enterarse siquiera. Para cuando se supo que faltaba otro niño, ella ya estaba embebida en algo semejante a un trance impermeable que le inmunizó al interrogatorio, amenazas incluidas de Héctor. Incluso le interrogó la Guardia Civil, y habló con ellos. Y habló con los demás monitores, o mejor, ellos hablaron con ella.

Aprenderás a trabajar, a ganarte un duro. Las palabras de su padre venían una y otra vez a su cabeza. Si no hubiera sido por él, ahora estaría en la piscina, tomando el sol, sorbiendo un helado, riéndose y divirtiéndose. La culpa la tenía él, porque estaba metida en un lío de mil pares de narices, y no tenía idea de cómo solucionarlo.

La hora de la cena pasó fugazmente, con un silencio sepulcral en todo el comedor. Ni los niños chillaban como de costumbre, ni metían el follón de rigor ni los monitores estaban demasiado pendientes en que no quedara nada en cada plato. Todos tenían en mente las sangrantes desapariciones en sus mismas narices.

Las colonias estaban fulminantemente suspendidas, los autobuses llegarían por la mañana. Y estaba prohibido abandonar el recinto. Cualquiera que lo intentase se vería retenido por la Guardia Civil que montaba guardia en todas las salidas. A lo lejos, como permanente murmullo, recordándolo todo, se oían ruidos de motores, seguramente de la batida que se había montado para encontrar a los niños en el monte. La Caja no podía consentir la pérdida de otro niño más. Seis eran suficientes.

Era la ruina para la Caja organizadora, aunque eso era lo único que le traía sin cuidado a Susana. La Caja se podía cuidar solita. En cuanto a Héctor... que se cuidase él solito. Y en cuanto a los niños, ¿qué podía hacer ella? Si contaba algo a los guardias fijo que la metían al manicomio, si es que no la culpaban a ella.

Pasó la cena y escampó. Se abrió el cielo y salió la luna acompañada de las estrellas. Pero nadie se percató. Y menos que nadie Susana. Los niños terminaban de hacer las mochilas y de recoger sus cosas, como autómatas, serios, como si no fueran niños. Al día siguiente llegaría el autobús y todos a casa. En el Complejo Polideportivo Tres Pinares ya no reinaba la alegría ni había gritos ni las habituales carreras por los pasillos. Los juegos nocturnos con linternas medio veladas habían sido sustituidos por un par de Guardias Civiles uniformados y armados en cada pasillo. Las correrías de habitación en habitación, las escapadas a hurtadillas, los susurros y los secretos estaban cegados por la patrulla de vigilancia. Monitores y Guardia Civil habían llegado a la conclusión de que alguien de dentro estaba implicado. No era ninguna broma que seis niños desapareciesen así por las buenas.

Susana amontonó sus ropas encima de la cama. Todo, porque al fin y al cabo no era mucho. Se ajustó el reproductor a la cintura de sus vaqueros y lo encendió a toda mecha: la misma canción de siempre le distanció aún más de la desolada habitación, del enorme y silencioso caserón del Complejo Polideportivo Tres Pinares.

Welcome to the jungle. Welcome, Susana, Welcome.

Cogió su enorme mochila, un niño pudiera haber cabido dentro, y abriendo las ruidosas cremalleras, comenzó a meter cosas dentro. La toalla de la piscina al fondo, no la había usado ni una vez. El bañador encima, ni desdoblado, tal y como lo trajo de casa. La crema de sol a un lado.

Ya tenía metido casi todo, cuando al doblar un pantalón descubrió encima de la colcha un cuaderno de fieltro negro muy usado y sucio.

Sintió un escalofrío que le recorrió toda la espina dorsal: *el cuaderno*. Miró por la ventana y se percató de que era de noche, noche cerrada ya. En el reloj las once cincuenta. No había ido ni a cenar. Su pulso temblaba, cuando toda nerviosa se atrevió por fin a coger el cuadernillo. Apagó la música, necesitaba concentrarse.

Si hubiera habido novedades, estaba segura de que se habría enterado. Así que Javi estaba allí, en la Cretia esa. Y los demás. Incluido Adrián, a todas luces el causante de todo el problema. Y ahora estaba ella en posesión del secreto. Ella y nadie más que ella tenía en su mano hacer algo para establecer el orden natural de las cosas. Buen lío.

Despejó la cama de restos de ropa sin doblar, tiró la mochila al suelo, partió una onza de chocolate y encendió la música. Se tumbó y abrió el cuaderno.

Welcome to the jungle.

Leyó. Algo más de ochenta cuartillas de apretada caligrafía infantil le pusieron al día de las aventuras y desventuras de la cuadrilla en Cretia. Se enteró de muchas cosas que le dejaron boquiabierta. No era una excelente narración, pero conseguía informar y relatar fielmente lo ocurrido en Cretia.

¿Cómo unos niños de doce y trece años podían saber tales cosas? No era posible que ellos solos hubieran inventado todo aquello. Alguien más mayor les tenía que haber ayudado. Sobre todo teniendo en cuenta que todo lo relatado había sucedido hacía dos años, o sea, cuando los mocosos esos tenían once años. ¿Cómo podían haber imaginado un mundo de adultos cuando ellos no lo habían experimentado aún? ¿Cómo podían ser tan terriblemente violentos y destructivos a la vez que creativos? Porque el relato en cuestión era una sucesión de sangrientas batallas y muertes de todo tipo de criaturas horribles. Pero también estaba lleno de ternura, de historias de amor, de rescates valientes y arriesgados. ¿La eterna lucha del bien y el mal? ¡Pero si eran unos críos!

En fin, si todo era un juego, aunque peligroso, todavía había solución. A su modo de ver sólo había que encontrar la manera de concluirlo. Conocía las reglas, conocía el modo de jugar. ¿Qué más necesitaba? Valor. Necesitaba valor. Y un personaje, eso era lo fundamental.

Estaba en blanco. Con el estómago vacío no podía dar rienda suelta a su imaginación. Tal vez en la cocina pudiera conseguir algo de comer. A pesar de la hora.

En cuanto salió al pasillo se topó con un par de monitores: la ronda de guardia.

-¿Dónde vas, Susana?

-Hola. A la cocina, me perdí la hora de la cena y...

-Será mejor que ni te muevas de tu cuarto, los guardias civiles están un poco moscas. Han sobrado un montón de bocadillos. Si quieres te traemos un par de ellos y un bote de zumo.

-Vale, muchas gracias.

Entró en su cuarto, con el estómago rugiendo y el ánimo enfebrecido, buscando en su memoria los remotos recuerdos de cuando niña, de todos los tebeos, cuentos, historias. Incluso de su fantasías.

En unos minutos tuvo ante sí la cena, dos bocatas de chorizo y un zumo de naranja, puro polvo cien por cien. Comenzaba a aclararse, al menos un poco. Pero primero la cena, tenía por delante toda la noche. En el reloj las tres y veinte.



Hombre o mujer. Mujer, evidentemente. Y tendré que saber valerme por mí misma, luego necesitaré... armas. ¡Armas, eso es! Hmmm... No sé. No tengo idea de tirar con arco, ni soy muy fuerte, luego armas pesadas no. Hachas... no, mazas... no, martillos... no, arcos tampoco. ¿Una espada? No, mejor una liviana varita mágica. Con ella podré hacer todo lo que me plazca... aunque... claro, de magia sí que no tengo ni idea. Mejor una espada. Eso, afilada y ligera, pero resistente.

Va bien, va bien. Hmmm... Mejor, tendré dos espadas, una de repuesto. ¿Sabré manejarlas? Bueno, puedo inventarme también mi pasado. Puedo haber ido a una academia o algo así. Vale, entonces soy una espadachina, con dos espadas. Ahora necesito... Hmmm... Necesito... defensas, eso es. Llevaré una armadura de cuero, que las flechas no serán capaces de atravesar. Y un casco. Sin cuernos, que eso es horrible. Y una trenza larga con mi pelo negro, pues con todo el jaleo seguro que se me enreda.

Bueno, Susana, espadachina del lejano Oriente. ¿Susana? No, no, no. No me puedo llamar Susana. Es como si un marciano llega a la Tierra y dice que se llama Alberto... Pues sí que... No sé, ¿Susi? No, eso me suena a pescado crudo. Sí que soy oriental, pero...

Hmmm... ¡¡Suzán!! Eso es. Aunque suena un pelín a Tarzán, pero está bien. Bueno, Suzán, espadachina oriental, armada con dos espadas ligeras y fuertes, protegida con una liviana armadura muy resistente, con un casco... sin cuernos. No veo qué más puedo necesitar.

Bueno, iré vestida, claro. Con ropa cómoda y resistente, discreta, no quiero llamar la atención. Y... ¿sabré valerme por mí misma? Uf, no tengo ni idea de nada. Necesitaría un guardaespaldas, o mejor, dos. Uno podía ser como Kevin, y yo una estupenda cantante... pero soy una espadachina. Lo que necesito es alguien que luche por mí.

Hmmm... Me estoy liando. Susana, rica, que te lías.

No sé, tendré dos guardaespaldas y ya está. Aunque yo sabré usar mis espadas, claro, porque si no... vaya espadachina. Eso de espada-china me suena a chinitos.

Susana, que te vas por las ramas.

Bueno, no va tan mal la cosa. A ver, ¿qué más, qué mas? Hmmm... Un pasado, necesito un pasado. Sí, que explique mi actual situación. Eso está tirado.

Suzán, en otro tiempo fue una campesina, que vivía con sus padres. Hasta que un día, una invasión bárbara la dejó sin padres. Entonces decidió vengarse e ingresó en una escuela de espadachines. Durante mucho tiempo fue adiestrada, y cuando estuvo preparada se marchó a vengarse. Pasó muchas aventuras hasta que por fin consiguió dar descanso al atormentado espíritu de sus padres y... ahora es una afamada caza recompensas.

¡Eh! No está mal. Para ser una novata no está mal. Bien, bien. Para empezar no está mal. Ahora... necesitaría... dinero, ¿no? Sí, tengo una bolsa repleta de oro. Lo gané capturando a mi último forajido. Eso es.

¿Qué mas? Hmmm... Creo que no se necesita nada más. Lista, Suzán, al ataque.

Para empezar, y para no perder el tiempo, lo mejor es que ya haya llegado a mi habitación en la posada... Hmmm... “El Buen Pozo Sedito”. ¿Se llamaba así, no? Sí. Estoy metida en mi comfortable cama, descansando del fatigoso viaje que hice para llegar hasta allí. En cuanto me despierte comenzaré mis pesquisas para dar con Varandir.

Susana se sentó apoyada en la cabecera de la cama. Juntó las manos tal y como había visto hacer a Javi, y cerrando los ojos comenzó a pensar en todo lo que había leído e imaginado aquella noche. Al principio no fue fácil, pero poco a poco, fue entrando en materia. Vio con claridad la posada oscura, llena de humo. Imaginó que llegaba

sedienta, hambrienta y agotada. Pedía una habitación y de inmediato se metía en la cama.

Había entendido con claridad que tenía que cogerse las manos y transformarse en un inmenso dragón blanco que le llevase hasta Cretia usando sus poderosas alas. No había entendido muy bien por qué, ni por qué tenía que ser blanco el dichoso dragón. Pero tenía otras cosas de qué preocuparse. Así que se imaginó el brillante y endurecido torso de un karateka, con un dragón rugiente tatuado en su espalda llena de músculos, perlada de sudor por el esfuerzo de la kata. El dragón, con los ojos fijos en ella expulsaba llamaradas que lamían la cintura del karateca. Era un feroz dragón blanco.

Comenzó a sentir sueño. Su respiración se fue tornando más suave, sus defensas fueron cayendo. Despacio, su subconsciente iba tomando el mando, y Susana, lentamente, dejó de apoyarse en la cabecera de su cama, desvaneciéndose imperceptiblemente, hasta que ya no estuvo más allí.

El aire frío de Cretia la envolvió.

*Welcome to the jungle
We got fun 'n' games
We got evrything you want
Honey we know the names
We are the people that can find
Whatever you may need
If you got the money honey
We got your disease³*

³ Guns 'n' Roses. Appetite For Destruction. Geffen Redords.

VIII.

El Buen Pozo Sediento.

Menos mal que la noche había ido aclarando. El vendaval había cesado su aullido, dejándole helado hasta el tuétano de los huesos. Tiritaba, no estaba preparado para pasar al raso más de dos semanas, sin apenas descanso, con tormentas de más de veinticuatro horas seguidas, con vientos huracanados, congelados, sin ver el sol más que durante unos instantes en todo el día. Pero había tenido suerte, a pesar de haber perdido su caballo y sus pocos víveres, a pesar del clima endiablado, a pesar de llevar un retraso enorme. Había tenido suerte, estaba vivo. Acarició inconscientemente su amuleto, una simple piedra a primera vista.

No podía faltar ya mucho para su destino, un par de horas de caminata, a lo sumo tres. Sin embargo, y eso era seguro, no llegaría antes del anochecer. Pero ya podía ver la columna de humo de la posada, e incluso podía oler sus guisos, y saborear su cerveza caliente. Pero pensar en aquellas cosas le hacía más que penoso seguir caminando.

Sus piernas se hundían en la nieve, hasta más de la rodilla, y tenía suerte, porque como era un camino frecuentado, las pisadas de caballo lo iban guiando. Nuevamente acarició su amuleto. El frío había endurecido bastante el blanco manto, haciendo que cada paso fuera un agónico esfuerzo por avanzar. Pero él no se rendía, bajo ninguna circunstancia.

Sintió tras de sí el galope amortiguado por la nieve de un caballo. No le extrañó, y sin embargo le causó asombro que alguien pudiera estar de viaje con aquel tiempcito. Pero como estaba acostumbrado a situaciones más que insólitas se preparó para lo que pudiera acontecer. Aquella tierra era hospitalaria sólo en contadas ocasiones. Y nunca, nunca, cuando uno no pudiera hacerse respetar. Cerró su andrajosa capa, tratando de ocultar el arma. Y ocultó también el rostro con el capuchón. Por el momento prefería pasar desapercibido.

El caballo se acercó por detrás.

-Buen día tengas, viajero -saludó el jinete.

-Buen día.

-Malo hace para caminar sobre la nieve.

-Sí.

-¿A dónde te diriges?

-Hacia allí -respondió el hombre señalando enfrente de él.

-Está bien, está bien. No quiero entrometerme, pero es bien raro ver un caminante en medio de este páramo nevado, sin equipaje, sin montura y sin víveres.

-Lo perdí todo en la tormenta -respondió el otro sin dejar de caminar.

El jinete se adelantó otro poco y se interpuso entre el caminante y su camino. Se inclinó y susurró confidencialmente.

-Escuchadme. Busco a un hombre. Un peligroso mago. Responde al nombre de Varandir. Con aspecto raro, silencioso, esquivo. ¿Acaso lo conocéis o habéis oído hablar de él?

Oír su propio nombre de labios del jinete le paralizó. Entonces se subió un poco el capuchón y observó montura y caballero: amplio torso desnudo bajo la capa, manos grandes y recias, cabello rubio muy corto, cicatrices en plena frente y retorcido tatuaje que subía por el cuello hasta perderse por detrás de la cabeza.

-¿Y si es tan peligroso para qué lo buscáis?

-Bueno –respondió el jinete sonriendo-, digamos que su cabeza bien puede valer unos mil talentos de oro.

-¿Sólo? –se indignó el caminante-. ¿Sólo mil? ¿Y cuánto vale ya la tuya?

El jinete tendió la mano ofreciendo ayuda para montar en el caballo.

-La mía vale poco. En este reino.

El caminante aceptó de buen grado el inesperado auxilio y montó en la grupa del caballo.

-¿Cómo supiste que era yo?

-Sólo conozco a un *fugaz* lo suficientemente prudente como para no llamar la atención caminando por esta nevada como si pasease por una pradera llena de flores.

-No puedo más, hace casi dos semanas que perdí mi caballo.

-La verdad es que ha sido casualidad.

-Me alegro de verte, Toro.

-Y yo también. ¿Al Pozo?

-Al Pozo, sí.

A lomos del corcel, el camino hasta la solitaria posada se redujo a una hora escasa de viaje. Y antes de lo que el fatigado Varandir esperaba, se encontró ante un plato de estofado caliente y una jarra de vino tinto, rojo profundo como la sangre.

Recobraron fuerzas sin apenas decir palabra, en su antigua mesa, en el rincón más sombrío de toda la posada. Aquello no había cambiado nada; eran otros clientes, aunque los mismos en el fondo: viajeros fatigados, *honrados* mercaderes, cazadores o peleteros, mineros, granjeros en viaje, y algún que otro fugitivo solitario. Sin embargo allí no había nada más que la vieja camaradería que hermanaba al agricultor y al ganadero, al soldado y al comerciante. En aquel lugar se encontraba la tregua del descanso, de la comida caliente, de la bebida inagotable. Aquello era *El Buen Pozo Sediato*, el único remanso caliente y resguardado en cien kilómetros a la redonda. El único lugar en el que se podían ver extravagantes *fugaces* y no temer nada de ellos.

-Hace tiempo que esto se ha puesto muy feo, Varandir, pero que muy feo.

Toro bebió un sorbo de su jarra de licor.

-¿Has visto a Kikro?

-No, aunque si te digo la verdad, la presencia de enanos en Cretia ha crecido de manera espectacular. Las noticias de la presencia de minas y viejos túneles ha despertado la codicia en sus duros corazones de roca.

-Pero, han cambiado más cosas, ¿verdad?

-Sí, muchas. Y tal vez no lo creas, pero los viejos túneles que el Rey concedió a los enanos ahora pertenecen a trasgos y orcos

-Sí, ya recuerdo.

-Y no han podido ser recuperados. Los asquerosos trasgos se han hecho fuertes y no veo manera de sacarles de allí.

-Ni yo, ni yo.

-Pero lo peor no es eso. Lo peor es que ahora hay orcos por todas partes. A plena luz del día, en partidas numerosas, acompañados de lobos.

-Tienes razón. La cosa está fea.

-Las granjas más apartadas han sido saqueadas. Los bosques ya no son seguros. Las montañas están dominadas también por ellos. En invierno Cretia queda bloqueada, excepto por mar. Todos los pasos en las montañas están controlados por los orcos, y aún no puedo asegurarlo, pero me temo que criaturas peores están rondando Cretia al amparo de los orcos.

-Habrá que hacer algo.

Toro asintió, bebiendo un sorbo para aclarar la garganta.

-De momento ha surgido un caballero, en el sur, que ha ganado el favor del Rey. Él y sus tropas han frenado el grueso del avance de los orcos. Se ha establecido un delicado equilibrio en el que las bestias temen avanzar y en el que el caballero misterioso, como yo le llamo, las mantiene a raya.

-¿Un caballero? Hmm. ¿Cuál es su nombre?

-Es un imponente hombretón, siempre de negro, y su espada comienza a ser temida y admirada a partes iguales en Cretia. Se hace llamar Arturo.

-No he oído hablar de él antes.

-Ni yo –admitió Toro-. Surgió de la costa de Poniente, con un grupo de leales. Y pronto se ha hecho con un ejército muy respetable.

-Eso es bueno para Cretia. El Rey Pablino sabrá apreciar cualquier ayuda que le llegue del exterior.

-Seguro, Varandir. Pero está creciendo demasiado deprisa.

-Mientras combata a los orcos es un buen aliado.

-Combate a los orcos. Pero también está buscando *fugaces*. Y no lo oculta a ojos de nadie.

-¿Por qué tiene tanto empeño en encontrar *fugaces*? –preguntó el mago bajando el tono de voz.

-Ni idea, Varandir. Al parecer no ha encontrado ni uno. Pero sabe dónde buscar –susurró tapándose los labios con su inmensa mano-. Los soldados frecuentan esta posada.

-¿Cómo?

-Lo que has oído.

Toro afirmó serio con la cabeza mientras se revolvía inquieto en el taburete.

-Será mejor que te cuente todo lo que yo sé. Desde el principio.

-Sí, será lo mejor –afirmó Varandir-. ¡¡Posadero, otras dos jarras!!

El hombretón rubio se mostraba agitado. Sabía que inmediatamente no podía hacer nada, que debía esperar e informar a Varandir. Pero él era hombre de acción. Nada de planes, nada de suposiciones, se golpea primero y se pregunta después.

-Cuando os marchasteis la última vez me dirigí a la capital, Óstima, y allí me dediqué a despilfarrar hasta la última moneda que tenía. Cuando ya no me quedaba ni un cobre, me apañé algún trabajito... ya sabes.

-Muy interesante.

-En uno de mis viajes, siguiendo las huellas de un... –Toro disminuyó otra vez su voz hasta un susurro- cliente, me encontré con una partida enorme de orcos.

Varandir asintió, no perdiendo detalle de cada palabra.

-Viajé al sur, vigilando de cerca los movimientos de esos orcos; y cuando menos lo esperaba, cruzando las montañas en pleno invierno, surgió Arturo y su ejército. Detuvo la inminente oleada de bestias y pidiendo permiso al Rey Pablino, se estableció frente a las montañas, al sur del reino.

-Increíble –afirmó Varandir encogiendo los hombros.

-Y ha prosperado mucho. Su campamento inicial dejó paso a una alta empalizada de madera, y ésta, en poco tiempo dejará paso a una imponente muralla de piedra, gruesa como cincuenta hombres y alta como una montaña. Proyecta un recinto lo suficientemente grande como para abarcar una ciudad en el interior. Incluso creo que planea construir un castillo.

-Mucho me temo, que cuando se establezca Arturo, el Rey Pablino va a tener más cosas de las que preocuparse que de orcos y malas bestias.

-Yo también pienso eso.

Bebieron sendos largos tragos, engullendo sus malos presagios.

-Corrió incluso el rumor que Arturo había pedido la mano de la princesa, pero que Vivian le había rechazado. Y también se decía que el Rey Pablino no vería con malos ojos que el poderoso Arturo fuera su yerno.

-Lógico. Y arriesgado.

-Pero ahora Arturo lo va a tener crudo.

-¿Por qué?

-Vivian ha desaparecido sin dejar huella.

-¿No tendrá algo que ver Arturo en todo esto?

-No lo creo -negó Toro-, aún no es lo suficientemente poderoso como para enfrentarse al Rey. Se piensa que fueron los vikingos del norte. Aunque... ¡Quién sabe!

-Esto se empieza a complicar. Oye, ¿y tú? ¿Cómo sabes tantas cosas?

-Te voy contando poco a poco. Arturo es poderoso, y cada vez lo será más. Todos los hombres que lo desean, entran a su servicio. Todos, da igual su condición, conocimientos o edad. Está formando un pequeño reino bajo su mando.

Varandir no daba crédito a sus oídos.

-Amparado en la bula dispensada por el Rey, Arturo hace y deshace a su antojo. Todo el sur del reino está bajo su control. Y no le ha costado ningún esfuerzo. La amenaza orca ha sido suficiente. Cada aldea fue empujada a pagar tributo a cambio de protección de las tropas de Arturo. Desde ese momento pasaron a estar en su mano. Y los pocos que se resistieron, no hicieron más que ver aparecer las hordas orcas por el horizonte para ir corriendo a pedir cobijo bajo su ala.

-¿Les protege o les exprime? –se preguntó el mago.

-Les protege a cambio de financiar su ejército. Bien sea con oro, con grano o con trabajo. Todos y cada uno de los hombres que viven al sur de Cretia puede considerarse que viven por y para Arturo.

-Sorprendente –afirmó Varandir.

-El tributo exigido es elevado, pero si los orcos queman tu cosecha, él la reemplaza con creces de sus propios graneros. Además, admite como obrero a cualquiera que desee estar bajo su mando, y la paga no es mala, ni la comida. En el recinto de su campamento halla cobijo cualquiera que lo busque. Es impresionante el número de hombres que con sus familias llegaron el pasado verano hasta Tres Colinas.

-¿Tres Colinas?

-Sí, así se llama. Parece ser que planea reconquistar las minas y ponerlas bajo su mando. Aunque los enanos tendrán que decir algo al respecto.

-¡Los enanos! Los había olvidado.

-Pues que no se te olviden. Ni uno sólo ha aceptado ponerse a su servicio. Ni uno sólo obedece las órdenes de sus hombres.

-Es extraño. Nadie se expone de esa manera si no espera un gran beneficio.

-Sí, es extraño -repitió Toro.

-¿Qué tramará?

-Al principio se pensó que estaba preparando un levantamiento, pero por el momento creo que aún no se ve lo suficientemente seguro como para hacer frente al propio Rey. Tardará todavía muchos años en levantar su fortaleza, y por lo pronto la gente está contenta, mantenida y segura.

-No me huele nada bien.

-Ni a mí. Y creo que la clave está en las minas. Dime, Varandir, ¿sabes tú de alguna vez que trasgos y orcos habiten en armonía durante largo tiempo?

-Que yo sepa no -respondió tras meditar unos segundos-. Siempre se han tolerado, pero el cielo es de los orcos y la tierra de los trasgos. Rara vez salen los trasgos demasiado de sus cavernas, y más rara vez se meten bajo tierra los temidos orcos.

-Pues aquí hay algo que les une. Los orcos controlan no sólo el exterior de las minas, el interior también; y han llegado trasgos, rechonchos y manilargos, desde el este. Largos y penosos han sido mis días de vigilancia en los pasos. Y terribles mis sospechas, pero más terrible ha sido que se confirmaran. Grandes compañías de trasgos, guiadas por orcos, han viajado hasta las minas. Ahora se oye el incesante martilleo de sus feas máquinas, y el humo en los hornos es continuo. Están forjando un ejército.

-Te has movido mucho, has estado muy atento.

Ambos quedaron por unos instantes en silencio.

-Estoy muy preocupado, temo que muchas criaturas hayan escapado a mi control durante los días que me dirigí a la corte, a ver al Rey Pablino. Le conté mis sospechas y me envió a averiguar si Arturo era de confianza.

-¿Y qué crees?

-No lo sé. Hay algo raro.

-¿Y qué le has dicho al Rey?

-Nada, no tengo ni idea de qué decirle. Visité durante unos días el campamento de Tres Colinas. Allí vi todo lo que te he contado. Que no es mucho.

-Bastante más de lo que yo sabía. Lo que no entiendo es que se dedique a perseguir fugaces.

-Un día comenzó la cacería. Fue una búsqueda sin tregua, despiadada. A la menor sospecha, cualquier incauto era llevado al campamento. Una vez allí desaparecía para siempre. Y se comenzó a hablar mal de los fugaces, peor que antes. Se les culpó de todos los males de Cretia.

El mago se quedó sorprendido ante tal afirmación.

-Me hubiera alistado en su ejército para averiguar más, pero no necesitaba cazar falsos fugaces, necesitaba resolver el problema de Cretia. Aunque aún no sé cuál es.

-¿Alguien en la corte había oído hablar con anterioridad de Arturo?

-No -respondió Toro con seguridad-. Y no tiene modales de noble precisamente.

-Sigo sin entender nada. ¿Qué tiene que ver él con los fugaces?

-No sé. Pero yo suponía que vendrías pronto. Por eso te buscaba.

-¿Cómo sabías que iba a venir?

-Se rumoreaba mucho, demasiado. Si estaban buscando fugaces supuse que debía haberlos. Además, los hombres de Arturo tienen la orden de tener especial cuidado en capturar a un tal Varandir, un mago peligroso y fugaz malvado.

-Ya veo, ya.

-Por eso estaba buscándote yo también. Y supuse que tarde o temprano vendrías al Buen Pozo Sediento.

-Acertaste, me encaminaba desde Óstima hasta aquí. El Rey Pablino no se encontraba en la corte, por lo que no sabía nada de esto. Y hubiera venido antes de no perder mi montura en medio de una infernal tormenta. ¡Vaya invierno!

-Y que lo digas. No conozco que nunca haya habido tales nevadas.

-Así, que parece que en Cretia todos andamos buscando fugaces -reconoció Varandir.

-¿Todos?

-Tú, los hombres de Arturo, yo...

-¿Tú?

-Sí, busco a Kikro, y a otros tres. O cuatro.

-¿Y sabes dónde encontrarlos?

-No. Esperaba, al menos, encontrar señales de Kikro aquí.

-Pues por aquí no ha aparecido. Le hubiera visto. Y si no, el tabernero tiene recompensa doble si me avisa a mí antes que a los hombres de Arturo.

-Bien hecho, Toro, bien hecho.

-Y los otros, ¿quién son?

Varandir se encogió de hombros.

-No tengo ni idea, ni la más remota idea. Tendremos que ir a echar un vistazo a Tres Colinas.

-Cuando llegues allí espero que tengas más suerte que yo. Arturo tiene algo raro, un no sé qué extraño. Apenas he podido verlo, anda siempre entre sombras, y a la luz del día no se despoja jamás de su casco negro, con la visera en forma de calavera. No sé, Varandir, no te ofendas, pero se parece a ti. Y no es Nidarún, te lo aseguro.

-¿Se parece a mí?

-Sí. No sé explicártelo mejor.

-¡Qué extraño!

-Mira que sois raros los fugaces –comentó el enorme guerrero frotándose la cabeza pelada.

-Tendremos que ir para allá.

Miraron sus jarras vacías, alargando la decisión, sopesando las dudas. El reconfortante humo de la chimenea calentaba amablemente, y el oloroso licor acariciaba suave, amodorrándoles, apoltronando su fatiga. Se estaba tan bien en el Pozo. Y fuera estaba el frío, la negrura, los peligros, el helado vendaval. Decididamente harían noche en la posada.

-¡Posadero, otras dos...!

La voz quedó interrumpida por el violento portazo. El golpe de viento que penetró enmudeció el local. Un hombre enorme entró sacudiéndose la nieve del manto negro. Los hombres de Arturo habían llegado.

-Ojo, nada de tonterías -susurró Toro.

Al primero le siguió otro, y otro, y otro, y otros dos más. Su uniforme negro se encontraba cubierto de nieve arrastrada por la ventisca. Sus largos bigotes y barbas, helados y blancuzcos enmarcaban rostros despiadados, enrojecidos por el frío.

El primero, el hombre al mando, paseó su mirada por todas las mesas. Eso sólo, hubiera bastado otras veces para encender una enorme trifulca, pero los soldados de Arturo eran bastante más que temidos ya en toda Cretia. Uno a uno fueron pasando todos los presentes bajo sus escrutadores ojos. El único al que no habían mirado siquiera era al pobre tabernero, que temblando como una hoja ofreció asiento y bebida.

-Pasen, pasen. ¿Vino, gentilhombre? ¿Comida tal vez?

Los seis soldados entraron, cerrando la maltrecha puerta. Lentamente tímidas conversaciones comenzaron a aflorar, y el murmullo fue restando importancia a la presencia de los soldados, que sentados en una mesa daban buena cuenta del vino y de los embutidos ofrecidos por el posadero.

-Causan pavor en la gente -susurró Varandir.

-Más que eso, nadie osa enfrentarse. Arturo tiene media Cretia cogida por el gaznate -respondió en el mismo tono.

El mago miró de reojo al grupo, sin perder detalle.

-Esos aceros no han sido forjados en Cretia. Ni esas cotas. Ni los guanteletes. Los seis hombres parecen de distinta procedencia, sin embargo, sus armas y pertrechos son idénticos.

-Arturo se ocupa de que todos sus hombres estén bien equipados, en especial los soldados. Lo último que supe es que en verano planea traer una partida de caballos desde el este, lo suficientemente grande como para montar un ejército doble al suyo.

-O sea, que Arturo piensa seguir creciendo.

-Seguro.

-Y nadie le ha plantado cara.

-¿Quién? Los barones de aquí están más que ocupados en defenderse de los orcos o de intrigar por palacio. Incluso alguno se ha unido a su bandera. La presencia del enemigo tan cerca y tan numeroso ha facilitado las cosas demasiado a Arturo.

El guerrero cayó en la cuenta de algo y lo meditó durante unos segundos.

-Hay algo que no comprendo. Tal vez me equivoque, tal vez no, pero los orcos dominan el curso superior del río Montero, conociéndoles, me extraña que aún no lo hayan envenenado.

-Cierto. Cualquiera orco no hubiera dejado escapar esa oportunidad. No ya de matar, si no de reírse de los humanos y de importunarlos.

La posada fue llenándose otra vez de algarabía. Poco a poco recuperó el color y la voz, y la chimenea ardió de nuevo con alegría. Los soldados, como cualquier cliente más, bebían, comían y charlaban distendidamente. Incluso Varandir y Toro se permitieron elevar un poco el tono y pedir más bebida.

Sólo había una cosa, sólo una, con la que el mago no estaba del todo conforme. Su instinto le gritaba que huyera antes de que estallara la tormenta, pero la tormenta de fuera pudo más que el presagio. Permaneció en actitud vigilante, bebiendo sorbitos y sin quitar ojo a los soldados.

Y estalló. El soldado al mando se levantó silencioso, como había permanecido todo el tiempo, y se dirigió andando despacio hacia la mesa de Toro y Varandir. El corazón se les aceleró, sin embargo su pulso no tembló. Varandir puso las manos debajo de la mesa, donde nadie pudiera verlas.

-¿Nos conocemos? -preguntó el soldado.

-Lo dudo mucho, amigo -respondió Toro.

-Yo no soy amigo de fugaces.

-¿Cómo? -Toro se levantó-. ¿Cómo has dicho? ¿Yo fugaz? ¿Yo una rata inmunda de esas?

La posada enmudeció de súbito.

El soldado era un hombretón de largas barbas y espesa maraña de pelo, alto como un árbol, fuerte como un oso, y sin embargo se quedó pequeño ante el enfurecido Toro.

-¿Fugaz yo? -gritó indignado- ¡Te machaco!

Los demás soldados se levantaron, apoyando a su compañero, rodeándole.

-He visto pocos fugaces en mi vida, y estoy seguro de que ambos encajáis suficientemente bien en el papel.

La ira de Toro no se hizo esperar ni un segundo más. Embistió al soldado más cercano y el tremendo cabezazo le reventó la cara. El puño pétreo del hombretón remató la faena, lanzándole contra los soldados, inerte, con un débil suspiro de vida en su destrozada boca.

-¡Vamos! ¡Hijos de mala puerca! ¡Hermanos de los inmundos orcos! ¡Perros sin amo!

Los soldados dudaron un instante, el poder intimidatorio de Toro era casi tan enorme como sus violentos golpes. Desenvainaron las espadas y abrieron el corro que rodeaba a los dos amigos.

-¡Vamos, no necesitáis acero para medirlos con un Cretón!

Toro volcó la mesa, y partiendo una de las patas la blandió amenazador.

El primer incauto que osó acercarse se llevó tal porrazo que quedó inconsciente. Y tan repentinamente como antes, la puerta se abrió y entraron más soldados, alarmados por el jaleo. La situación empezaba a escaparse de las manos.

Toro, temerariamente se lanzó en medio del barullo y comenzó a propinar mandobles aquí y allá con la pata de la mesa, esquivando y saltando entre afiladas espadas, venenosas en su intención. Los soldados menos precavidos recordarían ese día largo tiempo, hasta que sanasen sus moraduras y chichones. Y si temibles eran sus golpes con el improvisado garrote, los puñetazos que repartió no le fueron a la zaga. Toro era una perfecta máquina de pelea. Aun así, la desventaja numérica era demasiado grande.

Varandir se levantó. Había llegado la hora de actuar. Se echó al hombro su capa y la de Toro, y alzando las manos, pronunció tres palabras en un murmullo, tres palabras en un idioma olvidado. Un enorme trueno barrió la estancia, apagando la chimenea y levantando una humareda blanca que envolvió a todos los presentes. Un penetrante olor a azufre se apoderó del ambiente.

Cuando el humo se disipó, Varandir y Toro habían desaparecido de la posada.

Ж

-¡Corre, Toro! ¡A los establos! –gritó el mago ya en el exterior.

-Me preguntaba cuánto tiempo ibas a tardar en intervenir –respondió jadeando el guerrero.

-¿Y hacer que te pierdas la diversión? De eso nada.

Los dos hombres corrieron, alejándose del edificio de la posada, buscando refugio. El viento cargado de nieve les sacudía en pleno rostro. La nieve helada crujía bajo su carrera, y afortunadamente, el galimatías de pisadas de caballos y de hombres disimuló un tanto su rastro. A pocos metros, el alto establo, tibio por la presencia de las monturas, recogió a los fugitivos. Entornaron los portones, y a la claridad de la luna recuperaron el aliento.

-Lo siento. No quería decir nada ofensivo acerca de los fugaces.

-Lo sé, Toro. No pasa nada.

-Bueno, creo que si ahora no piensan que somos fugaces, por lo menos piensan que somos enemigos.

-Sí, Toro. Sólo a ti se te ocurre meterte a pelear con los seis a la vez. Sin contar los que esperaban fuera.

-No es la primera vez que me cruzo con ellos. Merodean el Buen Pozo Sedito desde hace tiempo. Andan buscando fugaces y en especial por aquí. Estaban seguros de que ibas a venir.

-Creo que saben demasiadas cosas que nosotros ignoramos.

-Yo empiezo a ignorar todo o casi todo. Deberíamos hacer algo, y pronto.

-Sí. Tendremos que ir a Tres Colinas y echar un vistazo a Arturo, si él es un fugaz lo sabré... espero -dijo pesaroso Varandir.

Los dos hombres permanecieron en silencio durante unos instantes, recobrando el aliento.

-Viene alguien -susurró Toro mirando por la rendija de la puerta entornada -. No te lo vas a creer. Es una mujer desnuda corriendo detrás de un hombre. Parece que les persiguen, acaban de abandonar la posada a toda prisa.

Una carcajada agitó las monturas del establo.

-Rápido, si los hombres de Arturo les persiguen estamos perdidos. Necesito un caballo –razonó Varandir, siempre precavido.

Toro tomó de la rienda el suyo.

-Escoge de esos... creo que a uno no le hará falta por el momento -dijo señalando el grupo de caballos de los soldados.

Varandir eligió el primero que encontró, desatándolo a toda prisa.

-Vamos, vamos, por la puerta de atrás.

Ambos salieron a la noche, guiando a sus monturas, cerrando a toda velocidad. La posibilidad de un descanso confortable, de un fuego humeante se esfumó tan rápido como cerraron la puerta trasera del establo.

IX.

Ladrones en la oscuridad.

Cautelosamente se asomó a la ventana. Había conseguido trepar hasta el segundo piso ayudado por los maderos irregulares de la pared. Estaba congelado, tenía las puntas de los dedos moradas. Y las de sus pies hacía tiempo que no tenían sensibilidad. No recordaba un invierno tan riguroso en Cretia como el de ese año.

Con lentitud, haciendo caso omiso de los quejidos de sus heladas articulaciones, penetró en la habitación, dejando abierta la ventana para que la luna le iluminase. Se agazapó, y esperó a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad. Y por poco no se cayó al suelo del susto. Frente a él, había tendida en el jergón de pajas una hermosa mujer, desnuda casi completamente. Sus cabellos negros estaban recogidos en una larga trenza, que pendía fuera de la cama. La manta de lana había resbalado en su perlado cuerpo y yacía en el suelo, dejando que aquel mar de curvas fuese enfriado por la corriente helada de aire que él había provocado al abrir la ventana.

Moviéndose con infinita cautela, llegó hasta la cama y delicadamente tocó la trenza. Olía a suave perfume. Esa fragancia quedaría para siempre grabada en su cabeza, nada en Cretia olía tan bien. Con suavidad, para no despertarla, cogió la manta y se la echó por encima. Ella se revolvió levemente y mostró su rostro al intruso, lo que le paralizó. Era hermosísima, de tez delicada, suaves labios y hermosos ojos rasgados. Su naricita dejaba escapar largas nubes de vahos. Por unos minutos llegó a olvidar que estaba allí para robar. Los fugaces siempre tenían sorprendentes armas, o cantidades ingentes de oro, o ambas cosas.

Revisó con sumo cuidado las ropas y se dejó embriagar otra vez con el perfume que las empapaba por completo. El tacto de la bolsa de cuero le retornó a la realidad. Oro. Estaba seguro. Miró hacia la cama. ¿Cómo se podía dormir de aquella manera? Ni una manada de búfalos le habrían despertado.

Entonces, sus ojos se posaron en las dos magníficas armas que estaban al pie de la cama. No eran dos espadas corrientes, eso saltaba a la vista. Su embelesamiento por la mujer se rompió de inmediato. Sólo un arma así habría sido capaz de conseguirlo. Tomó una de ellas, sin esfuerzo. Era liviana como la seda.

Desenvainó, y el brillo azulado del filo le hizo parpadear. La luna se reflejó en la bruñida hoja, y devolvió su imagen centelleante hacia el techo. Era un acero que parecía estar vivo, sin duda la mejor hoja que habían tocado sus manos o que habían visto sus ojos.

De pronto, un rugido ronco, profundo, rasgó la oscuridad e hizo que se le erizara cada vello de su piel. Sintió una embestida descomunal, una fuerza sobrehumana que le lanzó al suelo como a un títere. Y en su pecho sintió el contacto de afiladas garras oprimiéndole. No quiso ni abrir los ojos. La fiera le paralizaba con un casi inaudible rugido permanente y con sus aliento pútrido en pleno rostro.

Entonces, la mujer se despertó.

-¡Oh, Dioses! ¡Oh, Señor! Oh, no. Por favor, llévese a esa fiera de aquí. Oh, no, por favor...

-¿Que me la lleve? Pero, si ha salido de tu espada. ¡Quítamela de encima!

-¿Qué? ¿Quién eres? ¿Qué haces en mi cuarto?

-Por favor, quítamela de encima y te juro que me iré sin robarte.

Suzán no entendía nada. Estaba asustada, aterida de frío, desorientada.

-Pero...pero...

-Enfunda tu espada, por todos los Dioses.

-¿Qué?

-Enfunda la espada. Enfúndala, por favor.

La fiera subió una octava el gruñido de amenaza.

-Por lo que más quieras. ¡Ayúdame!

Haciendo acopio de valor, sacó su pie descalzo fuera de la cama. El suelo estaba helado, y se le puso la piel de gallina. La fiera no hizo ni intención de moverse, seguía apretando al ladrón contra el suelo. Suzán tomó su espada. No sabía cómo la había reconocido, pero era la suya, estaba segura. Lentamente, moviéndose lo más despacio que pudo, envainó su acero. Al instante de terminar, la fiera desapareció. Se desvaneció.

El hombre se incorporó un poco, y empujándose con las piernas se retiró hasta la pared del fondo, justo debajo de la ventana.

-No vuelvas a desenfundar, te lo ruego.

-¿Que no qué?

-Que no saques tu espada, por favor.

-Está bien, pero debieras darme alguna explicación.

-Lo siento... yo... vine a robarte, pero ya veo que no te valoré lo suficiente.

El hombre se incorporó un poco. Suzán hizo ademán de tomar su espada de nuevo.

-¡No!

-No te muevas... o si no...

-Vale, vale -se excusó el hombre al tiempo que se tumbaba en el suelo.

Suzán se recostó cómodamente en la cama.

-Quiero hacerte unas preguntitas, antes de nada.

El hombre asintió.

-¿Cuál es tu nombre?

-Baltazor.

-Hola Baltazor, yo soy Suzán.

Suzán pensó que comenzaba bien sus pesquisas.

-Bien, Baltazor, ¿has oído hablar de alguien llamado Varandir?

-¿Cómo? -se asustó el hombre.

-Sí, Varandir.

-Pues claro que he oído hablar de él. Y nada bueno. ¿Para qué le quieres?

Suzán desconfió.

-Eso es asunto mío.

De pronto, abajo, en la sucia y oscura sala, según recordaba Suzán, comenzó a oírse un terrible alboroto.

-¿Qué ocurre?

-Alguna pelea, seguro -dijo Baltazor.

-Bien -continuó más tranquila Suzán-, entonces, ¿sabes dónde encontrar a Varandir?

El hombre, temeroso todavía por la espada encantada de Suzán, cambió de postura, muy lentamente, para dejar claro que no pensaba huir ni levantarse ni nada parecido.

-Pues es hartos difícil. Tan pronto está acá como allá. ¿Quién sabe?

-Pues entonces tendrás que ayudarme. Necesito un guía -se aventuró a decir Suzán al tiempo que reforzaba su petición acariciando el pomo de su espada.

-Bueno, habrá que convenir un precio.

-¿Un precio? ¿Cuánto oro?

Baltazor negó con la cabeza.

-¿Mis armas?

Volvió a negar.

-Entonces, ¿qué es lo que quieres?

Baltazor entrecerró los ojos. Sabía que lo que iba a contestar podía costarle la vida.

-A ti.

-¿A mí? -respondió Suzán mirándose. Entonces fue cuando se dio cuenta de que estaba casi desnuda, enseñando algo más que las largas piernas.

-¿Estás loco? Ni borracha -le dijo al tiempo que tapaba pudorosamente su cuerpo con la manta.

Baltazor, respirando tranquilo al ver que sus palabras no habían tenido el efecto esperado, se encogió de hombros.

-Tal vez seiscientos talentos de oro.

-Acepto -respondió ruborizada Suzán.

El jaleo de abajo iba creciendo y creciendo. Se oían ruidos de jarras rotas, de mesas destrozadas, gritos de lucha y entrechocar de aceros. De súbito, hubo un estallido enorme, que hizo temblar las paredes de todo el edificio. Un olor dulzón y azufrado les envolvió. Baltazor y Suzán aguzaron el oído. Tras el trueno, el griterío comenzó de nuevo. Pero esta vez se iba acercado cada vez más. Había lucha, pero eso sonaba en la parte de abajo.

Suzán estaba asustada por el alboroto, mientras que Baltazor parecía comprender lo que estaba pasando.

-¿Qué es lo que ocurre?

-Mucho me temo que no soy el único que te anda buscando esta noche.

-¿A mí?

En la habitación de al lado se oyó cómo alguien destrozaba la puerta, y gritos, mucho jaleo.

-¡Rápido, la ventana! ¡Escapemos por ahí!

-Pero...

-¡Si quieres morir, o algo peor... quédate!

Baltazor saltó ágilmente y desapareció en el exterior. Suzán corrió presta a saltar a su vez, pero cuando se asomó y vio la tremenda altura quedó paralizada. No se atrevía.

Desde abajo, Baltazor, dudando entre huir y quedarse, gritó haciendo pantalla con las manos.

-¡Salta! ¡Rápido!

Suzán oyó una primera embestida en su puerta. La madera crujió, la tranca no aguantaría mucho más. Astillas de descomunal tamaño llegaron hasta donde ella estaba. El que estaba golpeando la puerta tenía la fuerza de veinte hombres.

No se lo pensó por más tiempo, y subiendo al marco de la ventana saltó a la nieve de abajo. Rodó ágilmente y se puso en pie de inmediato. El contacto de su carne con la nieve hizo que otra vez se diese cuenta que estaba desnuda. Además, lo único de sus pertenencias que llevaba consigo era su misteriosa espada. Estaba incluso descalza.

-Rápido, sígueme.

Suzán corrió detrás del hombre pisando en la fría nieve. El hielo la hería, y las piedras se clavaban en sus plantas heladas.

-Baltazor... espera.

-Si no quieres caer en sus manos corre como jamás has corrido -respondió el hombre sin apenas volverse, y sin dejar de correr.

Un enano barbudo, montado en un fatigado poni, observó asombrado a la mujer desnuda corriendo por la nieve, detrás de un desarrapado y mal afeitado bribón. Sus ojos acostumbrados a todo no sintieron especial interés por la humana. Bastantes problemas tenía él ya.

Baltazor se metió a la carrera entre unos portones medio entornados, en una nave ancha y alta, el establo de la posada. Ella le siguió como pudo, los pulmones le pinchaban por el esfuerzo a que se estaban viendo obligados y por el aire demasiado frío; cojeaba, de las dos piernas⁴.

-Aquí estaremos seguros por el momento -dijo cerrando los portones del establo en el que habían buscado refugio.

-Y... y... y... mi... ropa... -dijo entrecortadamente Suzán, recobrando a duras penas la respiración.

-Tu ropa será mejor que la olvides. No podemos regresar. Además, olía...

-¿Mal?

-No, al contrario. No creo que ni en la corte de Cretia encuentres un perfume más maravilloso y delicado que ese -suspiró Baltazor cerrando los ojos.

-Pues habrá que hacer algo.

-Espera, ya sé.

Los ojos estupefactos de la mujer siguieron los movimientos de Baltazor, que se acercó hacia uno de los caballos atados al fondo, recogió una boñiga humeante y volvió donde ella estaba, muda cual estatua de sal.

-Quieto, quieto -protestó al ver las intenciones del hombre-. Yo me refería a buscar otra ropa. No estarás pensando...

-Con ese olor te podrían seguir con los ojos cerrados. A ver si me entiendes, a mí me encanta, pero no creo que te apetezca hacer frente a los hombres de la posada.

-¡No! Como me pongas siquiera una mano encima te la corto.

-Bueno -se resignó-. Pues háztelo tú misma -y tendió las calentitas boñigas a Suzán.

Muriéndose de asco, aguantando las arcadas, la mujer se frotó por todas partes. El olor nauseabundo que la invadió sepultó la delicadeza del perfume. Lágrimas de asco rodaban por su embadurnada cara, al tiempo que rápidos escalofríos le rasgaban la espalda.

Baltazor no perdía detalle de la anatomía perfecta de la mujer, y no pudo evitar sonreír viendo su mueca de asco. Despacio, penosamente, se iba frotando con el estiércol, procurando no dejar ni un centímetro de piel al descubierto. Cuando terminó, su piel estaba teñida de un sospechoso bronceado. Suzán estaba furiosa, avergonzada, asqueada, ruborizada.

-Venga, mujer, te acostumbrarás.

-El que se va a acostumbrar a verme desnuda eres tú. Y ni pizca de gracia que me hace, ¿entiendes? Así que no te rías más.

-Vale, bueno. Ten, cúbrete mientras busco otra cosa.

Suzán tomó la capa que le tendía Baltazor.

-¡Eh! ¡Que era para el frío, no para limpiarte!

-A ver si te crees que voy a oler así yo sola. Lo compartimos, ¿vale?

Ya no había remedio, así que Baltazor se resignó.

-Bueno, iré a buscarte algo, si es posible.

-Si pudiésemos regresar a mi habitación. Allí tengo un buen puñado de oro.

⁴ En palabras de Neleb. Y si no, que le pregunten a mi Pantera si no es posible cojear, no ya de dos, sino de las cuatro...

-No -declaró triunfal el ladrón mostrando la bolsa de cuero-. Fui a robar, ¿te acuerdas?

-¡Eh! Esa bolsa es mía. Así que ve a la carrera a conseguirme ropa de abrigo o si no...

-¿O si no?

Suzán le recordó las razones tomando su extraña espada de entre la paja. Convincente, muy convincente.

-Está bien, ya lo tengo claro. Vuelvo en cuanto pueda. Procura que no te vea nadie -se despidió Baltazor.

Suzán se envolvió en la aromática capa, recorriendo con la mirada el establo. En la parte de arriba estaba almacenada la paja, y sólo se podía acceder hasta allí por una escalera de mano, muy vieja y usada. Todo un palacete. Subió, buscando resguardo, y se tendió, cubriéndose con heno.



-Eh... psss... oye.

Sin respuesta.

-¿Cómo se puede dormir así? ¡No la despertaría ni... una manada de búfalos! -no pudo pensar en nada más ruidoso, aunque nunca hubiese visto una búfalo. Y mucho menos una manada de ellos.

Buscó la manera de subir hasta el piso de arriba. La muy desconfiada se había subido la escalera. Y no había tardado tanto como para que se durmiera tan profundo que no hubiese manera de despertarla. Teniendo en cuenta el jaleo que había en la posada, con los soldados de Arturo y los fugaces había conseguido un trato ventajoso con la mujer del posadero. No era ropa tan fina y perfumada como la perdida, pero serviría. Y no llamaría la atención.

-¡Eh! ¡La de arriba! -se atrevió a gritar.

Nuevamente sin respuesta. Podía oír la pesada respiración de la mujer. ¿Dormida? No conocía a nadie que pudiera dormir con aquellos gritos. Como no hubo manera, decidió buscar otra escalera. En alguna parte tendría que haber alguna.

Encontró un viejo tablón, largo y astillado, apoyado en uno de los costados del establo. Eso le serviría para trepar. Lo arrastró como pudo, temiendo que no fuera lo suficientemente alto para llegar al piso superior. Abrió los portones y entró rápidamente. Cerró, no fuese que el posadero anduviese por allí y les echase.

-Hola, Baltazor. Has tardado más de lo normal. ¿Tan difícil era el encargo que te hice?

La mujer balanceaba las piernas desnudas sentada en el borde del piso superior.

-¡Vaya! Por fin has despertado.

-Sí, aquí no se duerme mal -dijo arrugando la nariz repentinamente, al reconocer el olor que la envolvía.

-Ten, aquí tienes la ropa que necesitabas.

Suzán tomó la ropa que le tiró Baltazor desde abajo y se apresuró a adecentarse. Ya estaba bien de ir enseñando chicha por ahí. El áspero contacto con aquella ropa retornó a la memoria su objetivo en aquella inhóspita tierra. Para ser todo imaginado era muy real. Tal vez demasiado.

-Oye, Baltazor. ¿Recuerdas lo otro que te dije? ¿Sabes dónde encontrar a Varandir?

El hombre se rascó la barbilla y miró en torno suyo. Entrecerró los ojos antes de contestar. La codicia pudo más que sus escasas buenas intenciones.

-Sí. Sé dónde lo vamos a encontrar. No es difícil. Pero debemos partir rápidamente.

-¿Ahora mismo? Pero... ¿cómo? No tenemos caballos.

-Oh, no es problema. El posadero me vendió justamente esos dos caballos de ahí por el dinero que me sobró de comprar tu ropa -dijo tanteándose discretamente las monedas de oro del bolsillo.

-¿Te has gastado todo mi oro?

-Era necesario. Pero no te apures, tenemos todo lo que nos hace falta. Baja y montemos al instante. Nos vamos.

Suzán se encaramó a la escalera y bajó lo más rápido que pudo. Las ropas le rozaban, estaban tiesas, ásperas como un demonio. Pero estaba contenta. No iba a tardar tanto en encontrar a Varandir. Y una vez con él, el amable Baltazor tendría algún tipo de recompensa, seguro. Era un ladrón, pero de buen corazón.

Mientras descendía por la escalera, Baltazor, no perdía detalle de sus formas de mujer, embutida en aquellos ceñidos pantalones, contoneándose deliciosa y torpemente. Pero sus ojos terminaban siempre el recorrido en la espada a la cintura de Suzán. Ese arma tan ricamente adornada, y tan mortalmente poderosa. Tenían que ser tuyas, ambas. Mas si debía escoger entre aquella extraña fugaz y la espada, él, experto tasador de rarezas elegiría...

-¿Qué miras?

-No, nada. Venga, nos vamos -dijo el hombre volviéndose y tomando de la rienda los dos caballos.

-Oye, Baltazor...

-¿Sí?

-Gracias por salvarme la vida...

-De nada -expresó sonriente el ladrón, al tiempo que se tanteaba el bolsillo de nuevo. Buena ganancia estaba teniendo con todo aquello.

Baltazor miró por la rendija de los portones. Lo que vio no le reconfortó nada. Más problemas.

-Rápido. Un grupo de enanos se dirige hacia aquí. No tienen pinta de ser de fiar.

Sin más dilación la pareja montó y silenciosamente abandonaron al establo de El Buen Pozo Sediento. Aún era de noche, y las estrellas, allá en lo alto, iluminaban infructuosamente el camino, porque ellas saben bien que ningún perdido se pierde.

Lentamente se fueron alejando, cabalgando derechos hacia el frío y nevado paisaje.

-¿Cuánto crees que tardaremos?

El hombre se lo pensó un poco.

-En un par de días más lo encontraremos, si no me equivoco. Allá, a lo lejos está tu Varandir esperando. Seguro.

Lanzó una discreta mirada a la espada de la mujer, medio oculta por la capa, y sonrió maliciosamente.

-Tal vez tengas alguna que otra sorpresa de camino -murmuró.

X.

El clan de la Séptima Corona.

Cabalgaba ya sin prisa, el objetivo estaba a la vista. No sólo la vista, estaba a escasos diez metros. Lo había pasado muy mal, huyendo más de dos semanas con los lobos pisándole el talón, con los orcos husmeando su rastro, con la conciencia intranquila, con la más sucia e intranquila conciencia jamás imaginada.

Por fin tenía a la vista El Buen Pozo Sedito. Estaba ansioso por llegar, y ni la extraña carrera de aquella mujer desnuda sobre la nieve le iba a desviar ni un milímetro más de su empresa. Allí encontraría ayuda, estaba seguro. Y si no, al menos encontraría una buena comida caliente y reposo bajo techo, sin preocuparse de orcos y lobos. ¡Malditos lobos!

Desmontó y, raro en la posada, ningún muchacho salió presuroso a hacerse cargo de su poni. ¿Cómo estaba tan ciego? ¿Cómo estaba tan sordo? Hasta ese momento no había percibido el tremendo jaleo que salía del interior de la posada. Un impresionante hombre uniformado en negro, armado hasta los dientes bloqueaba la puerta.

Decidido a que nada turbara su descanso ni su comida, el enano subió los tres escalones que le separaban de la puerta.

-Perdón, grandullón. ¿Me dejas pasar?

El soldado miró hacia atrás, y sin apartarse un milímetro respondió bruscamente.

-¡Esfúmate, enanito!

Kikro bajó hasta su montura y descolgó su escudo. No había murmurado ni una sola palabra, pero sus chispeantes ojos hablaban ellos solos. Con la manga limpió la suciedad que enturbiaba su blasón real: seis coronas de plata sobre seis montañas, en fondo blanco, una por cada clan enano. Tomó su hacha por el mango, e iracundo, fulminando con la mirada la espalda del soldado cargó con todo su cabreado ímpetu.

*Roca dura, roca pura
puño fuerte, cabeza dura
martillo forjado en la negrura
¡De roca pura,
es mi cabeza dura!*

El soldado recibió el tremendo impacto, y rodó hasta el centro de la atestada sala, junto con el enano, hecho un ovillo. Ni una furiosa manada de renos hubiera causado tal estruendo y tan demoledores efectos. La estancia enmudeció, otra vez, y ya iban...

Kikro aprovechó el revolcón, y poniéndose ágilmente en pie, sobre el desmayado soldado, gritó empuñando decidido el hacha.

-¿Alguien más pretende interponerse en mi camino? ¡Estoy harto de rodar de tormenta en tormenta!

Diez o doce espadas le enfilaron, diez o doce soldados le taladraron con los ojos.

-¿Quién eres? ¡Responde antes de morir, enano!

-Mi nombre es Kikro Cabeza de Torre, Rey de Reyes de la perdida Nación Enana -respondió orgulloso-. ¿Y vos, malandrín? -finalizó burlón, mirando de soslayo.

-Soldado del Caballero Arturo, señor de estas tierras -contestó uno de ellos, nada impresionado por el rancio abolengo del enano-. Y ahora... ¿quién apoyará tu mellada hacha, Rey?

Una voz surgió de uno de los rincones apartados y oscuros de la posada.

-¡¡Yo!! ¡¡Yo le apoyaré!! Grom Hachadura, de los Hachadura del clan de la Séptima Corona.

-¡¡Y yo!! Bradur Testarota, leal a mi Rey.

-¡¡Y yo!! Breadur, hijo de Bradur Testarota.

-¡¡Y yo también!! Dakín Rocante, leal hasta la última gota de mi sangre, como todo mi clan minero.

Los soldados se quedaron atónitos. Hasta ahora nadie había reparado en la presencia de los silenciosos enanos en la posada, que mudos e inmóviles habían asistido a la bronca de la gente grande. Dos mazos y dos hachas más se unieron al enorme arma de Kikro, que gratamente sorprendido sonrió entrecerrando los ojos. Cuatro enanos con las barbas tan largas y tan trenzadas equivalían, al menos, por cinco de aquellos soldados cada uno.

-¿Y bien? ¿Tienes ganas de bromear ahora, grandullón?

Los soldados dudaron durante un tenso instante. Pero eran más, y mejor armados, tanto o mejor armados. Claro estaba, contra los enanos no tenían nada, de momento; su misión era encontrar fugaces. De todos modos, los soberbios, engreídos y orgullosos enanos necesitaban una lección que tarde o temprano tendría que llegar.

Entonces fue cuando el posadero, gordo a reventar, irritado y harto ya de aguantar intervino.

-¡¡Fuera!! ¡¡Fuera de mi casa!! ¡¡Fuera de mi posada!! ¡¡No queremos más peleas aquí!! -gritó sacudiendo ante las narices de los enanos su trapo mojado e interponiéndose entre los dos bandos-. Largaos, os lo ruego, son los hombres de Arturo, y acaban de romper la cara a uno de ellos -les susurró-. No está el horno...

Kikro se negó, en principio, a abandonar la sala. Pero tanto Grom, como Bradur, como Breadur, como Dakin insistieron. No era conveniente la pelea. Que la gente grande se ocupase de sus propios asuntos. Suplicantes, consiguieron arrancar a Kikro de encima del cuerpo del soldado al que había embestido, y sin conseguir, por supuesto, que su afilada lengua parase un sólo segundo.

-¡Cobardes hombrecitos! ¡Niños de pecho! Aún no sabéis lo que es combatir y ya creéis tener derecho a retar a un Rey Enano. ¡Venid al alcance de mi hacha!

Entre los cuatro consiguieron parar a Kikro y sacarlo al exterior, donde el posadero agradecido les suplicó.

-Por favor, señores... Vuelvan otro día y serán bienvenidos. Pero no más peleas, hoy no. El negocio se me irá a pique...

-Vamos, majestad. Dejadles ya. No merece la pena -rogó Dakin.

-¡No me llames majestad! -rugió entre dientes Kikro.

-Lo siento, majestad, quiero decir, alteza.

-¡Ni tampoco alteza!

-Lo, lo siento... realísimo.

Kikro bufó, mirando iracundo al torpe enano.

-Vamos, vamos al establo. Nuestros ponis están allí. Tenemos comida suficiente para ti también.

-Sí, vámonos. Breadur, hijo, coge la montura del Rey.

Caminando, cuidando de que el enfurecido Rey no les hiciera una jugarreta y se volviese al interior de la posada, los cinco enanos se acercaron hacia el establo. Los cuatro recién aparecidos parecían contentos. Kikro, en cambio, estaba furioso, y al

tiempo sorprendido, y halagado. Nunca hasta ahora se había tropezado en Cretia con ningún enano que reconociera su soberanía.

Observó el enorme edificio, era nuevo. La última vez que había parado por la posada había allí cuatro tablas mal clavadas que ofrecían un bien pobre refugio a las fatigadas monturas. El gordo posadero se estaba haciendo rico.

Entraron en el establo, sorprendentemente tibio, amablemente acogedor.

-Estupendo -exclamó Dakin-. Aquí podremos descansar mientras cenamos. Después partiremos rápidamente. No tenemos tiempo que perder ahora que te hemos encontrado.

-¿A mí? -se extrañó Kikro-. ¿Partir? ¿A dónde vamos a ir?

-Sí. Estábamos buscando una señal. Ayuda. Las viejas canciones lo dicen, los antiguos poemas hablan del resurgir enano.

-Pero, pero eso son historias -gruñó Kikro-. Sólo historias, leyendas. ¿Comprendes? Además, los clanes enanos están desperdigados. La Nación Enana extraviada. ¿Qué voy a poder hacer yo?

-Ah, mi señor. Estáis muy equivocado. La Nación Enana está comenzando otra vez a rodar -dijo Bradur totalmente convencido.

-¡Cómo! ¡Eso es imposible!

-No, mi señor. Las minas... señor, las minas.

-¡Están tomadas por los orcos! -exclamó Kikro, comenzando a olerse lo que pretendían.

-No del todo, señor. Algunos hemos conseguido sobrevivir en los pasajes ocultos, en los túneles más profundos. El enemigo controla la parte externa, los salones más grandes, los viejos accesos de la mina. Pero nosotros aún conservamos las entradas secretas, las partes más recónditas. Y estamos en lucha: hundimientos, desplomes... Lo que ellos hacen en dos días lo destruimos nosotros en dos minutos.

-Sabemos casi todos sus movimientos -continuó el enano de mayor edad-, les tenemos vigilados todo el día. Pero han llegado sucios y malolientes trasgos. Necesitamos que los clanes enanos nos presten su ayuda, ya no podemos hacer más.

Kikro tardó varios segundos en asimilar toda la información. ¿Esperanza?

-El mal es fuerte, y el enemigo despiadado. Sólo con la ayuda del clan Regente podremos vencer. Te necesitamos. Necesitamos un Rey -dijo Grom.

-Pero... pero... yo sólo soy Rey de nombre. Desde hace siglos el clan Regente ya no gobierna. La Nación Enana es algo que pertenece al pasado. No creo que podamos reunir los clanes enanos con la suficiente rapidez para que no perdamos las minas definitivamente. Yo estuve allí, y expulsar a los orcos es casi imposible. Y con la ayuda de trasgos y los dioses sabrán qué más, será tarea imposible.

-La noticia ha volado, mi señor. Ya están llegando, de forma aislada, sin familia, pero el clan de la Séptima Corona está en marcha.

*“Defender hasta la muerte nuestro Rey,
defender hasta morir nuestro Hogar,
enanos proscritos sin otra ley
que por lo amado morir al luchar.”*

-Pero nadie deseará unirse a los proscritos. Ningún clan enano aceptará unir su escudo al de los renegados.

-Lo sabemos, señor. Por eso necesitamos al Rey, al auténtico Rey. Desde hace siglos se suceden reyes sin valor en cada clan. Nosotros somos los únicos que jamás hemos tomado otro rey que el legítimo Rey de Reyes. Siempre hemos defendido la

unidad de la Nación Enana y se nos paga con el desprecio. Luchamos por la gloria de los antiguos y se nos da la espalda. Pero nunca renunciaremos a nuestra vida.

-No cambio mi fuego al raso, mis poemas de los antiguos y mi esperanza ni por todos los tesoros de cualquier clan, ni por sus insignificantes palacios de piedra – interrumpió Dakín-. Si lo que se cuenta es cierto sólo a medias, llevamos siglos dejando que las mayores maravillas del mundo se pudran bajo control enemigo.

-Nos llaman proscritos por no aceptar la autoridad de ninguno de los seis antiguos clanes. Nunca aceptaremos ninguna orden que no sea la del legítimo Rey. El descontento ha crecido año a año, y te sorprenderá saber, mi Rey, que somos ya un auténtico clan. Somos muchos, pero no suficientes.

El abatimiento inundó los ojos del viejo enano. Todos sus compañeros le rodearon en silencio, graves, apoyando todas y cada una de la afirmaciones.

-Te necesitamos. Sabíamos que aparecerías tarde o temprano... rodando sobre el enemigo.

-Lucharemos de todos modos. Aunque tú también nos vuelvas la espalda. Si nos desprecias, aun así, seguiremos defendiendo tu honor y tus derechos.

-Derramaremos nuestra sangre tal y como hicieron nuestros padres, y los padres de sus padres.

-Bueno, está bien -gruñó Kikro-. Os ayudaré.

Ninguno de los enanos prorrumpió en exclamaciones de alegría ni de entusiasmo. La ayuda de Kikro, el mismísimo Rey, sólo significaba una remota esperanza. Una tibia esperanza con la que alimentar su inquebrantable fe.

-No sé lo que podré hacer por vosotros, pero yo también tengo un problema, serio, y tal vez podáis echarme una mano. Estoy buscando a tres amigos que están en poder orco. Por razones que ahora no importan, creo que no los han matado. Pienso que siguen con vida en algún lugar. Son un elfo alto, un caballero y una mujer guerrera, una amazona... Es muy importante.

Breadur sonrió y miró satisfecho a su padre.

-Como te ha contado mi padre, conocemos cada movimiento del enemigo. Y no sólo creo que te podremos ayudar, majestad, sino que sabemos dónde están.

Kikro se sobrecogió.

-¿Sí? ¡Dónde!

-En las minas.

-¿En las minas?

-En las minas, prisioneros. Nos extrañó el excelente trato dispensado por los orcos, sobre todo al elfo. Llegaron el mismo día que nos fuimos nosotros.

-Entonces no hay más que hablar. ¡Partimos al momento!

-Cuando vos ordenéis, señor. Siempre a su servicio -exclamaron los cuatro haciendo una reverencia hasta rozar el suelo con la punta de su nariz.

XI.

¡A galope tendido!

El cielo estaba limpio y claro, azul tan intenso que dolía mirarlo. Tan claro que parecía estar helado, como todo lo demás. Era un extraño día de invierno. El viento aullaba entre las colinas, barriendo la nieve, y sin embargo, el sol brillaba espléndido en lo alto desde el amanecer. Grupos de árboles nevados enriquecían el ondulante paisaje blanco. Las tormentas habían amainado, por el momento.

Dos jinetes solitarios avanzaban por el paraje nevado. Dejaban un inconfundible rastro de huellas marcado sobre la nieve. Huellas de caballos, de huida.

-Al otro lado de las colinas de ahí en frente comienza el llano. Quedaremos al descubierto.

-Hmm.

-¿Varandir?

-Hmm.

-¿Puede saberse dónde diantre estás?

-¿Hmm? -el mago contestaba, sin dejar de mirar la cabeza de su caballo.

-Hace dos días que apenas hablas. Miras al horizonte, pero no ves. Estás, pero no estás. Vamos, amigo, cuéntame lo que pasa. Estamos juntos en esto. ¿No?

-Sí, Toro, tienes razón.

-¿Entonces?

-No sé. Algo que no veo claro.

-¿Como qué?

-Pues... en primer lugar, si Kikro hubiese tenido problemas, ¿dónde habría acudido a buscar ayuda en primer lugar?

-¿Al Pozo Sediento?

-Exacto. Y no ha aparecido.

-No. Te lo aseguro.

-Entonces, puede que pasen dos cosas. Una, que esté en una situación tan apurada que le sea imposible llegar hasta el Pozo; y dos, que Nidarún le haya atrapado, lo que creo, a mi pesar, más que probable.

-¿Tú crees?

-Eso me temo.

-Entonces no podremos contar con él.

-No.

-Ni con su versión de lo que ha ocurrido.

-No.

-Vaya.

Cabalgaron durante unos minutos, en silencio.

-Entonces, tenemos que buscarle.

-Y a los otros tres. No sabemos quienes son, pero hay que encontrarles -afirmó el mago.

-Pero ¿dónde? Y ¿cómo? ¿No les conocemos y tenemos que encontrarles!

Varandir tardó en contestar.

-No tengo la menor idea.

-Vaya.

-Por el momento, lo único que tenemos es a Arturo y a sus hombres.

-¿Y qué vamos a descubrir allí?

-Al menos la certeza de que Adrián no da vida a otro aliado de Nidarún.

-Lo que tú digas. ¿Pero no deberíamos encontrar a Nidarún primero?

Varandir asintió con pesadumbre.

-Sí. Y si no encontramos nada en ese campamento, ¿Tres Colinas? Tendremos que investigar en los túneles. Me gustaría que Kikro estuviera con nosotros.

Toro no respondió. Él también pensaba en el enano cada vez que se mencionaban los viejos túneles.

Cabalgaron hasta que el sol comenzó a rozar las copas de los árboles, descendiendo hacia su ocaso. Decidieron acampar en el único escaso refugio que encontraron, al borde de la llanura helada. Jinetes y monturas estaban agotados.

Varandir trabó su caballo y le despojó de la molesta silla. Con la rienda hizo una improvisada correa, que puso al cuello del animal, y le sujetó a una roca, dándole longitud suficiente para que se recostara. Toro imitó a su compañero, desensilló y sujetó su caballo de igual manera, sin dejar de calentarse la punta de los dedos con su húmedo aliento, intentando con poca fortuna reanimar sus articulaciones. Hacía un frío muy agradable.

-Tendremos que buscar agua. No queda apenas –propuso el mago.

Toro rio, señalando en círculo alrededor de él.

-¿Con toda esta nieve por todos lados? ¿Agua?

-Sabes de sobra que no se puede beber, no es bueno. Y además no quita la sed, le faltan sales. ¿Se te ha helado también la sesera?

El mago se incorporó y tomó los odres, flojos, vacíos.

-Busca algo de leña o nos congelaremos esta noche. Intentaré romper el hielo del arroyo que pasa un poco más allá.

Varandir se alejó, crujiéndole las rodillas, quejándose por la inactividad y la temperatura. Su pensamiento iniciaba su descongelación, también. Rodeó unas rocas y bajó una suave pendiente, hacia el riachuelo. Debajo de la capa de hielo, la corriente fluía con su interminable chorro de vida.

Iba tan ensimismado en sus propios pensamientos que no hizo caso realmente de ellos, ni siguió sus recomendaciones. Había pasado demasiado tiempo fuera de Cretia, y había olvidado lo salvaje e imprevisible que era aquella tierra. Estaba despertando su antigua experiencia, pero aún estaba embotada por haber pasado arrinconada en el desván de la mente un largo tiempo. El simple hecho de ir a buscar agua a unos pocos metros del campamento no parecía en sí peligroso. Sin embargo nunca se está lo suficientemente alerta, al menos en Cretia. Así había sido imaginada, así había sido creada. Por el propio Varandir, por su fecunda imaginación.

Su cabeza vagaba en otra parte, sus ojos buscaban el sitio idóneo para romper el hielo, sus manos se ocupaban de los odres y su intuición dormitaba tranquila. Cuando quiso darse cuenta ya se había metido en la boca del lobo.

Lo primero que sintió fue el terrible olor, esa fetidez que tan bien conocía, que tanto temía. Sus pasos se detuvieron y los odres resbalaron hacia el suelo.

-Oh, oh.

De inmediato, disparados por un resorte de infinita potencia, la consciencia, el instinto, el vértigo y la rabia retornaron a su más puro estado de agudeza. Las manos, veloces como el viento, volaron en busca del arma y de algo que por intuición apareció entre sus dedos. Cuatro orcos de mirada estúpida brincaron de su escondrijo hacia sus terribles armas. Restos de asquerosa comida saltaron disparados por el aire.

Una estrella de diez puntas voló silbante hasta la frente de uno de los orcos. Varandir se sorprendió a sí mismo con sus actos reflejos. La espada ya centelleaba

amenazante y su otra mano buscaba instintivamente otra nueva sorpresa. Varandir había despertado. Por fin el antiguo mago había vuelto.

El orco más alejado murió por el fuerte impacto de la estrella envenenada. Su gemido quedó ahogado por el rugido rabioso de los otros tres monstruos. Dos tremendas cimitarras melladas cruelmente y un enorme mazo aparecieron haciendo frente al mago.

Una súbita explosión les cegó momentáneamente. Cuando parpadearon y la leve humareda se disipó, un ronco rugido de incompreensión brotó de su garganta. Allí ya no estaba el humano.

-Es el truco más viejo del mundo... -dijo una voz a su espalda.

Pero uno de ellos no lo llegó a oír, su cabezón cayó pesadamente sobre la nieve. Y el decapitado cuerpo aún se agitó un momento antes de desplomarse, y blandió amenazador el pesado mazo, ennegrecido por la sangre de cientos de enemigos y ahora por la suya.

Varandir saltó hacia atrás, sin acrobacias ni piruetas fanfarronas, poniendo tierra de por medio entre los enfurecidos orcos y su acero. Toro ya debía haber oído algo.

Los monstruos cargaron con toda su fuerza, con toda su estupidez. Una de las cimitarras se frenó en seco contra la hoja de Varandir, la otra sesgó el aire, lejos de su objetivo. Un fino estilete apareció en la mano libre del mago, la de las sorpresas, que ágilmente se coló entre los corpachones inmundos de las fieras lanzando una atrevida estocada a uno de ellos. Apenas rozó el hombro del orco, pero le mantuvo entretenido, mientras que el otro no perdía detalle de la daga. Habiendo visto la habilidad del humano con la estrella, recelaba, desconfiaba del puntiagudo filo. Y eso lo sabía Varandir. Los orcos eran estúpidos por naturaleza, pero pasaban toda su vida luchando, entre ellos, contra humanos, enanos, elfos, contra otras criaturas. Cada orco adulto había sobrevivido, al menos, al triple de combates que el más pendenciero de los enanos, que el más esforzado caza recompensas, que el más ambicioso mercenario. Y se las sabían todas en cuanto a lo que tocaba en salvar el pellejo. Si quería engañarles no debía emplear dos veces el mismo truco.

Las fieras cargaron de nuevo, pero esta vez mejoraron su estrategia, y rodearon al mago. La situación era apurada. Con la misma velocidad que había aparecido, el cuchillo desapareció. Y la mano buscó el amuleto que pendía del cuello. Necesitaba de toda su magia en aquel preciso instante.

La espada se inflamó de luz, de energía. Y aunque no amedrentó a los monstruos, al menos les frenó el ímpetu. El mago fijó su mirada iracunda en los porcinos ojos del orco más alto, del más bizzo.

-Reza a tus dioses sedientos de sangre y que se apiaden de ti.

El orco lanzó una estocada salvaje, y la cimitarra se fundió como manteca ante el acero del mago. Miró su vacía empuñadura antes de percatarse de lo que había pasado, y a punto estuvo la espada del mago de curarle definitivamente la bizquera. Agachó rápido la cabeza y sólo algunos pelos chamuscados sufrieron la ira del acero.

Varandir apretó los dientes por haber fallado el golpe, pero no tuvo tiempo de lamentarse. El otro orco respondió al ataque a su compañero con una feroz dentellada de su cimitarra que también falló por los pelos. El conjuro se estaba debilitando ya, y estaba algo débil por el frío como para intentarlo de nuevo. Detuvo una nueva estocada, y aunque saltaron chispas, la cimitarra orca resistió el envite. El orco lanzó un mordisco al hombro del mago que desagarró la tela de su gruesa capa, pero fue repelido con un certero tajo. La mortal daga reapareció y recordó al orco que no era recomendable tanta proximidad con un profundo corte, parte en el cuello y parte en el rostro simiesco.

El orco desarmado reapareció con furia, blandiendo el mazo de otro monstruo caído, y se unió al ataque, con renovada energía. Sabían que aquel humano era poderoso, pero siempre no se puede mirar a dos sitios a la vez.

Varandir comenzó a contraatacar para librarse de algunos más que probables mortíferos golpes, y su recio acero silbó junto a la garganta del enemigo varias veces. Pero cada una de ellas, una inesperada carga de otro contrincante hacía a su acero desatender la estocada mortal para parar un malintencionado golpe. Empezaba a fatigarse, y si bajaba el ritmo era hombre muerto. Toro debería haber oído ya algo.

Estaba sereno, tranquilo, a pesar de la situación. Los orcos eran salvajes, incansables, pero nada finos en sus golpes. Demasiada fuerza y escaso cerebro. Y pronto llegó la ocasión de nivelar algo la refriega. Uno de los orcos levantó excesivamente su arma, para dar un golpe que pensó definitivo, y desprotegió puerilmente la barriga. La daga penetró entre la mugre y el pelaje negro, hasta el estómago. No era una herida mortal, pero Varandir consiguió girar al orco, usando toda su fuerza y la daga firmemente clavada, e interponer así el cuerpo de su enemigo contra un demoledor golpe del mazo, que iba destinado a su cabeza. La sien del orco herido se hundió, y uno de los ojos desapareció perdiéndose en el hueco cerebro. La bestia tiritó en un último estertor y cayó hacia adelante aplastando al mago con su maloliente corpachón.

Varandir se vio arrastrado al suelo, bajo el cuerpo sin vida del orco. Trató de rodar en el aire, para que el orco no le aplastase contra la nieve, pero la mole inerte pesaba más de un quintal⁵.

Cayó, perdiendo el resuello, exprimido. Sin embargo debía hacer algo, y rápido, antes de que le rematasen.

Entonces, por fin, apareció Toro, bramando a todos los dioses conocidos y por conocer. Su enorme maza centelleaba con la ira de la justicia, con la sed de venganza, creyendo a su amigo caído en el combate. El orco se giró haciendo frente al nuevo enemigo. Toro no empleó tretas, ni fintas. Su fuerza era comparable a la de dos orcos, y su furia semejante a la de todo un clan.

El orco lanzó su arma al ataque, violentamente. Fuerza bruta contra fuerza bruta. Y erró, pues ese terrible hombre superaba su fuerza, su astucia y su habilidad. Toro secó limpiamente un par de estocadas y contraatacó con el objetivo de aproximarse al enemigo. Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para oler su aliento le propinó un cabezazo en pleno rostro que le lanzó unos pasos para atrás. La sangre salpicó la cara del hombretón y humedeció su frente.

El orco titubeó un instante para caer finalmente de rodillas, soltando la cimitarra, inerte. Toro se desentendió de él.

-¡Varandir, Varandir!

Salvó en dos zancadas los metros que le separaban de su amigo, y comprobó aliviado que estaba vivo, aunque medio asfixiado bajo la mole orca que yacía encima de él.

-¡Uf! ¡Sácame de aquí!

-Voy -dijo Toro, tirando de uno de los brazos de la bestia con tanto ímpetu que bastó para liberar al mago.

-Gracias.

-Lo siento, debí venir antes. Pero la brisa soplaba en esta dirección y no oía nada. Afortunadamente intuí que estabas en apuros.

-Menos mal.

⁵ Quintal métrico: equivale a 100 Kg.

-Pero no se te ha dado nada mal, ¿eh? Tú tres, y yo uno.

Se volvió a confirmar su trofeo, cuando vio que éste, sangrando como un cerdo, corría como alma que persigue el diablo, alejándose de ellos.

-¡Maldito puerco!

-Espera, Toro, espera -frenó Varandir-. Ya no hay remedio. La hemos pifiado.

Toro resopló airado. Estaba muy, pero que muy, enfadado por su torpeza.

-Ese orco habrá ido a buscar a sus compinches. Vamos, cojamos agua y escapemos todo lo rápido que sean capaces nuestros caballos.



Con sus manazas puestas sobre el suelo y la narizota rozando la nieve, el enorme líder de la compañía olfateó el rastro reciente de los fugitivos.

-Son ellos. Lo recuerdo muy bien. No olvidaré ese olor nunca.

Los orcos esperaban instrucciones atemorizados, a una respetuosa distancia de su comandante y señor. Un puñetazo de sus demoledores puños podía arrancar la cabeza a cualquiera de ellos, y un mazazo de aquel ciclópeo garrote destrozaría a la mitad de la compañía. Y no estaba de buen humor aquella tarde.

El gigante, incorporándose todo lo alto que era se dirigió hacia los tres cuerpos sin vida que estaban tirados junto al arroyo. En cuatro zancadas salvó la distancia.

-Mmm, este lo ha tumbado el viejo, mirad esa estrella –indicó el gigante-. Y a este le han cortado la cabeza limpiamente. El mago también.

Probó con deleite la sangre del rostro del tercer cadáver.

-Y a este le has reventado tú la cabeza, inútil –rugió mirando al orco que había dado la alarma. Tenía la nariz llena de sangre y los ojos hinchados por el golpe.

-Ugh, él se volvió. Derritió mi pincho.

-¿Derritió tu espada? –preguntó el gigante tomando la empuñadura del suelo-. Yo no me llamo Cesarón si esto no es obra del mago también.

El gigante miró las huellas que habían dejado los dos hombres al marcharse.

-En marcha gandules, se acabó el descanso. El que se quede atrás me servirá de almuerzo mañana –ordenó el gigante Cesarón.

Con rapidez, la compañía de orcos, más de treinta, y su líder, un enorme gigante corrieron en pos del rastro dejado por los fatigados compañeros. Hacia la llanura, siempre hacia la llanura.



Con las últimas luces del día otearon a lo lejos la compañía orca. Eran muchos. Estaban algo alejados y se acercaban. Muy rápido. Ambos conocían la tremenda resistencia de esas bestias al trote, siempre menos veloces que un buen caballo, pero más resistentes. Sin duda les darían alcance aquella noche. Pero había algo más, algo tremendo, una enorme criatura les acompañaba. Y eso les aterró.

Varandir pronto comprendió de qué se trataba.

-¡Es un gigante!

-¿Gigante? ¿Un orco gigante? –gritó Toro mirando por encima de su hombro.

-Un gigante, un auténtico gigante.

-Pero eso no son más que leyendas. Los gigantes no existen.

Varandir asintió con rabia.

-No en este continente. Pero existen, créeme.

-¡Dioses, es enorme! ¡Al galope, al galope!

-Esto sí es obra de Nidarún. Ahí tienes la respuesta a muchas de nuestras preguntas –razonó el mago por encima del estruendo de su caballo.

Espolearon los caballos, agotando su mermada resistencia. Poco a poco la noche iba cayendo, y su manto se iba adueñando de la llanura. El negro sudario, protector de las bestias malignas, triunfaba sobre el immaculado lienzo de sol. Únicamente la luna les daría algo de amparo en la larga noche que se avecinaba.

Varandir, que iba en cabeza, fue el primero en verlo. Una ancha trocha de terreno pisoteado, con huellas de carros y de caballos. Y era reciente, como mucho de un día.

-¡Un rastro, mago!

-¡Lo veo! Me juego lo que quieras a que son los soldados de Arturo.

-¿Soldados? ¡Que la Diosa Fortuna te oiga!

-Vamos, vamos. Sólo ellos pueden salvarnos. ¡Se acercan los orcos!

Cabalgaron siguiendo el rastro de los soldados. A juzgar por las huellas de carros y caballos el destacamento era numeroso, al menos cincuenta caballos y diez o doce carros. Esperanzados por encontrar el campamento nocturno, espoleaban sus monturas con ansia. Los caballos aguantaban bien y hubieran corrido a buen ritmo si no fuese por la capa de nieve que les frenaba.

Toro comenzaba a ponerse cada vez más nervioso. El campamento que buscaban no aparecía y sentía en su piel la cercanía de los orcos. Incluso los caballos lo sentían, se mostraban nerviosos y excitados. Ya se oían las voces del aterrador gigante.

Pero no cesaron en su empeño, y siguieron avanzando. Estaba en juego algo más que sus propias vidas, estaba en juego que Adrián se saliese con la suya casi sin resistencia, y que la larga partida que había comenzado hacía años concluyese ahora, dándole el poder sobre aquella bella y salvaje tierra. Y no podían permitirlo, no sin intentar al menos hacer algo que pusiera en aprietos al traidor. Mas estaban en tremenda desventaja, porque ni siquiera conocían la identidad de Adrián, no conocían su fuerza, no conocían sus planes, no conocían el paradero de sus amigos.

-¡¡Varandir!! ¡¡Varandir!!

-¡¡Ya los veo!!

-Están detrás de nosotros. Muy cerca. Puedo olerlos. ¡Estamos entre sus garras!

-¡A todo galope! Ya veo puntos de luz a lo lejos. ¡¡Son las hogueras del campamento!!

Los caballos saltaron hacia adelante, espoleados por el miedo, guiados con rienda firme. Los dos amigos aumentaron la velocidad de su carrera, lanzando inquietas miradas hacia atrás. Sin embargo, pronto se dieron cuenta que los orcos estaban a escasos cinco metros en pos suyo.

-Les tenemos encima -dijo Toro desenvainando la espada.

-Espera, no te detengas. Intentaré ganar algo de tiempo.

El mago rebuscó en su bolsa, esperando encontrar unas chinitas de río, siempre llevaba encima unas cuantas. Pero su mano revolvió nerviosa en la bolsita de cuero. Sólo tenía cinco. ¡Había olvidado recoger más desde la última vez que había necesitado de ellas!

-Toro, haz que mi caballo te siga -pidió el mago, con la cabeza funcionándole a toda velocidad.

El mago soltó las riendas, y concentrándose profundamente a pesar de la apurada situación comenzó a recitar versos que sólo él conocía. Sus manos se volvieron incandescentes, alumbrando la noche. En un peligroso giro, Varandir se volvió hacia sus

perseguidores al tiempo que un fogonazo brotado de su mano salía disparado hacia la negrura.

Un tremendo aullido mostró al mago que no había fallado en su tiro. De nuevo se concentró en la chinita redondeada que tenía en sus manos, mascullando indescifrables letanías y buscando un nuevo blanco. La ocasión se le mostró de inmediato, un tremendo orco de casi dos metros se aproximaba a grandes zancadas. En su mano se inflamó repentinamente la piedra, y el mago la lanzó hacia la bestia cercana. El proyectil dejó una lengua de fuego tras de sí, y fue a incrustarse en el peludo pecho del orco, que rugió, aulló y se revolcó en la nieve, intentando agónicamente arrancar de sus entrañas la bola de fuego que le consumía; la bestia aulló hacia la luna, y con un último estertor quedó inmóvil.

Pero una fugaz sombra saltó sobre el cadáver de la bestia caída, y otra, y otra; la persecución continuaba, feroz e implacable, y el mago se concentró nuevamente. Nuevos relámpagos de fuego detuvieron en seco la carrera de las bestias más osadas, sin embargo, eso no frenó el avance del resto de las fieras.

Varandir tomó pesaroso el último canto rodado, el último proyectil. Después tendría que improvisar algo. Y ya estaba tramando algo. Un largo y resplandeciente relámpago rojo surcó el aire frío de la llanura, impactando en un orco perseguidor. Adiós a los proyectiles.

-Toro, espolea más a los caballos. ¡Hay que hacer un último esfuerzo! -gritó el mago.

Las monturas redoblaron el esfuerzo ante el acoso de los orcos, sus cascos lanzaban furiosos nieve hacia atrás, y sus bocas, llenas de espuma por el sacrificio, buscaban con ahínco aire con que llenar los pulmones; sus relucientes ojos, fijos en las hogueras del cada vez más próximo campamento, guiaban sabiamente su carrera.

Toro se volvía con insistencia hacia atrás, escudriñando la noche, buscando una bestia cercana en la que descargar su furia, pero siempre se interponía el mago. De repente, un cuerno de caza comenzó a sonar con furia. Toro consiguió divisar a Varandir soplando el cuerno hacia la luna, aullando sus lánguidas notas.

-¡Socorro! ¡Los orcos! ¡A las armas! -gritó el mago dejando de soplar y casi sin aliento.

Toro comprendió de inmediato la intención de su amigo. Quería atraer la atención del campamento cercano. A buen seguro que había centinelas apostados por allí. Así que espoleó con renovado brío su caballo. Las hogueras se veían con claridad ya, e incluso se empezaba a distinguir la silueta de alguna tienda y la figura de algún soldado de guardia, alarmado por el jaleo.

Los caballos saltaban por encima de los arbustos, aproximándose cada vez más al campamento. Eso les daba fuerzas. Metro a metro, esfuerzo a esfuerzo se iban acercando hacia el fuego salvador, hacia la única esperanza.

Pero las tiendas se acercaban, casi tanto como los orcos, y las llamadas de auxilio no parecían surtir efecto. Varandir casi llegó a dudar, sin embargo, en el último momento, su caballo saltó por encima de un grupo de soldados agazapados. Toro también lo vio; y los orcos, pero era ya demasiado tarde. Un feroz cuerpo a cuerpo se inició entre los centinelas y los orcos atacantes.

Los dos amigos continuaron su carrera hacia el campamento, esquivando soldados que corrían al lugar de la batalla. Se oyó un tremendo rugido por la llegada de nuevos orcos. Debían ser más de los que habían previsto el mago y su amigo.

-¡Los orcos! ¡Los orcos! ¡A las armas! -gritó Varandir a unos soldados que se les interponían.

De todas partes surgieron fieros soldados, armados hasta los dientes. Siguiendo las indicaciones del mago se dispusieron a defender el campamento.

-¡Rápido, llévanos ante tu jefe! -chilló a un soldado que surgió de una tienda de cuero.

Toro y el mago desmontaron, siguiendo al obediente soldado, que les condujo hasta la entrada de la tienda de mayores dimensiones del campamento.

-Esperad aquí -dijo el soldado antes de adentrarse, dejando a los dos amigos frente a dos nerviosos guardias que custodiaban la entrada.

Dentro se oyeron susurros apresurados, casi amortiguados por los gritos del combate cercano. Los orcos habían plantado cara mejor de lo previsto, y ahora se oían sus feroces aullidos mezclados con las voces de los soldados.

Al momento salió el soldado que les había conducido hasta allí.

-El capitán les recibirá ahora -afirmó haciéndose a un lado.

Toro y Varandir se miraron y entraron en la tienda.

-Recuerda lo que te dije. Gánate su confianza -cuchicheó Varandir a su amigo sin que nadie se percatara de ello.

El lujoso interior contrastaba con la austeridad del campamento. Gruesas pieles de oso recubrían el frío suelo, y suaves sedas ablandaban el recio aspecto del cuero de la tienda. Los restos de la cena interrumpida se enfriaban encima de la mesa. Dos hombres fornidos observaron la llegada de los dos extraños.

-¡Capitán, gracias a los dioses! ¡Una jauría de orcos ha estado a punto de...!

Las palabras de Varandir quedaron frenadas en seco. De nada valía ya su estratagema. Habían sido descubiertos. Enfrente a ellos tenían al capitán de la tropa con la que se había enfrentado Toro en El Buen Pozo Sediento, y junto a él a uno de sus lugartenientes.

-Uf -murmuró Toro-, ya es mala suerte.

-Mira quién tenemos aquí -exclamó el capitán.

Toro y Varandir se miraron. Plan B. Siempre había un plan B.

El mago se encogió de hombros y sonrió a los soldados llevándose una mano al amuleto que pendía de su cuello. Un murmullo consiguió que se extinguieran de súbito las lámparas de aceite. La oscuridad se adueñó de la estancia.

Toro saltó ágilmente sobre el capitán y le derribó, impidiéndole gritar. Dos fuertes puñetazos en la sien hicieron que el prisionero dejara de resistirse. Mientras, el mago, como si estuviera sincronizado con Toro, saltaba al cuello del otro soldado, silenciando la voz de alarma a los guardias de fuera. De dejarle sin sentido se encargó Toro, con sus puños como mazos.

-Uf. La hemos fastidiado - susurró Toro.

-Tranquilo, enciende las lámparas -dijo el mago.

Cuando la luz volvió, Varandir arrancó un largo cordón que pendía del techo. Con él comenzó a maniatar al ayudante del capitán.

-Busca algo para amordazarle.

-¿Te vale? -dijo Toro.

-¿Un calcetín?

Toro se encogió de hombros.

-Y por qué no.

Cuando estuvo bien amarrado le empujaron debajo de la mesa, ocultándole de una primera inspección.

-Debemos irnos, y a todo correr, ya ha llegado el gigante, oigo las voces.

-Eso me temo -reconoció el mago-. Apaga las lámparas, y rasga la parte de atrás de la tienda. Busca nuestros caballos y tráelos. Nos llevamos un recuerdo -dijo dando una patada en el pie inerte del capitán.

Mientras Toro apagó las luces y rajaba la lona procurando no hacer ruido, el mago se las arregló para amordazar y atar al pesado capitán. A oscuras esperó la vuelta de su compañero. Más lejos, en el perímetro del campamento, el combate se recrudecía por momentos. Varandir rezó para que la lucha se extendiera durante unos minutos más.

Al fin, Toro apareció con los dos caballos.

-¡Cómo has tardado tanto!

-Tuve que convencer a un par de centinelas -murmuró el fornido hombre al tiempo que se limpiaba un hilillo de sangre que caía de su labio roto-. ¿Nos vamos ya?

-¡Y tanto! Ten, encárgate de nuestro amigo el capitán. Pesa como una piedra.

Milagrosamente montaron sin ser descubiertos, y cabalgando sin hacer demasiado ruido, huyeron por el lado contrario del campamento al que había sufrido el intento de asalto orco. Toro llevaba al inconsciente capitán como un fardo, entre él y el cuello del caballo.

En cuanto se sintieron un poco más seguros picaron espuelas, galopando hasta que el campamento no era sino un diminuto punto de luz en la llanura.

-Mira, mago -exclamó Toro deteniendo su fatigada montura-, no sé, pero todo esto es demasiada coincidencia. Ya no sé si somos los hombres con peor suerte del mundo o si es que ya no entiendo nada, pero me huele a chamusquina.

El mago desmontó, yendo hacia el lecho helado de un arroyo.

-¿Quién comprende las burlas que nos hace el destino? -respondió Varandir, sin quitar los ojos del suelo.

-Bueno, ¿qué hacemos ahora?

-De momento recoger esto -respondió el mago mostrando en su mano guijarritos helados-. No voy a volver a descuidarme.

-¿Y luego? ¿Qué hacemos con el mochuelo? -preguntó acomodando el inerte bulto que soportaba su caballo.

Varandir no respondió hasta pasados unos segundos.

-No sé. Necesito pensar -dijo montando de nuevo-. Por lo pronto alejarnos más, estamos en peligro sea quien sea el que gane la batalla de ahí atrás.

Toro siguió el caballo del mago, respetando su meditabundo silencio. Cabalgaron a buen paso, sin forzar las monturas. Aunque no hubieran podido, ya que las pobres bestias necesitaban un urgente descanso y una buena comida. Pero no habría descanso esa noche. Ni para caballos ni para jinetes.

XII.

Traición.

El cielo malva de la llanura indicó la proximidad del anochecer, del ocaso, del fin de la jornada. Jirones rizados de nubes enfriaban la tarde, llevando presagios de tormenta, portando negras amenazas.

Un hombre, andrajoso, de mirada furtiva, curtido por la vida a la intemperie guiaba la pequeña comitiva. Su aspecto contrastaba con el sano e imponente porte de la mujer que le seguía. No eran sus ropas distinguidas, sí su mirar, ni su aspecto recio, sí sus ademanes. Semejaban una noble venida a menos y su último criado, huyendo del infortunio. La bella mujer cabalgaba en la retaguardia, observando atenta las indicaciones de su malencarado guía. Parecía conocer dónde iban, pero ¿lo sabía realmente?

-Por hoy ya basta. Acamparemos aquí -decidió el hombre.

-¿No crees que podríamos cabalgar otro poco? Aún no es de noche.

-No, no conviene fatigar a los caballos.

-Como tú digas -acató Suzán.

Ambos desmontaron, al refugio de un corro de árboles. El viento, más frío a medida que transcurría la tarde, removió las ramas y desprendió algo de nieve.

-Será otra noche fría, me temo.

-Sí, eso parece.

-Se nos están acabando las provisiones. ¿Llegaremos pronto al lugar que vamos?

Baltazor se lo pensó un poco antes de contestar.

-Bueno, estamos tardando un poco más de lo que esperaba. Hay mucha nieve y los caballos avanzan despacio. Pero creo que en otro par de días llegaremos.

-Bien, espero que sea así -dijo Suzán ya para sí, pues Baltazor se alejaba sin atender sus palabras.

Como cada tarde, el hombre desaparecía durante casi una hora. Tiempo que Suzán aprovechaba para recoger algo de leña y preparar un fuego. Con la excusa de asegurarse que nadie les seguía, Baltazor desaparecía del improvisado campamento y recorría los alrededores. Esto, así dicho, parecería una estupenda medida. Pero Suzán había descubierto que lo que en realidad hacía Baltazor era comer de las provisiones que escondía, de las cuales sólo él cataba. Al principio se había enfadado mucho, pero después había comprendido que con todo el trabajo que hacía, era normal que tuviera una ración extra de comida. Además, por su aspecto, estaba segura de que había pasado largas temporadas sin comer. Y ese tiempo que estaba sola no era desaprovechado. Ella también tenía un secreto.

Había sido un hallazgo fortuito. Fruto del despiste y de la casualidad, de un aterrador despiste. Pero ahí estaba. Y ahora se sentía doblemente segura. Más segura que nunca desde que había llegado a Cretia procedente de muy lejos.

Cuando dejó de oír los pasos de Baltazor, tanteó su cintura y desenfundó su magnífica espada. Se la puso al cinto, pero fuera de la funda. Después se dedicó a buscar ramas desgajadas entre la nieve. En un instante sintió la compañía esperada, oyó la suave respiración y los ligeros pasos que ni dejaban huellas en la nieve blanda.

-Hola.

-Mi dueña...

-No me llames así -reprendió la mujer en voz queda.

-Sólo digo la verdad. Tú eres mi dueña.

-Bueno, no empecemos -dijo encarándose al enorme tigre blanco que ladeaba la cabezota y dejaba colgar la lengua entre los enormes colmillos.

Recordó el primer día, la primera noche en realidad, que había visto a semejante fiera. Por poco se muere del susto. Y también recordó cómo volvió a encontrarse con ella, cuando inocentemente, y sin recordar lo sucedido aquella noche, desenvainó la espada para cortar una larga rama que se le resistía. La partió, por supuesto, era un buen acero. Pero cuando se giró y vio un enorme tigre lamiéndose las zarpas, tranquilamente tumbado, por poco le da un infarto. Fue una casualidad, una tremenda casualidad.

Ese día, y los otros dos siguientes, había comprendido muchas cosas. Y ahora sabía que nunca se imagina nada gratuitamente.

Necesitaría un guardaespaldas, o mejor, dos. Uno podría ser como Kevin, y yo una estupenda cantante...

Su mente iba una y otra vez a la espada que había perdido en la habitación de la posada. ¿Estaría Kevin realmente en ella? Nunca lo sabría. Pero lo que sí tenía era un estupendo guardián, del que nunca había imaginado nada. Y él solo había tomado cuerpo, un sorprendente cuerpo felino. ¿Era realmente todo un juego? Ahora comenzaba a entender las palabras de Javi.

Y allí estaba su segundo guardaespaldas. Quién lo hubiera creído.

-Ayúdame, anda. Busca ramas secas, y en cuanto se acerque Baltazor me avisas.

-Lo que ordenéis.

-Eso es, lo que yo ordene.

Tardaron algún tiempo en recoger un montón suficiente para hacer una buena fogata. Y para cuando volvieron con las últimas ramas donde estaba atados los caballos, ya anochecía. El montón de leña parecía suficiente, y Suzán, hábilmente se dispuso a encender el fuego entre unas rocas.

-No deberías hacerlo. Puede atraer a fieras y bandidos.

-Bah. ¿Para qué te tengo a ti y a Baltazor entonces?

-No deberías fiarte de ese ladronzuelo.

-Qué empeño te ha entrado. Baltazor es mi guía, le he contratado.

-Ya.

-No hay nada que temer.

-Ya.

Suzán dejó lo que estaba haciendo y miró directo a los ojos ambarinos del tigre.

-Pero, vamos a ver. ¿Qué es lo que no te gusta de él?

El tigre se echó pesadamente a los pies de Suzán y movió su cabeza.

-Yo podría darte calor, no hace falta que enciendas el traicionero fuego.

-No, prefiero que Baltazor no te vea.

-Luego, tú también desconfías.

-No, pero... Anda quita de ahí, te vas a chamuscar.

La oscuridad inundaba ya el bosquecillo. Las sombras se fueron haciendo más y más difusas, hasta fundirse en una gran sombra, en la noche. El pelaje del tigre fue variando con la luz del día, cambiando desde el más puro blanco hasta el negro carbón de aquel momento.

-Dime, ¿por qué cambia tu color?

-Mi misión es protegerte, y mi ventaja es el silencio, el acecho. Confundiéndome en el entorno soy invisible hasta que mis colmillos rodean la garganta de tus enemigos...

Un escalofrío recorrió la espalda de Suzán. La amenaza del tigre, culminada con un ronco rugido heló su sangre. La fuerza de su fiera era más que física, jugaba con el terror grabado a fuego en los genes de sus antepasados, en su memoria inconsciente, transmitida de generación en generación de forma involuntaria, desde que el primer

hombre dormía al raso cada noche, en la noche que las fieras cazaban, en la noche de los tiempos.

-Dime, ¿cuál es tu nombre?

Una sombra de rencor cruzó los ojos del felino. La ira se asomó por un momento a sus fauces, más la sumisión la dominó presta.

-Déjame al menos que esta noche vele por ti. No enfundes la espada.

-No es buena idea.

-Ya llega.

Suzán oyó pasos sobre la nieve. Baltazor se acercaba. Tomó la espada, y mirando la figura del tigre, la colocó en su funda. De repente, su mirada dejó de percibir los ojos felinos y traspasaron la sombra hasta encontrar las llamas. Justo a tiempo.

-Bien, parece que seguimos solos.

-Haces un buen trabajo, Baltazor. Gracias.

-No es nada, por ello me pagas. Por cierto, espero que no hayas olvidado el precio convenido. Con los gastos de la posada no me quedó nada de tu oro.

La mujer sacó las escasas provisiones que compartían.

-Ya sólo queda esto. Habrá que empezar a preocuparse por conseguir algo de caza. ¿Qué tal se te da cazar?

-¿A mí? -gruñó Baltazor-. Bien, pero lleva tiempo colocar trampas y esperar a que caiga algo. Porque no creo que quieras cazar con tu espada. No tenemos más armas.

Suzán cayó de pronto en la cuenta.

-Es verdad. ¿Y cómo piensas defendernos si nos siguen o asaltan?

El hombre se revolvió incómodo. Fue a buscar más leña y la añadió al fuego.

-Tú eres la espadachina, la caza recompensas... Yo sólo soy un guía.

-Ya.

-De eso te encargarás tú. Y espero que no tengas que desenvainar la espada. Aún tengo morados en la espalda de la fiera que apareció por arte de magia.

Suzán tomó su espada.

-Baltazor, no me tomes el pelo. Sé mucho más sobre ti de lo que piensas. Y tú sobre mí no sabes nada. No me infravalores.

-¿Que no te qué?

-Déjalo. Pero no te hagas el listo conmigo.

-No, no. Si yo soy muy honrado.

Suzán se rió y exclamó con la boca llena.

-Sí, todo lo honrado que puede ser un ladrón.

Baltazor se arrebujó en su capa y se arrimó peligrosamente al fuego, tumbándose en el suelo. La conversación había acabado.

-Hasta mañana, Baltazor.

El hombre se colocó de espaldas a Suzán, sin contestar. Su respiración se tornó más lenta y profunda, sin embargo sus ojos permanecieron abiertos. Esa noche, debía hacerlo esa noche.

La excitación no le dejó pegar ojo, pero pacientemente esperó a que Suzán se tumbara y se durmiera. E incluso esperó a que se durmiera profundamente. Recelaba. Era tan desconfiado que su izquierda no fiaba ni de los actos de su derecha, todas las sombras podían esconder celadas, podían esconderle a él.

La luna, próxima ya a ocultarse, clareaba el bosquecillo, dando luz a los dos compañeros, tumbados junto a los rescoldos. Lentamente, sin el menor ruido, se incorporó. Fue hasta los caballos y ensilló el suyo. Por un momento pensó en dejar uno, pero... no, era demasiado arriesgado. Él no tendría valor para matar a aquella hermosa mujer, bella como el deshielo en primavera, como las flores que brotaban ante la cueva

en la que pasó su infancia, fragante como la fruta madura. No, él no lo haría. La llanura, los orcos o tal vez las fieras se encargarían de ello, porque en el fondo era un cobarde, un ladrón que se amparaba en la noche para mercarse el sustento, pero que jamás reuniría el valor suficiente como para no dejar testigos.

Afortunadamente, el sueño de la bella mujer era tan profundo como las raíces de las montañas, y su confianza absoluta. ¿Podía alguien extrañarse de que llamasen raros a los *fugaces*? Para cuando despertase, él ya estaría lejos, muy lejos, y casi rico. El golpe de fortuna que había estado toda su vida esperando.

Caminó pisando cauto hasta tener al alcance a la mujer. Ahora o nunca. Atisbó entre la manta que la envolvía la empuñadura de la valiosa espada. ¿La tendría cogida fuerte? Ahora o nunca. Armándose de valor puso dos dedos en el mango y tironeó un poquito, con sumo cuidado. Ya casi. Tiró otro poquito. Pero se detuvo al instante, el acero comenzaba a mostrarse fuera de la funda. Y no deseaba en absoluto que le ocurriera lo mismo que la anterior vez que había intentado robarlo. Volvió al punto de origen y colocó el arma tal y como estaba.

Había una ligera brisa que enfriaba el sudor que bañaba su rostro. No tenía más remedio. No podía volverse atrás. Se levantó y se alejó un poco de la bella durmiente, que inconsciente y profundamente amodorrada se giró suspirando y se encogió en la manta que la envolvía. Baltazor sintió enmudecer a su corazón. La sangre se agolpó en su garganta, y el sudor corrió a ríos por su frente.

Suzán siguió moviéndose, luchando en sueños contra algún invisible aviso de peligro. Baltazor estaba paralizado, congelado a varios pasos de la mujer. No acertaba a cambiar ni de postura. Rezaba para que no despertara.

Pero sus plegarias tuvieron el efecto contrario al deseado. Suzán se incorporó lentamente, murmurando entre dientes. Baltazor reaccionó entonces, y de un brinco se escondió tras de un árbol. La mujer miró durante unos instantes los rescoldos medio apagados, y aún adormilada se levantó con la intención de avivar el fuego. Se dirigió hacia la leña amontonada que había a su espalda, preguntándose qué era lo que no encajaba en todo aquello. Pero tenía mucho sueño, estaba demasiado dormida para reaccionar con rapidez. Tomó un tronco no muy grueso y volvió hacia la hoguera.

Se sentó con las piernas cruzadas, y removió las brasas, tratando que prendiesen la rama que acababa de meter. Entonces cayó en la cuenta. ¿Dónde estaba Baltazor?

Se levantó de un salto, tanteando en su cintura, en busca de la espada.

-Estoy detrás de ti, tranquila.

Suzán se giró hacia la voz. Apenas consiguió ver al hombre, porque de súbito sintió estallar su vista y un dolor muy fuerte en la sien. Y ya no sintió más. Cayó sin sentido a los pies de la fogata.

Baltazor comenzó a respirar hondo, para calmarse. Había necesitado de todo su valor para hacer aquello. Arrojó sin pensarlo a la hoguera el grueso leño que había empleado para atizar a Suzán. Esperaba no haberla matado, él no había matado nunca a nadie. Comprobó su débil pulso y su frágil respiración. Afortunadamente vivía.

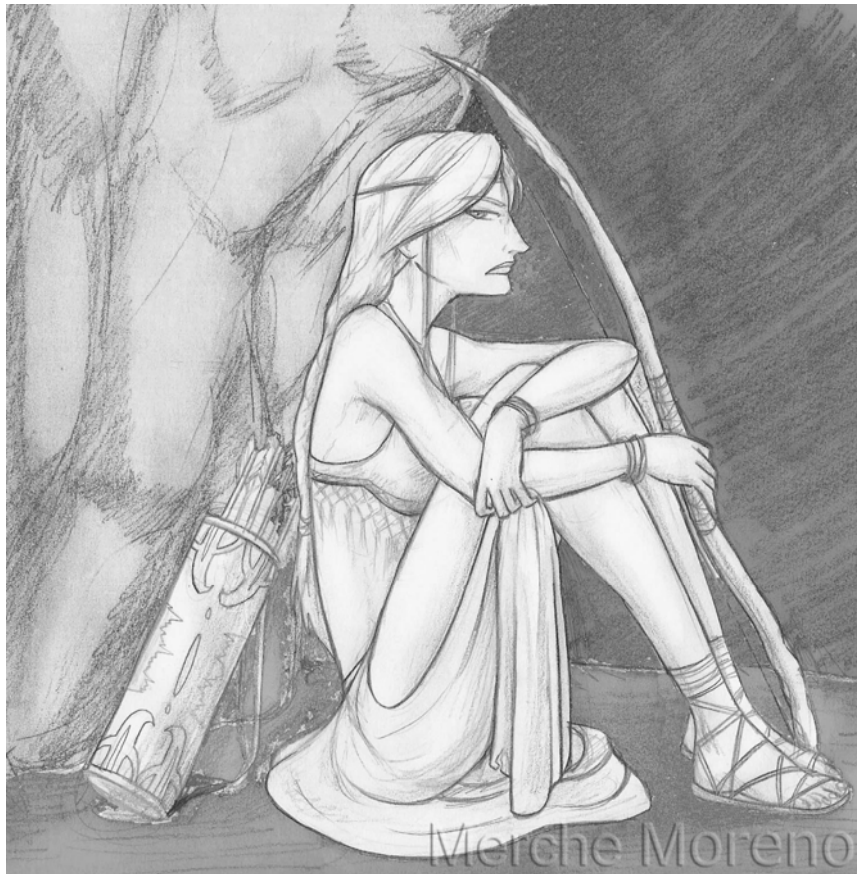
Ya más tranquilo, buscó con la mirada el objeto de su deseo. Y lo encontró prendido del cinturón de la desvanecida y hermosísima mujer. Lo tomó con cuidado, sin intentar desenvainar el arma. La luna arrancó brillos misteriosos de las gemas que adornaban la funda. Miró el cuerpo de la mujer. Estaba pálida, hermosa, deseable. Miró la hermosa arma, calculando el oro que podría sacarle. Volvió a mirar a la mujer. ¡Si fuese más valiente!

Sin volverse y sin arrepentirse montó ágilmente, espoleado por la adrenalina. Tomó la brida del otro caballo y se alejó, dejando tendida en el suelo a la más bella y misteriosa mujer que él conocía, a la más extraña *fugaz* que había tenido oportunidad de conocer.

XIII.

El amargo despertar.

Nada más despertar se sintieron terriblemente asustados y confundidos. De alguna manera que no alcanzaban a comprender habían aparecido reclusos en una mísera caverna, húmeda, oscura, llena de desperdicios. Según habían podido observar estaban en un agujero de dimensiones casi circulares, hundidos en el suelo a unos cuatro metros. Por encima de ellos el techo rocoso se elevaba otro par de metros. No había salida posible. Ya lo habían intentado.



Al principio les había extrañado que estando prisioneros en el más sucio e inmundos agujero que habían visto nunca, sin embargo, tenían consigo sus armas al completo, junto con todas sus pertenencias.

El único que faltaba era el enano. ¿Dónde se habría metido? Si no estaba prisionero, ¿estaría muerto? ¿Quién les tenía allí encerrados? ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Dónde estaban exactamente?

Lo único que sabían era que alguien les arrojaba comida y desperdicios de vez en cuando. De esa manera descubrieron para qué necesitaban sus armas en la cloaca

aquella. Lo poco que podían comer debían disputárselo a las ratas, a los roedores más grandes y terribles que habían visto nunca. Decenas de ellas, con ojos rojos y dientes afilados como cuchillas.

Y lo cierto era que cuanto más comida les quitaban más agresivas se volvían. Se envalentonaban y se enfrentaban furiosas a la punta de la espada de León o de Robín. Alguna moría ensartada o rajada en dos, otras se escabullían por cualquiera de los innumerables agujeros de la pared de roca o del suelo.

Pero Alis no quitaba ojo a un orificio en particular, uno grande y oscuro, que emanaba un olor pestilente, una fetidez imposible de soportar. Sus sagaces ojos observaron que ninguna rata huía jamás por esa salida, nunca, antes se enfrentaban al mortal acero de los compañeros.

La vigilia permanente y la incertidumbre les estaba haciendo perder los nervios. No había manera de descansar en eseapestoso cuchitril. Y para colmo no sabían ni quién les mantenía presos. No habían oído hablar a nadie, sólo un lejano retumbar, un golpeteo que poco a poco estaba haciendo que perdiesen la cabeza.

-¡Alguna manera habrá de salir de aquí! ¡No puedo más!

-Sí, volando, elfo, volando. Mueve las orejas y sube.

Robín dirigió una furibunda mirada a la mujer que le había contestado así.

-No te pases. Tú tampoco sabes cómo sacarnos de aquí, y no es que lo hayas pensado mucho. Aunque claro, eso de pensar no es para mentes inferiores.

-Robín -intentó mediar León.

-No, déjalo, si este engreído elfo no sabe más que faltarme haciendo alusiones a mi condición de mujer -Alis tomó una chinita, que describiendo una parábola fue a impactar en el brazo del elfo-. Pero deberías ver la cara que pone cuando se atusa las patillas frente a su espejo mágico. Espejito, espejito, dime, ¿quién es el más...?

-¡¡Alis!! ¡¡Robín!! -reprendió el caballero Britunio-. Haced algo útil y pensad. Hay que escapar de aquí. ¡Vamos! Tenemos nuestras armas, herramientas, cuerdas. Algo hay que hacer o nos comen las ratas.

Los ánimos se enfriaron un instante, pero la situación era desesperada. ¿Qué podían hacer? Estaban en un agujero de cuatro metros, de paredes imposibles de escalar, sin saber lo que se encontrarían arriba. Una situación ciertamente delicada, compleja, y además sin el guía. ¡Sin el Guía!

-Si pudiéramos hacer un gancho, tal vez podríamos escalar la pared -pensó en voz alta Robín.

-Y ¿de dónde piensas sacar la cuerda, listo? -le replicó la amazona.

-Bah, mujer. Tenemos correas, cinturones, ropa, podríamos hacer una escala antes de que tu obtusa mente comprendiese que es una buena idea.

-¿De veras, elfo? -preguntó León-. Consígueme la cuerda y yo me encargo del gancho.

-¿Tienes algún gancho y no lo habías dicho?

-No, Alis. Pero si tenemos cuerda para subir hay que conseguir un gancho como sea. Así que por un momento colabora con Robín y mientras tanto piensa en cómo agenciarnos un gancho, y a ser posible rápido, el olor que sale de esa madriguera es cada vez peor. No hay quien lo aguante.

-Está bien, vale -cedió la amazona, calmando por unos instantes su temperamento y tapándose la nariz.

El elfo comenzó a recolectar cinturones, correas, y hasta un pedazo de cuerda de unos dos metros y pico. León, entretanto, caminaba por el agujero, machacándose la cabeza. ¿Cómo podría fabricar un gancho o algo capaz de afirmarse en ni se sabe dónde de ahí arriba y además resistir el peso de por lo menos uno de ellos? Se exprimía el

cerebro, sin embargo no obtenía nada. El apestoso hedor le hacía llorar los ojos. Un gancho, un mísero gancho.

De alguna manera debían salir de allí. Habían venido en busca de aventuras, y allí encerrados no iban a conseguir ni aventuras ni emociones. Menudo juego. ¿Y el Guía? Mejor ni planteárselo.

-Eh, fijaros –indicó Alis-. Han desaparecido todas las ratas. No ha hecho más que aumentar el olor y se han esfumado.

-¡Dios! ¿Qué puede estar vivo y tan podrido a la vez? –se preguntó el elfo mientras se tapaba el rostro con la capa.

En unos pocos minutos Robín tenía algo parecido a una cuerda, una mezcla de correas, cinturones y un pequeño trozo de soga. Y parecía resistente.

-¿Y bien? Aquí está la cuerda. ¿Dónde está el gancho? –preguntó reprimiendo una arcada.

-Me rindo, elfo –reconoció León-. Estoy tan mareado que no puedo pensar.

-Buf, ¿y para eso tanto? Tenemos que salir. No soporto por más tiempo estar encerrado aquí.

De pronto comenzaron a oír inquietantes ruidos del agujero grande, chirridos y roncós borboteos. El tufo se extendió con más fuerza que antes, haciendo que los compañeros se agrupasen, hombro con hombro.

-¿Qué clase de criatura es esta?

-No quiero ni verlo –respondió León.

Desenvainaron las espadas. Alis colocó una flecha de su aljaba en el arco. El ruido se iba acercando. Oyeron con claridad algo que se arrastraba cerca de la boca.

-¡Pero si está claro! ¡Eso es! –gritó Alis-. ¡He tenido una idea!

-¿Tú?

-Calla, elfo. Deja que Alis se explique –gritó apurado el caballero Britunio.

La mujer guardó su saeta y mirando desafiante a Robín, con una sonrisa en sus labios dijo:

-Somos unos idiotas, está chupado. Lo único que tenemos que hacer es...

Ж

Cuando despertó, el gusto amargo de sangre seca en su boca hizo que el estómago se le pusiese del revés. De inmediato sintió el insoportable estallido de su cabeza y gimió de dolor. Lágrimas más amargas aún resbalaron incontenibles, desbordando las mejillas. No podía abrir los ojos, la luz cegadora hacía más daño del que en ese momento podía soportar.

Tenía frío, y le dolía hasta respirar. Trató de recordar.

Tragaba haciendo grandes esfuerzos. Punzantes escalofríos de dolor rasgaban su espina dorsal. ¡Dolor, oh, dioses, dolor! Lloraba en voz baja, no podía soportarlo.

¿Juego? Entonces ¿por qué dolía tanto?

Abrió los ojos, un poquito nada más, todo lo que pudo en ese momento. Entre las pestañas vio nieve, y árboles. Y recordó.

Haciendo caso omiso de su sufrimiento, apretando los dientes, se levantó y buscó alrededor suyo. Le habían traicionado. Dio un traspié y cayó de rodillas. Continuaba llorando. Buscó su espada, su tigre. Pero su ausencia también dolió.

Comprendió el motivo de verse traicionada. Ahora sabía por qué Baltazor, el ladrón, el mismo que había tratado de robarle la primera noche, aceptó guiarle por parajes inhóspitos y solitarios.

Súbitamente se paralizó. *Inhóspitos, solitarios...* Giró la cabeza en redondo y buscó su montura. También había desaparecido.

-¡Maldito perro!

La furia atenuó el dolor un poco.

-¡Pero será cerdo! Me saquea y luego me abandona a mi suerte, sin víveres, sin armas y sin caballo. ¡Aquí, en medio de ningún sitio!

Se levantó. Estaba de veras enfadada.

-¡¡¡Baltazor!!! -gritó al viento-. ¡¡¡Baltazor!!! ¡¡¡Algún día te encontraré!!!
¡¡¡Baltazor!!!

La cabeza estuvo a punto de estallarle, haciendo que cayese de rodillas sobre la nieve helada. Gimiendo desconsolada se dejó caer sobre un costado, apoyando la cabeza en el frío suelo. Las lágrimas se helaban en contacto con la nieve, sobre sus propias mejillas. Nunca jamás había sentido un dolor tan espantoso.

Se desmayó.

XIV.

Un destello de esperanza.

Las casas semiderruidas recordaron a Varandir el aspecto de cualquiera de los muchos pueblos que había visto abandonados en la llanura. Los mismos muros, pelados, sin tejado, las mismas piedras comidas por la maleza, por el musgo, las mismas callejuelas desiertas por las que aullaba el viento helado, zigzagueando, ululando como un fantasma. Media docena de casas apretando sus costados, abandonadas a su suerte.

Estaban agotados, al igual que sus monturas. Hacía casi día y medio que no comían nada, y el frío mordía con toda la ferocidad del invierno. Pero por fin encontraban un refugio, que alcanzaban tras una penosa cabalgata, sin incidentes, sin reposo, sin aliento.

El capitán de los soldados había despertado de su inconsciencia a las pocas horas de huir del campamento, y su inicial resistencia y lucha había cedido finalmente ante las amenazas del malhumorado Toro. Sus puños eran muy convincentes, tal y como recordaba el capitán.

-Toro, voy a buscar un rincón que nos resguarde del aire. Si no me equivoco esta noche habrá una buena tormenta.

Mientras el mago se iba metiendo en las casuchas del pueblo abandonado, Toro desmontó de su caballo al capitán, atado por las muñecas.

-Ni te muevas de donde estás o servirás de cena a las fieras.

Pasaron unos minutos, tras los cuales el mago volvió.

-Ni una sola casa conserva el tejado. Sin embargo, en aquella de allí podremos resguardarnos bien, y vigilar la dirección por donde vendrán los soldados si nos siguen - dijo mirando de reojo al capitán.

El lugar elegido por Varandir era una confortable habitación al raso, de altas paredes y ventanucos minúsculos. En algunos rincones no había casi nieve, y sobresalían algunos helados arbustos, que los caballos mordieron hambrientos.

-Necesitamos encontrar comida para los caballos.

-Y a nosotros tampoco nos vendría mal comer algo.

-Pues no.

Toro desensilló las dos bestias y las dejó rumiar tranquilamente su escasa cena. Varandir se ocupó del prisionero, al que ató los tobillos primero y luego desató las manos, para volver a ligárselas a la espalda. Finalizada la operación, le empujó hasta la pared de fondo y le sentó de un violento empujón.

-Tenemos mucho de qué hablar contigo.

-Yo con vosotros nada, cerdos fugaces.

Varandir miró a Toro, desentendiéndose del insulto.

-Vamos a tener que convencerle, me temo.

Toro se acercó mirando a los ojos del prisionero.

-Déjame encender un fuego. Yo me ocuparé de que cante. Seguro que cuando empiece a sentir el calorcito en las orejitas se pone parlanchín.

-Busquemos algo de leña sugirió el mago.

Los ojos del capitán buscaron el cielo. Comenzaba el anochecer. ¿Qué es lo que querían de él aquellos hombres, aquellos fugaces?

Ж

Si alguna vez había sentido tanto frío, no lo recordaba. Si alguna otra vez había sufrido tanto dolor en sus carnes lívidas, amoratadas, ya no lo recordaba. Si alguna vez había sido posible dejar fluir sus pensamientos, no podía recordarlo. Sólo poner un pie delante de otro, y volver a empezar. Sólo continuar, no rendirse. Sólo continuar, luchar contra el sueño, contra el hambre, contra sí misma.

La noche iba cayendo poco a poco, y con ella iban desapareciendo los tímidos rayos de sol que habían constituido su pequeño y único alivio. *Asoma un poco más, confórtame con tu luz, y no me dejes aquí sola, en medio de este mar de nieve.*

Pero finalmente, filtrando el último rayo de esperanza entre una negra nube, el astro de calor se escondió tras las lejanas montañas. Exhausta, rendida, cayó de rodillas. No podía ni llorar, y la garganta helada se negó a gritar su desesperación. Sentía los dedos a punto de romperse, las articulaciones agarrotadas, los músculos vacíos, flojos. Y sabía que no podía parar, no por la noche.

Un último esfuerzo, hasta lo alto de aquella colina, hasta aquellos árboles. ¿Y después? Después... más lejos.

Penosamente se puso en pie y caminó, dolorosamente lenta, perdida en la ondulante meseta, con nieve hasta casi la rodilla, dejando un rastro continuo de desesperanza. Y lo que en otras condiciones hubiera sido una leve ondulación, se convertía en una autentica cima, un pico a escalar, sin más que uñas y voluntad, sin esperanza de llegar. Y cada vez estaba más oscuro.

Su aliento condensado le precedía, nublando su escasa visión. Mas, ¿qué iba a ver? ¿Más nieve? Un pie tras el otro, un paso seguido de otro, era lo único en lo que pensaba; de vez en cuando un chispazo de rabia le daba fuerza para continuar, al recordar el infame rostro traicionero de Baltazor.

Ciega, a oscuras, agotada, coronó la cima. Y hubo de frotarse los ojos unas cuantas veces antes de creer lo que estaba viendo. ¡Luz! ¡Fuego! ¡Luz!

Rio desesperada, justo en el momento que le abandonaban las fuerzas encontraba la salvación. Esta tierra era demasiado dura con quien nunca se las ha tenido que ver con la adversidad. La voluntad y la determinación valían tanto como un buen acero afilado. Y ya que ella había perdido el suyo, ¿qué otra cosa le quedaba sino voluntad?

De inmediato desconfió. ¿Sería el campamento de Baltazor? Y si no lo era, ¿serían amistosos con una mujer... desarmada?

Sólo había un medio de averiguarlo y era acercarse a echar un vistazo.

Tardó más de un siglo en bajar de la colina y en aproximarse hacia la luz. Mas con la noche ya bien entrada consiguió apoyar exhausta la frente en la helada pared de la primera casucha derruida. El esfuerzo había sido ímprobo. Esperaba que no hubiera sido en vano.

El ejercicio había producido un beneficioso efecto, y, si bien sus extremidades estaban casi congeladas, había conseguido anular parte del frío del resto de su cuerpo. Albergaba la esperanza de encontrarse con alguien amable, para variar, que permitiese confortar sus helados miembros junto a la hoguera que adivinaba allí mismo, en alguna parte.

Entonces fue cuando lo oyó. Un grito, casi un aullido, rasgó la quebradiza quietud de la noche. Sonaba a lamento, a dolor, a desesperación, casi inhumano. Sintió un escalofrío que le recorrió toda la fibra. ¿Qué es lo que podía estar pasando?

Lo sentía cercano. Así, que recordando su frío, y venciendo su temor, resolvió investigar el origen de los gritos. De nuevo se repitió, esta vez a mayor volumen. Y al grito le siguió una sucesión de quejidos lastimeros.

Agazapada avanzó por la nieve, pegada a las paredes, intentando no hacer el mínimo ruido. Y no tardó en descubrir el origen de los gemidos y los gritos.

Por entre la rendija de un muro ruinoso vio una espléndida fogata, dentro de una casa sin tejado. Junto al fuego, y de espaldas a ella, había dos hombres, uno grande, inmenso y de cabello rubio, muy rapado, el otro, menos corpulento y con largos cabellos grises, envuelto en una siniestra capa negra. Y a los pies de ellos había un tercer hombre, atado de pies y manos, a todas luces el origen de los gritos.

-Dinos lo que queremos saber y podrás incluso irte -dijo el hombre del pelo gris.

-¡¡Habla!! -gritó el otro.

El interpelado no soltó más que otro quejido, y entonces, para asombro de Suzán, el hombre fornido tomó al maniatado de los pies, y haciendo gala de una fuerza sobrehumana lo elevó hasta que no tocó el suelo; y cabeza abajo lo aproximó al fuego. El pobre hombre, al sentir la proximidad de las llamas comenzó a gritar y a aullar.

Suzán no pudo seguir mirando. ¿Qué podía saber ese pobre desdichado para que lo torturaran así? Sintió un escalofrío ante una nueva tanda de gritos.

Entonces se encendió la mecha de la indignación dentro de ella y decidió hacer algo para remediar aquello. No podía alejarse así sin más. Además, no tenía dónde ir.

Rápidamente puso en marcha un plan.



Cerró los ojos y aspiró de nuevo el añorado olor húmedo de su hogar. Las paredes goteaban cieno, serpenteando entre la roca ennegrecida, dura roca tallada con el sudor de sus antepasados.

-Por fin de vuelta en casa.

La compañía se detuvo respetuosa, esperando a la espalda de su señor. Los recios enanos comprendían la emoción del Rey, del Monarca por derecho de sangre de todos los clanes, el Rey de Reyes.

-Por fin, Grom, por fin estoy en casa. Si cierro los ojos puedo oír aún los martillos forjando armas maravillosas, las pisadas de los correos trayendo nuevas de los mercaderes. Pero eso ya no se oye -sentenció Kikro sacudiendo la cabeza-, ahora todo ha cambiado, el esplendor enano ya no es el de antaño, sus martillos ya no retumban en las profundidades, sus tesoros se pudren en manos del enemigo.

Los enanos acompañantes asintieron. Compartían y comprendían los pesares del Rey, porque al fin y al cabo eran los mismos. Pero ahora había esperanza, una nueva esperanza.

-Majestad...

-Un momento -interrumpió Kikro-. He soñado con este momento, sólo necesito unos segundos más.

Kikro afianzó las manos contra la pared del túnel que se perdía en la negrura, empujando con los hombros, manchándose de barro.

-Siento el poder de la roca que vuelve a mí. Lo siento, está aquí, la Nación Enana nace aquí. Ahora estoy seguro, en esta montaña, en su raíz yace el camino olvidado hacia los palacios antiguos, hacia el reino bajo la roca que hizo de nuestro

pueblo el más poderoso y fuerte de los antiguos. ¿Qué hicimos a los dioses que nos castigaron de este modo?

Kikro se inclinó, y apoyando la frente en la roca dio tres fuertes golpes con la cabeza. Impensablemente, de la maciza roca manó un vibrante eco, respondiendo a la llamada del soberano. Los enanos, expertos en cuanto tuviera que ver con piedra y excavaciones dieron un respingo. Sabían que era imposible que aquel muro produjera eco alguno.

-La montaña me acepta. Ahora sabe que he llegado y me acepta.

En la sólida pared comenzaron a abultarse dos pequeñas sombras que fueron creciendo y agrandándose bajo la atónita mirada de los enanos. Lentamente, desgajándose de la pared, se fueron modelando dos figuras de la altura de un enano, con sólidas piernas de roca y gruesos brazos, sin rostro alguno ni expresión en la cara.

-Contemplad a los guardianes del corazón de la montaña –dijo Kikro conmovido-. Ellos guardan los más recónditos tesoros y cuidan de nuestro pueblo desde tiempos inmemoriales. Ahora que he visto que siguen aquí tengo fe en nuestra victoria.

Los enanos no podían cerrar los ojos de asombro. Y se asombraron aún más cuando los pétreos guardianes hablaron.

-Salud, Rey de Reyes. El trono ha estado vacío largo tiempo.

Kikro saludó a los dos formidables guardianes con una respetuosa inclinación de cabeza. Y sin mediar más palabras, los dos se fundieron en la pared de nuevo.

El soberano se volvió hacia sus atónitos compañeros. Y limpiándose las manos en las barbas exclamó:

-Adelante, tenemos mucho por hacer. Quiero estar al corriente cuanto antes.

Al pasar, Grom tanteó con cuidado el lugar en el que habían aparecido los guardianes. Allí no había más que roca pura.

-¿Qué era *eso*?

-Los *Guardianes de Piedra* –respondió Kikro-. Somos afortunados, muy pocas veces se les ve. Pero siempre están ahí.

-Siempre pensé que eso era un mito –comentó atónito uno de los enanos.

-Son más antiguos que nuestro pueblo. Y mientras estén ahí significa que el corazón de la montaña no se ha vuelto negro y rencoroso. Aún hay esperanza.

Con paso firme, la reducida compañía se adentró hacia la negrura, guiándose de su instinto, sin luz alguna que alumbrara sus seguros pasos. El Rey había vuelto.

XV.

Ángel salvador.

El olor a pelo quemado era sofocante, y además no estaban consiguiendo nada. No podía torturar realmente a aquel hombre ni quería recurrir a sus poderes. ¿Qué más podían hacer?

Varandir miró hacia arriba, hacia el encapotado cielo. No tardaría mucho en amanecer. Ya no les quedaba tiempo.

-Déjalo, Toro. Tenemos que hablar.

El hombretón soltó al prisionero, que angustiosamente gemía y aullaba cada vez que sentía el calor de las llamas. Lo dejó en el suelo, cerca de la hoguera, y éste rodó hasta estar unos palmos más alejado de ella.

Varandir salió de la casa derruida, con Toro detrás. En silencio anduvieron el corto trecho hasta la otra casucha en la que habían dejado los caballos.

-No hay nada que hacer.

-¿Qué será lo que le tiene tan aterrorizado? ¿Por qué no quiere decir ni media palabra? ¡Maldita sea!

-Teme a Arturo más que al propio diablo -reconoció el mago-. Así no le vamos a sacar nada.

-¿Y si le contamos la verdad?

-¿Piensas que nos creerá?

-No sé, Varandir. A lo mejor.

-No. Los fugaces son fugaces, y él les ve como enemigos. Si le digo que soy un fugaz, el resto ya no lo creerá.

-¿Y si inventamos algo?

-¿Después de chamuscarle el pelo? No, ya no hay nada que hacer.

-Pues haz un conjuro.

-Ese tipo de magia no es la que prefiero. Nunca he anulado la voluntad de nadie, y si comenzase ahora estaría forjando dentro de mí otro Nidarún. No deseo eso en absoluto.

Toro resopló contrariado.

-Pues entonces...

Ambos quedaron súbitamente mudos. El viento había parado repentinamente, y en el silencio de la noche oyeron pasos muy próximos.

-Toro, algo no va bien.

-El prisionero – susurró el guerrero.

Salieron rápidamente hacia el lugar en el que habían dejado al capitán de los soldados.

Varandir entró el primero y vio las correas rotas en el suelo. Ni rastro del prisionero. Al instante comprendió que alguien había rescatado al soldado. Pero no tuvo tiempo más que de iniciar un gesto de advertencia. Después sintió un súbito estallido y todo se desvaneció.

Toro tuvo tiempo de ver el garrote que cayó sobre la cabeza del mago, y frenando en seco evitó otro golpe para él. El capitán estaba libre y blandía amenazador una gruesa rama, sonreía malignamente.

El guerrero entró en la estancia y el soldado reculó, interponiendo la estaca entre ambos.

-Suelta eso ahora mismo o me vas a obligar a convencerte.

El soldado sonrió de nuevo.

-¿De qué diablos te...?

Toro sintió como se le nublabla la vista, mareo. Perdiendo el equilibrio cayó de bruces al suelo. Luchó con todas sus fuerzas contra el desvanecimiento, apretando los dientes y bufando por el esfuerzo que estaba haciendo por incorporarse. Pero otro inesperado golpe le sumió en una tenue inconsciencia.

-¡Qué pedazo de bruto! ¡Si he tenido que romper el madero!

El capitán suspiró aliviado.

-Ayúdame a atarle antes de que vuelva en sí. Y al del pelo blanco también.

Asombrado, una vez más, miró la bella mujer que había aparecido para rescatarle. Increíble. No conocía ninguna leyenda en que un ángel como aquel llegara en momento más apurado.

-Por cierto, me llamo Suzán.

-Hola, Suzán.

Algo había en los ojos que no le gustaba a la caza recompensas, un no sé qué chispeando maliciosamente de pupila en pupila.

-Será mejor que atemos a estos hombres antes que espabilen, no quisiera estar cerca si no están atados. Y esta espada -dijo sacando de su funda el acero del desvanecido mago- me vendrá muy bien ya que he perdido la mía. Últimamente me vienen sucediendo cosas muy curiosas.

El capitán pareció darse por aludido.

-Sí, atémosles. Y amordacémosles, ese de ahí es un brujo.

Suzán se metió en el cinturón la larga espada y comenzó la dura tarea de inmovilizar los cuerpos inertes de los dos hombres.

-Gracias, me has salvado. Mi nombre es Tanus.

-No tolero la tortura. Pero te advierto que si de alguna manera merecías un castigo...

El capitán Tanus dio un respingo.

-¿Castigo? -respondió contrariado-. Soy capitán de la tropa del caballero Arturo, protector del Rey y de estos parajes. Si alguien merece un castigo son estos dos.

-Bien, bien -finalizó Suzán-. Entonces hice lo correcto.



-Basta, elfo, deja de empujarme. Si quieres ir el primero pues adelante, pero no me empujes.

-Lo siento, León. Estoy impaciente por salir de aquí.

-Shhh. Oigo pasos detrás nuestro -dijo Alis en un rápido susurro.

Tres pares de ojos se clavaron en la oscuridad, escudriñando el pasillo por el que habían venido. Era cierto. Gruñidos y quejidos de alguien que se acercaba. Estaban en una encrucijada de la que tenían que salir rápidamente.

-Adelante entonces -afirmó León desenvainando su bruñida espada.

Robín desenvainó su arma y asintió. Alis preparó su arco.

-Vamos. Si hay alguien vigilando la puerta deberemos hacerle frente. No hemos llegado hasta aquí para que nos vuelvan a hacer prisioneros -dijo el elfo.

Los tres compañeros avanzaron por el estrecho túnel, buscando con la mirada algún enemigo, temiendo una emboscada. Recorrieron los diez o doce metros hasta la salida sin contratiempo. Y al llegar a ella, la luz les cegó momentáneamente. No había nadie vigilando la salida al exterior. Detrás de ellos se oían con claridad pasos de alguien que estaba a punto de doblar el recodo en el que hacía instantes habían estado.

-Estamos de suerte. Corramos -dijo el elfo.

Rápidamente se alejaron de la roca que daba cobijo a la entrada de los túneles, pendiente abajo, aún medio ciegos por la intensa luz del día. Al llegar a unos arbolillos oyeron los guturales alaridos de los centinelas. Les habían descubierto.

El elfo miró por encima de su hombro para comprobar qué era lo que les perseguía. Y de inmediato buscó el arco que llevaba en bandolera.

-Alis, son dos orcos, ¿estás preparada?

La mujer frenó su carrera, tensando la cuerda de su arma antes de volverse.

-Siempre que tú lo estés.

Hizo un brusco giro, y antes de que Robín tuviera tiempo de adivinar lo que pretendía, una veloz saeta partió al encuentro de la barriga de uno de los orcos. El elfo se apresuró a disparar, y otro veloz proyectil se unió a la estela del primero, surcando el aire, sediento de sangre enemiga del alto pueblo de los bosques. Un tercer y mortífero dardo se unió a los anteriores yendo a rematar la faena.

Los dos orcos tuvieron tiempo de ver la celada en la que se habían visto envueltos, pero sólo tuvieron tiempo de eso, de verlo, de ver su muerte. Las flechas se alojaron en sus deformes cuerpos, sin darles tiempo a fintas.

Robín miró asombrado a la amazona, que sonreía socarronamente.

-Demasiado lento, orejas puntiagudas. En mi tierra hasta las niñas disparan más rápido que tú.

El elfo se mordió la lengua, conteniendo la rabia.

-¿Qué habría pasado si los dos hubiésemos elegido el mismo blanco? ¡El otro habría tenido tiempo de escapar! Eres demasiado imprudente y demasiado presuntuosa.

-Ninguno tenía la más mínima oportunidad. Ni aunque tú no hubieras disparado -aseguró Alis-. Lo he hecho cientos de veces. Y creo que incluso más rápido, estoy perdiendo práctica.

-Basta -terció León, como siempre-. Vayamos a ver si siguen con vida y si venían solos.

Con precaución, recelando de la negra boca del túnel, se acercaron a comprobar lo certeros que habían sido sus disparos, cosa que vieron rápidamente. Los dos orcos estaban muertos y bien muertos. Y no parecía que nadie les hubiera acompañado.

-Creo que estos eran los guardianes de la entrada. Ignoro cómo nos hemos colado entre ellos y la salida, pero lo hemos logrado. Hemos tenido mucha suerte -dijo León.

-Escondamos los cuerpos. Si no dejamos pistas de nuestra fuga, es posible que nos sigan creyendo en el interior -propuso Alis.

-Es una buena idea -aceptó el caballero-. Robín, ayúdame, y mientras, Alis, vigila la entrada de la cueva, que nadie salga para sorprendernos.

La mujer se dirigió hacia la roca, con el arco preparado, por si las moscas.

Durante el tiempo que los dos compañeros emplearon en alejar y esconder el horrible cuerpo de los orcos, Alis se aseguró de que nadie viniera a atacarles, y eso no ocurrió. Aquella debía de ser una pequeña salida secundaria, poco frecuentada y poco vigilada.

Cuando acabaron, León llamó a la amazona, y se resguardaron a cubierto de miradas desde el interior, tumbándose al pie de unos altos abetos, descansando bajo sus espesas ramas.

-¿Y ahora? -preguntó Alis.

-Ahora tenemos que buscar comida, y un refugio seco, es simple -dijo León.

-Sí, este es un lugar que no tiene mucha nieve, está protegido por ese alto peñasco -razonó Robín-, pero no es recomendable que nos quedemos por aquí, tan cerca del túnel.

-¿Y dónde vamos? -volvió a preguntar Alis.

-Cuanto más lejos mejor -aseguró el elfo.

Durante unos minutos los tres permanecieron silenciosos, pensando en su siguiente paso, ahora que habían conseguido fugarse de la caverna.

-Robín -dijo repentinamente León-, ¿podrías subir a un árbol a echar un vistazo?

El elfo se puso en pie.

-Por supuesto que sí.

En pocos minutos, balanceándose peligrosamente en ramas demasiado finas, el elfo oteaba a su alrededor.

-Sólo nieve... y montañas... y más árboles... no se ve nada.

-¿Ninguna columna de humo? -preguntó Alis desde abajo.

El elfo volvió a girar alrededor del tronco del árbol y negó con rotundidad.

-No. Nada de nada.

León mandó bajar a Robín con un gesto, y apretándose el cinturón y sujetando la espada comunicó su intención.

-Adelante, pendiente abajo. Nos alejamos de aquí.

-No tenemos provisiones... ni agua -protestó Alis.

-Sí, pero no estábamos mucho mejor allí adentro -dijo el elfo terminando de bajar del árbol-. Así que no protestes y vamos.

Alis recordó el pestilente olor que aún les acompañaba y las ratas. Y esa inquietante criatura que afortunadamente no habían llegado a ver. Mejor marcharse.

Escuchando atentamente los ruidos calmados de la montaña, la pequeña compañía inició la marcha entre la nieve cada vez más espesa. Siempre ladera abajo. Estaban perdidos, desorientados, pero no más que en el interior de la cueva, y de ella habían conseguido salir. Aún les quedaba más de medio día para alejarse de la boca del túnel.

-¿Y qué comeremos? -insistió la amazona.

-Si no te callas empezaremos por ti -replicó Robín.

-Podemos cazar -sugirió León.

-¿Y harás un fuego? ¿Y qué harás después? ¿Llamar a voces a cuantos enemigos estén en varios kilómetros a la redonda?

-Tranquilo, elfo. Sólo era una sugerencia. También podemos comer bayas y raíces -dijo el caballero Britunio.

-¡Puag! ¡Raíces! No penséis que yo voy a comer eso -exclamó con asco Alis.

-Lo que te digo. Nos la comemos a ella. Así dejaremos de oírla -masculló el elfo.

-¡Orejotas que te he oído!

-Perdón, alteza. ¿Desea faisán y fruta madura para comer? -dijo el elfo haciendo falsete con la voz e inclinándose en una reverencia.

La amazona lanzó una patada al trasero del elfo que no llegó a impactar. Pero sus ojos sí taladraron con odio la capa blanca y verde.

-Pero mira que sois pesados -se lamentó León-. ¿No podéis llevaros bien?

-No podemos.

-¿Con este? Ni hablar.

-Eso, princesita. No me hables.

-Orejudo.

De pronto, el caballero se detuvo y permaneció inmóvil con el puño levantado, reclamando la atención de sus compañeros.

-Atención. Orcos.

León desenvainó la espada, alerta.

Dos segundos de tensa espera y en medio de salvajes alaridos, un pequeño grupo de orcos cargó ladera abajo, saliendo de entre los árboles.

-¡Una vez más hierro mío! ¡Seguidme! –bramó el caballero mientras encaraba al enemigo.

Alis, veloz como un relámpago cargó su arco y disparó, cargó y disparó. Sin tregua. Robín hizo lo mismo otro par de veces y desenfundando su afilado acero saltó en medio de la lucha titánica que León mantenía con tres orcos.

-¡No te metas en medio, orejones!

-¡Cállate! –respondió el elfo al tiempo que clavaba su espada en la panza de uno de los orcos. León ya había dado cuenta de los otros dos.

-Cuánto te gusta llamar la atención, ¿eh?

-Aburres ya, querida.

-No soy tu querida.

-¡Qué más quisieras!

-¡Bah!

León resopló meneando la cabeza.

-¡Vaya dos! Alejémonos antes que se nos echen encima todos los orcos de estas malditas montañas.

XVI

El segundo guardaespaldas.

El día amaneció nublado, pero con la ayuda de un buen fuego era más llevadero. Y con la ayuda de algunos víveres hasta parecía un bonito día. Los prisioneros habían despertado también. Tras algunos minutos de forcejeo y de gritar a través de la mordaza, depusieron su actitud, aceptando sumisos su condición de presos.

-Pronto llegará mi tropa. Tienen que haber seguido las huellas -dijo el capitán mirando a través del hueco del ventanuco.

-¿Sois muchos hombres?

-Ochenta, pero cuando abandoné el campamento había lucha. Espero que los orcos no fueran más que una patrulla poco numerosa.

-¿Orcos? - se sobresaltó Suzán-. ¿Y si ganaron ellos... y son los que siguen las huellas?

-Entonces huiremos - señaló Tanus mirando hacia los caballos.

-¿Y ellos? -preguntó Suzán señalando a los dos hombres maniatados.

El capitán se encogió de hombros, haciendo además un gesto vago con las manos.

-Ellos se quedan aquí. Con una carga tan pesada no podríamos huir.

Suzán miró fijamente al hombre que le hablaba. ¿Pero qué estaba pasando en Cretia? El orco era el enemigo común, el indeseado contra el que todos los hombres se unían para combatir olvidando sus diferencias. O eso había entendido. Sentía la extraña confusión de haber viajado al extranjero pensando que dominaba las costumbres y cuando llegaba, encontraba que nada era como había imaginado. O que todo había cambiado tan rápido que estando ella presente no había sido capaz de ver nada. Pero, ¿qué podía hacer? Estaba sola en una tierra inhóspita, donde no conocía a nadie, donde todo el mundo temía de todo el mundo, o así parecía ser.

El sol lograba colarse algo entre las nubes, dirigiendo tímidas miradas al paisaje nevado, en el que un inconfundible rastro se perdía hasta la colina más cercana. Y hacia allí se dirigían las miradas de los dos fortuitos compañeros.

Y como para dar la razón a Tanus, una sombra alargada empezó a distinguirse en lontananza. Y a esa sombra le siguió otra a caballo.

-Atención. Viene alguien.

Suzán y Tanus se asomaron lo justo por el ventanuco, sin perder detalle del grupo que se acercaba. Detrás de ellos, los prisioneros también esperaban angustiados a saber quién llegaba.

-¡Ja! ¿No te dije? Ahí tienes a mis hombres. Ese es Brem, es inconfundible su silueta. Estamos de suerte. ¡Yo estoy de suerte!

Suzán le miró suspicazmente, aferrando el puño de la espada.

-Primero apareces tú para salvarme y después nos rescatan mis hombres. Pero tranquila Suzán, Tanus no olvida fácilmente. Te debo la vida -dijo sonriente- y todo cuanto esté en mi mano...

-Espero que no lo olvides.

-Palabra de honor.

-Así espero.

-Pero ven, no te quedes ahí. Vamos.

Salieron al encuentro de los soldados, que se aproximaban poco a poco hacia el poblado, sin saber muy bien qué iban a encontrar en él.

-¡Eh, muchachos! ¡Aquí!

Los soldados cabalgaron el último trecho, y sus ojos asombrados fueron pasando del pelo chamuscado de su capitán a la bella mujer de gesto serio que le seguía.

-Brem, me alegro de ver tu redonda panza.

-Capitán...

-Oh, estoy bien, gracias a Suzán - dijo presentando a su acompañante-. Los dos rufianes que me llevaron están atados y bien atados ahí adentro. Y con un buen dolor de cabeza. Menuda es esta Suzán -añadió guiñando el ojo a su lugarteniente.

Suzán se mantuvo al margen todo lo que pudo, intentando parecer hostil con los soldados, y procurando no alejarse demasiado de la sombra protectora de Tanus.

-Ven, Brem. Tenemos que hablar. Quiero saber lo que ha pasado hasta ahora. Ordena establecer el campamento en este pueblucho. Y ordena vigías en las colinas más cercanas. No quiero que nos vuelvan a sorprender.

Rápidamente, con espartana eficacia, los caballos fueron agrupados, desensillados y trabados, los centinelas distribuidos y el campamento instalado bajo los escrutadores ojos de Suzán. Incluso los prisioneros fueron atados de forma más consistente y estrechamente vigilados, y el fuego que ardía en la casa donde estaban recluidos fue apagado.

Suzán sintió una gran indignación, así, de repente, y toda su sangre se le subió al rostro, mas no fue por el hecho de que privaran a aquellos mezquinos prisioneros del calor de la lumbre, si no por el tercer hombre que se les unió, atado de pies y manos, que había llegado con los soldados.

Suzán se aseguró, para no equivocarse, pero no había duda posible, era él, era Baltazor. Por fin le tenía al alcance de su ira. Por fin. Y no había tardado demasiado.

-Capitán Tanus, tengo que hablar contigo -dijo acercándose hacia el grupo de soldados que rodeaba al jefe de la tropa.

El grupo de cinco hombres se metió en una casa derruida, en la que ardía un buen fuego.

-Capitán, capitán.

-Ahora no, Suzán. Estoy muy ocupado. Cuando termine hablaremos.

Y así, sin dejar protestar a la mujer, se introdujo en la casa, en la que Suzán no pudo ni asomarse debido a los dos guardias que custodiaban la puerta.

Su indignación crecía por momentos. Baltazor estaba allí mismo, pero tampoco podía hablar con él, los centinelas lo impedían. Y sus pertenencias debían de estar en algún lugar, su espada, su caballo, sus víveres. Debía hablar con el capitán, y cuanto antes.

Ж

Dentro de la casa que habían elegido para su improvisada reunión, Tanus consultaba a sus hombres sobre los sucesos del día anterior. El ataque que nunca habían esperado y las funestas consecuencias para su destacamento.

-Así que dices que hemos tenido veinte bajas y varios heridos.

-La aparición del gigante nos cogió a todos por sorpresa. Jamás me había enfrentado con algo tan descomunal -informó Brem.

-Los soldados reulaban ante sus tremendos golpes. Era increíble -apuntó otro soldado.

-Un gigante. No puedo creerlo –musitó Tanus-. Esto es cosa de fugaces. Los dos mequetrefes que me asaltaron podrán contarnos muchas cosas.

El capitán paseó la mirada por sus lugartenientes, cuatro hombres aguerridos, pertrechados para la batalla.

-Son los mismos de la posada –continuó mientras se acariciaba una cicatriz muy reciente en la ceja.

-Tuvimos que abandonar los carros, los mulos, las tiendas... -relató Brem afectado-. Contra ese gigante no teníamos ni la más mínima oportunidad.

-¿Os han seguido?

-No lo creo. Ya tendrán bastante con saquear el campamento.

-Debemos informar a Arturo. Y llevarle a los prisioneros, él seguro que...

Un grito de agonía interrumpió su discurso. Al grito le sucedió un considerable alboroto. Los hombres saltaron hacia la puerta, espada en mano, con su capitán a la cabeza. Y cuando asomaron no encontraron ningún asaltante, sino un buen tumulto frente a una tapia, en la que algunos soldados, acero empuñado, rodeaban a alguien.

-Alto. ¡Basta! -gritó Tanus.

Los soldados dejaron paso a su capitán. Éste descubrió asombrado el cuerpo desangrado de un hombre, y parapetada, espalda contra el muro de piedra a Suzán, con la espada manchada de sangre desafiando a los que la rodeaban.

-¿Qué es lo que está pasando aquí?

-Intentó propasarse. No hizo caso de mis advertencias. En mi acero duerme una serpiente que no duda en morder.

Los hombres retrocedieron otro paso dejando a Tanus frente a Suzán.

-¿Es eso cierto?

Alguno asintió.

Tanus miró admirado, primero a su soldado muerto y después a la mujer, no dando crédito a sus ojos.

-No soy una pobre mujer indefensa. Y no es la primera vez que liquido un cerdo como éste. Ni será la última si no dices a tus hombres que se aparten de mí.

El capitán enfundó el arma.

-Bien, muchachos, ya veis lo que ocurre a los que se acercan a ella. El que quiera tentar a la suerte...

Los soldados se alejaron del cuerpo de su compañero. Nadie pretendía comprobar las palabras de la extraña mujer.

-Suzán, será mejor que vengas conmigo.

-Sí, además tengo que hablar contigo muy urgentemente. Ha ocurrido algo más.

El grupo de oficiales se reunió otra vez en la casa y continuaron sus disertaciones, hasta que le tocó el turno a Suzán.

-Bien, Suzán, ¿qué era eso tan urgente?

La aludida se sonrojó.

-Es algo muy importante.

Tanus asintió.

-Recuerdas que cuando llegué a rescatarte no tenía ni armas ni montura. Pues bien, no las tenía porque había sido traicionada y asaltada por mi guía. Esperé a que durmiese, y en su turno de guardia...

Tanus asintió nuevamente.

-Pues ese hombre es ahora prisionero tuyo. Le trajeron tus hombres.

Uno de los oficiales lo corroboró.

-Capturamos un bribón cuando estábamos de camino. Nos dio de ojo que llevara dos caballos y demasiados víveres para él sólo.

-Es él -dijo Suzán-. Y con él capturaríais mi arma. Es extremadamente importante que la recupere.

Tanus dio una orden a uno de sus hombres y al momento le trajeron una rica espada, adornada con gemas y plata.

-¿Es esta?

Suzán asintió.

-¿Y cómo sé que no me tratas de engañar? Un arma tan engalanada es un valioso tesoro, y si su acero es como su funda... -dijo tratando de desenvainarla.

-¡No!

El capitán se detuvo, extrañado y molesto.

-Espera un segundo, un momento tan sólo. Ese acero lo conseguí en uno de mis lejanos viajes. Me lo otorgó un anciano mago en prenda por ciertos trabajos que hice a su servicio. Y tiene una extraña cualidad.

-¿Qué cualidad es esa?

-Está habitada por el espíritu de un tigre que protege mi espalda en el fragor del combate. Es muy peligroso que nadie que no sea yo desenfunde mi arma.

Tanus entrecerró los ojos, intentando adivinar la veracidad de las palabras de Suzán.

-Mientes -susurró tirando del arma fuera de su funda.

Cuando el acero estuvo totalmente al aire todos esperaron que ocurriera algo.

-Es un buen acero, pero mientes. Y vas a tener que darme una explicación más convincente...

De súbito, una sombra saltó la hoguera y derribó al capitán de la piedra en la que estaba sentado. Una enorme bestia amenazaba su garganta con afilados colmillos y apretaba su pecho con agudas garras, contra el suelo. Un rugido profundo heló la sangre de los presentes.

-Está bien, vale ya, no trataban de hacerme daño. ¡Ven aquí!

El tigre, sin dejar de rugir, liberó su presa, colocándose mansamente entre Suzán y los soldados. Pero sin dejar de mirar amenazador.

-Será mejor que me des mi espada.

Tanus miró asombrado a la mujer, que acariciaba tranquilamente las orejas del felino.

-Toma, toma. Siento haber dudado de ti.

Suzán envainó, y la figura del tigre se desvaneció, fundiéndose con el aire.

-Mentí, no es una serpiente lo que duerme en mi acero. Ya lo habéis visto.

-Es una bruja -susurró uno de los oficiales, aunque no se le escapó a Suzán.

-No. Nunca lo he sido, y ese es mi as escondido en la manga. Es una pena que haya perdido también mi otro arma... tenía dos ases escondidos en la manga.

-¿Ases? ¿Eso qué es?

-Oh, nada, nada, es una broma de mi lejano país.

-Estoy confuso, Suzán. ¿Cómo pudo sorprenderte ese rufián? -preguntó el capitán, aún con el susto metido en el cuerpo.

La mujer hizo una mueca de disgusto.

-Me sorprendió porque confié en él, pero ya no volverá a suceder.

-Estoy en deuda contigo -el capitán se volvió y ordenó algo que Suzán no pudo entender-. Y quiero saldar mi deuda, dentro de lo posible.

Suzán no sabía qué pensar de aquellos hombres. No confiaba del todo. Le inspiraban cierto resquemor, sin embargo parecían gente de fiar. ¿Qué pensar? Por si acaso, afianzó la mano en el puño de su espada y observó con detenimiento lo que reservaban para ella.

A los pocos minutos, un centinela apareció con un objeto envuelto en un lienzo negro. Tanus lo tomó, y desenvolviéndolo enseñó una espada, con su vaina en cuero, muy usada, y una gran piedra de amatista en el puño. Suzán la miró sorprendida. No la había visto nunca, pero sabía que era la suya. *Mejor, tendré dos espadas, una de repuesto. ¿Sabré manejarlas?* Se reconoció a sí misma diciendo eso, hacía ya mucho tiempo.

-Supongo que sabes de quién es esto -indagó Tanus.

Suzán asintió. Algo no le olía demasiado bien.

-¿Es tuya?

-Efectivamente -admitió Suzán.

Tanus apoyó su mano en el puño, y colocando el arma con la punta en el suelo descansó su peso en ella, levantándose. Suzán se puso en pie también, sin soltar el pomo de su espada.

- Me contaron que este arma pertenecía a un fugaz que huyó del Pozo Sediento.

-No sé si esa espada perteneció a algún fugaz. Lo que sí sé es que es mía, y por ello la reclamo.

Los centinelas que custodiaban la entrada penetraron al interior. Parecía que su misión había cambiado, y en vez de impedir la entrada estuvieran evitando la fuga de alguien. Suzán se dio cuenta de que la única persona ajena a la guarnición era ella.

-¿Estás acusándome de ser una fugaz? ¿Ya has olvidado que hace tan sólo un día te salvé de un tormento horrible?

-No. No lo he olvidado. Sin embargo, tienes que darme alguna explicación más convincente.

Suzán se veía en una encerrona, allí atrapada, haciendo frente a más de seis soldados experimentados. Su imaginación volaba alocada, buscando una salida a aquel atolladero. Salida que no encontró, porque no había salida alguna. Si admitía que era una *fugaz* correría la misma suerte que los otros prisioneros.

Siguiendo un súbito impulso, Suzán sacó su espada, y elevando la voz y apuntando hacia la garganta de Tanus advirtió:

-Nunca me han ofendido de tal modo, Tanus. Y exijo que te retractes ahora mismo. De lo contrario lamentarás haber dicho tales palabras.

El rugido de su tigre corroboró la amenaza.

Los soldados se pusieron en guardia, y el capitán, ofuscado y confundido desenfundó el arma que tenía entre las manos, el arma causante de todo aquello.

Un resplandor hizo parpadear a todos los presentes, y aunque a los soldados les sorprendió, fue a Suzán a quien dejó más perpleja. Un guerrero, ataviado con una pesada armadura de acero y espada en ristre apareció entre las llamas, sin que al parecer éstas le afectaran en lo más mínimo.

-No sé quién eres, pero ese arma no te pertenece. Mi dueña y señora decidirá si pagas con tu vida por esa osadía.

Era *Kevin*, su mismísima figura. *Necesitaría un guardaespaldas, o mejor, dos. Uno podía ser como Kevin...* Una vorágine de recuerdos aturdió la mente de Suzán. Cierto que había fantaseado con "*El Guardaespaldas*", pero aquello era demasiado.

Tanus pestañeó confundido, y arrojó el acero que sostenía, desenfundando el suyo propio.

-Pero... pero... ¿pero qué demonios está pasando aquí?

-Ya te lo advertí. Esa espada es mía y nunca podrá ser su dueño nadie que no sea yo misma.

Suzán tomó el arma que había arrojado el capitán, y empuñándola con la mano libre sintió crecer su seguridad. Ya no estaba sola ni desprotegida. Y una imagen vino ante su mente. Así, así se había imaginado a sí misma.

-Toma las dos espadas y márchate de aquí.

-Son legítimamente mías.

-Aunque no lo fueran... No quiero tener nada que ver con brujerías.

Suzán decidió aprovechar esa ligera ventaja que le otorgaba el miedo a la magia que tenía el capitán Tanus.

-Estás en deuda conmigo, Tanus, recuérdalo. Aún no me has dado nada que no me perteneciera -dijo rasgando el aire con sus dos filos, cerca, muy cerca del amedrentado capitán-. Y debes tu vida a que por casualidad aparecía por aquí. Mi infortunio se convirtió en tu salvación, pero ahora ya no tengo nada que temer de tus soldados.

Los hombres presentes dieron un paso atrás ante el gesto de Suzán.

-No me irritéis más, ni molestéis más a mis sirvientes, o conjuraré al más poderoso de mis lacayos y arrasará todo el campamento de tu escasa tropa.

Tanus miró fijamente a los ojos de Suzán, pero la mirada implacable de la mujer le hizo bajar la vista, hasta humillarla en el suelo.

-Quiero un caballo. Y víveres. Y otro tanto para el hombre que apresasteis. Se viene conmigo, tiene por lo que pagar. El resto de tus prisioneros me tiene sin cuidado. Tú decides.

Tanus parecía indeciso. Una tropa de casi sesenta hombres derrotados por una sola mujer. Pero era la mujer más fabulosa que había visto en su vida, con aspecto de ángel y carácter demoníaco. ¿Podría alguna vez encontrar algún demonio tan bello, o un ángel más perverso?

-Está bien, tendrás lo que pides. Pero la deuda queda saldada.

En tan sólo unos minutos se dispuso lo acordado, mientras Suzán y el resto de los hombres esperaban tensamente dentro de la casa. Cuando todo estuvo preparado, Suzán salió y montó, sin preocuparse de lo que dejaba a su espalda, muy bien vigilada por sus dos asombrosos aliados.

Fuera esperaba Baltazor, maniatado, montado en su caballo, según lo previsto. Y la cara que puso cuando vio salir a la mujer fue digna de retratarse, cara que se descompuso cuando vio salir tras ella al fabuloso tigre, amenazante, con paso seguro y firme.

-Hola, Baltazor. Hace mucho que no nos vemos.

Suzán montó, y dirigiéndose a Tanus se despidió.

-Hasta la vista, Capitán. Algo me dice que nos volveremos a encontrar dentro de no mucho. Espero que sea en circunstancias mejores para ambos. Y deseo que alguien tenga la idea de seguirme.

Picó espuelas, y al pasar agarró las riendas del caballo que montaba Baltazor, el cual, hasta entonces no se había percatado de su verdadera situación.

-¡¡Nooooo...!! ¡¡No me dejéis con ella!! ¡¡Os lo suplico!!

El grupo de soldados vio alejarse a toda velocidad a los dos jinetes, y tras ellos el imponente felino y el fantasmal guerrero, trotando a corta distancia de su ama.

-No envidio nada la suerte de ese pobre diablo.

-Ni yo, Brem, ni yo.



Los dos orcos se acercaron temerosos. Uno temía por su vida, otro temía por su muerte.

Se acercaron hasta la plataforma saliente de roca. Ésta pendía sobre el negro abismo que conducía verticalmente por arriba al exterior y por abajo a la cueva del *Amo*.

Uno de ellos sujetaba al otro de forma brutal, y al llegar le arrojó al suelo, dándole una patada en el rostro, que volvió a sangrar por heridas recientes, rodeadas de costras oscuras y reseca.

-¡De rodillas ante el Amo, puerco! -bramó el bruto.

Después permaneció en silencio, en pie, inclinando la cabeza respetuosamente.

-¿Cómo que han escapado? -rugió el amo, que ya les estaba esperando. La voz retumbó por toda la gruta arrancando tañidos de eco a la propia roca.

Una fina nubecilla de humo azufrado roció al aterrado orco herido, quien humilló aún más la cabeza entre los hombros. Ni por asomo osaría levantar la vista hacia los incandescentes ojos del amo.

-¡Cómo que han escapado! ¡Eso es imposible!

Otra nube de humo, esta vez algo más intensa y acompañada de lenguas de fuego, cayó sobre la nuca del orco.

-Sí... Mi altísimo amo... Sí. Ya no... Ya no están...

-¿Habéis buscado bien?

El orco cerró los ojos, apretando los párpados. Temía lo peor. Sabía lo que ocurría siempre que el amo estaba enfurecido, y esta vez, el amo estaba muy enfadado.

-Has fallado.

Se hundió más, apretando el pecho contra el suelo. Ya no estaba de rodillas, sino casi tumbado en la roca.

-¡Has fallado!

Era el fin. Lo sabía, era el doloroso fin de su miserable vida.

-Nunca, nunca más volverás a hacerlo.

El amo podía ser muy cruel, ya lo había visto otras veces. Así había alcanzado él el puesto de jefe de guardianes interiores. Su antecesor había tenido la mala fortuna de no alcanzar los objetivos exigidos. Y el amo fue cruel, muy cruel.

-¡Levántate!

El amo ordenaba, él obedecía ciegamente. Pero no abrió los ojos.

-¡Abre los ojos!

El orco obedeció, fijando la mirada en un minúsculo punto, allá arriba, en la superficie, en la entrada que utilizaba exclusivamente el amo. Se sintió diminuto, empequeñecido frente a la mirada severa de su Amo.

-Quiero que des un paso al frente.

El orco obedeció. La gravilla suelta del borde de la plataforma se desprendió y cayó hacia el profundo pozo, que descendía hasta el mismo corazón de la montaña. Frente a él estaba el vacío, la nada, la muerte.

-Salta.

El orco dudó un instante, sin comprender muy bien lo que se le exigía.

-¡Salta!

¿Saltar? ¿Una liberación tan rápida? No lo dudó, dio un paso adelante y sintió la pesadez de su cuerpo, cayendo hacia abajo.

Pero fue sólo un momento. La garra gigantesca del amo le sujetó apenas tres metros más abajo de la plataforma.

-No. No va a ser tan fácil para ti.

El desesperado orco gritó aterrizado. Ahora comprendía que había estado jugando con él. Lo peor estaba por llegar.

-Tú. ¡Cómo te llamas!

El aludido, el cruel orco que había contemplado la escena anterior sin inmutarse, se arrodilló y rugió:

-Gúlag, Amo.

-Bien Gúlag. Tú eres ahora el jefe de la seguridad interior. Y ya sabes lo que corresponde hacer con tu antecesor en el cargo.

-Sí, amo. Lo sé.

-Pues no perdamos más tiempo en palabras inútiles.

La enorme garra acercó hasta la plataforma al ex-jefe, dejándole en pie, frente a Gúlag.

-Tengo demasiada prisa para entretenerme en juegos.

Un violento golpe con una de las uñas decapitó al infeliz orco sin que éste se percatara de lo que iba a suceder. La garra describió un veloz semicírculo atrapando al vuelo la cabezota, antes de que cayera al abismo.

-Alimenta a los lobos. Y quiero la cabeza bien alta en una pica, en medio de la entrada principal. Que todo el mundo comprenda qué ocurre con los que fallan en sus obligaciones.

Gúlag recogió el trofeo de mirada bizca, aún chorreante y humillando la cabeza respondió al Amo.

-Así se hará, Amo. Gúlag obedece, Gúlag no falla.

-Ahora debo irme. Hay mucho que hacer antes de nuestra victoria final. Pero antes...

-Sí, Amo.

-Cuando termines, personalmente, lo que te he ordenado. Coge a Sediento y rastrea el pozo y los túneles. Encuentra como sea a los prisioneros y tráelos ante mí.

-Sí, Amo. Como ordenéis, Amo.

Gúlag vio a su temido señor trepar por la pared rocosa, hasta cerca de la entrada, donde pudo por fin extender sus terroríficas alas y volar hacia el cielo abierto. Rara vez ocurría esto. Algo debía suceder para que el *Amo* hubiese dado una muerte tan rápida y tan dulce a su antecesor en el cargo.

Pero había trabajo que hacer, mucho trabajo. Y Gúlag obedecía, Gúlag no fallaba, porque sabía que su muerte podía no ser tan afortunada.

Se dio la vuelta y entró en el túnel, donde le esperaban un grupo de trasgos, que temerosamente habían oído la escena ocurrida.

-Tú, recoge lo que queda de él y alimenta a los lobos.

-Tú, ayúdame. Y tú, tráeme a Sediento. Y asegúrate de que no pruebe ni un sólo bocado. Los demás... seguidme. Vamos a buscar una pica lo suficientemente alta.

El poder que siempre había soñado estaba ahora en sus manos. Sólo quedaban por encima de él los jefes guerreros. Y hasta ellos quedaba sólo un paso, caminando en la cuerda floja, pero un paso.

XVII.

En sus garras.

-¿Cómo que han escapado? ¡Pero eso es imposible!

-Al parecer no, alteza.

El enano se mesó las barbas. Estaba indignado, disgustado y contrariado. Había alimentado muchas ilusiones ante la posibilidad de encontrar a sus compañeros y de volver a juntar a todo el grupo para poder encauzar la aventura. Sin embargo, todo se complicaba cada vez que parecía a punto de solucionarse. ¿Qué fuerza superior estaba colocando impedimentos? ¿Qué hado se negaba a que soplase la fortuna de cara?

-¿No me dijiste que estaban vigilados día y noche? -preguntó mirando hacia uno de sus inseparables, el joven Breadur.

El interpelado meneó al cabeza, pesaroso.

-El trabajo es muy duro... no hay gente suficiente para ello... pero se les echaba un vistazo todos los días -el enano se retorció la barba sin encontrar palabras de disculpa apropiadas.

Kikro se puso en pie agitando los puños.

-¡Formad un grupo de cuatro guerreros! ¡Buscadles! ¡Removed cielo y tierra y traedles aquí! -gritó haciendo que temblase el eco en la sala de roca.

El mensajero que había llegado con la noticia se sobrecogió, asustado. Nunca había visto de cerca un Rey, y mucho menos cabreado.

-¡Y tú, Breadur, irás con ellos! Si no te importa -añadió suavizando el tono-. Cuando les encuentres diles que Kikro te manda buscarles. El elfo se llama Robín, la mujer guerrera Alisia y el caballero es León de Britunia.

Breadur hizo una gran reverencia, casi tocando el suelo con la punta de la nariz.

-Será todo un placer complaceros, majestad -respondió cerrando el puño sobre su pesado azadón de combate.

Kikro lanzó un puntapié que no llegó a destino, pues Breadur ya lo esperaba.

-¡No me llames majestad! -bramó el Rey sin corona.

-Como gustéis, excelencia -murmuró Breadur, medio sonriendo ante la esperada ira de su soberano.

Kikro lanzó una mirada cargada de puñales a su amigo.

-Parte ahora mismo. ¡Ya!

-Confíad en mí, majestad -susurró Breadur inclinándose de nuevo ante su Rey a modo de despedida y mirándole directamente a los ojos.

-¡Largo!

El enano se perdió por la entrada de la reducida estancia que se había convertido desde su llegada, tres horas atrás, en lugar de recepción. Al instante de la marcha de Breadur entró Grom Hachadura con otro enano de aspecto recio y avejentado.

-Por fin, Grom.

-Señor, este es Cilus, Senescal del clan de la Séptima Corona -presentó Grom inclinando la cabeza respetuosamente.

Cilus miró con asombro al Rey e hizo una leve reverencia.

-Sois un joven Rey, si se me permite el decirlo -dijo el regente entre sorprendido y temeroso.

-Bueno, bueno, lo discutiremos en otro momento. Estoy impaciente por conocer el estado de las obras. Grom me lo ha contado todo durante el viaje y estoy ansioso por saber cuánto falta para su conclusión.

Cilus se sorprendió; el recién llegado sabía ya muchas cosas.

-Bien, alteza, bien. Ah, por cierto, ya están llegando los más ancianos y los representantes de los clanes que han logrado unirse a nosotros.

Kikro arrugó la nariz, muy contrariado.

-Nada de protocolos. Nada de fiestas. Ya habrá tiempo para eso, ahora hay cosas más importantes que hacer -renegó Kikro saltando del sillón.

Grom y Cilus se sorprendieron. El rígido protocolo era una norma casi sagrada. Y además, la llegada del Rey, al que no se le había visto desde hacía más de doscientos años, era un acontecimiento muy importante como para hacer esperar a todo el pueblo enano.

-Grom, quédate aquí y explícaselo a los que vayan llegando. Después reúnete con nosotros. De momento, lo mejor es que todo siga como estaba. Cilus está al mando. La toma de poder y todo eso ya llegará a su hora -ordenó seriamente el Rey barbudo.

Kikro cogió su hacha y tomando del brazo al senescal comenzó a caminar en dirección a una de las salidas de la sala.

-Vamos, Cilus. Quiero verlo con mis propios ojos y conocer todos los detalles. Es una brillante idea la que tuviste, Cilus.

El anciano enano no salía de su asombro. Había imaginado la llegada del Rey muchas veces, pero nunca había imaginado nada como aquello. ¡Ah, impaciente juventud!

Ж

Con la llegada de la tarde, el gélido aire comenzó a barrer el poblado abandonado. Ráfagas de viento cargadas de polvo de nieve se colaban por los huecos de las capas de los centinelas, haciendo más penosa la vigilancia. El sol, oculto por las nubes, no llegaba a iluminar las colinas nevadas que rodeaban las casas de piedra medio derruidas.

Los soldados se cobijaban entre los muros sin techo, envueltos en sus mantas, cercanos a las fogatas encendidas; y en una casa en particular, una de las más grandes, ardía el fuego más vivo, confortando a los capitanes de la tropa.

-Brem, es muy extraño todo lo que me ha pasado en estos últimos días. No sé que pensar.

-Sí, es cierto lo que dices. Y que me aspen si entiendo lo que ocurre.

-¿Cómo fue el asalto de los orcos? Quiero decir, ¿querían capturar nuestro campamento o qué es lo que querían?

El soldado se rascó la cabeza, y dio un mordisco a un chusco que sobaba con las manos antes de responder.

-Qué se yo.

Tanus movió las manos hacia el cielo.

-Sólo los dioses saben lo que quieren los orcos. Controlan las minas, controlan las granjas más aisladas, controlan casi todos los pasos fronterizos en invierno. Deberíamos hacer algo. Algunas veces no entiendo a Arturo. Creo que deberíamos hacer algo antes de que el número y la fuerza de los orcos crezcan por encima de nuestras posibilidades.

-Yo soy un leñador -respondió Brem-, o al menos lo era. Y en mi tierra, cuando aparecía un orco por allí, inmediatamente se tiraba de hacha. ¡Qué se yo!

-Los tiempos han cambiado, Brem.

-Demasiado -respondió éste, y dio otro mordisco al pan.

-Tal vez Arturo esté esperando a que mejore el tiempo -dijo Tanus-. En primavera se espera que se unan a nosotros más hombres. Y con la ayuda del Rey... No sé, pero creo que los orcos van a correr mucho dentro de poco, y no podrán parar hasta que estén muy lejos, te lo aseguro.

-Bueno, eso es algo que deseo profundamente.

En ese momento entró uno de los centinelas, con todo el pelo escarchado y la cara amoratada por el frío.

-Capitán -susurró-, se ha localizado cierto movimiento en las colinas próximas.

-¿Cierta movimiento? -indagó Tanus.

-Orcos, mi capitán.

-A las armas -dijo Brem.

-Da la voz de alerta por todo el campamento -ordenó Tanus al soldado.

Tanus y Brem se deshicieron de sus mantas, enrollándolas y preparando su petate, en lo que invirtieron escasos dos minutos. Después se pertrecharon para el inminente asalto. Cuando salieron fuera, los soldados esperaban silenciosos e impacientes las órdenes.

Otro vigía se acercaba corriendo desde una colina cercana.

-¡Mi capitán! ¡El gigante! ¡Viene con los orcos!

-¿Cómo? -rugió Tanus. Nunca había visto un gigante, ni había hecho caso de las fábulas sobre tales seres de leyenda.

-Brem, tened todo preparado para huir al galope. No tenemos por qué defender estas cuatro casuchas y perder vidas innecesariamente.

Después, Tanus se alejó con el centinela hacia su puesto de observación. Cuando llegaron, el capitán y el soldado se tumbaron en el suelo, intentando ocultarse.

-¿Por dónde? -susurró.

-Por allí, mi capitán.

Tanus no dio crédito a sus ojos. Los orcos, lejanos aún un par de kilómetros no eran más que diminutos puntos. Pero a pesar de ello pudo distinguir la figura increíble del gigante, del que tanto le habían contado aquella tarde. A pesar de la distancia pudo observar perfectamente el garrote que portaba al hombro.

A la carrera descendió hacia el pueblo abandonado.

-¡A los caballos! Huimos a todo galope -ordenó presa de un miedo irracional e incontenible.

-¿Los prisioneros? -quiso saber Brem-. No hay caballos suficientes para ellos.

-Atadles a la grupa de un caballo y que corran -mandó Tanus-. Si no aguantan, arrastradles. Y si la persecución es apurada abandonadles a su suerte. No merecen nada mejor.

Los soldados prepararon la inminente marcha en pocos minutos. Los caballos, nerviosos por la actividad se movían inquietos.

Varandir, amordazado y atado por las muñecas fue atado con una cuerda de poco más de cuatro metros a la silla de un soldado. Y Toro sufrió la misma suerte. Ambos comprendieron que iban a sufrir una dura experiencia.

La marcha comenzó de inmediato, y al principio tanto Toro como el mago aguantaron el trote de los caballos. Pero a la hora, Varandir comenzó a tropezar y a arrastrar los pies. Toro intentaba ayudarle, pero su cuerda no llegaba hasta donde se

encontraba su amigo. Desesperadamente tiraba para acercarse al anciano, pero eran intentos infructuosos.

Tanus encabezaba la comitiva y no dejaba de animar a la tropa para que el paso no decayera. Brem le secundaba, y ambos lanzaban nerviosas miradas hacia atrás. Con la llegada del ocaso llegaron también hasta sus oídos unas brutales risotadas, coreadas por salvajes aullidos de orcos.

-¡Se acercan! –gritó Brem.

-¡Espolead los caballos! –ordenó el capitán desenfundando su arma.

La comitiva aceleró el paso y Varandir, sin tiempo apenas para poder levantar los pies de la nieve, comenzó a ser arrastrado por el caballo al que estaba sujeto. Al principio se resistió, intentando alzarse con los brazos, pero al poco se le esfumaron las fuerzas y, exhausto, renunció a luchar.

El caballo arrastró al mago durante unos metros como un fardo inerte. El soldado, ante el freno de su montura vio como se iba quedando rezagado a las últimas posiciones. Y los roncós gritos de los orcos, cercanos ya, acabaron de convencerle. Soltó la cuerda y liberó al caballo de la carga que le frenaba en su avance.

Toro, que no perdía detalle, vio cómo su amigo era abandonado sin remisión en medio de la pisoteada nieve. Sintió una punzada de dolor tan profunda que sacando fuerzas de donde no las tenía, se plantó en medio de la senda y tensando brazos y piernas tiró con toda su energía de la cuerda que le mantenía sujeto al caballo. La montura, ante tan inesperado freno dio un violento traspié que derribó jinete, montura y preso a un tiempo. El guerrero, con los ojos llenos de lágrimas corrió hasta el aturdido caballo y sin pensarlos dos veces soltó la cuerda de la silla y se volvió hacia el inerte cuerpo del mago, una veintena de metros más atrás.

El jinete, olvidando al prisionero volvió a montar y galopó en pos de sus compañeros.

Toro corrió desesperadamente a grandes trancos mientras se liberaba de la mordaza. Hizo esfuerzos desesperados por liberar sus manos, pero sólo conseguía apretar más los nudos.

Unas siniestras sombras se acercaban hacia el inmóvil mago. Corrían y a pesar de la incipiente oscuridad pudo distinguir lanzas y espadas de siniestro brillo. Lucharía con las manos desnudas si fuese necesario.

-¡¡Atrás!! –gritó- ¡¡No os acerquéis!! ¡¡No pongáis ni un sólo dedo en él!!

Toro llegó hasta Varandir y sin encontrar nada mejor amenazó con sus propias manos al corro de bestias que les rodeaban rugiendo.

Colocó ambas piernas protegiendo el cuerpo del mago, y sin poder comprobar siquiera el estado de su amigo, giró encarando el creciente tumulto de colmillos y cimitarras que les rodeaban. El corazón le latía desbocado en el pecho. No había escapatoria posible. Había salido de muchas, pero aquella era la última. Lo supo en cuanto sintió la imponente presencia del gigante que se acercaba.



Su mente, siempre práctica, restó a los caídos en el combate del grueso de la tropa y comparando a los fugitivos con sus propios esbirros, Cesarón decidió que aún podía dar caza a aquellos humanos. Además, el rastro que venían persiguiendo se alejaba con los soldados también.

Mientras los muchachos, como a él le gustaba llamarles, se divertían saqueando el campamento, él olisqueó por todas partes hasta que dio con la pista que buscaba. El

viejo y el otro habían estado en aquella tienda más grande, que aun siendo la más grande se quedaba pequeña para su tamaño. El olor era inconfundible.

Tras unas horas de descanso, en las que se comieron unos cuantos mulos medio crudos y en las que prendieron fuego a todo lo que no se llevaron, la partida de orcos y su enorme líder partieron en pos del rastro dejado por los caballos.

Cesarón les guió sin duda ninguna en la dirección que él quería, y durante todo un día corrieron sin apenas descanso en pos de los soldados. Hasta que justo antes de la puesta de sol les localizaron.

Con su aguda vista, el gigante vio cuatro casas de barro y varias columnas de humo que delataban el fuego del campamento de los hombres. Rugiendo con rabia espoleó a los muchachos.

La carrera todavía duró unas horas. Él se colocó en retaguardia, para impedir que nadie se retrasara. Podría haber corrido mucho más él solo, pero necesitaba a su tropa por si los jinetes plantaban cara.

Cuando la noche se cerraba ya y los caballos estaban cercanos, llegó hasta un agrupado corro de orcos. No supo lo que iba a encontrar hasta que apartando a manotazos a los muchachos se abrió paso. Dos hombres, uno inmóvil en el suelo y el otro amenazando a los orcos con sus manos desnudas, se encontraban rodeados por sus guerreros deseosos de sangre.

-Mirad quién tenemos aquí. ¡Apartad, gusanos!

Cesarón se encaró al fornido hombre que intentaba proteger al más anciano, que permanecía en el suelo. Con sus muñecas atadas y los puños cerrados, el hombre amenazó al gigante, que estalló en carcajadas. Era patético.

-No quiero que tengan ni un rasguño. El Jefe llegará pronto y estoy seguro que estará muy interesado en estos dos.

Los orcos, ante la sola mención al Jefe retrocedieron asustados, temiendo lastimar por error a los humanos. No obstante, el círculo no se abrió. Las posibilidades de escapar no existían.

Cesarón buscó en su cuello. Colgado de un largo cordón, encontró un silbato especial y sopló con fuerza varias veces. Ningún sonido audible por los presentes salió de él. Pero ya lo oiría quien tenía que oírlo.

XVIII.

Venganza.

Después de cabalgar casi toda la noche, y ya de amanecida, Suzán detuvo los caballos. Se encontraban en medio de un bosquecillo de árboles escarchados, junto a un arroyo helado.

Su furia había disminuido hasta el punto justo en que ya podía dominar la ira que sentía. Tras ella estaba el hombre que la había abandonado sin armas, montura o víveres, sin posibilidades de sobrevivir en el páramo helado.

Desmontó y miró largamente a Baltazor, que tembló ante los ojos negros de la mujer.

Al momento llegaron ante Suzán un enorme guerrero y un fabuloso tigre de pelaje espeso y suave, ahora blanco como la nieve. Baltazor tembló ante su sola presencia.

-Desmonta -ordenó imperiosa.

El hombre obedeció, y como pudo saltó de su caballo. Tenía las manos atadas, y estaba congelado de frío.

-Bien, Baltazor.

Había algo en el tono de la espadachina que hizo temer lo peor al hombre. Y tenía demasiado por lo que temer. Ahora se daba cuenta, realmente, de que estaba en un aprieto, en un gran aprieto.

-Ah, Baltazor. Deseo cortarte en pedacitos. Matarte con mis propias manos. Dejar que el tigre te destroce la garganta. O que mi guerrero te ensarte en su espada.

Baltazor afrontó lo que seguramente iba a ser su última mañana. Sabía que iba a morir así que nada le importaba ya.

-Muy fuerte eres... con dos magníficas espadas y dos lacayos a cada cual más sanguinario. Y yo, con las manos ligadas, indefenso. Muy valiente eres -miró arrogante a la mujer.

-¿Valiente? -gritó Suzán indignada-. ¿Valiente? ¡Tú si que eres valiente! Atacarme cuando estaba dormida, robarme, abandonarme a mi suerte sin armas... sin comida. ¡Eso es lo valiente que eres tú!

-Ningún imbécil de Cretia hubiera confiado como tú.

-Porque yo no soy de Cretia.

-No importa de dónde seas, asquerosa fugaz.

Suzán se mordió los labios.

-¿Es eso lo que piensas?

-¿Dónde crees que estás, mujer? Si no sabes cuidar de tus propias armas no mereces poseerlas.

-¿De veras?

-Tuviste suerte de que no te hubiera matado. Y aún podría hacerlo.

-¿Sí? Dime cómo. Estás atado, sin arma alguna.

-Baltazor no necesita armas para dar una lección a una mujer.

-¿Ah, no?

Suzán tomó una de sus espadas, y acercándose desafiante hasta el hombre le miró a los ojos. Estaba asustado; había algo que lo envalentonaba, pero estaba asustado.

Cortó de un tajo las cuerdas y saltó hacia atrás.

-Adelante, Baltazor, ya no estás atado.

El hombre se frotó las muñecas y medio sonrió.

-Como si lo estuviera -dijo señalando con la cabeza el lugar en que estaban el tigre y el soldado.

-Ya. Pretendes que enfunde mis armas para que nada interfiera en esa lección que vas a darme.

-Exacto.

Suzán tomó sus aceros, y primero uno, después el otro, los colocó en su funda. Los misteriosos guardaespaldas desaparecieron. Estaba herida en el orgullo, y además estaba decidida a enseñar a ese hombre quién era ella. Con o sin armas.

-¿Conforme?

Baltazor asintió.

-Y voy a hacer algo más, hombretón -dijo Suzán mientras arrojaba lejos las espadas-. Ahora estamos igual, ¿no?

Baltazor volvió a asentir. Todo estaba saliendo mejor de lo previsto. Volvía a tener una oportunidad. Movi6 los hombros, intentando que la sangre fluyera por ellos hacia sus brazos.

-Escúchame bien, porque no voy a repetírtelo jamás. Yo soy Suzán, caza recompensas por toda la costa oeste. Y nada ni nadie se interpone en mi camino.

-¡Oh, qué miedo que...!

Baltazor no pudo terminar la frase. Recibió tal puñetazo en pleno rostro que lo derribó de espaldas.

Como impulsado por un resorte, el hombre se puso en pie.

-Deberás hacerlo mejor si quieres dañarme -dijo, pero lo cierto era que sentía un agudo dolor en la nariz.

-Adelante con esa lección, hombretón.

Baltazor dio un paso adelante. Esta vez no le pillaría desprevenido.

Lanzó un puño, a modo de prueba, pero la mujer lo esquivó ágilmente. Muy rápida, sí, muy rápida, pero ya era hora de que aprendiera los trucos de las peleas de taberna.

El hombre lanzó una pierna, como si fuera a propinar a su adversaria un puntapié, pero a medio camino la afirmó en el suelo y tiró un puñetazo con todas sus fuerzas. El brazo se estiró en toda su longitud, sin alcanzar el objetivo. Era imposible, lo había esquivado.

Sintió los golpes de la mujer de inmediato. Uno en la boca, otro a un lado de la cara. Mientras, él seguía su avance con todo el ímpetu de su pesado golpe. Además, una patada en el trasero acabó por colocarle de rodillas en el suelo.

Se levantó hecho una furia, sintiendo una ira amarga que le cegaba. Pero no se había puesto en pie otra vez cuando recibió una patada en la boca del est6mago que le dejó sin respiración. Dos nuevos golpes en la cara le hicieron dar con sus huesos en el suelo.

Baltazor sentía la sangre correr desde su nariz, un ojo medio cerrado y el sabor agrisado de sangre en la boca. Además no podía respirar todavía con normalidad. Pero se levantó. Jamás le había derrotado una mujer. Mejor dicho, jamás se le había enfrentado una mujer.

-Aún no has tenido suficiente, ya veo.

Con el ojo abierto intentó enfocarla. Había llegado la hora de la verdad. Ni su condición de mujer sería un obstáculo para que sus dedos estrangularan el delicado cuello.

Lanzó hacia ella su cuerpo. En peso la aventajaba, y aunque recibiera algún golpe más ya no importaría si conseguía derribarla y echarse encima. Había algo que además estaba deseando hacía tiempo.

Suzán le vio venir, y adivinó que si se dejaba aplastar por el cuerpo de Baltazor ya no habría nada que pudiera hacer.

Afianzó los pies en el suelo y un segundo antes de que Baltazor la embistiera, lo agarró por la camisa, tiró violentamente hacia sí misma y agachó la cabeza. Sintió los huesos de la cara del hombre crujir, incluso sintió la sangre húmeda y caliente resbalando por su pelo.

Un segundo más tarde se encontró en el suelo, con Baltazor encima. Se retorció como un gato y escapó como pudo de debajo.

Baltazor ya no se levantó más. Chillaba por el dolor que le producía su nariz rota, notaba su cara empapada en sangre, y ni siquiera podía abrir los ojos inundados de lágrimas. Había sido humillado por una mujer. Humillado, vejado, golpeado y dolorosamente derrotado. ¿Qué podía hacer sino lamentarse? Pero por fin llegaría la liberación. La cruel bruja de cabello negro y ojos rasgados acabaría de una vez con su miserable vida. Y eso era lo único verdaderamente reconfortante.

Suzán no había visto nunca a nadie sangrar de aquella manera. Nunca, incluyendo la vez que había tenido que defenderse del soldado de Tanus. Y también estaba asustada. No tenía ni idea de lo que debía hacer.

-Vamos... bruja... acaba conmigo... de una vez -las palabras de Baltazor brotaron burbujeantes de sangre, entre sus labios partidos y sus dientes teñidos de rojo oscuro.

Suzán se acercó hasta el lugar en que había tirado sus armas. Necesitaba consejo.

-Vamos... mátame.

Desenfundó el acero del guerrero y esperó un instante, hasta que frente a ella apareció el hombre formidable, espada en mano.

-Mi ama.

-Tranquilo, no hay peligro.

El guerrero dio unos pasos hasta Baltazor y después miró a Suzán.

-Ya veo que te has ocupado de él. ¿Quién es?

Suzán miró incómoda el cuerpo del ensangrentado Baltazor. Odiaba tener que reconocer, otra vez, que había sido engañada, robada y abandonada.

-En otro tiempo fue mi guía -dijo en un suspiro-. Pero me traicionó, me robó, y me abandonó en medio de esta llanura sin caballo y sin comida.

El soldado enfundó su arma.

-En mi tierra, el castigo por la traición es la muerte -sentenció el soldado cruzando los brazos altivo sobre el pecho.

Suzán dio un respingo. Sentía náuseas sólo de pensar en rematarle.

-Creo que ya ha tenido suficiente. No me olvidará en muchos días.

-Más que eso, no te olvidará mientras viva.

-Bueno, con eso me conformo -admitió Suzán-. Y he tenido una idea. Trae uno de los caballos.

El soldado obedeció.

-Móntalo y haz que se aleje de aquí, no quiero volver a verlo jamás.

Y así se hizo. El maltrecho Baltazor montó como pudo, agarró las riendas, y casi sin poder ver dónde iba se alejó sin mirar para atrás. Bastante humillado estaba ya. Pero esto no quedaría así.

Viendo alejarse al hombre, el soldado movió la cabeza pesaroso.

-De aquí en adelante tienes un enemigo irreconciliable. Deberás vigilar siempre tu espalda, por si vuelve.

Suzán comprendió la advertencia. Desenfundó su otra espada, y de inmediato apareció el gigantesco felino.

-Síguelo. Si trata de regresar rómpele el cuello.

Silenciosamente, el tigre se alejó en pos del caballo de Baltazor.

-Y ahora, hay muchas cosas que quiero preguntarte.

-Como deseéis ama.

-Y no me llames ama.

-Como gustéis.

-Vale, ayúdame a buscar leña.

Ж

Suzán lanzó otro trocito de corteza a las llamas, que de inmediato lo devoraron. Era ya casi noche cerrada y el tigre no había vuelto aún. Desde luego que no pensaba marcharse sin su fiel aliado.

Frente a ella estaba el otro. ¿Quién podía haber imaginado que sus deseos se iban a cumplir fielmente?

Llevaba unos minutos intentando recordar todo lo que había pensado para sí misma, en aquel remoto lugar del que procedía. Quería saber qué más puntos oscuros había dejado en su... en su nacimiento, que era lo más parecido que pasaba por la cabeza de Suzán.

-¿Cuánto tiempo llevas a mi servicio? Por cierto, no sé cómo te llamas.

-Sabéis muy bien que soy vuestro siervo desde el preciso instante en que me derrotasteis, ama.

Suzán dio un respingo.

-¡Tú eres... tú eres el que mató a mis padres!

El soldado asintió.

-Pero, de todos modos, ¿cuál es tu nombre?

-No es necesario que me llames de ninguna manera. Mi ama ordena, yo obedezco.

-Bien, entonces te ordeno que me digas cómo te llamas.

El soldado hizo una mueca insatisfecha.

-Desde que me derrotaste perdí el derecho a cualquier nombre.

-Bueno, pero quiero saber cómo te llamabas antes de eso.

-Ese nombre está perdido en el olvido y de allí no regresará jamás.

Suzán le miró fijamente. Ese guerrero sería capaz de luchar con cien mil diablos si ella se lo ordenase, y, sin embargo, se negaba en redondo a dar su nombre.

-Pero qué terco eres.

Había algo en su tono de voz que denotaba una ira escondida, un odio oculto, un rencor profundo que asustaba a Suzán. No debía olvidar que en otro tiempo había sido un enemigo, y el asesino de sus padres. No obstante, no sentía dolor alguno por semejante pérdida. Tal vez era la ventaja de haber inventado ella misma su pasado, porque no recordaba haber imaginado que se sentía triste. Tal vez era por eso.

-Cambiemos de tema. Explícame otra vez por qué no debo tener desenfundada demasiado tiempo la espada.

-Sencillo, mi ama. A medida que pasa el tiempo se va perdiendo mi esencia, voy perdiendo fuerza. Temo que si pasa demasiado tiempo fuera de su funda yo estaré tan débil que seré incapaz de regresar a ella y mi alma se perderá para siempre entre las nubes.

-¿Y con ella en su funda descansas?

-Puedes decirlo así.

-¿Cómo estas ahora?

-Algo débil, llevo casi un día.

-¿Podrás aguantar hasta que llegue el tigre?

El hombre se encogió de hombros.

-Como deseas, ama.

Suzán se levantó y acercó varias ramas hasta el fuego. La noche estaba cerrándose y el frío comenzaba a dejarse sentir con mayor fuerza.

-No me gusta el tono con el que dices eso de ama. Si no sabes otra forma de decirlo, mejor que no digas nada.

El soldado asintió.

-¿Qué es lo que tienes contra mí?

-¿Qué es lo que quieres que tenga?

-No eres muy hablador, ¿verdad? Está bien, ocúltate entre aquellos árboles por si se acerca alguien. Y en cuanto llegue el tigre me avisas.

-Sí -respondió escuetamente el soldado mientras se levantaba y cumplía la orden.

Estaba claro que de él no sacaría nada concreto. Cumpliría las órdenes, pero nada más. Algo le obligaba a obedecer, algo que si desapareciese... Suzán tembló. No deseaba tener que enfrentarse a tal guerrero.

Se arrebujó en la capa y contempló hipnotizada las llamas.

Pasados unos pocos minutos el soldado regresó, silencioso como una sombra.

-Ya está de vuelta.

-Bien -dijo Suzán tomando su espada-, ahora podrás descansar.

Comenzó a enfundar, pero algo la retuvo.

-Creo que te llamaré Kev. Sí, me gusta.

-Kev -susurró el hombre al tiempo que se desvanecía.

El tigre llegó al momento. Trotó majestuoso hasta los pies de Suzán y se tendió al pie de la hoguera.

-¿Y bien?

-Cabalgó sin detenerse hasta que fue de noche. Entonces regresé.

-¿Y si vuelve?

-El caballo no aguantaría. Esta noche estás segura.

-Eres un fiel amigo. ¿Sabes? Debí haberte hecho caso. Baltazor no era de fiar.

El tigre se lamió las zarpas, sin contestar. Ya sabía que tenía razón.

Suzán percibió la sutil diferencia entre el tigre y el soldado, el rebautizado Kev.

-¿Cuál es la diferencia entre tú y el hombre? Quiero decir, entre tú y el soldado de mi otra arma.

El tigre miró sorprendido a su dueña.

-¿Diferencia?

-Sí, cuando tú me hablas siento que me habla un amigo, un compañero. Cuando lo hace él parece un siervo, un esclavo.

-Cierto.

-¿Cierto?

-Así es. Él es un esclavo. Y yo soy un aliado.

-¿Sí?

-Parece mentira que no recuerdes cómo le derrotamos. Cómo tú, finalmente le hundiste la espada en el pecho y pronunciaste las palabras mágicas que te había enseñado ese mago amigo tuyo.

Suzán estaba boquiabierta. Puntos oscuros. Otra vez.

-Y...

-Y entonces él -continuó el tigre-, quedó atrapado en esencia en tu acero. Ya lo sabes.

Suzán estaba aturdida. ¿Lo había hecho realmente?

-¿Y entonces tú?

El tigre miró otra vez con extrañeza a Suzán. No parecía creer lo que estaba oyendo.

-¿No lo recuerdas?

Suzán negó con la cabeza.

-Ese asunto me trae malos recuerdos. No deseo revivirlos. Tal vez en otro momento. Ahora estoy muy débil.

Suzán reaccionó. Se sentía embotada, con la mente girando a toda velocidad.

-De acuerdo. En otro momento te lo preguntaré.

Tomó su otra arma y la enfundó. Se quedó sola. E intrigada. Menudo juegucito. ¿Quién había dicho que era fácil? Y eso le recordó que debía encontrar a Varandir, como le había dicho el muchachito antes de meterse en la historia.

Añadió más leña al fuego. Estaba segura de que no podría dormir aquella noche. Si hubiese sabido que todo lo que imaginase se iba a materializar, hubiera concretado más. Pero, en fin, era tarde ya.

Miró sus dos mortíferas espadas. El indomable espíritu del hombre que había asesinado a sus padres estaba atrapado en una de ellas. Un guardaespaldas mortífero y resentido. Y en la otra un terrible y silencioso cazador. Su otro guardaespaldas.

Arrebujándose en la manta planificó sus siguientes pasos. Debía regresar a la posada urgentemente. En El Buen Pozo Sediento esperaba encontrar muchas respuestas, ahora que conocía las preguntas adecuadas.



XIX.

Sediento.

Gúlag sujetó con gesto irónico la larga lanza. Volvió los ojos hacia arriba y se encontró con la mirada aún aterrada de su anterior jefe. Sonrió complacido. Esa era la clase de advertencia que a él le gustaba más. Una cabeza clavada en una buena pica era la mejor demostración de lo que le ocurre al que falla al Amo.

-¡Gusano! Llévalo a la entrada principal de estas apestosas cuevas y clávalo en todo el medio. Son órdenes del Amo.

Se aseguró con una dura mirada que ese feo ayudante entendiese claramente que el Amo era quien ordenaba aquello.

-¡¡Y corre!! -aulló-. Tú, acompáñale. Y volved a montar guardia en el hoyo como si hubiera alguien dentro. Si vuelvo y no hay guardia os arrastraréis ante el Amo antes de suplicar la muerte. Yo mismo os destroz...

Gúlag se interrumpió al oír un fuerte rugido y voces en un corredor. *Sediento* estaba llegando y no estaba de buen humor, a juzgar por su tono amenazante y su continuo rechinar de dientes.

-Largaos.

En ese momento aparecieron tres guardias, tensando una cadena cada uno, de manera que fuese a donde fuese, el lobo se encontraba en el extremo tirante de una de las tres cadenas. En medio de los trasgos, Gúlag vio aparecer el famélico lobo: *Sediento*. La espuma salía por su boca erizada de dientes, lanzando dentelladas a las cadenas. Los huesos se le marcaban bajo el negro pelaje, todo apelmazado y sucio. Los ojos, inyectados en sangre buscaban salvajes a los que tiraban de sus cadenas. Un punto de locura chispeaba con cada dentellada. Gúlag se preguntó cuánto tiempo había pasado desde la última vez que alimentaron a ese flaco lobo.

Cuando se acercaron más, Gúlag comprendió por qué su amo tenía tanto aprecio a ese lobo. Era enorme, y sus colmillos eran largos como dagas. Además, sus ojos no mentían: odiaba con todo su corazón a todos los seres vivos. Era tal el miedo que inspiraba, que Gúlag se dio cuenta de que era la primera vez que veía un lobo encadenado para servir a un trasgo o a un orco.

-¡Qué hacéis, perros! Aflojadle las cadenas, lo vais a estrangular.

Los guardias recelosos relajaron un poco su tirón. *Sediento* respiró fatigado, bajando la cabeza. De sus belfos goteaban copos de espuma.

-Habéis tardado mucho. ¿No podíais haber corrido un po...?

Gúlag se vio interrumpido por el súbito salto del lobo hacia su garganta. Sin gruñir ni amenazar, los afilados dientes le rozaron el pellejo, y pasaron tan cerca, que Gúlag tuvo que cerrar los ojos para controlar su ira. Uno de los guardias había tensado justo a tiempo la cadena, dejando sin respiración al lobo.

-Soltadle, dejadle que respire. No nos sirve muerto -gritó cabreado. Lo cierto era que además de enfadado estaba sorprendido por la rapidez de ese inmundo animal.

Dando un paso más se adentró en el campo de acción del lobo y con un gesto pidió a uno de los guardias la cadena. En cuanto la tuvo en sus manos, ordeno soltar a los demás guardias.

-Soltadle y dejadme a mí. De cachorro yo era el que domaba fieras en mi aldea. Y éste hubiera sido el más manso de todos -una socarrona sonrisa apareció en su fea cara.

El animal, aun con el peso de las otras dos cadenas, vio que estaba libre para contraatacar y sin pensar nada más dio rienda suelta a su odio. Pero Gúlag no se iba a dejar sorprender dos veces seguidas y las mandíbulas se cerraron en el aire con un sonido seco y metálico. En cambio, lo que el lobo se encontró fue un tremendo puñetazo que lo lanzó y lo estropeó contra el suelo.

Un nuevo estallido de rabia hizo que sacando fuerzas de todas sus fibras volviese sus colmillos hacia el orco, pero éste, haciendo gala de una pericia increíble lo levantó en vilo. Lo sujetó del pellejo de la garganta, apretando su tráquea y así lo mantuvo durante interminables segundos. En el interior de *Sediento*, la roja ira cegaba sus ojos y sus sentidos, haciendo que intentara retorcerse y librarse de la brutal manaza. Pero la asfixia pudo más que todo su coraje y rabia. A los dos minutos ya no podía forcejear más. Su lengua caía por una de sus comisuras entreabiertas buscando aire.

-Me servirás. Harás lo que yo te ordene y yo cuidaré de que tengas lo que merezcas -dijo el orco muy despacio, mirando a los enrojecidos ojos del lobo.- Comerás de mi mano cuando yo lo diga y matarás cuando yo lo ordene.

En un incontrolable acceso de rabia, el orco lanzó un rugido salvaje, a la cara del medio asfixiado lobo. Dejó bien claro quién era el jefe de la manada. Incluso los guardias trasgos dieron un paso atrás intimidados.

Entonces dejó que el lobo cayera al suelo y recuperara la respiración. Allí el extenuado lobo intentaba que sus pulmones cogieran todo el aire que necesitaba, sin osar siquiera levantar la mirada hacia su amo.

-¡Agua, rápido, traedme agua! -bramó.

-Pero jefe... uuuuu... Sediento es Sediento porque no bebe... -se atrevió a contestar uno de los guardias, y al parecer cuidadores.

Gúlag cerró los ojos, perdiendo su escasa paciencia.

-Mereces la peor de las muertes. Sediento se llama así porque ansía tu sangre caliente de cerdo... más que nada en el mundo. ¡No por el agua!

Un gesto de perplejidad apareció en el rostro del cuidador.

-Inútil, has estado a punto de matar a la mascota del Amo -rugió Gúlag, comprendiendo de golpe el motivo del nombre. Las cosas se llamaban como se llamaban siempre por un motivo.

Acercó un odre a la boca del animal, y usando su mano como cuenco dejó que el famélico animal bebiera todo lo que quisiera. Que fue mucho.

Sediento agradeció el agua con un ronco gruñido, que fue jaleado por Gúlag con un buen palmetazo en la cabeza.

-A mí no me gruñas.

Se puso en pie, y tomando una de las cadenas tiró de ella hacia arriba.

-Tendrás que ganarte ese agua. Y lo que quieras comer hoy. Con suerte podrás cenarte al asqueroso elfo.

Empezó a andar hacia los túneles cuando se giró hacia los guardianes.

-Quiero diez orcos armados hasta los dientes y con provisiones para una semana en cuanto vuelva. Nos vamos. *No podemos fallar al Amo. Yo no voy a fallar al Amo.*

Tirando del lobo, Gúlag llegó hasta el cercano cubículo donde habían estado prisioneros los humanos y el elfo. Aún no entendía cómo habían podido escapar sin ayuda. Pero para él había sido una suerte. Ahora sólo tenía que encontrarles y traerles de vuelta al Amo. Él sabría recompensarle, seguro que sí.

Olía muy fuerte, a algo descompuesto y putrefacto. Pero el orco ni se inmutó. El lobo tenía en mente otro tipo de olores que ya había detectado.

-Busca Sediento. Busca. Elfos, humanos. ¡Comida!

Aflojó un tanto la cadena y el lobo comenzó a beber aire por las fosas nasales. Aspiraba rápido y en muchas bocanadas y luego soltaba el aire rápido y seguido. Comenzó husmeando hacia arriba y prosiguió oliendo el suelo todo alrededor del hoyo. Parecía decir: aquí todo huele a humano o elfo. Continuó así durante dos minutos, aspirando y archivando cada connotación de los olores. Descubrió tres tipos de olor distinto, e incluso descubrió por qué borde del hoyo habían salido los tres. Incluso por qué dirección habían huido. Y tiró de la cadena hacia adelante, comprendiendo lo que su nuevo amo quería. Un gruñido hondo denotó su impaciencia.

-Ja, ja. Tranquilo Sediento. En un momento partimos. Creo que dejaré que te comas el corazón del maloliente elfo. ¡Usa perfume! Lo huelo hasta yo.

Ж

Se habían alejado ya mucho de la boca de la cueva pero aún tenían la sensación de peligro rondando por sus cabezas. Robín subía a los árboles a su paso, oteando lo que tenían por delante y lo que tenían por detrás. Todos sabían que era demasiado fácil escapar de los túneles sin más, y considerando el rastro de orcos muertos que dejaban a su paso, esperaban una partida de orcos que les buscase. Por eso se alejaban todo lo posible, sin descansar apenas. En las pocas horas de caminata que llevaban, descendieron la falda de la montaña donde estaba la boca de la cueva y ascendían ahora la ladera enfrentada, buscando un paso que les permitiera escapar de aquel valle siniestro.

-¿Ves algo, Robín? -inquirió sin aliento León.

-Por ahora nada. Creo que podemos descansar unos minutos antes de seguir.

-Apoyo la idea del orejones -respondió Alis dejándose caer junto a un tronco caído.

Los tres compañeros recobraron el aliento mientras sopesaban el camino que tenían ante sí.

-Podemos seguir subiendo y escondernos entre los árboles – sugirió León.

-Con escondernos no ganaremos nada -corrigió el elfo.

-No, si aún pretenderás que nos enfrentemos a todos los orcos que veamos -apuntó Alis.

Robín se levantó del suelo. Estaba cansado de que ella cuestionase cada cosa que decía.

-Mira, humana. Cuando tú naciste, yo ya era adulto, y había corrido más mundo del que conoces ahora. He escapado de cientos de peligros y he cabalgado más horas persiguiendo fugitivos de las que tú ni siquiera imaginas. Y...

-No me vengas con esas, elfo -cortó Alis bruscamente-. No necesito que nadie me dé lecciones, ya no soy una niña, y en lo que a mí respecta...

-El que ya no aguanta más soy yo -suspiró León, dejando mudos al elfo y a la amazona.- No puedo soportaros, discutís a cada paso, os peleáis y amenazáis. Venga, mataros el uno al otro. Yo, mientras perdéis el tiempo en eso, me alejaré de la entrada.

León se levantó, se envolvió en su capa para aislarse del creciente frío y empezó a caminar.

-Espera León, tienes razón – concedió Robín-. Si ella no retrucase a cada cosa que digo.

-Yo no retruco.

-¿Ves?

El caballero León movía la cabeza incrédulo.

-¿Ves el qué? ¿No puedo hablar?

-No.

-Ah, ¿no?

-No -respondió esta vez León.

-¿Ves? -repitió el elfo.

Alis se plantó con los brazos en jarras en medio de la senda. Parecía muy enfadada, aunque ni el elfo ni el caballero alcanzaban a saber por qué.

-Al menos yo sí supe cómo salir de allí – chilló.

-Shhh, no grites -le reprendió León.

Pero la verdad es que ella tenía derecho a estar enfadada y a que le reconociesen que había sido mucho más lista que ellos. León sonrió. Qué sencillo. Los estúpidos orcos además les habían dejado sin vigilancia.

-Tienes razón Alis. Perdona -admitió al fin el elfo.

Alis no salía de su asombro. Robín reconocía que ella tenía razón y le pedía perdón. Increíble. No pudo decir ni una palabra.

-Pero tampoco es para tanto, una torre de tres personas no es tan brillante -puntualizó Robín.

-¿Que no es tan brillante? ¿Que no? Pero si tú ya habías renunciado a toda esperanza.

-¡Eso no es cierto! -protestó el elfo.

-¡Sí que lo es!

León se alejó por el sendero. No aguantaba más. Parecía que le acompañaban dos críos de cinco años. Y lo peor de todo era que esa, y precisamente esa, era la razón de que no avanzasen tanto como él hubiera deseado.

-Las mujeres deberíais limitaros a cumplir con el papel que la naturaleza os otorga.

-¿La naturaleza? No me digas ahora que...

-La naturaleza, sí. La naturaleza.

-¿Y qué tendrá que ver esto ahora? Veo que el experimentado elfito no conoce a las Amazonas.

-¿Amazonas? ¡Bah!

-No te burles, elfo. Mereces la lección que voy a darte.

-¿Lección? Mira que luego llorarás.

León se había alejado ya hasta que la discusión no era más que un murmullo con altibajos agudos de Alis y carcajadas explosivas de Robín. Cualquier criatura en esa ladera sabía que había allí alguien hablando, cualquier criatura incluidos sus posibles perseguidores.

De pronto, el aullido solitario de un lobo rasgó el atardecer, haciendo reales los peores presagios del caballero León. Un escalofrío le hizo temblar el pulso durante un instante, erizando su vello. No se dio cuenta, pero se había detenido y escuchaba expectante los sonidos del bosque.

Pero lo único que León oía eran las pisadas apresuradas de Robín y Alis y su agitada respiración.

-Silencio vosotros dos -dijo extendiendo su mano hacia ellos.

La pareja llegó hasta él y permanecieron en silencio, escuchando.

-¿Oyes algo Robín? -susurró el caballero.

El elfo negó con la cabeza.

-Eso es lo malo, que no oigo nada.

Se giró hacia las copas de los árboles. Buscaba una atalaya que le permitiera mirar hacia la boca de la cueva.

-Si no nos hubiéramos entretenido discutiendo -se lamentó León.

-Si él no se empeñase en despreciarme -murmuró Alis.

Robín no contestó, pero lo hicieron sus ojos, lanzando dagas envenenadas a la amazona. Y por un momento León pensó que se iban a enzarzar otra vez. Pero el elfo, en vez de hablar, se limitó a trepar a un alto árbol con una increíble agilidad. Arriba, tan alto que a los dos compañeros de abajo les dolía el cuello al mirar hacia su posición, el elfo oteaba la entrada de la cueva por la que habían escapado y gracias a su aguda vista pudo ver algo que le inquietó bastante. Mantuvo esa posición durante unos minutos y descendió con la misma agilidad demostrada al ascender.

De un grácil salto se situó junto a sus compañeros.

-Son unos diez orcos. Armados -informó-. Parece que han salido de la cueva que escapamos. Y llevan una especie de sabueso por lo que he podido ver, un perro enorme, o un lobo -añadió recordando el aullido.

-Nos buscan -sentenció Alis.

-Pues claro que nos buscan. Y si vosotros dos seguís discutiendo nos encontrarán antes de que acabe la noche -dijo León zanjando la posible contestación del elfo.

Robín asintió.

-Cierto. Pero aún tienen que recorrer todo el camino que hemos andado nosotros.

-¿Viste algo más? -quiso saber León.

-Vi algo más... -afirmó el elfo.

Todos esperaban que siguiera hablando, pero en vez de eso comenzó a andar. Indicando que le siguieran. Las largas zancadas del elfo les llevaron en la dirección que huían: ladera arriba.

-Seguidme. Por el camino os lo cuento.

León se puso a su altura enseguida, y Alis no quiso ser menos ni quiso perderse la explicación.

-He visto que el bosque acaba no muy lejos de aquí -comentó Robín-. Comienza terreno más despejado y rocoso.

León comenzaba a entender y avivó el paso.

-Quiero ver más antes de decidir nada, pero creo que podríamos dar una sorpresita a esos orcos.

-Una emboscada -dijo León, que veía confirmadas sus sospechas.

-¿Diez o más para tres? Eso más los lobos o lo que sea que les acompañe -protestó Alis.

Caminaban a buen paso, sin llegar a correr, pero muy rápido. Y León tardó diez pasos más en dar acomodo a su réplica con la respiración agitada de su pecho. El elfo parecía sumido en sus pensamientos.

-Alis, una emboscada bien ejecutada nos coloca en una lucha de seis para tres antes de que se den cuenta -respiró profundamente y señaló a Alis y luego a Robín -. Con dos arqueros y dos tiros cada uno por sorpresa, cuatro caen. Si andan poco rápidos cae alguno más... y si luchamos con coraje, dos espadas -dijo tanteando sus armas- y un arquero cubriéndonos hacen una fuerza formidable.

Robín se medio volvió para contestar al humano.

-Me has leído el pensamiento. Pero tenemos que darnos prisa. Hay que elegir el lugar antes de que caiga la noche.

Alis dedujo que esa sería una buena forma de luchar; aunque le resultaba desconocida y poco acorde con las tácticas guerreras de su pueblo.

-Si los dos lo creéis así.

Robín estuvo a punto de contestar a la humana, pero en ese instante recordó que les perseguían. Su larga experiencia en huidas y supervivencia hizo que apartase a un

lado las desavenencias con Alis. Qué joven e inexperta. Qué orgullosa y engreída. Pero la vería morir, igual que la había visto nacer. Y él seguiría siendo casi joven cuando los descendientes de la amazona muriesen. No despreciaba a los humanos, pero no soportaba su presuntuoso comportamiento y su prisa. Aunque en cierto modo lo comprendía, tenían una vida tan corta.

-Saldremos del bosque por allí -señaló Robín con un dedo-. Y podremos buscar un lugar adecuado para la emboscada.

-¿Y si no lo hay? Lo tendremos claro -vaticinó Alis.

-Si no lo hay... seguiremos hasta que lo haya -concluyó León-. En alguna parte encontraremos algo, o caballos, o eso espero.

Robín recordó entonces su querida montura. Tantos años compartidos con Nieve, tantas aventuras. ¿Estaría bien? ¡Cómo saberlo!

De golpe, los árboles cesaron y dejaron paso a matorral bajo, espinoso y duro como la leña seca. No había en principio muchas sendas para elegir.

-Hacia arriba, hacia allá -ordenó Robín al grupo. Señalaba un pequeño pico no mucho más alto que la roca en donde se encontraban.

-Tiene que haber un paso hacia el otro valle -dijo esperanzado León.

-Vamos a ciegas -murmuró Alis.

Robín miró de soslayo a la mujer, pero no respondió. Un nuevo y escalofriante aullido les comunicó que la cacería había comenzado.

Ж

Gúlag sujetaba la cadena conteniendo al impaciente lobo. Comprendía que si le soltaba, éste correría tanto siguiendo el rastro de la presa que pronto le perderían de vista.

El lobo, que aceptaba la cadena como algo sólo molesto, tiraba con todas sus fuerzas hacia adelante. Había venteado el rastro, y con toda claridad. No había necesidad ni de pegar la nariz al suelo: era reciente. Sus gruñidos aumentaron una octava, estaba deseoso de matar y sentir la sangre corriendo por su garganta.

-¡A la carrera, pandilla de goblins! -rugió Gúlag, al que un violento tirón en la cadena casi le hace caer al suelo.

La partida de orcos corrió, en columna, siguiendo a su capitán, siguiendo al lobo, siguiendo a los tres desafortunados compañeros.

A las pocas decenas de metros encontraron dos centinelas orcos, medio ocultos por ramas y hojas secas. De sus corpachones sobresalían varias saetas empenachadas.

Sediento ignoró casi por completo los cadáveres y tardó unos segundos en ventear de nuevo el rastro marcado. Sus músculos se tensaron, tirando de la cadena y de su portador. Adelante, ladera abajo.

Gúlag tampoco hizo mucho caso de los cadáveres. Al pasar delante de ellos escupió a sus pies: habían fallado, no merecían ni ser devorados por las aves carroñeras.

El tremendo lobo llegó a la zona de nieve y aulló excitado: no sólo veía su olor, veía sus huellas frescas en la nieve. Gúlag acompañó al aullido del lobo. Él también estaba *sediento*.

XX.

¡Inundación!

Eficacia. Sigilo, constancia y eficacia.

Bajo la estricta mirada de aquel incansable estratega el clan de la Séptima Corona había trazado las líneas maestras para el contraataque, para la reconquista total y fulminante de lo que había sido su antiguo hogar.

No obstante había dudas, y mucho más trabajo que hacer tras eliminar a los invasores. Había aún muchos túneles que recorrer, muchas cámaras que explorar en busca de algo más que vestigios de la existencia de la perdida Nación Enana, de la última maravilla, de la ciudad más profunda, maravillosa y secreta del pueblo enano. ¿Cómo podía haber caído en el olvido? Fue tanto lo que se perdió y tantos enanos los que murieron. Pero lo más doloroso había sido la humillación, la rendición de su hogar, el expolio de su tesoro, la ruina del orgullo enano. Inmundas criaturas se sentaban ahora en los fastuosos tronos y salas de banquetes. Y el *mal*, el más absoluto y negro abismo que había hecho caer las últimas defensas, arrebatando la vida al Rey y sus últimos guardianes. En lo más profundo de la mina ahora moraba *Él*, el *mal*.

Fue un largo paseo, de horas. Kikro, acompañado por el regente Cilus, recorrió los puntos estratégicos de las defensas del pueblo enano. Puentes secretos, pasadizos laterales ocultos de las miradas de los asquerosos invasores. Rendijas de vigilancia, atalayas en cavernas más oscuras que la noche, recovecos húmedos y fangosos por los que a duras penas podían pasar sus barrigudos cuerpos. Vio gran precisión y vio gran dedicación. Vio odio contra el invasor y vio esperanza en los renegridos rostros de enanos aún mucho más jóvenes que él. Mas lo que no vio fue un gran ejército pertrechado para la guerra. Contaban con muy pocos efectivos. Pero tenían fe. Ahora había vuelto el Rey.

-Es un gran plan Cilus -dijo Kikro sopesando la resistencia de unas gruesas vigas.

-Seguro, mi señor -respondió el regente.

Kikro, se volvió y estudió el rostro del anciano enano.

-Pero hay algo que no entiendo.

Cilus levantó las cejas y esperó la *gran pregunta*. Ya sabía lo que venía ahora.

-¿Y después qué? -se preguntó Kikro-. No hay un ejército que pueda defender las entradas de nuevo. No hay guerreros que aseguren los túneles más lejanos. No hay una intendencia preparada para un largo asedio. No...

-Lo sé, lo sé -interrumpió Cilus-. Esperábamos una señal.

La frase, suspendida en el aire durante un instante, golpeó en la dura cabezota de Kikro.

-¿Una señal? ¿Soy yo esa señal?

Cilus suspiró y bajó la mirada incómodo.

-Algunos creemos que sí, majestad.

-¡No me llames majestad!

El regente guardó silencio. Pesaroso.

-Lo siento Cilus. No tengo ejército ni séquito que me acompañe. Tal vez no sea exactamente la señal que esperabais -añadió Kikro dirigiéndose también a los demás acompañantes-. No puedo hacer frente yo solo a todos los orcos.

El eco de la última palabra resonó durante breves instantes en el pasillo, haciendo que los barbudos enanos apretaran los dientes de rabia y desesperación. <<Orcos, orcos, orcos...>>

-Mi señor...

-Tranquilo Cilus -interrumpió Kikro-. Puede que no sea la señal, pero no pienso abandonaros mientras nuestros túneles estén en manos del enemigo.

Los corazones de los que oyeron aquello se hincharon de esperanza y coraje.

-Dime, ¿cuánto tiempo crees que tardará en llenarse la mina? ¿Y en vaciarse?

Cilus, vacilante al principio, pero con más seguridad después, comenzó a explicar los detalles, llamando con un gesto a un joven enano, tan joven que su barba aún no llegaba a tapar su cuello.

-Según nuestros cálculos -explicó buscando con la mirada el apoyo del joven-, en llenarse completamente tardará como un par de días. Si las reservas de agua son suficientes y el aporte del río es bueno.

-¿Y cómo estamos ahora? -interrumpió Kikro.

-Reservas a tope y el río fluye casi al máximo -respondió el joven enano.

-Majestad, este es Kizar, el ingeniero que ha ideado este increíble plan.

Kikro miró con pausa al joven enano, sopesando su insultante juventud y su desafiante mirada.

-Es mi sobrino, alteza. Os ruego disculpéis su descortés trato. Es culpa mía por haberle educado con permisividad.

Kikro hizo callar al regente con un ademán.

-¿Ha sido tuya esta idea? -inquirió mirando a los ojos al joven.

-Sí -fue la rotunda respuesta de Kizar-. Por supuesto que muchos de los detalles no los hubiera conseguido sin la ayuda de mi tío.

Cilus asintió orgulloso.

-Bien, bien, joven Kizar. Dime. ¿Cuánto crees que podemos aguantar con los pozos y túneles inundados?

Kizar sólo pensó unos instantes antes de responder.

-No puedo saberlo. Un día, una semana, tres meses... Todo depende de las fugas que tengamos por los niveles inferiores, los que no controlamos.

Kikro asentía con la cabeza.

-Se han dispuesto taponos y derrumbes que conduzcan el agua hacia donde queremos, de forma que ahoguen o expulsen al invasor -continuó el joven ingeniero-. Hemos dispuesto reservas suficientes para dejarles caer una tromba encima que les impida huir y volver más tarde. Hemos previsto salidas de emergencia para nuestro pueblo, estancias seguras por encima del nivel del agua...

-Existe un plan de batalla para exterminar a los trasgos inmundos que consigan llegar al exterior - interrumpió Cilus.

-Pero... no existen efectivos suficientes para llevarlo a cabo, ¿verdad? -razonó Kikro, comprendiendo el verdadero freno a aquellos planes.

-Sólo habrá una oportunidad -continuó Kizar.

-Y tras ella el éxito o el fracaso - completó Kikro.

Todos los presentes guardaron silencio.

-Además -dijo Cilus rompiendo el silencio-, no podemos olvidarnos de él.

Kikro comprendió. Había sospechado desde el primer instante en que oyó hablar de *el amo*.

-¿Qué habéis pensado hacer con... él? -preguntó el Rey.

-Dejarlo fuera, junto con los que consigan escapar -respondió Cilus de forma sencilla-. Ya encontraremos la manera de derrotarle o de burlarle dentro de nuestros túneles.

-Pero los que consigan escapar -razonó Kikro entrecerrando los ojos-, será porque están fuera de nuestra montaña.

El eco repitió la última parte en el pequeño habitáculo en que se encontraban. <<Nuestra montaña, montaña>>.

-¿Podemos hacer que no puedan volver a entrar? -inquirió el Rey Enano.

-¡Podemos! -casi gritó Kizar comprendiendo la sugerencia del Rey-. De hecho está preparado el derrumbe en todas las entradas de la mina para que el agua no escape por ahí.

-Bien pensado, jovencito -respondió Kikro.

El monarca se sacó el casco y arrascándose la coronilla miró al ingeniero, sobrino de Cilus. El regente abría la boca siguiendo la rápida conversación entre los dos, a su parecer, jóvenes e imprudentes enanos.

-¿Quieres decirme que todo está preparado para sellar las entradas? -insistió Kikro.

-Bajo toneladas de tierra y roca -respondió tajante Kizar.

-Excelente. Excelente. Excelente.

Volviéndose hacia el regente, Kikro Cabeza de Torre, Rey soberano bajo la montaña, Rey por derecho de los clanes enanos, Rey por herencia de la última maravilla enana y Rey heredero del deber de venganza alzó la voz y proclamó lo que largamente había esperado su oprimido pueblo.

-Venganza.

Cilus no comprendía. Todo iba demasiado deprisa.

-Venganza, amigos míos. ¡Que comience la inundación! ¡Que comiencen los derrumbes! ¡Que empiecen a pagar ahora con sangre la afrenta de siglos! ¡Aquí empieza el resurgir del reino enano y no pararemos hasta que el trono haya sido recuperado!

Todos parecían petrificados. Miraban al Rey boquiabiertos y mudos sin terminar de asimilar la inflamable noticia. ¿Venganza? ¿Ahora?

Kizar fue el primero en reaccionar.

-Como vos ordenéis mi Rey -dijo haciendo una reverencia hasta el suelo.

Poco a poco las caras de los presentes cambiaron de la estupefacción a la rabia.

-Yo mismo iniciaré los derrumbes. Llamad al combate, todos a sus posiciones. Guiad al Rey a las estancias superiores, pronto esto será un río.

-Kizar, hijo mío -balbuceó Cilus-. ¿Recordarás todo lo que hemos planeado?

-Lo llevo grabado a fuego en el corazón. Salga bien o salga mal se hará lo planeado. Hasta las últimas consecuencias.

Kizar hizo otra reverencia y se despidió.

-¡Larga vida al Rey!

Tras ello salió corriendo de la estancia y sus pesadas botas pronto fueron sólo un eco en la distancia. <<Al Rey, al Rey, Rey>>.

El silencio se adueñó de los presentes nuevamente.

-Mi señor -comenzó a decir Cilus con gratitud en los ojos-, mi Rey, los anales de la historia recordarán su arrojo y su valentía.

-Basta, Cilus -interrumpió Kikro-. Todavía no hemos hecho nada, hemos de padecer aún mucho antes de cantar victoria.

Cilus hizo una reverencia y fue imitado por los otros dos enanos que escoltaban a su monarca.

-Ocupemos nuestros puestos Cilus, o ese sobrino tuyo nos duchará con agua fría.

-Sí, mi señor -respondió éste-. Sígueme, pasaremos justo por encima de la caverna en la que estaban los prisioneros que buscaba su alteza.

El recuerdo golpeó a Kikro. Había olvidado por completo a sus amigos y compañeros de aventuras. La melancolía invadió su mente unos segundos, amortiguando la incomodidad que sentía con el tratamiento de *majestad* que le otorgaban.

-¿Podrá regresar Breadur si encuentra a mis amigos? -indagó Kikro-. Quiero decir, ¿estamos aislados del exterior?

Cilus sonrió.

-Por supuesto que no, alteza -respondió el regente-. Breadur sabrá cómo conducir a sus amigos hasta las cámaras seguras. Y a todo un ejército si fuera necesario.

-¿Pero estamos seguros con entradas abiertas?

-No son entradas cualesquiera. Son entradas enanas. Nadie que no las conozca lograría encontrarlas y mucho menos abrirlas -respondió orgulloso Cilus.

Kikro sonrió orgulloso de su clan, de su pueblo.

Encabezaba la marcha Cilus y Kikro le seguía a pocos pasos. El regente hacía constantes señas al Rey para que no se detuviese. Pronto el pasadizo se estrechó tanto que entre pared y pared a duras penas podían pasar la barriga.

-Mirad, mi Rey -indicó Cilus con un susurro señalando una rendija en la pared-. En esta gruta estaban presos sus amigos...

La frase se quedó en el aire y el regente estiró el cuello un poco más hacia la rendija, abriendo mucho los ojos.

-Esos... esos... -balbuceaba.

Kikro acercó los ojos a la rendija y durante unos instantes observó con detenimiento la caverna. Estaban situados a unos dos metros y medio por encima del nivel del suelo de la caverna de los prisioneros. En el centro justo de la estancia habían excavado un gran hoyo circular de unos tres metros de profundidad, que se encontraba lleno de inmundicias y de lodo. Se veía a tres guardias trasgos de aspecto aburrido que hacían guardia recostados contra la pared. También se veía a dos prisioneros maniatados y apoyados en la enlodada pared del hoyo.

-Tranquilo Cilus, mis amigos son una mujer, un elfo y un hombre. Esos dos pobres desgraciados sólo son...

Ahora fue el Rey quien dejando la frase a medias abrió todo lo que pudo los ojos y pegó la cara a la pared.

-Oh, diablos -exclamó Kikro apretando los dientes-. No puedo creerlo.

Cilus sujetó al tambaleante Rey por el hombro.

-Silencio majestad -susurró señalando a los guardias porcinos.

-Esos... esos son Varandir y Toro. Son dos compañeros, dos amigos -informó Kikro.

De pronto, un gran estruendo invadió toda la montaña, haciendo temblar las paredes de roca y arrancando roncós ecos en todas las cavidades. Los guardias se incorporaron alarmados de un salto y armas en ristre se dirigieron a una de las salidas de la estancia.

-El derrumbe ha empezado -susurró Cilus por encima del estruendo.

Tras unos segundos de temblores la calma volvió a la montaña. Los trasgos volvieron a la gruta mirando a los cabizbajos prisioneros.

-No podemos dejarles ahí -dijo Kikro-. ¿Por dónde...?

Cilus se rascó la barba confundido.

-Mi Rey...

-Ni mi Rey ni narices -rugió Kikro-. Quiero...

Otra enorme sacudida y un tremendo ruido les envolvió de nuevo. Esta vez se sintió más cercano e incluso se levantó polvo de las zonas secas de los túneles.

Los trasgos ya no sabían qué hacer y ni siquiera oyeron las palabras de los enanos un poco más arriba.

-Hay que dar un tremendo rodeo. No llegaríamos a tiempo, mi señor. La inundación ya está en marcha -informó Cilus.

Kikro sintió una rabia tremenda que manaba de su interior como un torrente tras la tormenta. No podía abandonar a sus amigos a su suerte y que perecieran ahogados. Agarró el mango de su hacha hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

-¿Qué os parece un tres para tres? - preguntó con fuego en los ojos a los enanos que le acompañaban.

Ninguno parecía entender lo que el Rey proponía. Ni siquiera el regente Cilus.

-Cilus, aguardanos aquí. ¡Apartad todos! -ordenó imperioso.

Kikro alzó su tremendo hacha por encima de la cabeza y descargó en un tajo horizontal toda su furia contra la pared de roca. El impacto, junto a la rendija, resquebrajó la pared e hizo saltar cientos de esquirlas de piedra. El enano volvió a levantar el arma y el segundo hachazo desmoronó la roca. En lugar de la rendija apareció un boquete del tamaño de un niño enano.

Kikro se volvió hacia sus acompañantes, que boquiabiertos contemplaban a su soberano.

-¡Por el resurgir enano! ¡Por la Nación! -rugió Kikro y desapareció por el boquete, lanzándose en plancha hacia abajo.

Los guardias trasgos habían oído el primer impacto contra la pared de roca cercana y con sus bizcos ojos contemplaban extrañados la abertura que se había producido sin acabar de entender qué era lo que estaba pasando. Pero lo que no esperaban de ninguna manera era ver a un enano salir rugiendo por el boquete.

Kikro adelantó su arma hacia el trasgo más cercano y se impulsó de cabeza hacia él, tratando de impactarle y frenar así la caída de más de dos metros. Gritando al testarudo dios de los enanos no pensó en más que en acabar con la vida de aquellas miserables criaturas que tenía enfrente.

Cayó encima de uno de los sorprendidos guardias y juntos rodaron en un lío de zarpas, pies y manos. Pero la experiencia de Kikro en la lucha cuerpo a cuerpo hizo que se las apañara para finalizar la pirueta encima de su enemigo. Sin tiempo para maniobrar le hundió el puntiagudo mango de su arma en pleno rostro, acabando así con la infeliz vida del primero de los trasgos.

Los guardias restantes, repuestos de la sorpresa inicial, chillaron con rabia y se abalanzaron contra el enano, que puesto en pie sobre el enemigo recién muerto les aguardaba balanceando su hacha con decisión.

Kikro hizo un giro circular con su corto brazo y lanzó el hacha hacia uno de los enemigos que cargaban. Puso toda su fuerza en el lanzamiento, y aunque ese tipo de armas no estaba diseñado para esa clase de ataque, era bien cierto que un diestro guerrero podría partir en dos un caballo si contaba de la fuerza suficiente. Y Kikro poseía esa fuerza.

El trasgo vio venir hacia él el hacha e interpuso su propia lanza y los brazos, en un desesperado intento de frenar el molinillo de acero que se le echaba encima. Pero no fue suficiente para detener semejante golpe y el arma del enano se incrustó en él, justo por debajo de la clavícula izquierda, partiendo peto, piel y huesos del sorprendido guardián.

Kikro se las arregló para esquivar la carga del trasgo, que ya muerto por su propio arma continuó la alocada carrera un par de metros más hasta desplomarse en un

mar de sangre. Y consiguió además esquivar la punta de la lanza del segundo trasgo, que fue a partirse contra una de las hombreras de la armadura del Rey enano.

El trasgo saltó lateralmente para esquivar un posible ataque y desenfundó una oxidada espada ancha, blandiéndola hacia Kikro. El barbudo rey tomó su daga, pues era el único arma que tenía a mano y apretando los dientes esperó la acometida de la bestia. Pero un nuevo temblor, acompañado de un estruendo enorme, hizo que el suelo de la caverna se agitase, dando con los huesos en tierra todos los presentes. El ensordecedor bramido de la roca al desplomarse aturdió por un instante a enano y trasgo mientras rodaban por el suelo. Y fue el enano quien primero se levantó con la daga presta a ensartar al enemigo. Mas no fue necesario, pues los dos acompañantes de Kikro había descendido ya hasta la caverna y daban cuenta del único guardia restante, que no había tenido posibilidad alguna de volver a levantarse tras el cercano derrumbe.

-Bien, muchachos -gritó Kikro, e hizo un gesto tranquilizador a Cilus, que asomaba la cabeza por el orificio de la pared.

Mientras recuperaba su enorme hacha del cuerpo del trasgo caído, Kikro preguntó a sus acompañantes enanos por cuerdas o escalas, al tiempo que señalaba la pared y el hoyo de los prisioneros.

-Necesitaremos cuerdas para salir de aquí y mejor que sean resistentes.

En breves instantes, los dos enanos rebuscaron en sus mochilas y sacaron dos rollos de sogas fina, pero resistente.

Sin perder un instante, Kikro buscó dónde amarrar uno de los rollos para bajar al hoyo e indicó a otro de los enanos que hiciera lo mismo con Cilus para poder subir hasta el agujero de la pared.

Los dos hombres escuchaban con toda atención los ruidos procedentes de arriba, e intercambiaban miradas asombradas e inquietas. Amordazados como estaban no podían comunicarse de otro modo. Perplejos vieron cómo una cuerda llegaba hasta el fondo y luego cómo un barbudo enano descendía por ella.

-Bien, bien. ¿A quién tenemos aquí? -dijo el enano al llegar al fondo del agujero, sonriendo hacia los prisioneros.

Los dos hombres abrieron al máximo los ojos, sorprendidos por encontrarse con quien menos pensaban.

-Sí, joven mago -afirmó el enano al tiempo que soltaba la mordaza de Varandir-. Kikro llega al rescate.

-¡Kikro! Menos mal que te hemos encontrado.

-No, perdona. Yo os he encontrado a vosotros -corrigió el enano al tiempo que desataba a su amigo.

-Sí, sí. Por supuesto, estábamos en un buen lío -respondió Varandir al tiempo que frotaba sus muñecas y tobillos.

Sin perder más tiempo, Kikro desató a Toro, que con lágrimas en los ojos abrazó a su compañero.

-Cuanto tiempo Kikro. ¡Y qué a tiempo!

En el inmundito y asqueroso foso en que se encontraban olía tan mal que Kikro arrugó la nariz.

-¿A qué demonios huele aquí?

-Y cada vez es peor -dijo Toro-. Hasta me lloran los ojos.

Un silbido lejano, agudo y al tiempo siseante comenzó a elevar su volumen dentro de la caverna, haciendo que los oídos de los presentes amenazasen con estallar.

Uno de los enanos asomó la cabeza por el borde.

-Rápido, majestad. No hay tiempo.

Kikro tendió la cuerda a Varandir.

-¿Majestad? -preguntó el mago enarcando las cejas.

-Sube, no hay tiempo que perder.

Toro, con la circulación de sus miembros casi restablecida apremió al mago.

-Vamos, ya habrá tiempo para charlas. Haz caso al enano y sube.

De pronto, un fino chorro de agua comenzó a caer por el borde del hoyo en el que se encontraban. El silbido dejaba paso a un rugido cercano. El olor incrementó de súbito su intensidad. De un agujero en la pared surgían extraños ruidos.

-¡Vamos, vamos, arriba! -gritó Kikro.

Ayudado por Toro, Varandir se izó hasta el borde, donde dos recios pares de manos le ayudaron a terminar de subir. El mago miró con extrañeza a los dos enanos y para sorpresa vio como todo un río de agua comenzaba a entrar por uno de los túneles de salida de la gruta.

El agua entró a mares hasta el hoyo, desbordándolo en unos segundos y haciendo que ni Toro ni Kikro tuvieran que escalar por la cuerda.

Kikro se mantenía a flote como podía, lastrado por su pesado equipo de combate y agarrado a la cuerda por la que subía Toro. Mientras, Varandir ayudaba a los otros dos enanos a subir hasta el pequeño hueco en la pared, del que pendía una sogá y por el que un tercer enano asomaba el rostro compungido.

-¡Arriba! -gritó Kikro

El nivel del agua seguía subiendo poco a poco, mientras el caudal que acudía a la caverna por el túnel aumentaba. Por suerte para los amigos, la mayor parte del agua se perdía por la boca del segundo túnel de acceso a la gruta.

-Arriba, Kikro -ordenó Varandir.

-No. Tú primero -respondió el enano.

-Nosotros no cabemos por ese agujero. Sube tú -insistió Varandir señalando la pared por la que varias manos urgían al enano a subir por la cuerda.

Kikro comprendió el problema y tomando la cuerda con las dos manos se encaramó de un salto. Trepó hasta el agujero y al segundo volvió a asomar la cabeza.

-Apartad, voy a hacerlo más grande -gritó por encima del estruendo del agua.

Mientras decía esto a sus amigos, observó con nerviosismo cómo el segundo túnel comenzaba a invertir el sentido del caudal, no desaguando ya más y añadiendo más agua a la gruta. El nivel comenzó a subir varios centímetros por cada segundo que transcurría.

-¡¡Apúrate!! -chilló Toro.

Un tremendo estruendo producido por el choque de metal sobre roca se impuso al rugido del agua. Pero a parte de algún pequeño trozo de roca, la pared resistió.

Varandir sujetaba la cuerda con las dos manos, protegiéndose la cabeza con la capa. Estaba listo para saltar hacia arriba en cuanto el enano consiguiera abrir brecha en el muro. El agua le llegaba ya por la cintura.

Un nuevo impacto resquebrajó los bordes del orificio, pero la pared aún resistió.

-¡¡Vamos, vamos!! -animó Toro, que acercándose tomó el extremo de la cuerda y lo enrolló en su muñeca derecha.

Varandir miraba angustiada los dos túneles. Por ellos entraba un río todo lo grande que era su boca. En dos segundos más el agua subió del estómago hasta el cuello. Pronto comenzarían a flotar.

-Aguanta Toro. Falta poco -alentó el mago a su amigo.

-Sí. Falta poco para que muramos ahogados -resopló el bravo guerrero-. ¡No sé nadar!

La angustiada expresión del gigantón indicó a Varandir que era cierto lo que decía. De todos modos no había sitio adónde ir nadando. Cuando el agua llegase más

arriba de las bocas de los túneles aún seguiría subiendo hasta llegar casi al techo. Podrían mantenerse a flote allí hasta que llegase la ayuda de Kikro. Siempre y cuando supieran nadar los dos.

Varandir razonaba mentalmente sobre las posibilidades de sobrevivir manteniendo a flote a su amigo cuando un tremendo estallido en la pared lanzó sobre ellos unos cuantos pedruscos. Por el hueco, gritando salvajemente vieron a Kikro hacha en ristre y sujeto por tres pares de manos que impidieron que se precipitase al agua de un metro más abajo acompañando a los trozos de la pared.

-¡¡Subidlos!! -gritó el Rey enano.

Los enanos se pusieron manos a la obra y comenzaron a tirar de la soga. Varandir avanzaba ya flotando hacia sus inesperados rescatadores y Toro hacía lo que podía para no hundirse, dejándose llevar hacia el orificio.

En dos fuertes tirones el mago estaba ya dentro del túnel lateral por el que habían venido los enanos y en otros dos más Toro puso el pie sobre suelo firme. Al tiempo, el agua comenzó a entrar por el boquete abierto en la pared, anegando el corredor.

-Por allí -gritó uno de los enanos, el de mayor edad por su aspecto.

-¿Estáis bien? -preguntó Kikro entre jadeos por el esfuerzo.

Varandir y Toro asintieron a la vez que comenzaban a caminar tras los enanos.

-¿Y vosotros? -se interesó Kikro por sus dos compañeros enanos.

-Bien, majestad -afirmaron casi al unísono.

Esta vez tampoco se le escapó el detalle a Varandir.

-¿Majestad? -murmuró.

Corrieron durante un par de minutos y pronto ascendieron lo suficiente como para estar a salvo del agua. Kikro fue el primero en parar en busca de aliento.

-Amigos míos. ¡Me alegra veros!

-Cabezón, hace demasiado tiempo que no me visitas -respondió Toro.

Los tres enanos observaban atónitos como aquellos dos humanos bromeaban y se daban palmotadas con su soberano. No daban crédito a la familiaridad de su trato e incluso a la cercanía y el afecto que percibían en Kikro Cabeza de Torre, que parecía no percatarse de las burlas y bromas con su apellido dinástico.

-Hemos ganado unos grandes aliados, amigo -explicó Kikro volviéndose hacia Cilus-. Y no sólo en tamaño, querido Cilus. No sólo en tamaño.

XXI.

Una cara amable.

No tuvo mucha dificultad en deshacer sus pasos hasta la posada. Sólo fue necesaria una pequeña ayuda de su inquietante guardián. Sólo una ligera orientación. El resto del camino lo había hecho solitaria, sin muchas ganas de hablar.

Tres días cabalgando fueron suficientes para volver a ver el humeante tejado de El Buen Pozo Sediento. Sólo había tenido una duda, esperaba no haberse equivocado al suponer la huida de Baltazor en otra dirección. No deseaba dar explicaciones, ni zanjar de alguna otra forma más drástica el enfrentamiento con ese hombre. Bastantes problemas tenía ella ya.

Necesitaba respuestas, muchas respuestas a la muchas preguntas que planeaban en círculos por su mente. Tenía la urgente necesidad de encontrar ayuda, de encontrar a cierto mago y de solucionar su problema de una vez por todas. Ya había dado demasiados tumbos por ahí, poniendo en peligro su vida y *la misión*.

Con un gesto mecánico comprobó las espadas en su funda y las pequeñas tiras de cuero que las aseguraban en la vaina. Mentalmente sonrió al imaginar el caos que causaría un tigre en medio de la posada. No quería más sorpresas.

Necesitaba un poco de reposo, una buena comida y una buena chimenea que calentase su dolorida espalda. Pero eso no era lo que más le preocupaba. Tenía dudas porque temía volver a encontrarse con soldados; temía preguntar abiertamente por un *fugaz*; temía no encontrar las respuestas; temía no encontrar a nadie que respondiese al nombre de Varandir.

Un muchacho se hizo cargo de su fatigada montura. De la rienda la encaminó al establo que ella conocía tan bien.

Tomando aire profundamente abrió la puerta y se sumergió en el denso ambiente de la posada. Vahos, humos y olores intensos sacudieron el rostro de Suzán haciendo que sus mejillas se coloreasen. Esperó unos segundos a que sus pupilas se acostumbrasen al ambiente oscuro del interior y se dirigió hacia la barra. Con la mirada hizo un barrido por la sala, pero había algunas mesas en rincones oscuros en los que no pudo advertir la identidad de los ocupantes.

Nadie parecía reparar en ella y no vio soldados en el comedor, por lo que se tranquilizó un poco. El posadero, tan gordo como ella recordaba, se afanaba en despachar cerveza y vino en las bandejas de las camareras y en gritar órdenes a la cocina demandando más comidas, más pan, más jarras limpias. No había excesiva clientela aquella tarde, pero el rotundo posadero sudaba a ríos, empapando la camisa y el delantal. Sus rubicundas mejillas y su escaso pelo rubio conferían un aspecto bobalicón y simple al hombretón, nada más lejos de la realidad ya que había sabido prosperar en un negocio como aquel en un paraje inhóspito. Algún que otro malandrín aprendió con morados en sus propias carnes que era mejor excluir al posadero y a sus pertenencias de cualquier fechoría. *No te metas con mi negocio y yo no me meteré con el tuyo*, rezaba un cartel sobre los vasos del estante. Aunque muy pocos de la sala podían leerlo, todos comprendían su significado.

-Quiero una mesa tranquila, comida y bebida. Busco a un amigo -informó la caza recompensas al camarero al tiempo que depositaba una moneda en su palma y fijaba la mirada en sus ojos advirtiendo que deseaba discreción.

-¿Uh? ¿Un amigo? -susurró el tabernero.

Suzán se apoyó en la sucia barra y acercó su cabeza a la del posadero.

-Un hombre extraño. Un solitario... un mago bien conocido aquí -susurró a su vez.

El camarero fue hasta la cocina ordenando comida y de paso chilló a un muchacho que despejase una mesa del fondo. Cuando volvió traía una botella de vino y un vaso metálico.

-Hay mucho hombre misterioso hoy por aquí. Tal vez si pudiera ser más concreta.

-Este amigo se hace llamar Varandir -confesó la mujer, no sin antes asegurarse de que nadie prestaba atención a su conversación.

El posadero pareció azorarse un poco y dirigió miradas nerviosas a la puerta de entrada.

-Los soldados han preguntado esta misma mañana por ese nombre. Creo que hoy no nos acompaña... creo que... creo que... mejor será que se siente. Acompáñeme, por aquí noble señora.

Suzán, entre intrigada y expectante se dejó guiar por la sala hasta el fondo, justo debajo de una ventana. El tabernero limpió con la palma de la mano restos de comida de la mesa y depositando en ella la botella y el vaso se hizo a un lado para dejar paso a Suzán.

-¿Ve a aquel hombre del rincón? -murmuró al tiempo que arrimaba la silla a la mujer.

Suzán giró la cabeza discretamente hacia la zona más oscura de la sala.

-El encapuchado, el que fuma en pipa.

Suzán asintió levemente.

-Ese es su amigo -confesó el posadero-. Pero por favor, nada de peleas en la posada.

La caza recompensas sonrió al posadero, sintiendo un nudo en el estómago

-Nada de peleas.

Ж

El humo hacía ya largos minutos que no salía de su pipa. Estaba harto de fumar sin ganas y de beber sin sed. Llevaba esperando dos largos días, dos interminables días sentado en aquella dura silla, fumando con los ojos clavados en la puerta. Pero por fin acababa de descubrir a quién estaba esperando. No habría podido adivinarlo antes, pero estaba seguro. El tufillo que despedían los *fugaces* era especial y a él no se le escapaba. Una mujer, y bella según se adivinaba con la poca luz de la oscura sala. Típico de un fugaz.

Sin moverse ni un centímetro para no transmitir ansiedad vio venir a la mujer hacia él. Andaba despacio, cubierta aún por la capa, con pasos lentos, pero seguros. En cuanto llegó hasta donde él se encontraba posó cada mano en la empuñadura de una espada.

-¿Varandir? -preguntó a media voz, plantada en jarras.

El hombre levantó el rostro hacia la formidable mujer y descorrió su capucha, dejando ver una agradable sonrisa.

-En efecto. Te esperaba -respondió haciendo una ligera inclinación con la cabeza.

Suzán tomó asiento en un lateral de la mesa, de espalda a la pared. Ese detalle no pasó desapercibido al hombre.

-¿Me esperabas? -se extrañó Suzán, que al tiempo no perdía detalle del atuendo y las armas del hombre.

-En efecto. Suponía que vendrías a buscarme. Han sido pocos mis progresos desde que llegué y decidí esperar tu ayuda -el hombre sonrió, agradable, cortés. Interiormente sonreía también al recordar lo mucho que había refrescado la memoria una moneda de plata al posadero.

La mujer asintió con la cabeza. Desconfiaba. Ya había sido engañada más veces, y no precisamente lejos de donde ahora se encontraba.

-¿Y bien? -planteó al tiempo que agradecía con un gesto el plato de comida a la camarera.

Comió despacio, saboreando como nunca cada pedazo de estofado, bebiendo pequeños sorbos de vino, vigilando cada gesto de su acompañante. Muy parco en palabras, al parecer.

Para cuando terminó, la noche ya caía sobre la posada y el ambiente era ahora mucho más ruidoso. Habían acudido más parroquianos en busca de algo para beber y de un poco de charla, o de compañía, o de todo a la vez.

-Desde luego que no esperaba encontrarte con tanta facilidad.

-¿No? ¿Y eso por qué? -quiso saber Suzán terminando con el último pedazo.

El hombre meneó la cabeza entre resignado y divertido.

-Teniendo en cuenta que no nos hemos visto antes... -giró la cabeza a ambos lados y continuó en un susurro- ...en Cretia.

Suzán comenzaba a entender.

-¿Tú has preguntado por Varandir, no? -preguntó mientras encendía de nuevo su pipa-. Tú al menos tenías un nombre que buscar.

-Lógico -respondió escuetamente Suzán.

-Y un lugar al que acudir -aventuró el hombre.

Suzán asintió con la cabeza y se echó hacia atrás en la silla, relajando un poco la postura.

-Perdona, he de ser precavida.

-Por supuesto -sonrió el hombre-. No conozco todavía tu nombre.

La caza recompensas bebió otro sorbo antes de contestar. Se fijó que llevaba más de media botella ella solita. No debía beber ni una gota más si deseaba mantener la mente clara.

-Suzán, Suzán Naomir.

El hombre alargó la mano hacia una de las camareras que pasaba por allí.

-Más vino. Y algo de queso. Y pan -ordenó-, cuando puedas, guapa.

La camarera recogió el plato sobre la mesa y asintió a la comanda, extrañada ante tanta amabilidad. No solía encontrar muchos clientes como aquel, que hablasen educadamente y que mirasen más arriba de su barbilla cuando ordenaban bebida.

-He tenido muchos problemas, ¿sabes? -aseguró la mujer.

-¿Problemas? -se interesó el interpelado.

-Orcos, soldados, ladrones, nieve... He vivido más peligros en las últimas semanas de lo que hubiera imaginado.

El hombre asintió, tomando nota mentalmente de todos los detalles.

-No me habías contado que esto fuera tan duro -susurró la mujer echándose hacia adelante, sobre la mesa-. Pensé incluso que no estaba preparada.

-Nunca se puede saber hasta que uno... viene a Cretia -convino el hombre.

-Y lamento decirte que no he encontrado a nadie... -Suzán miró a ambos lados y tomando el vaso se tapó los labios- ...de los nuestros.

El hombre sonrió tomando su vaso. Ella se estaba poniendo algo achispada.

-Las cosas han cambiado mucho desde que vine a este *lejano país* por última vez -aseguró-. Tanto que cuando llegué encontré que mi nombre ya no era seguro.

Suzán enarcó las cejas sin comprender.

-Ya sabes que los fugaces no estamos muy bien vistos. Alguien ha estado enturbiando el nombre de Varandir. A oídos de los lugareños, Varandir es un despiadado mago fugaz.

Suzán asintió, recostándose nuevamente en su silla.

-Si quería obtener algo de ayuda de los lugareños debía cambiar de nombre.

La mujer sonrió pícaramente.

-¿Pero nadie te conoce?

-Créeme, pocos me recuerdan ya -afirmó el mago-. Y salvo en sitios como esta posada, que es como mi segunda casa, nunca revelo mi verdadera identidad.

-Ah. ¿Y cómo debo llamarte entonces? -quiso saber Suzán.

-Ahora se me conoce como... Arturo.

La mujer asintió, memorizando. Varandir no, Arturo. Debía recordarlo. No tenía que meter más la pata. Arturo.

Y bebió otro traguito.

-He conseguido averiguar algunas cosas sobre los orcos. Y creo que tienen mucho que ver con nuestro problema -informó, recalcando mucho las últimas dos palabras.

Arturo tomó la botella y sirvió más vino en ambos vasos.

-Si no me equivoco, algunos de nuestros amigos están en su poder.

-Y qué hay de ese malvado... ¿cuál era el nombre? -dudó Suzán.

-Nidarún -afirmó rotundo Arturo.

-¡Ese! -dijo Suzán en voz alta, más alta de lo que hubiera querido.

Nadie de los presentes parecía prestar atención a la pareja de la mesa sombría.

-Ese -prosiguió en un susurro.

-Me temo que está detrás de los orcos. Y me temo que su traición es mucho más profunda de lo que imaginábamos -dijo Arturo moviendo pesaroso la cabeza.

-¿Si? -se sorprendió Suzán-. ¿Varand... Arturo, le has encontrado acaso?

Suzán cerró los ojos intentando concentrarse en la conversación. El barullo reinante en la posada le aturdió y tenía dificultad para seguir las palabras de Arturo.

-No, aún no -dijo el hombre mientras se llevaba la mano a la boca para ocultar lo que iba a revelar a continuación-. No sé cómo, pero ha conseguido que algunos de los demás le sigan. Lamentablemente ya no somos de fiar casi ninguno.

-¡Los ha corrompido! -se escandalizó Suzán.

-Los ha engañado -aseguró Arturo.

Un tremendo portazo hizo sobresaltarse, interrumpiendo la conversación. Dos hombres uniformados entraron en la sala, imponiendo silencio a todos los presentes. Los dos hombretones registraron la sala con la mirada, y nadie se percató de su mirada cómplice con Arturo.

Tomaron asiento en una mesa cercana a la barra y ordenaron comida y bebida como cualquier parroquiano, devolviendo la animación al local, que pronto les ignoró por completo.

-Soldados -cuchicheó Suzán incómoda.

-No te preocupes -restó importancia Arturo-. Me sirven fielmente y no te molestarán.

La cabeza de Suzán giraba a toda velocidad. Tuvo que respirar hondo varias veces antes de preguntar arrastrando la lengua.

-¿Te sirven?

Arturo bajó la voz. Y acercando la cabeza al rostro de Suzán confesó.

-Estoy armando un ejército para hacer frente a los orcos de Nidarún. No voy a dejar que se adueñen de esta tierra.

Suzán se encontró más aturdida aún y apartó su vaso de un manotazo, derramando el poco vino que contenía. No daba crédito a lo que estaba oyendo. No entendía nada. No era capaz de unir las piezas del puzzle.

-¿Un ejército? ¿Hacer frente? -su mirada turbia no conseguía fijarse en los distantes soldados con claridad.

-Suzán, esta tierra me es muy preciada. Y a nadie parece importarle -afirmó Arturo-. Es difícil de comprender, pero estoy dispuesto a todo para defender Cretia y a sus gentes.

-¿Y los demás... de los nuestros están con Nidarún? ¿Con los orcos? -quiso puntualizar Suzán.

-Es probable. De una forma u otra han sido engañados. Hay que poner freno a Nidarún y a sus locuras. Debemos dar fin a su traición y salir de aquí.

La última frase rodó unas cuantas veces por la cabeza de la mujer antes de caer de pie. Salir de aquí. Sí. Salir de aquí. A eso había venido, a buscar a los mequetrefes que no eran capaces de salir de aquí.

-Le pondremos freno. Les cogemos, les... -Suzán sintió un súbito mareo-. Uh, lo siento... creo que debo ir a dormir ya.

-Descansa, Suzán -dijo Arturo ayudando a la tambaleante mujer a levantarse-. Mañana partiremos hacia nuestro campamento. Con tu ayuda todo será más fácil.

Suzán asintió y gruñó algo imposible de descifrar. Su consciencia sólo alcanzaba para mantenerse a duras penas en pie y llegar hasta el camastro que amablemente Arturo ofreció. Al menos había encontrado a Varandir. A Arturo. A quien quiera que fuese. A ese hombre. Por fin una cara amable en Cretia.

Se durmió nada más posar la cabeza en la almohada.

Ж

-¡Agua! ¡Ugh! ¡Ríos de barro! ¡Y piedras! ¡Todos ahogados!

El gigante observó el lastimoso aspecto del orco que le hablaba. Estaba cubierto de lodo y tiritaba de frío.

-¿Agua? ¿Ríos de barro? -bramó Cesarón-. ¿Cómo es posible?

El orco bajó la cabeza encogiéndose de hombros.

-Agua. Y barro.

El gigante movilizó a sus soldados. Ordenó buscar y reclutar a los supervivientes. Mandó talar y quemar un bosque entero para dar calor a los moribundos trasgos que habían sobrevivido a los derrumbes y a la inundación de los túneles. Exhortó a los muchachos a correr, a construir un campamento a toda velocidad.

Él había tenido un ejército. Ahora no tenía más que peces ahogados.

Envió mensajeros a través de los pasos de las montañas. Ordenó que todas las tribus corriesen a su encuentro, que no demorasen más su llegada, que no esperasen a la primavera. Muchos orcos estaban ya en camino, pero les quería a todos ya.

Él sabía que los derrumbes y las inundaciones sólo podían ser debidos a... ¡jenanos!

-Quiero fuegos que hagan esta noche clara como el día. Traedme a todos los supervivientes. Buscad agua. Matad todo lo que se pueda comer. ¡Rápido, rápido!

Las bestias salvajes, arrasaron la ladera de toda la montaña. En pocas horas, tres enormes fuegos iluminaron la entrada bloqueada a los túneles, donde había perecido el grueso del ejército orco. Sanguinarios guardianes rodearon el campamento, vigilando todo el perímetro.

Cesarón no descansó en toda la noche. Su cabeza bullía de rabia, en un incesante torbellino de ideas. Necesitaba efectivos que suplieran a los perdidos en la mina. Y necesitaba rescatar los pertrechos que llevaban tantos meses fabricando: espadas, lanzas, escudos y flechas. El almacén estaba a unos ochenta metros de la entrada, ahora bloqueada. Cavarían, horadarían la roca para llegar hasta el almacén.

Al amanecer, Cesarón evaluó sus tropas, con la primera luz. No más de cien orcos indemnes y otros tantos trasgos supervivientes de los túneles. Hacía menos de un día había tenido tantos muchachos que él no sabía contarlos. Y eso que conocía todos los números hasta mil.

Sólo le quedaba informar al Amo. Lo había dejado hasta el amanecer para que todos pudiesen ver con terror la majestuosidad que irradiaba el Amo. Nadie osaría desertar de su ejército en aquellas desafortunadas horas.

Tomó el silbato especial de su cuello y sopló varias veces con todas sus ganas. No había terminado de hacerlo cuando un soplo gélido recorrió todo el recién creado campamento y una sombra oscureció el sol de la clara mañana.

El Amo llegó batiendo majestuoso las alas, rugiendo con rabia por el desolador aspecto del ejército que encontró. Todos los trasgos y orcos sin excepción se postraron de rodillas, sin osar levantar la frente del suelo. Hasta Cesarón hincó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza en señal de sumisión y respeto.

-Esto es lo que nos queda, Amo. Los enanos han inundado la mina y bloqueado las entradas.

-Lo sé, Cesarón –bufó la bestia-. Pero no te preocupes, un nuevo ejército cinco veces más grande que el anterior está ya en marcha. He hecho regresar a tus mensajeros. No son necesarios.

-¡Arrasaremos el país! –gritó el gigante.

-¡Lo aplastaremos hasta que no quede nada vivo! –añadió el dragón.

El gigante apretó los dientes en una rabiosa sonrisa.

-No más túneles, empecemos por la superficie.

-No más túneles, ya no necesitamos escondernos –confirmó el Amo-. Prepara avituallamiento para un gran ejército. Estad listos cuando yo os avise. La hora está cercana.

Cesarón contempló como la maligna y majestuosa criatura que le empequeñecía hasta a él se elevaba en el cielo y desaparecía rumbo al sol. Estarían preparados. Y deseosos de vengar a los caídos.

XXII.

Emboscada.

Alis fue ganando confianza a medida que el plan iba tomando forma. Aunque para ella las celadas como esa no eran una estrategia habitual y siempre sería un doce para tres, se mirase como se mirase. Aunque claro, dos arqueros diestros con dos disparos rápidos podían dejarlo en un ocho para tres justo antes de iniciarse la contienda. Y había que reconocer que el elfo era diestro. Deslenguado, arrogante, altanero y diestro con el arco. Y guapo. Vaya que sí.

Pero el plan, la emboscada, no debía desviarse ni un milímetro de lo planeado. ¿Y si llegaban más de esa docena de orcos que esperaban? ¿Y si no caían en la trampa? ¿Y si...? Si algo salía mal estaban perdidos, separados y sin ninguna posibilidad de recibir ayuda.

Buscó con la mirada la larga melena sedosa del elfo. Al ser el más sigiloso y el más habilidoso trepando era quien esperaba la llegada del enemigo en la entrada del pequeño barranco. Él daría la alarma antes de ocupar su posición cuando llegasen. Y al fondo, unos sesenta metros más allá vio el rostro impaciente de León, junto a la fogata, según lo convenido. El caballero Britunio desde su puesto no podía ver a Robín, y sería ella quien le diese la señal. Y él sería el cebo. Menudo papelón.

No quería despistarse, así que clavó la mirada en la espalda del inmóvil elfo. Sólo la brisa que movía su capa de cuando en cuando le hacía visible. Hasta la aguda vista de la amazona encontraba problemas para localizarle, y eso que conocía su ubicación. El guerrero élfico se mimetizaba a la perfección en cualquier clase de terreno, con y sin luz.

A pesar de que las horas transcurrían lentas pronto amanecería. Hacía ya mucho que no escuchaban los aullidos ansiosos de los lobos. Alis sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Odiaba a los lobos.

Los instantes que precedían al amanecer eran siempre los más indicados para el asalto de campamentos enemigos, como ella bien sabía. Pero desconocía si esa misma táctica era observada por los salvajes orcos y sus fieras. Desconocía tanto del abrumador mundo, que algunas veces se sentía como una chiquilla recorriendo un palacio deshabitado, lleno de habitaciones tenebrosas y oscuras. Princesa en su reino, sí. Pero una auténtica inexperta en las costumbres de sus vecinos más cercanos. Esa era la primera vez que viajaba fuera de su país natal y todo era nuevo para ella. Hasta los bellos elfos, que en su tierra rara vez se dejaban ver más allá de unos sigilosos pasos.

El cielo comenzó a clarear por levante y el frío se intensificó, arrancando gotas de rocío que humedecieron su pelo y su capa. Los sonidos nocturnos del bosque desaparecieron, dejando paso a la completa calma y al descanso.

De repente, Alis se dio cuenta que Robín ya no estaba en la roca en que hacía guardia. Alarmada se incorporó lo justo para no sobrepasar un pequeño parapeto de piedra y lo vio correr barranco adelante. ¡La señal!

Se encogió y asomando poco más que los ojos esperó en tensión a oír a los enemigos. Ella comenzaría el ataque. Dispararía justo después de que el último orco hubiese entrado en la garganta y después de silbar como una lechuza, siendo ésta la señal para que Robín atacase a su vez. No debía moverse. Se lo había repetido Robín innumerables veces. Como si estuviera sorda. Desconfiaba de las emboscadas, pero más le valía que esa emboscada en particular resultase completamente bien.

Aguantando el frío y el torrente de adrenalina que corría por sus venas, la amazona se concentró en su oído. Debía permanecer alerta, luchando contra los nervios y la tensión acumulada. Debía atacar justo en el momento en que el último de los orcos pusiera un pie en el barranco.



Hasta el furibundo *Sediento* había percibido que algo no marchaba bien. El rastro iba y venía varias veces y algunas matas estaban demasiado pisoteadas, más de lo que debieran si alguien pasa sólo una vez por el camino. Gúlag olfateó en silencio el ambiente enrarecido. Hizo señas a la patrulla para que guardara absoluto silencio. Había tenido que retorcer el cuello a uno de los soldados para que comprendiesen que allí se hacía lo que él ordenaba. Y al instante.

El camino se empinaba hasta coronar en una estrecha garganta, perdiéndose entre escarpadas paredes más allá de donde sus ojillos podían ver. El aire sólo traía olor a humo y a humanos. Pero algo avisaba del peligro de seguir adelante; posiblemente ese sexto sentido que susurra al oído de los supervivientes a menudo.

Sediento tiró hacia adelante, tensando la cadena silenciosamente. Un bello animal, flaco, implacable, de mirada rencorosa y aullido penetrante. Había sido una ayuda inestimable, mas en breve comprobaría lo que creía que sería su verdadera virtud: el combate. Vería buscar la yugular de sus enemigos una y otra vez con los colmillos goteando rabia incontenible. Hasta su último aliento o hasta que el frenesí de sangre y dentelladas acabase con todos los enemigos, de eso no había ninguna duda.

Tirando suavemente contuvo a la mascota del Amo. Era noche cerrada aún y había mucho tiempo para preparar alguna sorpresita en caso de que su sexto sentido acertase por enésima vez.

Señaló a dos orcos y a la pared de roca del lado derecho de la garganta. Con un gesto les indicó que se adelantaran y que trepasen en busca de centinelas. No tuvo que repetirlo dos veces y los dos orcos avanzaron silenciosos, arrastrándose entre los matorjos. Después señaló a otros dos soldados y esta vez a la pared izquierda.

Gúlag esperó hasta que atisbó que comenzaban a trepar por las rocas de la garganta, allá en la cima. Entonces aflojó la tensión de la cadena y dejó que *Sediento* avanzase con la nariz pegada al suelo, sigiloso, con los músculos en tensión y las orejas alerta a cualquier mínimo roce. El resto de la patrulla le siguió, cinco brutos armados e impacientes por regresar a la comodidad de su cueva.

Su olfato, sensible y entrenado para rastrear percibió el inconfundible olor a miedo de los humanos. Sonrió y sujetó con fuerza la cadena. *Sediento* lo había olido mucho antes que él.



La impaciencia y el frío hacían que tiritase helada hasta los huesos. Necesitaba moverse, incorporarse, correr, saltar un poco para sacudirse el helador rocío de encima. ¿Cuántas horas llevaba esperando allí encogida? Dobló las rodillas y sacudió las piernas intentando reactivar la circulación.

Sintió un ruido. ¿Un paso furtivo? ¿Acaso la señal que esperaba? Estaba volviéndose loca de nervios. ¿Y si no había oído nada? ¿Y si todo se iba al traste porque ella no había escuchado bien? Calculó mentalmente cuanto tiempo tardarían los orcos

en llegar desde la última revuelta del camino, desde que el elfo había dado la señal. Salvo que Robín se adelantase aguardaría hasta que ella realizase el primer disparo desde su posición más elevada. A lo mejor no había oído nada. O sí. No podía esperar más. Decidió asomarse un poco.

Al principio no vio nada más que lo que había visto durante toda la noche. Borrosas sobras y el contorno de la pared opuesta ligeramente recortado sobre el cielo iluminado con una suave luz tenue. Se incorporó otro poco, con infinita paciencia y cuidado, procurando no destacar demasiado la cabeza por encima de la roca. Intuyó más que vio al elfo, o la posición que debería ocupar, a media altura enfrente de ella; lo suficientemente alto para disparar con ventaja y lo suficientemente bajo como para descender con rapidez y apoyar a León si era preciso.

El cielo cobraba color muy poco a poco, tiñendo algunos jirones de nubes de malva. Las estrellas ya habían perdido su fulgor y la luna hacía unas horas que había desaparecido en el firmamento. A esa hora todas las sombras eran engañosas y cualquier arbusto parecía cobrar vida ante su nerviosa mirada.

Pero aquellos dos arbustos en la cima, además de moverse, contorneaban a la perfección la silueta de dos orcos, y empuñaban sendos arcos orcos, cargados de empenachadas flechas orcas.

El corazón le dio un vuelco, deteniéndose durante un interminable segundo, negándose a bombear sangre. Cuando finalmente lo hizo, el torrente explotó en su cabeza. Veía perfectamente dos orcos, que arco en mano se dirigían gestos y señalaban hacia abajo con las puntas de sus retorcidas flechas. Se disponían a ensartar a Robín, el elfo del lejano bosque y no había manera de avisarle a tiempo.

Sin saber cómo, una saeta apareció en su arco y se descubrió con todos los músculos en tensión, tembloroso el pulso ante el miedo a errar el disparo por primera vez en su vida. Los hombros tiritaban agarrotados y los dedos comenzaban a aflojar su presa, incapaces de hacer fuerza por más tiempo. Debía decidir a quién dispar primero.

Se incorporó unos centímetros más y respirando hondo decidió atravesar al orco que por posición podría esconderse con más facilidad de ella. Sabía que no habría posibilidad a un tercer disparo.

Soltó la saeta, que cortó silbando el valle. Contuvo la respiración y vigiló la trayectoria guiándola hacia el corazón de la bestia. Sentía un nudo tal en la garganta que aunque hubiera querido gritar advirtiendo a Robín no habría podido hacerlo.

En el momento que el primer orco se desplomó soltando sin fuerza su flecha hacia el vacío, la princesa amazona sonrió aliviada al tiempo que su segunda saeta partía rauda y certera hacia el otro enemigo. Justo a tiempo. Los nervios le habían jugado una mala pasada; Robín estaba consiguiendo descentrar su claro y seguro pensamiento.

Los hombros se relajaron otro poco al ver caer al segundo orco, sin haberse percatado si quiera de la muerte de su compañero. Respiró profundo mientras revisaba el contorno enfrentado en busca de más enemigos que osasen intentar el ataque por la espalda al bello elfo. Una nueva saeta estaba ya dispuesta en su arco.

Estaba ensimismada, con los ojos fijos en la ladera opuesta. Rastreaba cualquier pequeño movimiento que delatase la presencia de más enemigos cuando oyó quebrarse una pequeña rama justo detrás de ella. Fue entonces cuando se percató de su gran error; había descuidado su propia seguridad para vigilar la espalda del elfo.

De inmediato se reprochó su estupidez y saltó del escondrijo, ya que en un ataque por la espalda de poco refugio le valdría. Vio a dos orcos encorvados, que se acercaban sigilosamente. Estaban muy cerca; tan cerca que no comprendía cómo no había percibido antes su hedor. Uno de ellos portaba un arco pequeño, ya cargado con una negra saeta. El segundo portaba una larga lanza con la punta aserrada y verdusca

por el efecto de algún veneno, propio de aquella raza. Borró todo pensamiento anterior de su cabeza y fríamente analizó su posición en el segundo que tardó en afianzar los dos pies en el suelo.

A la espalda el precipicio, al frente los dos enemigos dispuestos ya al ataque. A su izquierda el alba tiñendo el cielo de rojo, presagio de muerte. A su derecha León, esperando la señal que ella nunca llegaría a enviarle. Había fallado a sus compañeros y pronto todos estarían muertos o a merced de aquellas odiosas criaturas.

Uno de los orcos cargó con un gutural gruñido, empuñando su emponzoñada lanza. De un grotesco salto se plantó a dos metros de Alis. Y ella sabía que si esa punta de lanza rozaba su cuerpo sin armadura podía despedirse de la vida. Debía decidir. Tenía dos enemigos enfrente y un compañero esperando su aviso, mas sólo una flecha en el arco. ¡Debía decidir ya!

No llegó a tomar la decisión nunca, al menos conscientemente. Alis tensó con rabia el arco y disparó a bocajarro al orco que se le acercaba, acertando de lleno en pleno rostro a su enemigo con tal potencia que éste se vio violentamente desplazado hacia atrás, en una súbita explosión de sangre y materia gris de su reventada cabeza.

Cargó una segunda saeta en su mortífero arco y se giró hacia la noche. Recordaba a la perfección la fogata de su compañero León, aunque no podía verla desde su posición. Estiró el arco y disparó hacia el cielo, salvando el pequeño montículo que entorpecía su visión.

Tensó todo su cuerpo, esperando. Nunca había recibido herida alguna en combate, pero había visto morir de mil maneras horribles a sus enemigos. En esa hora saborearía la hiel de la derrota y la sangre propia. De su mano resbaló el arco, cayendo hasta el suelo muy despacio. Ella siguió con la mirada el lento movimiento y escuchó lejano el sordo golpe de la madera contra la roca. Sus ojos tropezaron entonces con la emplumada flecha que sobresalía de su brazo y sintió el tremendo latigazo del disparo.

Se sintió desplazada hacia atrás y giró el cuerpo, llevándose la mano contraria al brazo herido. Dolía. Pero de sus labios no salió ni un murmullo de queja. La rabia pudo al dolor cuando sintió que el orco cargaba una nueva flecha. Ciega de ira se abalanzó hacia él, con el brazo herido colgando inerte en un costado. Ni siquiera trató de buscar el adornado cuchillo que llevaba al cinto y apretando los dientes salvó a grandes pasos la distancia que le separaba del repugnante orco. Los dedos crispados buscaron su garganta y sus salvajes ojos se clavaron en la estúpida mirada del orco, que fascinado contemplaba como aquella hembra de cabello dorado rugía como un oso; y vio también los colmillos de esa fiera que tan bien conocía y sus garras pendiendo del cuello de la mujer. Petrificado no pudo soltar la mortal flecha sobre su enemigo y sólo cuando la mano se cerró en torno a su garganta recobró la lucidez.

Juntos rodaron por el suelo. Alis buscaba la garganta del orco con su única mano útil. El orco buscaba la garganta femenina con uñas y dientes.

Ж

La saeta que fue a quebrarse contra la roca le sacó de inmediato de su ensimismamiento. Sobresaltado añadió varias ramas a la fogata para tener suficiente claridad en la inminente lucha. Asió con fuerza su escudo y desenvainó la espada con un claro cimbreo metálico. Fascinado contempló su brillante filo y pensó en la cantidad de veces que le había salvado la vida ese pedazo de acero forjado y templado en la lejana Britania.

-Una vez más, hierro mío. Desde ahora y hasta mi muerte, con honor -recitó en un murmullo el antiguo dicho de los caballeros de Britunia.

Se puso en pie, deseando entrar en calor, entrar en combate. En la negrura que envolvía la entrada de la pequeña garganta no percibió movimiento alguno. Pero la señal convenida había llegado. Retrocedió un paso hasta situar la fogata entre la garganta y él, de manera que le iluminase con claridad y que su escudo brillase en todo su esplendor. El enorme águila de la empuñadura de su acero se agarraba con fiereza a su mano enguantada, mientras el águila de su escudo extendía majestuosa las alas protegiendo bajo su sombra al caballero del Imperio Britunio.

De pronto una sombra más negra que la noche apareció de la nada y con un rugido de odio saltó sobre León. El caballero, en un acto reflejo elevó su escudo protegiéndose y afirmó los pies en el suelo para detener la acometida del inesperado enemigo. Algo pesado chocó contra él y apenas tuvo tiempo de rehacerse y lanzar una estocada defensiva cuando un tremendo orco saltó la fogata rugiendo salvaje y blandiendo una maza descomunal.

León reculó e hizo frente a sus enemigos. Interpuso el escudo entre su cuerpo y el feroz lobo negro que amenazaba mostrando todos los dientes. Alzó la punta de su espada sopesando la fuerza y habilidad del orco. No era una situación demasiado apurada, pero no debía descuidarse. Teniendo sitio para maniobrar podría mantener a raya a ambos hasta que llegasen sus amigos a ayudarle.

El orco lanzó un lento golpe de arriba a abajo que aunque previsible hizo girar al caballero, mostrando parte del flanco descubierto al lobo, que sin pensarlo dos veces avanzó sin miedo alguno contra el enemigo. León retrocedió, giró y consiguió golpear con el escudo en la cabeza a *Sediento*. Luego le hizo retroceder de un salto con la punta del acero. Esto lo aprovechó el orco para lanzar un nuevo golpe, esta vez horizontal, y ahora fue León quien retrocedió de un salto dejando pasar ante él la pesada maza. Esquivó con facilidad el golpe, y lanzó una estocada hacia el pecho del orco, que al ver la intención del caballero trató de frenar el ímpetu de su golpe para invertir el movimiento de la maza y parar la estocada.

Esta estocada fue aprovechada a su vez por *Sediento*, que coló sus fauces entre el escudo y el cuerpo del Britunio buscando algún sitio en el que hincar sus colmillos y poder saborear la sangre del enemigo.

León notó un tremendo tirón del jubón de lino endurecido; sintió como el lobo buscaba con los colmillos su carne. Dando un nuevo paso atrás trató de librarse de las dentelladas de *Sediento*, León chocó contra la escarpada pared de roca, que le cortaba la retirada.

Furioso al verse atrapado, el caballero hizo acopio de todas sus fuerzas y blandiendo la espada lanzó un salvaje ataque al orco mientras vigilaba al lobo con el rabillo del ojo. Lanzó dos, tres y hasta cuatro tajos con su afilado acero y todos fueron esquivados. Mientras el lobo seguía amenazante, tenso, a la espera de su oportunidad.

León continuó atacando rabiosamente al orco, que a duras penas podía esquivar y parar todos los golpes. El caballero finalizó una larga serie de estocadas con un rápido giro sobre sí mismo y lanzó con toda su fuerza un mandoble a la garganta del bruto.

Sediento, al ver cómo el escudo dejaba de interponerse entre él y su presa se impulsó a toda velocidad hacia el costado del humano, abriendo la boca, con los colmillos prestos a desgarrar. Pero León, que había estado esperando ese ataque, continuó el giro sin importarle que la estocada no acabara en la garganta del orco. El giro concluyó bruscamente cuando consiguió impactar al lobo de lleno con el escudo. Sabedor de que no había conseguido nada más que aturdirle, León descargó un tajo dispuesto a segar para siempre esa brutal vida.

Gúlag encontró entonces la oportunidad que estaba esperando también y con más rapidez de la que había hecho gala hasta ese momento levantó la maza dispuesto a aplastar al insignificante humano.

León vio el ataque y sorprendido por la velocidad que ahora mostraba el orco no pudo hacer otra cosa que abandonar el ataque al lobo e interponer su escudo, salvando así su cabeza. El brusco impacto repercutió en todo su organismo, haciendo que sintiera un tremendo latigazo de dolor que anegó sus ojos de lágrimas. Sentía que su brazo se había quebrado; sin fuerzas para sujetar por más tiempo el escudo lo dejó caer a sus pies, al tiempo que lanzaba una desesperada estocada para impedir que le rematasen.

Tropezó al intentar alejarse y recobrando como pudo la postura se dispuso a la defensa. Sentía cómo el brazo comenzaba a inflamarse, palpitante y punzante, pero no tenía tiempo de prestarle atención, y a punta de espada obligó a retroceder al lobo, que le rugía desde una posición cada vez más atrevida. El orco, se ladeó unos pasos, para atacar desde el otro flanco al caballero, haciendo que la situación fuera cada vez peor para el humano.

Apretando los dientes y apartando el dolor de su brazo, León decidió hacer retroceder al lobo para provocar el ataque del orco e intentar cogerle desprevenido. Tiró varias puntadas al ágil animal, que fueron esquivadas con rápidas fintas, pero el lobo no cejaba en su empeño y se mantenía justo en el límite del alcance de la espada.

El orco avanzó, y un rápido tajo que rozó su costado le recordó que el humano aún no estaba vencido. Paró con la cabeza de la maza otro golpe y contraatacó para mantenerle ocupado. De un salto, el caballero esquivó el golpe y se alejó del lobo, acercándose más al orco. Ese rápido movimiento le situó fuera del alcance del arma de la hedionda bestia y le concedió medio segundo para clavar la punta de su espada en la cintura del orco que aulló de dolor. Pero no pudo terminar de clavar su arma, pues un nuevo orco se precipitó con su lanza en alto hacia el caballero, y éste hubo de frenar el que hubiera sido un definitivo golpe para desviar la punta de la lanza interponiendo su propia arma.

Tras el nuevo orco llegó otro, y otro más se acercaba a saltos, con los ojos brillantes por el odio. León comprendió que estaba en serios apuros. ¿Dónde estaban sus amigos?

Redobló sus acometidas, lanzando tajos al orco de la lanza y al oponente de la maza, manteniéndoles a raya y buscando desesperadamente una escapatoria. Pero el círculo se cerraba sobre él con otros dos nuevos enemigos que aparecieron. Desesperadamente se lanzó contra el grupo de orcos y en el último momento fintó, descargando toda su furia en un golpe horizontal que segó la garganta a uno de los recién llegados. Sin detenerse a comprobar los efectos de su estocada se agachó para esquivar un golpe dirigido a su cuello y tiró una punzada que se clavó en una pierna. Después se impulsó y de un salto, para el que exprimió toda su energía restante, dio un tremendo cabezazo en la barriga de un orco mientras alargaba su brazo armado en un intento de herir a otro más. ¿Y la ayuda? Necesitaba desesperadamente ayuda.

Cada vez tenía más cerca a los orcos y menos espacio para maniobrar con la espada. En cuestión de segundos se le echarían encima y poco podría hacer para defenderse. Compungido vio llegar su final cuando sintió el agudo dolor de unos colmillos que se clavaban en su pantorrilla, tirando y desgarrando el músculo. Lanzó una estocada desesperada que aunque hirió al lobo no le hizo soltar la presa ahora que había saboreado la sangre.

Hincó la rodilla en tierra, con la fiera aún mordiendo su pierna. Gritó de desesperación y dolor. Los orcos se abalanzaron sobre su presa, rugiendo de triunfo.

León paró una lanza y clavó profundamente su espada en el costado de un orco. Sintió que todo había acabado.

Ж

No podía comprender cómo no había llegado la señal.

Él había esperado agazapado según lo convenido, oculto tras unos arbustos. Había escuchado el comienzo de la lucha y conteniendo la ansiedad y la rabia esperó a oír la señal, ya que debían coger dentro del barranco a todos los orcos. León era un hábil guerrero y sabría defenderse hasta que los dos arqueros nivelasen la contienda. Pero la señal no llegaba. Escuchó rugidos y entrechocar de aceros. La lucha había empezado.

Apretaba con fuerza su arco, cargado ya con una flecha. Nuevos rugidos y golpes de acero pusieron su vello de punta. Se agitó nervioso. Algo estaba saliendo mal.

Con cautela asomó la cabeza y se percató de la desesperada situación del caballero de Britunia. Varios orcos y un enorme lobo le estaban rodeando y al parecer estaba herido, pues uno de sus brazos pendía inerte en el costado. Se estaba defendiendo con coraje, pero estaba acorralado.

Tensó el arco dispuesto a disparar, pero la confusión y la rapidez con que se desplazaban hicieron que temiese herir a su compañero. Sin más demora saltó sobre el arbusto y descendió a toda velocidad los tres metros que le elevaban del fondo del barranco, aún con el arco en la mano.

Se aproximó a toda prisa, viendo la situación desesperada de su amigo. Sin dejar de correr tensó el arco buscando un blanco para su ansiosa saeta. Vio como el enorme lobo hundía sus colmillos en la pierna del caballero, haciendo que cayese al suelo. En ese momento comprendió que si no actuaba estaban perdidos ambos, uno de los orcos se había percatado de su presencia.

Tensó la cuerda al máximo y disparó una enrabiada flecha hacia el grupo de orcos que rodeaba al caballero caído. Sin dejar de correr y acercarse disparó de nuevo y otro orco cayó con la garganta atravesada por una flecha. Esquivando un rabioso lanzazo saltó sobre la espalda de otro de los orcos y plantó los talones con todo el ímpetu de su carrera. Sin tiempo de cargar de nuevo el arco, lo tomó por un extremo y lanzó un tremendo trallazo a la cara del orco que le acosaba con la lanza. El golpe quebró la madera de su arma y cegó momentáneamente a la fiera.

Robín rodó por el suelo y cuando se levantó, un brillante acero azulado brillaba siniestro y amenazador en su mano. Sin más demora lanzó dos rápidos tajos al lobo que apresaba al caballero e interpuso su grácil cuerpo entre un orco y su amigo.

Sediento saltó hacia atrás para esquivar el arma del nuevo enemigo, reconociendo por su olor al elfo que había estado siguiendo. Rugió con rabia y se abalanzó hacia el humano que permanecía tumbado en el suelo malherido. Pero una nueva punzada que le rebanó parte de una oreja le hizo entender que este nuevo enemigo era muy rápido con el odioso acero azul.

Gúlag aulló de enojo al entender que se les escapaba la presa que ya habían derribado. La aparición del elfo había sido terrible y vio caídos a tres de los suyos en un momento, que el humano se había liberado y que trataba de soltar su espada de la panza de uno de los orcos moribundos. Lanzó un brutal golpe hacia el caballero y de no ser por la intervención del elfo habría machacado su cabeza. Pero un agudo pinchazo en el muslo le hizo desviar su golpe al girar el cuerpo para alejarse de la espada élfica.

El elfo fintó elegantemente la acometida del orco y continuando el giro aprovechó toda la inercia para segar la mano de uno de los brutos. La lanza que

empuñaba cayó al suelo, aún con la mano aferrada a ella, y antes de que llegase al suelo le acompañó la cabezota todavía con mirada sorprendida y gesto de incredulidad.

Robín terminó el grácil movimiento con una estocada a fondo sobre el enorme bruto que blandía la maza. Sabía que sería un golpe fácil de esquivar, y así lo esperaba, pero lo que pretendía era alejarle definitivamente de su amigo, que todavía por el suelo pugnaba por liberar su espada, forcejeando con un orco moribundo. Buscó con la mirada al lobo, pero no pudo encontrarle por ninguna parte. Sin embargo, no pudo destinar más tiempo en buscarlo pues el orco ya se disponía a atacar. Esquivó sin problemas dos rotundos golpes y contraatacó con otros dos rápidos cortes superficiales en los brazos del enemigo. Apuntó con su acero a la garganta del orco, buscando distanciarle y marcar el ritmo del combate. Con un arma tan pesada no tardaría en cansarlo y en hundir su acero hasta la empuñadura. Pero la ausencia del lobo le preocupaba. Respiró hondo, buscando concentración. Salvado el apuro inicial, la lucha estaba igualada, e incluso era favorable a sus propios intereses. Un único orco, incluso el más hábil de ellos, no era enemigo suficiente para el diestro elfo y a sus muchos años de entrenamiento, disciplina y refinamiento en el arte de la lucha.

Deslizándose una mano hasta su espalda desenfundó un largo cuchillo curvo, y procuró que el orco viera su movimiento deliberadamente lento. Los dos aceros brillaron mortíferos, serenos, seguros de su cometido.

Gúlag comprendió que estaba perdido. Sin la ventaja numérica, en combate singular no podría derrotar a ese elfo de dura mirada; y la rapidez de los dos cuchillos no tenía comparación posible con su pesada maza. Además el humano ya había conseguido liberar su espada, y aunque renqueante por las heridas había conseguido ponerse en pie. Él era experto en sobrevivir, en aprovechar cada ventaja que pudiera brindarle el enemigo. Mas con aquel enemigo no había ventaja alguna. Saltó hacia atrás y levantó la maza por encima de su cabeza. Con un rugido salvaje la lanzó directa a la cara del elfo.

Robín vio venir la pesada arma girando sobre sí misma y con un grácil movimiento de cintura esquivó el proyectil, dejando que pasara rozando su costado. Parpadeó y cuando abrió los ojos, el corpulento orco corría ya alejándose de él. Con un gesto indicó a León que no se moviera de donde estaba y emprendió una veloz persecución en pos del orco desarmado que ganaba más y más distancia, alcanzando ya la entrada de la angosta garganta.

Detuvo su precipitada carrera, y conteniendo la respiración se concentró un sólo segundo. Su cuchillo giró raudo en pos de la espalda del orco; durante un instante pareció detenerse en el aire, pero finalmente se clavó en la bestia que huía, acabando con su vida. Robín deseaba correr a cerciorarse de la eficacia de su disparo, pero prefirió volver sobre sus pasos a comprobar el estado del caballero y averiguar por qué Alis no le había dado la señal. Además no quería descuidar su espalda desde que el feroz lobo había desaparecido como por arte de magia.

Encontró a León atizando la hoguera. Lastimosamente se sujetaba el brazo roto y estiraba la pierna herida. Sangraba por decenas de pequeños cortes, luciendo un desastrado porte. El altivo caballero no era ahora ni por asomo la imagen de un vencedor.

-¿Cómo estás? -preguntó el elfo interesándose por su amigo.

-Saldré de ésta -respondió León apartando un ensangrentado mechón de pelo de su cara-. Pero me he encontrado mejor que ahora.

-Más nos valdría encontrar pronto un curandero -apuntó Robín-. ¿Pero cómo no llegó la señal? No hay rastro de Alis.

-¿Que no llegó? -se extrañó León-. A poco más me atraviesa con la flecha dichosa. Y ya no tuve tiempo para escuchar la señal que te hizo.

-Yo tampoco la escuché.

-No, no la escuchaste -interrumpió una voz a Robín, y saliendo de la espesura apareció la amazona.

Arrastraba una pierna y un brazo colgaba inerte en el costado. La sangre empapaba su rostro, particularmente la nariz, los labios y el interior de la boca, enmarcando los blancos dientes en tinte encarnado al hablar.

-No la escuchaste porque no la hice. No tuve tiempo.

-¿Que no tuviste tiempo? -exclamó Robín-

La amazona siguió acercándose con paso fatigado.

-¡No tuvo tiempo! -dijo Robín de nuevo mirando incrédulo al caballero León.

-Robín, no empieces -rogó la princesa amazona.

-¿Que no empiece? -gritó el elfo-. Han estado a punto de matarnos a todos por tu culpa ¿y me dices que no empiece?

León se tapó el rostro con ambas manos. No podría soportar otra nueva discusión.

-¿Se puede saber qué has estado haciendo para no poder dar la señal? ¿Acaso no entendiste bien lo que debías hacer?

Alis se acercó más, hasta que las llamas de la hoguera iluminaron su cuerpo y su rostro con claridad. La sangre aún goteaba por su barbilla y cuando se giró un poco pudieron ver una flecha que sobresalía por encima de su codo. Tenía los ojos enrojecidos, la frente perlada de sudor y respiraba con dificultad.

Robín enmudeció al ver el aspecto de la amazona.

-¿Estás bien? ¿Tienes más heridas? -inquirió sujetando a la mujer para que pudiera sentarse junto a la hoguera.

Alis negó con la cabeza y se dejó ayudar. Estaba exhausta y no podía fijar la mirada, todo le daba vueltas.

-No... no sé... -balbució aturdida.

-¡Alisia! -exclamó el elfo sujetándole la cabeza-. ¡Escúchame! No te dejes vencer, Alis. Lucha, no te duermas ahora...

Alis sentía como todo giraba y no podía mantener los ojos abiertos. Oía voces lejanas. Alguien que no reconocía pronunciaba su nombre exhortándole a que abriera los ojos. Pero sus párpados no respondían.

Sentía como su cuerpo caía por un cálido túnel, girando levemente, flotando en la brisa, dejándose adormecer. Percibía las piernas y los brazos cada vez más pesados, y las voces cada vez más lejanas. Deseaba dormir. Dormir. Dormir.

Robín sacudió a la amazona gritando su nombre. Su cabeza se bamboleaba a un lado y a otro, como un peso muerto. Sin pensárselo dos veces la abofeteó.

-¡Despierta! No te rindas ahora -el elfo sacudió a la mujer, sujetándola por los hombros, abrazando su cuerpo inerte.

Desde la lejanía sentía el escozor en sus mejillas, percibía su sangre arremolinándose y coloreando su rostro. Ahora las voces eran más cercanas y consiguió distinguir su nombre. Alis. Sí, alguien le llamaba, repitiendo insistentemente su nombre.

-¡Vamos, despierta! ¡Lucha, lucha! -Robín sentía desesperado que perdía a la mujer, sin poder hacer nada. Algún veneno o alguna ponzoña envenenaba sus heridas sumiéndola en la negrura, hundiéndose en el fondo del olvido.

León se aproximó por detrás y tomando el brazo herido de Alis acarició su mano. La emoción que oprimía su garganta impedía que pudiese pronunciar una sola

palabra. Sin querer comenzaron a brotar gruesos lagrimones que resbalaron por su curtida mejilla de soldado.

-Vamos amiga mía. No nos hagas esto -gimió al tiempo que se dejaba caer a su lado.

Robín acarició su mejilla mientras sujetaba erguida su cabeza. Quería estar muy cerca de ella si llegaba el fin. Y aunque había hollado cien vidas de hombres no había podido acostumbrarse a la muerte. No por ajeno le era menos doloroso aquel trance ni por remoto menos amargo.

La amazona gimió levemente, esforzándose por abrir los ojos y sonreír. La calidez que sentía no se perdió cuando volvía del angosto túnel. Sintió como alguien le abrazaba y sostenía la cabeza al tiempo que acariciaba su mejilla. Se acurrucó un poquito, disfrutando de la cálida ingravidez de la fiebre y forcejeando con la inconsciencia consiguió abrir una rendija sus párpados.

-Lucha Alis, no puedes dejarnos ahora. No puedes dejarme ahora -sollozó el elfo sin percatarse de que la amazona le observaba por entre las pestañas.

-Hay que ver... lo que tengo que hacer... para que me abracés -susurró la mujer casi al oído del elfo.

En un principio Robín se incorporó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Su gesto se serenó, agriándose durante unos segundos. Pero finalmente no dijo nada y una lágrima pequeñita resbaló de sus pestañas. Abrazó a la amazona con más fuerza.



Realmente nadie se había percatado de su presencia. Y lo sabía. Podría caer sobre ellos de inmediato, reduciendo sus minúsculos cuerpos a un montoncito de cenizas, sin tener la más mínima resistencia. Y lo sabía.

Estaba relamiéndose el sabor del éxito. Había ganado. Como siempre. Y lo sabía.

Tenía todos los naipes marcados. Ganaría esa mano. Y la partida. Y lo sabía.

Abrió silenciosamente sus imperiosas alas y dejándose caer posó las afiladas garras en lo alto del risco. Muy cerca de allí habían peleado la humana y un par de orcos. Era toda una fierecilla esa fornida mujer de cabello de oro.

Observó lo que hacían ahora que habían matado a todos los orcos. Y la escena era conmovedora, tierna. Qué bonita. Una pena que acabase en tragedia esa noche. Una pena... para ellos, porque él disfrutaría aún del remate final del acto. Le gustaban demasiado las tragedias clásicas, debía reconocerlo. Y aquella escena acabaría en tragedia. No sabía si clásica, pero en tragedia seguro.

Sus ardientes ojos acariciaron con una sedosa mirada a su aliado más fiel, más astuto y más sanguinario. Era una pena que ese bello animal no pudiera hablar. Tal vez pudiera buscar algún conjuro que remediase ese pequeño problema.

Sediento aulló al amanecer, dando la bienvenida a su amo. Antes que nadie había percibido su cercanía y había salido al encuentro del único ser que le inspiraba lealtad y sumisión.

-Oh, conmovedora escena amigos míos -rió con un vozarrón que retumbó en todo el desfiladero.

El caballero y el elfo quedaron mudos, petrificados en el lugar en el que se encontraban. Alis ni se inmutó, semiinconsciente en los brazos del elfo.

Lentamente elevaron la vista y con un susto mayúsculo descubrieron un fiero dragón rojo que les observaba desde lo alto de la escarpada pared de roca.

-Es tierno ver a los tortolitos abrazados -suspiró dejando escapar volutas de humo por los orificios nasales-. ¿Acaso la bella amazona está herida? Oh, no puede ser...

El elfo tembló de rabia.

-Jo, jo, jo, jo -rió el dragón-. ¿Acaso morirá esta noche en tus brazos?

Sólo el breve eco se atrevió a contestar a la tremenda criatura.

Desplegando un poco sus membranosas alas hizo sombra en toda la garganta.

-Siento tener que poner fin a esta escena romántica, amigos. Hoy no tengo tiempo que perder.

León, furioso, empuñó su largo acero y sin poder incorporarse más que poniendo una rodilla en tierra retó al enorme dragón.

-No te burles, repugnante reptil -advirtió-. En Britunia tenemos una buena solución para los bichos de tu calaña...

-Jo, jo, jo. ¿Caballero de Britunia? Un poco lejos queda tu reino de aquí, ¿no crees? -nuevas volutas de humo se escaparon de su nariz.

El dragón se elevó en el aire batiendo las alas enérgicamente. El polvo cegó a los compañeros y atragantó su respiración.

-Poca ayuda os brindarán los caballeros de la decadente Britunia esta noche. Y de poco os servirá vuestro lánguido linaje, elfo de los bosques.

El dragón se posó de nuevo. Esta vez un poco más cerca.

-Esta noche estáis solos -rugió y el lobo aulló al cielo comprendiendo el timbre vencedor en la voz de su amo.

-¡Pero basta ya de charla! Dormid ahora, insignificantes criaturas. No os interpongáis más en mis planes de conquista.

El dragón aspiró una ingente bocanada de aire y comenzó a exhalar una nube de vapores verdosos que se fueron posando en el fondo de la garganta cubriéndolo todo. Poco a poco la nube fue llegando hasta los compañeros, y al entrar en contacto con ellos comenzaron a llorar incapaces de mantener los ojos abiertos.

Sintieron un fuerte mareo, y en breves segundos notaron que se les iba la cabeza. Comprendían que quedarían a merced de la fiera y de sus secuaces. Era el fin sin remisión. Contra ese enemigo no podían luchar.

El elfo dirigió una última mirada acuosa al rostro de la bellísima princesa amazona. Ahora se le veía ajada, gris, decrepita. Se concentró en los recuerdos e imágenes que tenía de ella esplendorosa, brillante, altiva. Decidió quedarse con esa imagen para el profundo sueño que le inducían aquellos vapores y lentamente se abandonó al sopor. Desmayado cayó encima de Alis, junto al inerte corpachón del caballero de la lejana Britunia.

-Aúlla fuerte amigo mío. Esta noche hemos logrado una buena presa.

Un triste y lánguido aullido celebró largamente la victoria del *amo*.

XXIII.

Confesiones.

Nada más despertar sintió un regusto agrio en la boca que trajo a su memoria de inmediato todo lo acontecido la noche anterior. Con urgencia registró sus ropas y sus pertenencias, para comprobar aliviada que no faltaba ninguna de sus preciadas armas. Sintióse a salvo, tomó ambas espadas y acarició adormilada su empuñadura.

Estaba sola, en una húmeda y destartalada habitación de la posada. Había dormido vestida y encima de la cama, sin quitarse ni si quiera las botas. El rancio olor a humedad lo impregnaba todo. Suzán sintió una náusea en su vacío y maltratado estómago. Demasiado vino, no estaba acostumbrada.

Sin embargo estaba contenta. Sentía que al fin había comenzado a encauzarse aquella alocada aventura que había comenzado de forma tan insensata. Probadas ya en sus carnes la traición, la amargura y la desesperación, ahora por fin la tranquilidad de tener aliados. Había encontrado la aguja en el pajar.

De un salto se levantó y abrió el destartalado ventanal. Amanecía y ya se veía actividad alrededor de la posada; mozos saliendo del establo con caballos ensillados, viajeros que partían rumbo a su futuro, criados que torpemente y con los ojos aún cerrados acarreaban agua o forraje y un pequeño ejército de muchachas que atendían ya sus labores en la posada.

Sintió cómo el fresco de la madrugada despejaba una pizca su embotada cabeza y ventilaba sus náuseas. Respiró hondo el frío viento matinal y se percató de que estaba disfrutando de la helada brisa cargada de promesas de hielo. Descubrió que se había endurecido, y que antes de esa mañana hubiera deseado estar en cama bajo siete mantas con ese tiempo despejado y frío. Había evolucionado. ¿Hasta dónde llegaría? Sintió que con la ayuda de su recién descubierto aliado podría adaptarse mejor al nuevo país y al nuevo ambiente sin el riesgo de equivocarse a cada paso.

Con ese reconfortante pensamiento recogió su equipaje y bajó a la sala común. Algo para desayunar acallaría definitivamente los quejidos de sus tripas y las ganas de vomitar. Además esperaba encontrar a Varandir, al que ahora se hacía llamar Arturo, al que le ayudaría a encontrar a los otros, a los que habían desaparecido. Juntando fuerzas resolverían aquel embrollo. Segura de sí misma bajó las escaleras, no dejaría que nada se interpusiera en su camino.

Tras un sobrio desayuno a base de pan, leche tibia de cabra y manteca que Suzán engulló en compañía de su nuevo aliado, llegó el momento de decidir cuál sería el siguiente paso.

-Suzán, debemos partir hacia el campamento. Allí sabremos si hay noticias de nuestros compañeros y estaremos más seguros –afirmó Arturo haciendo hincapié con el tono en la palabras *compañeros* y *seguros*.

La caza recompensas convino con un simple gesto de la cabeza que no parecía mala decisión.

-Yo te apoyaré en cualquier idea que tengas –añadió Suzán-. No sé por dónde empezar a buscar. ¿Está lejos el campamento? Espero que no sea un viaje peligroso.

Arturo sonrió discreto.

-¿Peligroso? –respondió-. No creo que nadie quiera tener problemas con mis muchachos.

Suzán comprendió a la perfección a qué se refería Arturo cuando al salir al exterior se encontraron con más de treinta hombres a caballo que les esperaban para partir. El capitán de aquella tropa saludó respetuosamente a Arturo y al momento se dispuso a partir, cabalgando inmediatamente detrás de los dos aliados, pero a una respetuosa distancia.

-¿Mis muchachos? –preguntó incrédula la caza recompensas-. Dispones de todo un ejército a tu servicio.

De nuevo Arturo sonrió discretamente.

-¿Un ejército? Espera a que lleguemos al campamento –respondió en un murmullo que aunque fue captado por Suzán no obtuvo réplica.

Ж

La vista aérea había cambiado notablemente. La mejoría era evidente desde la anterior visita que había realizado al campamento. Anocheceía y casi no pudo dar crédito a sus ojos ante el orden y la disciplina que reinaba en todo el campamento orco.

Cesarón, látigo en mano, castigaba a los remolones y a los díscolos. Paseando a grandes zancadas entre los más de dos mil orcos y trasgos en formación que practicaban bajo las órdenes de los maestros de armas, el gigante no dudaba en patear a quien no hiciese el movimiento adecuado.

La visión de su ejército en formación conmovió al Amo. No era un despliegue perfecto, pero para ser trasgos eso era lo más cercano a una formación militar que lograrían jamás. Todos rugían al unísono con cada movimiento del arma, retumbando en la pelada ladera, en toda la montaña. Además vio una nutrida manada de lobos, y reconoció a su líder, un delgado y alto lobo: *Sediento*.

Una columna numerosa se acercaba al trote, y otra más lejana, cruzando ya la cordillera estaba próxima a llegar. Su ejército haría temblar toda Cretia.

La llegada del Amo interrumpió la práctica militar. Las viles criaturas que integraban la tropa se postraron ante su Amo, y Cesarón corrió a su encuentro.

-¡Amo! –saludó agachando la cabeza-. ¿Atacamos ya?

El dragón tosió por la carcajada, lanzando volutas de humo hacia el gigante.

-Pronto, muy pronto. El ejército no está completo.

Cesarón abrió los ojos excitado.

-¿Más soldados? ¿Cuándo?

-Están llegando. Ten paciencia unos días más.

El gigante se revolvió inquieto y cambió el látigo de mano.

-¿Dónde atacaremos primero? –preguntó con impaciencia.

El dragón volvió a sonreír. Atacarían en la madriguera del enemigo. Les cogerían a todos en la ratonera y exterminarían todas y cada una de las miserables vidas que allí buscaban refugio. Nadie escaparía con vida.

Pero primero él tenía que solucionar otros asuntos personales. Asuntos delicados que un orco o un bruto gigante no sabrían apreciar, asuntos de humanos, de *fugaces*.

Tenía pendiente una sutil venganza personal. Después arrasaría Cretia.

Ж

Tras una placentera cabalgata de diez días sin interrupción Suzán sentía doloridos todos los huesos de su cuerpo. Partían al amanecer y acampaban con el ocaso, cruzando inmensas estepas heladas y bosques nevados; dejando atrás granjas abandonadas de techumbre arruinada, pueblos remotos olvidados a su suerte hacía ya largos años.

Suzán incluso creyó reconocer en la lejanía el pueblucho que había supuesto su salvación, en el que se había encontrado con los soldados. Soldados que por otra parte ahora sabía que pertenecían a la misma tropa que los que les acompañaban en el viaje. Pero los detalles de ese encuentro prefirió guardarlos de momento sólo para ella; había sido un encuentro desafortunado en cierta manera y prefería establecer una pequeña confianza antes de dar a conocer todos los detalles.

Al remontar una pequeña loma, atravesando un pequeño bosque de robles, apareció ante sus ojos *el campamento*. Entonces comprendió las palabras de su amigo Arturo.

Una multitud abigarrada de tiendas de campaña rodeaba una enorme empalizada de madera. El multicolor despliegue de telas daba cobijo a una miríada de personas y animales que pululaban en torno al fortín, rodeándolo por los cuatro costados, hasta más allá de donde alcanzaba su vista.

Suzán se frotó incrédula los ojos y observó con más detalle el campamento. El colorido aglomerado de tiendas y el gentío habían desviado su atención en un primer momento, pero salvados los primeros segundos por la impresión cayó en la cuenta de la enorme fortaleza a la que se dirigían. Construida sobre una gran loma, dominando el valle y los bosques circundantes, una alta torre fortificada se erguía soberbia y arrogante hacia las nubes. Se veía aún en obras, con diminutos andamios y encofrados a su alrededor, pero ya tenía la suficiente presencia como para imponer seguridad a todo el lugar. Una gran bandera roja ondeaba en el mástil más alto.

A sus pies y dando cuerpo y base a su estructura se extendían dos edificios robustos, con el tejado de pizarras oxidadas y negras, refulgiendo al sol de anochecer. Y rodeando la colina y los edificios de piedra, una gruesa empalizada con puestos de vigía cada diez metros protegía el torreón. Su altura impedía vislumbrar lo que había en el interior, pero a la vista de lo que se extendía ante sus ojos, Suzán imaginó caballerizas, barracones, herrerías y puestos de mando para la gran tropa que se antojaba necesaria en tan inmensa fortificación.

-Es enorme... -murmuró boquiabierta.

-Es sólo el comienzo -respondió orgulloso Arturo.

-Aquí debe haber... debe haber... al menos quinientos soldados -se maravilló Suzán.

-Dos mil -aseguró Arturo-. Y muchos más colonos y gentes que al amparo de la fortaleza están trasladando sus pertenencias hasta aquí.

Suzán boqueó incrédula.

-Son tiempos duros y difíciles -se lamentó Arturo-. Aquí tienen la seguridad que en sus granjas aisladas no consiguen.

Suzán asintió comprendiendo. Orcos.

Durante un buen rato siguieron cabalgando, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos, sin decir ni una palabra. El lejano campamento que apareció en lontananza iba agrandándose a medida que se acercaban. Incluso podía oírse la algarabía y la mezcla de voces y gritos del bullicioso mercado.

Un jinete surgió de una loma cabalgando al galope, dirigiéndose en línea recta hacia la caravana que se acercaba. Parecía un mensajero y llevaba prisa. Arturo detuvo su montura y el resto de su tropa acompañó a su líder.

El jinete cabalgó directo hasta Arturo, saludando con un gesto al capitán de la topa. Entregó un documento plegado y esperó órdenes impasible.

Arturo leyó despacio el mensaje y volviéndolo a doblar lo hizo desaparecer bajo su camisa.

-Puede volver a su trabajo soldado. Me ocuparé de dar respuesta personalmente en cuanto lleguemos –aseguró con el semblante más serio que le había visto Suzán desde que le conocía.

El mensajero saludo cortésmente a la caza recompensas y a su superior e hizo dar media vuelta a la montura, para alejarse ladera abajo al trote, en dirección al enorme campamento.

Arturo ordenó seguir avanzando a la tropa con un gesto y sin aguardar a ver si le seguían encabezó la marcha. Durante unos cuantos minutos no medió palabra alguna con Suzán. Se le veía pensativo, con la frente llena de arrugas de preocupación.

La caza recompensas cabalgó pacientemente a su lado, respetando el reflexivo silencio del mago. Finalmente, éste rompió a hablar.

-Es mucho peor de lo que pensábamos –afirmó pesaroso-. La traición es más profunda cada día.

Suzán esperó a que Arturo se explicara.

-Kikro y los que quedaban han cambiado de bando. Me temo que estamos solos.

-¿Solos? ¿Frente a quién? –quiso saber Suzán.

-Frente a los traidores –aseguró Arturo en voz baja.

-¿Traidores? –preguntó sorprendida la mujer.

-Quieren la destrucción de Cretia y de su gente. Se han aliado con orcos y a saber qué otras malignas criaturas –susurró el mago.

Haciendo un gesto indicó a Suzán que se adelantase un poco más, separándose de los soldados que cabalgaban inmediatamente detrás.

-He recibido un mensaje del campamento. Tenemos en nuestro poder a varios de los fugaces –informó-. Pero aún faltan los cabecillas: Kikro el enano, un enorme guerrero que llaman Toro y un malvado mago...

-¿Nidarún? –aventuró Suzán.

-¿Nidarún? –preguntó a su vez Arturo-. ¿Le conoces?

-Sólo de oídas –aclaró la mujer-, pero nunca me he topado con él.

-Supongo que no -murmuró Arturo al tiempo que sonreía discretamente-. Suzán, debo confesarte algo, con sinceridad.

La mujer contuvo la respiración. Siempre que alguien decía que iba a hablar con sinceridad tenía malas noticias.

-Te he mentido -se culpó el mago-. Sé que debería haberte aclarado todo antes, pero tenía que estar seguro de que no eras una nueva estratagema del enemigo.

-¿Mentido? -exclamó Suzán-. ¿Por qué será que no me extraña?

-Perdóname Suzán -se excusó el mago-. No es la mejor manera de comenzar, pero debía asegurarme. Tenía que hacerte ver que no soy una amenaza para Cretia, que en mis planes no entra destruir este rico y bello país.

La caza recompensas se giró extrañada hacia Arturo.

-Mi verdadero nombre no es Varandir.

-¿Arturo? -quiso saber la mujer.

-Me temo que ese sí es el auténtico. En otro tiempo era un aventurero llamado Nidarún, pero de eso hace ya mucho tiempo -Arturo se encogió sobre el su silla de montar, abatido-. Sabes que soy un fugaz... como tú.

Suzán asintió.

-Y conoces ya el principio de la historia.

Suzán asintió nuevamente.

-Pero no te han contado la verdad -afirmó Arturo mirando seriamente a los ojos de la mujer.

-Al parecer aquí nadie dice la verdad y el que sabe algo se lo calla -se quejó Suzán.

-Desde hace mucho tiempo venimos a Cretia en busca de aventuras -comenzó Arturo-, aventuras fantásticas que cada vez nos suponían un reto mayor. Hasta que un día, en contra de mi opinión, el grupo decidió aventurarse en unos viejos túneles y ahí fue cuando comenzó todo. El viejo Varandir -continuó el mago tras una breve pausa-, demasiado egocéntrico y orgulloso no pudo admitir que aquella vez había sobrevalorado sus propias fuerzas y arrastró a todo el grupo a una situación comprometida.

Suzán había detenido su caballo junto al de Arturo y prestaba atención a todas las palabras que surgían de sus labios; se preguntaba si esta vez sería una nueva mentira o podría confiar en las palabras del mago.

-Y cuando, al límite de nuestras posibilidades, nos vimos atrapados por los inmundos orcos... él nos traicionó.

-¿Él? -preguntó Suzán.

-Él. Varandir. El venerable mago, arcano en su orden, reverenciado en las altas torres mágicas y tenido en gran estima en la corte de Cretia. El mismo que tantas otras veces no habría dudado en sacrificarse hasta más allá de sus fuerzas. Mas ese día el mal que le acosó sobrepasaba su conocimiento y lo que en un principio nos pareció a todos el último sacrificio generoso de su vida fue en realidad la traición definitiva a todos nuestros ideales.

Suzán preguntó con la mirada, instándole a seguir con las revelaciones.

-Vendió su conocimiento y su alma al enemigo. Eligió poner a su servicio toda su sabiduría en lugar de morir como habría sido su destino en buena lid. Desconozco qué horribles intenciones movieron al enemigo a aceptar los servicios de tan despreciable mago, pero fue un golpe tan grande que ninguno pudo sobreponerse a él.

Arturo permaneció unos segundos cabizbajo. Rumando algo entre dientes que la caza recompensas se vio incapaz de descifrar.

-Fue un mal día. Sí, muy malo -finalizó Arturo.

Suzán trató de asimilar durante unos minutos la información suministrada, analizando lo que ella ya conocía y lo que había revelado Arturo. Todo cuadraba, salvo algunos detalles que no quedaban claros.

-¿Enemigo? ¿Qué enemigo? -indagó la mujer.

-Orcos -respondió a media voz el mago-. Y la peor de las pesadillas de Cretia, el amo de los salvajes orcos. La mente que ha manipulado las débiles voluntades de las tribus y las lanza ahora contra las granjas y los pueblos de Cretia.

-¿El amo? Explícate, Arturo, porque no entiendo a quién te refieres.

- *Adrianopolinatis*.

-¿Quién? -preguntó extrañada la mujer.

-Un dragón. Un enorme, despiadado, poderoso y terrible dragón rojo -informó en voz tan baja como pudo.

Suzán no daba crédito a sus oídos.

-Él, el enemigo, debió utilizar su antiguo poder para convencer a Varandir, y nuestro compañero se convirtió en la sombra del monstruo, en su fiel ejecutor. Y ahora ha arrastrado al resto de mis compañeros. Sólo quedo yo, Suzán. Estoy solo.

-Ya no estas solo, Arturo. Ahora puedes contar conmigo.

-Te agradezco el apoyo. Pero cada vez lo tenemos más difícil para lograr la victoria.

-¡Acabará toda esta pesadilla! –afirmó rotunda Suzán-. Debemos dar fin a esta locura y regresar.

-Shhh. Silencio –mandó callar Arturo-. No debes hacer ver que eres un fugaz en esta tierra. Recuerda que aquí se asocia a los fugaces con traición, muerte y luchas. Debes mantener el secreto como hago yo.

Suzán asintió. Ya había visto muestras del odio que despertaba la sola mención de la palabra *fugaz*.

-Debemos mantener el rechazo que provocan los fugaces. Es conveniente para nuestros intereses. Al menos por el momento –dijo resignado Arturo.

-Pero les encontraremos –afirmó Suzán.

-Lo haremos.

-Y todo el mundo comprenderá que no todos los fugaces son como ellos.

-No, no todos somos iguales –sentenció Arturo, al tiempo que volvía la cabeza para que la mujer no viese la contenida sonrisa que brotó en su rostro.

Ya verás como todos no somos como ellos, pensó mientras dirigía una mirada codiciosa a las espadas que colgaban de la cintura de la bella mujer. El mensaje lo había dejado bien claro. *Una bruja de cabello negro y con dos armas embrujadas a la cintura. Probablemente un fugaz. Se hace llamar Suzán.*

-Suzán, te necesito a mi lado.

La mujer giró la cabeza y mantuvo la mirada del mago.

-Acabaremos juntos esto y después nos iremos –aseguró Arturo.

-Lo haremos juntos, sí. Yo también quiero acabar; y cuanto antes mejor.

XXIV.

Ajusticiados al amanecer.

Realmente nunca había creído que pudieran pasar desapercibidos. Un enano, un guerrero del tamaño de una montaña y un mago, todos encapuchados y haciendo preguntas a diestro y siniestro era algo que en principio llamaría la atención. Pero la increíble mezcla de gentes, razas y condiciones era el mejor camuflaje posible.

La mayoría eran hombres, de diversos orígenes y ocupaciones, algún que otro atareado enano, atendiendo a lo suyo, e incluso un par de altivos elfos, viajeros errantes en busca de provisiones.

No había esperado encontrar una ciudad, porque aquello que Toro había llamado campamento era una ciudad, una fortaleza en crecimiento llena de vida, de comercio, de esperanza. Se habían sorprendido al encontrar lo mucho que había crecido Tres Colinas, y lo mucho que habían avanzado las obras de fortificación.

Las torres centrales, en el cuerpo principal de la fortaleza en el que se ubicaban las estancias principales, los establos y los almacenes, estaban prácticamente terminadas. La empalizada rodeaba completamente el perímetro de la fortaleza, y la fortificación en piedra avanzaba paralela a la empalizada, exteriormente a ésta, a un ritmo increíble según las observaciones de Toro. Las torres defensivas, vigilantes, atentas a cualquier movimiento que se produjera en la fortaleza y alrededores, ondeaban orgullosas la bandera bermellón con el blasón del comandante.

Pero lo realmente preocupante era la noticia que corría de boca en boca, con gran regocijo de todos los habitantes y visitantes de la fortaleza. *Ejecución*. Al amanecer se ejecutaría a tres fugaces que habían capturado. Y en público. Por fin tendrían su merecido y podrían ver escapar su negra alma cuando el verdugo les decapitase. Incluso a lo mejor serían ahorcados, o torturados, o quemados vivos. Sí, sí, sería un magnífico espectáculo.

Lejos de dejarse llevar por la desesperación, los tres compañeros procuraron llegar hasta el enorme cadalso que habían construido ante la puerta principal de la empalizada. Para no llamar demasiado la atención se detuvieron apenas un segundo a contemplar el patíbulo y siguieron su camino, arrastrados por el ir y venir de la gente, alejándose del inquietante olor a madera recién aserrada que envolvía todo el estrado. Para acceder a él había que subir al menos ocho peldaños y una vez arriba esperaba el juez, listo para ordenar la ejecución.

-¿Han dicho que son tres fugaces? -preguntó por enésima vez el enano.

-Sí, Kikro. Tres fugaces, todo el mundo dice lo mismo -le respondió uno de los otros dos encapuchados.

-Son ellos. Les han encontrado antes que nosotros. Es el fin -musitó el enano.

-Tranquilo, algo haremos -afirmó Toro.

-Eso es lo que me preocupa -intervino Varandir-. Si realmente Arturo es quien pensamos, no necesita hacer pública la ejecución.

-Ya sabes lo retorcida que es su mente -aseguró Toro.

-Sí. Lo recuerdo. Pero parece como si pretendiera llamar la atención de alguien -contestó el mago.

Caminaban adentrándose en el desordenado entramado de tienduchas y lonas que hacían las veces de aposentos. Nadie parecía extrañarse de la singular presencia del

trío de amigos. Nadie excepto los avezados ojos de uno de los soldados que observaba la multitud desde lo alto de la empalizada.

-Ya sé a quién busca -afirmó Kikro-. Me busca a mí.

Los dos humanos se detuvieron en seco y se volvieron para mirar al enano.

-Sabe que estoy aquí. Sabe que escapé por los pelos de la trampa que nos tendió y sabe que no me iré sin ellos.

-¿Cómo sabes eso? -preguntó Toro.

-Yo mismo acabé con uno de sus viles personajes. La verdad es que al principio conseguí engañarme, pero le descubrí.

-¿Y ahora sabe que nosotros estamos juntos? -preguntó de nuevo Toro.

-No lo sabe. Pero lo supone -intervino Varandir.

Los tres continuaron su caminata hacia ningún sitio sin percatarse del soldado que descendió de dos en dos los peldaños de madera de la torre de vigilancia y buscó a la carrera la salida más próxima.

-Pero lo han anunciado hoy. Y la ejecución será mañana -Toro sintió un escalofrío al pronunciar la palabra ejecución-. No nos habría dado tiempo a venir si no hubiésemos estado en el campamento.

-Bueno, debe suponer que estamos merodeando por los alrededores -razonó Kikro.

-Tiene maneras de comprobar que estamos dentro. Recordad que él entró solo, puede regresar solo -sentenció el mago, haciendo que por unos pasos mantuvieran el silencio, pesados y cabizbajos.

-No pienso dejar que los ejecute. Fue culpa mía y yo lo solucionaré aunque me cueste la propia vida -exclamó el enano.

-Te ayudaremos, Kikro. Esta partida está durando ya demasiado tiempo -dijo el mago.

-Cuenta conmigo también, Kikro -añadió Toro apretando con fuerza el hombro de su apesadumbrado amigo.

El soldado sorteó a la gente, procurando que su apresurado paso no llamase la atención. Se acercó hasta el lugar en el que había visto por última vez a los tres extraños. Uno de ellos, el más bajito no había llamado su atención, pero los dos altos... Los dos altos habían avivado su recuerdo. Siguió avanzando hasta que tuvo que decidir entre varios caminos. Dejó que su instinto le guiase.

-Dividamos las tareas y encontrémonos en la taberna. No tiene pérdida, sólo hay una.

-Es una buena idea -convino Varandir-. Escuchad. Kikro, mira a ver qué podemos sacar de los tuyos. Procura buscar aliados; en el caso de que haya problemas una mano extra nos vendrá muy bien.

-Eso está hecho -aseguró el enano-. Nos vemos al anochecer en la taberna.

-Y tú Toro, encuentra al verdugo que va a realizar la ejecución. Tal vez necesitemos reemplazarlo. Y procura averiguar dónde mantienen presos a esos fugaces.

-Conforme, creo que conozco quién será el encargado de ello. Y si no me equivoco estarán presos en el torreón, en las mazmorras. Es el lugar más seguro. Imposible entrar ahí.

-Pues si no podemos entrar esperaremos a que les saquen. Yo por mi parte voy a estudiar un poco la situación y preparar algún conjuro que nos ayude a salir de este embrollo, creo que necesitaré hacer algunas compras.

El soldado por fin les vio junto a una gran carpa granate de algún acaudalado mercader. Dos altas figuras encapuchadas, junto con una tercera de menor estatura

embozada del mismo modo. Si no estaba equivocado aquellos dos tenían algo más que una explicación pendiente.

-¡Alto! ¡Deténganse! -gritó echando la mano hacia el puño de la espada.

Los tres encapuchados se giraron un breve instante y se escabulleron cada uno por un lado, dejando tras de sí una leve polvareda y su ausencia. El soldado no desenfundó el arma, no la necesitaría para combatir contra los extraños encapuchados esta vez. Pero volvería a buscarles. La próxima vez no estaría solo.



-Y bien, mi capitán Tanus. ¿Estáis completamente seguro?

El aludido lanzó temerosas miradas hacia la acompañante del comandante, de su líder. De todos sus extraños amigos y aliados aquella mujer era quien menos esperaba encontrar. De hecho no esperaba volver a encontrársela nunca más. Sentía temor y un profundo rechazo hacia las arteras habilidades de aquella bruja de pelo negro.

-Mi comandante. No creo que olvide sus caras mientras viva. Ni su forma de moverse, ni su voz. Eran ellos.

Arturo se volvió hacia la caza recompensas, y comentó de soslayo, como quien no había caído antes en la cuenta.

-Se te olvidó contarme que habías salvado a mi fiel capitán Tanus de las garras de aquellos dos terribles fugaces, Suzán -la media sonrisa y la mirada cruzada brevemente con la suya advirtió a Suzán que lo había sabido desde el principio.

La mujer se sonrojó. No había creído necesario comentar ciertos aspectos de sus andanzas más recientes. Sobre todo las más desafortunadas, como la de su guía Baltazor.

-No... no... no pensé que pudiera interesarte ese episodio -tartamudeó Suzán-. Ni que Tanus fuera uno de tus capitanes.

-Desde luego que no, querida. ¿Sabes quiénes eran esos dos hombres que ayudaste a apresar?

Suzán intuía la respuesta, pero aguardó inquieta hasta que Arturo respondiese a su propia pregunta. Había estado cruzándose con *fugaces* y no había sido capaz de verlo. ¿Con quién más se habría encontrado y no lo había descubierto?

-Sí, amiga mía, sí. El temible Toro es el más alto y fuerte de los dos -continuó el comandante-. Y el más anciano y perverso es el mago Varandir, la enfermedad de este reino.

Tanus no cabía en sí del asombro. Había estado a punto de morir en las garras del fugaz más buscado de toda Cretia y él sin saberlo. Y no sólo eso, ahora estaba en Tres Colinas y tramaba algo. ¿Rescatar a los demás fugaces?

-Ahora comprendo la feroz persecución de los orcos, guiados por ese gigante -dijo Tanus levantándose de su silla y acercándose a Suzán, aunque inmediatamente retrocedió un paso, mirando con resquemor las espadas de la mujer-. Ahora lo comprendo todo. Pretendían rescatar a su líder al precio que fuera.

El capitán Tanus estaba muy agitado. Manoteaba al explicarse, alzando el tono hasta casi gritar.

-Ellos dos guiaron a los orcos hasta el campamento y lo asaltaron. ¡Cuando me cogieron preso! Y después corrieron detrás nuestro hasta conseguir rescatarles. Si llego a saber quienes eran no les habiéramos abandonado.

Arturo alzó las manos en un gesto pesaroso. Por fin se veía la luz en aquel misterio. La luz que ofrecía la sombra que mejor se adaptaba a sus intereses.

-Debí haberlo intuido antes, en cuanto me contaste aquel incidente del poblado. Perdóname Tanus. ¡Qué ciegos hemos estado! -levantándose con rabia apoyó ambos puños sobre la mesa, apartando bruscamente el plato de comida ya fría-. Y ahora les tenemos al alcance de nuestra mano. ¿Estas seguro de que eran ellos dos?

-Completamente seguro, mi señor -respondió marcialmente el soldado.

-¿Y les acompañaba un enano? ¿Seguro?

-Sí, mi señor. Seguro.

Arturo agitó ambas manos con energía ante su rostro.

-¡Son ellos! Varandir, Toro y Kikro. ¡Son ellos!

Tratando de serenarse, el comandante trazó un rápido plan.

-Capitán Tanus, encuentre a esos hombres. Pero no haga nada por detenerles. Sígalos y manténgame informado. Disponga de los hombres que considere adecuados -ordenó Arturo. Reflexionando en voz alta continuó maquinando planes-. Y haz que doblen la guardia de las mazmorras. Y la de los portones. No quiero que consigan acercarse a los prisioneros.

El capitán se cuadró marcialmente y espetó con voz grave la respuesta.

-Le mantendré informado puntualmente, mi comandante -y girándose desapareció por la puerta del comedor, dejando a Arturo satisfecho y a Suzán sumida en un mar de dudas.

Ж

La tarde ya menguaba. Habían pasado más de cuatro horas desde que el capitán Tanus había salido de la estancia en busca de los fugaces y por fin llegaban noticias.

Arturo se levantó de su butaca para escuchar al mensajero que el capitán enviaba. Había permanecido prácticamente inmóvil todo el tiempo, con la mirada perdida a través de la ventana. Pero ahora había recuperado toda su vitalidad de golpe.

-Mi comandante.

-Habla, rápido -urgió Arturo al sofocado hombre. Se le notaba nervioso y excitado.

-El capitán Tanus me envía para informarle de que el enano se encuentra reunido en una jaima de las afueras con más enanos, hablando y comiendo -Arturo asintió, demandando con gestos más información-. Al soldado le tenemos localizado frente a la casa de guardia, observando quién entra y quién sale.

-Sí, sí, ¿y el mago? -interrumpió Arturo.

-El mago estuvo buena parte de la tarde recorriendo el bazar, comprando pequeñas cosas y haciendo preguntas -el soldado se detuvo un instante para recobrar resuello-. Ahora se encuentra sentado en una mesa de la posada de la ciudad.

-¿Está solo? -preguntó urgentemente el comandante.

-Está solo, mi señor.

-Bien, bien. Gracias. Dejadnos -ordenó Arturo-. ¿Y Tanus? ¿Dónde está?

El soldado pareció dudar un instante.

-No me dijo nada al respecto, pero seguro que se encuentra vigilando al mago. Parece que le tuviera un rencor especial.

Arturo despidió al mensajero agradeciendo su informe y volvió a sentarse, maquinando cómo sacar mayor provecho aún de su ventaja. Si jugaba bien sus bazas atraparía a los fugaces sin apenas luchar. Y una vez que estuvieran en su poder... Sonriendo se volvió hacia Suzán.

-Ya has visto qué rápido hemos desenmascarado a los traidores. Fue una suerte que encontraras a Tanus y una suerte que decidieras rescatarle.

-También fue una suerte para mí. Estaba a punto de morir congelada -respondió Suzán, recordando la turbia mirada de Baltazor, su traicionero guía.

-Este es el momento de entrar en acción, querida. Varandir es cruel y muy retorcido, pero seguro que se entregará si le hacemos creer que es el último de su cuadrilla que continua libre. No creo que se atreva de escapar él solo y dejar que todos sean ajusticiados al amanecer.

Suzán trataba de comprender los planes de Arturo y aunque no lo tenía demasiado claro confiaba en el buen juicio del comandante de Tres Colinas. Al fin y al cabo no había tenido más que malas experiencias en Cretia desde que había llegado, malas experiencias que habían cesado justo en el momento en que por fin había encontrado un aliado. Arturo era un amigo, el único que había ofrecido su apoyo sin condiciones ni precios.

-Deberás entregarle un mensaje que escribiré ahora mismo, y mostrarle esto – continuó Arturo, al tiempo que se sacaba un sello dorado del dedo-. Toma, no me lo pierdas.

Suzán cogió el pesado anillo y miró con detenimiento la forma del sello. Una runa élfica que no conocía se enroscaba en un alargado torreón de piedra, y por el exterior un cordón rodeaba toda la figura, acabando en un nudo. Era curioso, no se había fijado nunca en que Arturo llevara ese anillo.

-¿Debo enseñarle esto? ¿Y qué debo decirle? –preguntó la caza recompensas.

Arturo sacó un pliego de fino papel de un bolsillo y lo desdobló cuidadosamente. Se veía sucio, algo roto, pero al parecer permanecía en blanco.

-No debes decirle nada. Muéstrale el sello y entrégale el mensaje –respondió el comandante mientras rebuscaba en sus bolsillos interiores-. No creo que quiera conocer nada más.

Al fin, con gesto satisfecho sacó una punta fina de carbón, con la que se dedicó a escribir con elegantes trazos en el pedazo de papel sin volver a abrir la boca hasta que al cabo de unos minutos terminó de garabatear el mensaje. Dobló el papel con cuidado de no extender el carbón y lo tendió hacia la mujer.

-Confío plenamente en ti, Suzán –afirmó mirando a los ojos de la mujer, su gesto era sereno y afable, serio, amigable-. Lo sabes.

Suzán alargó la mano y asió el mensaje. Mantuvo la brillante mirada del hombre con los ojos firmes y permaneció con el papel cogido hasta que Arturo lo soltó por fin de entre sus dedos.

-Sabes que si no fuera importante no te lo pediría –continuó Arturo. Se levantó y caminando hacia la ventana colocó ambas manos a la espalda, tamborileando con los dedos de una mano en la palma de la otra, repasando el vacío que había dejado el habitual aro del que nunca se desprendía-. Es algo que no sé si entenderás. Debes confiar en mí.

Suzán, en pie, con el mensaje en la mano, esperó expectante a que Arturo explicase lo que quería decir. No entendía a qué se refería.

-No debes leer el mensaje. Por nada del mundo debes hacerlo –dijo volviéndose de repente hacia la mujer-. Más tarde te lo explicaré. Ahora no lo entenderías.

Suzán miró intrigada el papel en su mano. Desde luego que no lo entendía. Y precisamente ahora es cuando sentía curiosidad por el contenido de tan misterioso mensaje.

-¿Qué debo hacer entonces? –preguntó sin apartar los ojos del viejo papel.

Arturo sonrió antes de responder.

-Es sencillo –informó adoptando gesto serio de nuevo-. Buscas a Varandir, le enseñas el sello, sin dárselo, te aseguras de que lo ve y le entregas el mensaje. Si todo va bien se rendirá y te acompañará hasta nuestra mazmorra.

Suzán asintió con la cabeza.

-¿Y si algo no va bien y no se rinde? –quiso saber la mujer.

-Entonces, no tendremos más remedio que apresarle por la fuerza –convino Arturo, señalando primero a la cadera derecha y luego a la izquierda de la mujer-. Veremos en acción esas famosas espadas que llevas.

Suzán se sobresaltó. Había esperado no tener que usarlas en una población tan numerosa como Tres Colinas. ¿Cómo reaccionaría la gente al ver a sus guardaespaldas? Ella lo tenía claro, ya le había pasado. O una bruja o una fugaz. Y ninguna alternativa le convenía.

-Esperemos que no sea necesario –dijo Suzán al tiempo que suspiraba.

-Te acompañarán varios hombres de confianza, Suzán, no estarás sola –añadió Arturo-. Busca a Tanus, que te acompañe con un par de soldados, no conviene armar mucho revuelo.

Con un gesto pensativo guardó el papel en un bolsillo y apoyó ambas manos en las empuñaduras de sus espadas. Su confianza y seguridad creció al recordar lo bien protegida que se encontraba. ¿Pero sería suficiente contra un malvado mago como el que Arturo le había descrito tantas veces? También se alegró por tener la compañía de Tanus. Y la de cualquier otro soldado que les acompañase.

Mientras descendía los escalones de piedra llevó su mano hasta el papel doblado que guardaba en el bolsillo. Notaba el corazón acelerado y chorros de sudor corriendo por su espalda; sus sienes palpitaban. Tenía una enorme curiosidad y se sintió culpable antes incluso de leerlo.

¿Por qué tanto empeño en que no lo leyese y se lo entregaba en mano, sin un sobre, sin lacrar o algo así? ¿Por qué había insistido en que no lo entendería ahora? ¿Por qué había recalcado que confiaba en ella con tanta insistencia?

Aquello no estaba bien. Se detuvo y apoyó la espalda contra la pared, tratando de controlar su respiración.

¿Por qué estaba tan nerviosa?

Sacó el papel del bolsillo, pero no lo miró. Lo mantuvo en la mano, sin desdoblarlo. No debía hacer aquello, pero lo estaba haciendo.

Arturo confiaba en ella. Ella confiaba en Arturo. ¿A qué venía tanto misterio? ¿Ocurriría algo malo si leía ese pedazo de papel? Nadie se enteraría. Sólo ella.

Lo guardó de nuevo en el bolsillo y descendió varios escalones. No iba a leerlo. Tenía la confianza de Arturo y jamás se debía traicionar la confianza de un amigo. Ni las promesas que se habían hecho. Al fin y al cabo se iba a enterar tarde o temprano. Él se lo iba a explicar. Tarde o temprano.

No lo leería.

Se detuvo de nuevo, sacó el papel y lo desdobló con pulso tembloroso. Pequeñas partículas de polvillo de carbón resbalaron de la hoja hacia el suelo. Comenzó a leer apresuradamente.

*"Varandir, todo ha acabado. Eres el último que queda.
Todos tus aliados han sido apesados y ahora estás solo.
El enano y Toro yacen en la mazmorra,
cargados de cadenas, junto al resto.
Ríndete a la evidencia, jamás lo conseguirás.
Terminemos de una vez con este maldito juego,*

entrega tus armas y os perdonaré la vida a todos..."

Cerrando los ojos no quiso continuar. Sin levantar los párpados dobló el papel y lo volvió a guardar en el bolsillo. Se sentía repugnante por haber traicionado la confianza de un amigo. Al menos no lo había leído del todo, lo cual hacía menos gravosa su falta.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad reanudó la marcha y se encaminó al exterior, en busca del destinatario del mensaje.



-¡Guardias! -gritó Arturo una vez que se hubo quedado solo-. ¡Guardias!

Dos hombres armados corrieron al interior de la estancia.

-¡Rápido! Seguid a esa mujer, os llevará ante Tanus. Decidle sin que se entere nadie más que aprese al enano y al gigantón en cuanto coja al mago, sin más retraso. Que emplee toda la fuerza que sea necesario y que me les traiga a todos de una pieza, vivos... o muertos, qué más da.

XXV.

La mazmorra de Tres Colinas.

Había pasado la mitad de la tarde rebuscando entre los puestos distintos ingredientes para algunos de los posibles conjuros que tenía en mente. Compró diente de león, virutas de plata, hojas de muérdago, polvo de carbón, azufre, piedra de volcán, tan ligera que casi flotaba en el aire y alguna pequeña cosa más. De paso hizo algunas preguntas.

Estaba sorprendido por muchas de las respuestas. Había esperado encontrar un gobierno con mano férrea, controlado por el ejército, exigiendo tributos y ofreciendo poco más que protección militar contra los invasores. En cambio se encontró que además de seguridad Arturo entregaba esperanza en una causa común. Ciertamente pedía impuestos y que había normas militares, pero estaba en marcha una guerra.

La mayoría de los nuevos residentes de Tres Colinas eran refugiados de todo el este del país. Habían llegado huyendo de los orcos y trasgos que campaban a sus anchas por esa zona del reino. Y todos, absolutamente todos, fueron acogidos en lo que en principio había sido un campamento militar. Leñadores, carpinteros, canteros, labradores, ganaderos, mozos, cocineros, milicianos, tejedores, alfareros, palafreneros, escuderos, herreros... Y todos tenían un hueco en Tres Colinas, una buena paga y un refugio seguro. Cada uno de los nuevos integrantes de la población hacía causa común, contra el enemigo, por su pueblo, por su reino. En contra de orcos y *fugaces* por igual. Qué contradicción.

Realmente sorprendente. Si no hubiese hablado antes con Toro hubiera dicho que Arturo era el salvador de Cretia; exactamente lo mismo que decían los pobladores de Tres Colinas. Debía encontrarse con Arturo cuanto antes.

Llevaba sintiendo unos ojos clavados en la espalda durante toda el día. Intentó descubrir de forma discreta quién le estaba siguiendo, pero no tuvo éxito. Sin embargo estaba seguro de que le seguían. No le importó mucho, pero hubiera preferido no llamar la atención de nadie.

Probó un par de veces a desaparecer en el barullo del mercado, pero al final siempre volvía a tener la sensación de alguien vigilando su espalda. No le dio más importancia y tanteando uno de los paquetitos que había adquirido en el mercado sonrió al imaginar la cara de sus perseguidores si desapareciese tras pronunciar las palabras adecuadas.

Se estaba acercando la hora convenida y decidió buscar la posada del lugar para esperar a sus amigos. Tenían problemas más graves de lo que él había esperado en principio. No podían contar con la colaboración de los ciudadanos de Tres Colinas, ni siquiera con su pasividad. Esperar a rescatar a los prisioneros en el momento de la ejecución era demasiado complicado. Debían actuar antes. Esa misma noche.

Encontró el pequeño establecimiento de manera rápida, ya que era de los pocos edificios de madera que había fuera de la empalizada. Tenía un piso por encima del salón de la posada y sus dos chimeneas tiraban humo en dos gruesos trazos que se elevaban hacia las nubes grises, prometiendo grandes fuegos, jugosos asados y calor sofocante.

Pidió cerveza tibia y agua para beber; para comer decidió esperar a sus acompañantes, que ya no tardarían en llegar. Se sentó en un taburete próximo a la

chimenea y se dejó hipnotizar por la danza de las llamas, sintiendo la caricia de su calor en el rostro. Estaba muy cansado, necesitaba dormir y aclarar sus pensamientos.

¡Le urgía dar un vistazo a ese tal Arturo y aclarar tantas dudas!

La gente entraba y salía, ordenando bebidas y comidas, descansando un momento o sentándose durante largo rato, manteniendo animadas conversaciones o acaloradas discusiones con los parroquianos o permaneciendo taciturnos y silenciosos como el propio Varandir.



Sin embargo lo sintió. Todos los demás ruidos se amortiguaron en su cerebro y escuchó abrirse la puerta, oyó las pisadas fuertes, seguras, de zancada larga, directas hacia el lugar donde él se encontraba tras una breve vacilación inicial. Venían a por él, su instinto gritaba por el peligro y su intuición le hizo llevar discretamente una mano a los bolsillos interiores y la otra a la espada. Con la mirada localizó una puerta opuesta a la principal, aunque desconocía si conducía al exterior o a una habitación interior. Se había metido él solo en la ratonera. Y había mordido el cebo.

Se giró para encarar a quien le buscaba y su mirada se bloqueó en los ardientes ojos rasgados de una mujer que avanzaba hacia él con paso elástico, peligroso y seguro. Apoyaba las manos en sendas espadas, acompañando el ligero contoneo de su caminar. Irradiaba una fiereza salvaje. Los ojos felinos advertían de su peligrosidad, sus pasos advertían de una agilidad y solidez nada común.

Varandir sintió miedo. Nunca se había enfrentado a un enemigo que le hubiera desconcertado tanto. Se sintió amenazado aun sin que su adversario hubiera desenfundado sus armas. Había algo que le paralizaba y que bloqueaba su mano en la empuñadura de la espada. No comprendía por qué, pero sabía que se enfrentaba a un enemigo formidable.

Cerró un segundo los ojos, tratando de recobrar el ánimo y buscando fuerza para afrontar a la increíble mujer. La mano de la espada se relajó y la mostró encima de la mesa. Pero la que mantenía en los bolsillos permaneció crispada y alerta.

Cuando abrió los ojos, ella había llegado hasta él y permanecía inmóvil, seria y en silencio, mirando sus ojos directamente. Él aguantó la mirada y comenzó a comprender. Posiblemente tendría una oportunidad. Supo que aquellos ojos no eran los que se habían clavado en su espalda durante toda la mañana.

Vio a varios soldados que acompañaban a la mujer. Descubrió un rostro conocido: reconoció al capitán que habían capturado Toro y él, al que habían intentado sonsacar información. Entonces comprendió quién era la mujer que tenía frente a él.

Ella alargó la mano tendiéndole un pedazo de papel doblado, y al ir a cogerlo se quedó petrificado. En uno de los finos dedos de esa mujer había un anillo, un sello de oro que portaba el blasón de su familia. La runa *phri* mayúscula se enroscaba en un alto torreón y el cordón de plata anudado rodeándolo. Él mismo tenía una réplica, pero hacía largos años que no veía uno como el suyo. Volvió a mirar el rostro de la mujer y luego el sello. No podía ser. No había tenido noticias en más de treinta años de su familia.

Tomó el papel y desdoblándolo con nervios lo leyó.

Su ánimo se hundió con el peso de cada línea que leía. Pasó de la más absoluta indignación al temor profundo que sentía por la suerte de sus compañeros. Estaba perdido. Todo había acabado.

Acababa de enterarse quién era la mujer que tenía frente a él. La miró con pesar y tristeza. Estaba hundido. Con rabia tomó el puño de espada. No tenía otra opción.



Una profunda respiración fue suficiente para aplacar sus nervios. Con decisión comenzó a caminar, la mirada fija al frente, resuelta a terminar de una vez por todas con el juego. Ya estaba cansada.

Al poco encontró a Tanus, y éste comprendió en seguida que la mujer iba a entrar en acción. Ya había visto esa mirada en sus pupilas antes. Prefería tenerla de su lado que enfrente, con sus mortíferos aceros amenazando con actuar.

-El mago -dijo Suzán mirando a los ojos del capitán. Era una orden y no había posibilidad de réplica-. Llévame hasta él.

El soldado asintió y guió a la caza recompensas por estrechas callejuelas hasta lo que parecía una taberna, a juzgar por el olor y el ruido que provenía del lugar.

Sin vacilar empujó con ambas manos la puerta, que cedió con un quejido a la fuerza de los brazos de la mujer. Entró y durante el segundo en que sus ojos tardaron en acostumbrarse al ambiente más oscuro permaneció en pie desafiante, bloqueando el paso a la sala.

Tuvo un momento de vacilación. Pero su instinto apuntó en línea recta hacia un hombre vuelto de espaldas a ella, sentado frente al fuego. Era él, lo sabía. Y ya no tuvo ojos para ninguna otra persona presente en la sala. Todo se volvió borroso excepto la imagen de aquellos hombres torturando a Tanus. ¿Cómo podían haber sido capaces?

Cuando el mago se volvió hacia ella, Suzán dudó durante un instante si tendría oportunidad de mostrarle el anillo y el mensaje antes de emprender la lucha. Aquel hombre estaba dispuesto a todo, como indicaban sus ojos. Pero algo le detuvo, probablemente ella, su mirada, su confianza, su porte altivo y peligroso. Se acercó hasta él sin dar tiempo a sacar ningún arma de su funda.

Veía al hombre desencajado y dubitativo. Algo había cambiado en sus ojos, algo que provocaba en su mente dudas e intriga. Pero se recordó a sí misma que era un mago, que ella le había visto torturando a un hombre y que ya estaba advertida contra él. Le tendió el mensaje, dejando bien a la vista el anillo que se había puesto en el dedo índice, con la intención de llamar la atención de aquel peligroso mago antes de que cogiera el papel.

De nuevo el hombre permaneció inmóvil, como si algún conjurador le hubiese paralizado. Esta vez sus ojos preguntaron, buscaron respuestas, hicieron conjeturas y al parecer no pudieron responder a ninguna incógnita. Hasta su mano comenzó a temblar al tomar el mensaje.

Ya había visto el sello. Ahora debía leer la carta. Y si todo iba bien, tal y como había predicho Arturo, rendiría sus armas ante ella, aceptando ser conducido hasta las mazmorras del torreón de la fortaleza.

El hombre pareció encogerse según sus ojos recorrían los trazos de carbón. Su pulso tembló aún más, y parpadeó constantemente, con incredulidad. Estaba llegando al final por la forma en que doblaba la hoja. Suzán tensó los músculos de hombros y espalda, cogiendo con fuerza las empuñaduras de ambas espadas. Un rugido de rabia esperaba preso en su garganta, en tensión. Si el mago hacía cualquier movimiento intimidatorio no sabía la que se le venía encima.

El hombre arrugó el mensaje en su puño. Trató de decir algo pero sus cuerdas vocales, agarrotadas, no respondieron. Únicamente un grito sordo comunicó a la mujer que había comprendido.

Se levantó volcando su taburete y con una rapidez escalofriante desenfundó su larga espada. La mantuvo desafiante unas milésimas de segundo mientras apretaba las mandíbulas y la arrojó encima de la mesa.

La caza recompensas, con todo su cuerpo en tensión, estuvo al borde de desencadenar el huracán en aquella taberna, y sus brillantes filos estuvieron en el límite para salir disparados hacia adelante. Pero habían sido los ojos de aquel hombre quienes habían detenido su impulso. El mago, con los ojos inundados de lágrimas dirigió la más triste mirada de incredulidad e incompreensión que había sentido en su vida. Él miraba con ojos de sacrificado, de derrotado en vez de lanzar chispas de rabia o de odio.

Varandir lanzó el papel arrugado encima de la mesa y apoyando ambas manos encima humilló la cabeza entre los hombros, era la viva imagen de la derrota. De

inmediato los soldados se le echaron encima y violentamente le maniataron sin que encontraran resistencia.

De golpe todos los sonidos amortiguados de la taberna volvieron a los oídos de Suzán, atronando su confundida cabeza. Había pasado la tormenta, pero no veía la calma por ninguna parte. Sin mediar palabra con los soldados se giró y salió de la posada.

Tanus la vio salir, impresionado, acobardado por la salvaje escena que había vivido apenas unos segundos antes. Aquella increíble mujer, aquél demonio en cuerpo de ángel había derrotado al *fugaz* sólo con su presencia, sin mediar palabra o advertencia alguna. Tan sólo con aquel pedazo de papel arrugado. De inmediato lo recogió y lo guardó en su chaqueta.

Ж

Se había producido un gran cambio en aquel hombre. Ya no era la misma persona de hacía unas horas, apenas le reconocía. Arturo había cambiado sus ojos por los de un loco, estaba exultante de alegría y saltaba por toda la habitación cada vez que la guardia daba la noticia de que otro *fugaz* había caído. Había además de alegría un punto de rabia y de rencor, como si aquellos fugaces fueran viejos enemigos del comandante de Tres Colinas.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Les tengo! ¡Son míos! ¡Aaaaaaag!

Suzán observaba atónita las demostraciones de triunfo y las cabriolas de aquel hombre hecho y derecho, que en aquel momento parecía un crío celebrando su victoria. No había comparación posible con lo que ella sentía, ni con lo que hasta ese momento había demostrado Arturo. ¡Qué gran diferencia!

Habían apresado al mago, al terrible enemigo de Cretia, y ella no se sentía nada bien. Después habían caído el enano y el otro guerrero, para satisfacción de Arturo. Sin embargo ella no se sentía tranquila; había hecho lo correcto pero tenía un regusto amargo que la incomodaba. Era duro, a veces, cumplir con las obligaciones. Sólo le consolaba que había llegado el final de todo aquello. Deseaba dormir, dormir profundamente y despertarse en casa, lejos de todo aquel jaleo de soldados, orcos, caballos, espadas y todo el sufrimiento que pesaba en su cuello como una losa. Afortunadamente había terminado.

Arturo, subido al alféizar de la ventana, haciendo equilibrio sobre el estrecho bordillo de granito elevaba los brazos hacia el cielo, con ambos puños cerrados. Gritaba a pleno pulmón, atrayendo hacia sí las miradas de los incrédulos soldados que custodiaban el recinto, la empalizada y los portones.

-¡Síiiiiii! ¡Son miiiiiiioooooooooooooos!

Suzán, incrédula se levantó de la silla y decidió abandonar el salón. Ya había tenido suficiente de demostraciones pueriles, de bailecitos y de gritos. Necesitaba descansar, cerrar los ojos y no pensar en nada. Necesitaba un baño que la relajase y que limpiase sus malas sensaciones. ¿Dónde encontraría una bañera en aquel sitio?

-¡No! –volvió a gritar Arturo, saltando al interior de la estancia-. No puedes irte ahora, querida.

Suzán se volvió a medias, lentamente. Estaba agotada.

-Ya no me necesitas para nada. Me voy a descansar.

Arturo corrió hasta la mujer, tomándola por el brazo con firmeza.

-No, no, no. Te equivocas. Es precisamente ahora cuando te necesito más – corrigió el comandante-. Necesito que me acompañes, es el último favor que te pido. Después podrás descansar en tus aposentos.

Arturo, sonriente, ufano miró fijamente a los ojos de la mujer.

-Por favor.

-Está bien –aceptó resignada Suzán-. Terminemos con esto de una vez.

-Acabemos –dijo Arturo tomando su mano y depositando un suave beso en ella-. Acabemos ahora mismo.

Sonrió, de forma siniestra, socarrona. Y sin soltar la mano de Suzán le condujo fuera de la estancia. Pasaron junto a los dos guardias que custodiaban la estancia y sin dejar que estos abrieran la siguiente puerta, Arturo tiró de la hoja y salió seguido de Suzán.

Comenzaron a bajar por las escaleras y a medio camino de la planta baja se encontraron con Tanus que subía.

-Mi comandante, está todo listo –informó el soldado.

-Bien, bien, bien, amigo –celebró Arturo-. Acompáñenos a las mazmorras, capitán.

Y sin esperar a que éste contestase, Arturo continuó bajando como una exhalación, agarrando aún la mano de Suzán. ¿Dónde iban con tanta prisa?

Cruzaron pasillos, salas, escaleras, puertas custodiadas, puertas cerradas con llave y un patio oscuro. Descendieron varios niveles, siempre hacia las raíces del torreón, por angostas escaleras de piedra, húmedas, sucias y resbaladizas.

En un momento dado, Arturo tomó según pasaba una de las antorchas de la pared para poder alumbrar su camino y el de los que le acompañaban. Parecía que tenía prisa y el último tramo de escalones los bajó de dos en dos, llevando casi en volandas a Suzán. Tanus acomodó su paso ágilmente al de su comandante y en todo momento cerró la marcha.

Cuando finalizaron el descenso enfilaron un pasillo empedrado de forma irregular durante unos veinte metros. Llegaron a una sala amplia, de techo más alto y de forma rectangular. Al fondo esperaba una sólida puerta reforzada con barrones de hierro y guardada por dos fornidos soldados de mirada implacable.

-¡Ya hemos llegado! -exclamó Arturo.

Los soldados se cuadraron pero no desbloquearon el paso por la puerta hacia la que se dirigían.

-Aquí vas a encontrar a quien tantos desvelos nos ha costado capturar, querida -informó Arturo señalando a través de los dos centinelas-. Lo que vas a ver más allá de esa puerta supondrá una inevitable corrección en el rumbo de este maltratado reino. ¡Y yo haré que sea próspero! ¡Temido! ¡Envidiado!

Suzán, casi sin resuello por la carrera escalones abajo no daba crédito a las palabras del hombre. Miró a Tanus, pero el capitán sólo tenía ojos para su líder y mantenía el rostro serio e impasible.

-¡Abran paso! ¡Vamos a entrar! -ordenó Arturo, gritando al rostro de uno de los centinelas. El soldado ni se inmutó, permaneciendo en su puesto como una marmórea estatua de los dioses de la antigüedad.

-No está permitido el paso con armas más que a los soldados de la guardia -ladró mecánicamente uno de los guardianes-. Son sus órdenes, mi comandante.

Arturo se frenó en seco. Recordaba perfectamente haber aleccionado al respecto a los capitanes de la guardia. Sonriendo pícaramente desabrochó su cinturón y dejó caer su espada y su daga al suelo, sin molestarse en mirar dónde caían. Buscando el gesto aprobatorio de los guardianes mostró sus palmas vueltas hacia arriba.

-La mujer también -insistió tercamente el otro de los soldados.

Suzán dio un respingo. Sin sus armas se sentía indefensa, desnuda, desprotegida. No había pensado separarse de ellas ni por un sólo instante. Respirando hondo se plantó frente a los guardianes y frente a Arturo, declarando solemne su intención.

-No daré ni un paso más sin mis armas. No hay discusión.

-Nadie va armado dentro de las mazmorras salvo los guardianes. Es por tu seguridad y por la de todos. Así evitamos que algún prisionero pueda hacerse con un arma -respondió Tanus-. Puedes estar tranquila yo sí entraré armado y los guardias estarán atentos por si ocurre algo.

Arturo asentía con la cabeza.

Nuevamente supo que no debía hacer aquello, pero comenzó a desabrochar su cinturón. Miró los ojos de Tanus. Eran firmes y sinceros. Al menos eso la tranquilizó un poco. Arturo mantenía esa mirada de alegría contenida, al parecer no daba mayor importancia al simple hecho de abandonar su espada.

Soltó su cinturón y depositó con cuidado ambas hojas de acero apoyadas en la pared. Miró a ambos guardias con resquemor y finalmente decidió confiar una vez más en Arturo y en Tanus. Hasta ahora todo había ido bien de aquella manera.

Franquearon el umbral, y durante un par de minutos Tanus se ocupó de encender varias teas que permanecían apagadas. Poco a poco la luz fue ganando presencia y descubrió siete gruesos postes clavados en el suelo. Seis de ellos estaban ocupados con un prisionero cada uno, atados de pies y manos y amordazados. Alguno colgaba literalmente de sus ligaduras, sin fuerza en las piernas para sostener su propio peso por más tiempo.

Suzán vio al enano del que había oído hablar tanto. Reconoció al bruto que había torturado a Tanus aquel fatídico día. Vislumbró también a una mujer rubia, con los ojos claros, heridos por la repentina luz. Incluso creyó ver un elfo al lado de un hombre fornido.

En primer plano estaba el mago, pero esta vez no pudo ver sus ojos, ya que el avejentado hombre no levantó la mirada del suelo ni un instante.

-Ah, Varandir, viejo amigo. Ja, ja, ja -rió Arturo acercándose al mago-. Cuánto tiempo sin vernos.

El mago levantó poco a poco la cabeza y encaró a Arturo. Durante un instante mantuvo su mirada y después volvió a agachar la cabeza para ya no levantar más los ojos del suelo.

-¿No te alegras de verme? -gritó Arturo-. ¿Ni siquiera un poquito? Yo sí, querido hermano.

Tanus asistía perplejo a las declaraciones de su comandante. Estaba muy extrañado por lo que escuchaba.

-Jaaaaa jaaaaa jaaaaa. Ahora río yo. ¿Lo ves? -prosiguió Arturo mientras caminaba rodeando al interpelado-. Hace muchos años sí reías cuando conseguiste que padre me desterrara.

Varandir se removió un poco, pero nada podía hacer amordazado y atado a ese poste.

-¿Y a quién tenemos aquí? Nada más y nada menos que a Kikro Cabeza de Torre. A sus pies, majestad, será todo un honor para el hacha del verdugo.

Suzán dio un respingo.

-¿Y este fortachón? ¿Hmmm? Nada menos que el formidable Toro... qué bien.

Tanus comenzó a impacientarse. No sabía dónde quería ir a parar el hasta ahora siempre pragmático comandante.

-¿Y todos estos amigos? -se preguntó Arturo señalando a la mujer, al elfo y al otro hombre-. Los amigos de mis amigos son amigos míos también.

Arturo sonrió.

-¡Ah! Si es que los demás no son amigos míos. Lo olvidé. Ja, ja, ja.

Volviéndose de súbito hacia la mujer y el capitán de su tropa, Arturo elevó la voz.

-Dígame capitán. ¿Cuál es la pena por ser un traidor a Cretia?

-Muerte -respondió Tanus.

-¿Y cuál es la pena por aliarse con orcos y otras inmundas criaturas para atacar a nuestros paisanos?

-Muerte -respondió de nuevo Tanus.

-¿Y cuál es la pena por secuestrar, torturar y conspirar contra el Rey de Cretia?

-Muerte -dijo por último Tanus, sin comprender nada en absoluto.

Arturo dio cuatro grandes zancadas, situándose frente a los prisioneros.

-¡Ya habéis oído la sentencia! ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! -chilló fuera de sí.

Tanus miró a Suzán, que con la boca abierta observaba a su vez al comandante.

-Capitán. Prepárelo todo. Mañana al amanecer habrá siete ejecuciones -ordenó Arturo recuperando la calma y moderando el tono de voz.

-¿Siete? - se extrañó Tanus-. Sólo hay seis prisioneros, mi comandante.

-Ah, sí. Se me olvidaba -respondió Arturo. Y volviéndose hacia Suzán la señaló con el dedo y prosiguió con voz aún más estridente-. ¡Ella se queda aquí!

Suzán se sintió paralizada, con el corazón detenido en su último latido. Fue incapaz de articular palabra.

-Capitán, detenga a esta mujer. ¡Es un *fugaz*! -acusó Arturo.

Suzán no podía creer lo que estaba escuchando. ¿La estaba acusando de ser un fugaz? ¿Y Arturo, entonces? ¿No era a su vez un fugaz él?

Tanus se sorprendió también. Había esperado muchas cosas de Arturo, pero nunca algo así. Era lo más extraño que recordaba en toda su dilatada vida. Frunciendo el ceño trató de recordar detalles que encajaran a la mujer con un fugaz.

El amortiguado grito de Varandir y sus desesperadas sacudidas sacaron de su ensimismamiento a la caza recompensas. Dirigió ambas manos hacia los costados y entonces recordó que no iba armada. Desesperada buscó algo con lo que defenderse.

Tanus desenfundó su espada. Arturo se sujetaba la tripa de las incontenibles carcajadas que le acometían.

Desesperada, Suzán trató de esquivar al soldado ocultándose detrás de los prisioneros, lo que hizo que aumentase la perplejidad del capitán. Comenzaron a perseguirse, Suzán corriendo breves zancadas para interponer los postes entre ambos y Tanus para aproximarse. Pero pronto se vio a corralada, con el sonriente Arturo detrás de ella y la espada de Tanus apuntando directamente a su garganta.

-Ríndete, bruja -ordenó Tanus.

-Eso, eso. Ríndete -chilló Arturo al tiempo que se tiraba encima de Suzán y agarraba sus brazos.

En breves instantes, la mujer fue maniatada y sujeta al único poste libre. Se debatía y retorció como una culebra, intentando liberarse de las férreas garras que la atenazaban. Pero al poco se dio cuenta de que era imposible liberarse usando la escasa fuerza que le quedaba.

Rompió a llorar y amargas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Había sido engañada de nuevo. Habían vuelto a jugar con ella y con su buena fe. Se sentía humillada, utilizada, traicionada, vejada. En ese mismo instante comprendió la mirada final de Varandir en la posada, justo antes de rendir sus armas. Él era el que velaba por

Cretia. Y ella había sido quien le había apresado, para complacer la locura de Arturo.
¿El hermano de Varandir?

-¿Qué ponía en ese mensaje? -preguntó entre lágrimas, mirando a los perturbados ojos a Arturo-. ¿Qué ponía?

Sintió rabia por no haber leído al completo la nota. Y sintió un pesar infinito por haberse sentido culpable al leer sólo el comienzo. ¿Cuándo espabilaría? ¿Por qué confiaba así en la gente?

Tanus recordó el momento de la rendición del mago y el instante en que había leído la nota. Había sido un momento extraño que él había achacado a la mujer. Pero bien podía haber sido consecuencia del papel. Recordó que lo tenía en el bolsillo.

-¿Poner? ¿No lo leíste? -se rió Arturo-. Ah, mi querida Suzán. Prométeme que no confiarás en las personas como yo. Oh, olvidaba que ya lo has hecho. ¡Qué importa ahora lo que pusiera en esa nota!

Varandir se revolvió otra vez. Gritando algo ininteligible a través de la mordaza y sacudiendo brazos y piernas, tratando de liberarse. Parecía fuera de sí.

-Tanus, tú me conoces. Salvé tu vida -dijo Suzán-. ¿Lo recuerdas?

El soldado arrugó el entrecejo y permaneció atento a las palabras de la fugaz.

-¿Te hubiera liberado si hubiera sido compañera de estos otros? -gritó Suzán sacudiendo la cabeza.

-Amordázala de una vez -exigió Arturo.

-¡No soy tu enemiga! ¡No soy tu enemiga! -chilló la mujer desesperadamente.

-¡Haz que se calle! -ordenó Arturo sacudiendo los hombros del soldado.

-Tanus, él también es un fugaz. ¡Arturo es un fugaz! ¡Como yo! ¡Como todos los que estamos aquí prisioneros!

Tanus, aturdido, sofocado y nervioso daba vueltas a lo acontecido durante los últimos meses, desde la llegada del comandante. Era cierto que al principio había corrido ese rumor.

-Esto es sólo una venganza, Tanus, no le importa nada tu reino -prosiguió la mujer-. ¿Cómo crees que conoce tan bien a los prisioneros? Pero si ha dicho que es el hermano de uno de ellos...

-¡Cállate! ¡Cállate! -gritó Arturo abofeteando el rostro de la indefensa Suzán.

Tanus no pudo soportar más la presión. Tal vez lamentaría el resto de su vida lo que iba a hacer, pero no podía permanecer impasible mientras su comandante enloquecía por segundos y no se defendía de una grave acusación como aquella.

Primero atrapó una mano del comandante, sujetando firmemente su muñeca. Después la retorció y la colocó en la espalda de su propietario y tiró del brazo hacia arriba. Arturo se retorció de dolor y forcejeó inútilmente mientras el soldado trababa sus piernas hábilmente y lo arrojaba al suelo boca abajo.

-Siento que esto sea necesario, mi comandante. Debe dejar hablar a la prisionera. Debe explicar lo que ha dicho.

-Tanus, suéltame. ¡Suéltame! ¡Es una orden!

El soldado no obedeció y miró contrariado a la mujer.

-No hagas que me arrepienta de esto.

-Tanus, él es un fugaz. Me lo ha confesado él mismo.

-¡Miente! -gritó como pudo Arturo, revolviéndose en el suelo.

Varandir se agitaba a su vez y trataba de gritar también, mas no se le entendía nada. El resto de prisioneros permanecían expectantes.

Suzán sacudió la cabeza. Tenía los ojos acuosos y enrojecidos, y sentía arder la sangre en sus mejillas. ¿Cómo podía probar que decía la verdad?

-Él ha reconocido a todos y cada uno de los prisioneros, por favor créeme - suplicó la mujer-. Si les conocía de antes es porque es un fugaz y ya les había visto. Te salvé la vida, Tanus, tienes que creerme.

-Eso ya quedó saldado ¿recuerdas? No trates de cobrártelo dos veces -respondió Tanus. El soldado, sentado a horcajadas encima de su comandante sabía que no podía demorar mucho más la situación. Así que se levantó y soltando muy despacio a Arturo permitió que éste se incorporase.

-Así está mucho mejor, Tanus. Mucho mejor -expresó el Arturo sacudiéndose el polvo de la ropa.

El soldado volvió a desenfundar su espada, y esta vez acercó su afilada punta a Arturo, para sorpresa de éste.

-No quiero más que aclarar las cosas. Y necesito respuestas... por el bien de Cretia. Por la seguridad de todos.

Arturo se encendió de ira. La sangre le subió al rostro, enrojeciéndolo, coloreando sus orejas.

-Estoy harto, capitán -rugió apretando los dientes.

Tanus acercó peligrosamente el acero a la garganta de Arturo, mostrando determinación. No habría tregua hasta conocer todas las respuestas.

-Quiero saber -comenzó Tanus- cómo supiste que los tres fugaces estaban inconscientes en el fondo de aquel barranco. Quiero saber cómo te enteraste para que nos hicieras llegar un mensajero que nos alertase y pasáramos por allí a capturarlos.

Suzán enmudeció. Estaba intrigada por otro nuevo giro que había dado la situación. Tanus dudaba ahora de su comandante, del líder que había imbuido en todos ellos la esperanza.

A Arturo se le veía azorado, nervioso, iracundo. Abría la boca sin llegar a pronunciar palabra alguna, boqueando como un pez fuera del agua. Con ambas manos se mesó el cabello y tras tragar dolorosamente saliva consiguió articular palabra.

-Tengo mis medios, Tanus.

-Quiero saber cuáles son esos medios.

-Hasta ahora nunca habías dudado de ellos - se defendió Arturo.

-Hasta ahora no te habías comportado como un loco fugaz.

Arturo cerró los ojos, tratando de pausar su respiración.

-Escucha, Tanus -rogó empleando un tono de voz calmado-. Lo siento. Siento haberte mentido todo este tiempo.

Tanus permaneció mudo, aguardando la conclusión.

-Es verdad, soy un fugaz. Ya no puedo ocultarlo más tiempo -admitió-. Pero tú sabes lo mucho que he hecho por Cretia. Tú sabes todo lo que he luchado por defenderla -Arturo meneó la cabeza apesadumbrado, dejando caer los hombros-. Es verdad que los fugaces no son buenos para Cretia. Ni siquiera yo soy conveniente. Deja que acabe con esto y me marcharé para no volver jamás.

El capitán abrió los ojos incrédulo. Tenía muy claro que los fugaces no eran convenientes para Cretia ni para nadie. Ahora, todo su mundo se desvanecía. Toda su esperanza se esfumaba y notaba el peso de la desolación colgando de su cuello. Había dedicado su esfuerzo y puesto en peligro su vida buscando fugaces bajo las órdenes de otro fugaz. ¡Qué locura!

-Yo amo a Cretia. Amo sus gentes, amo sus montañas -aseguró Arturo-. Varandir y estos aliados suyos pretendían destruir todo cuanto conoces Tanus. Acabemos juntos con ellos y me iré.

-Cómo supiste que los tres fugaces estaban tendidos en el suelo en aquel barranco. ¡Cómo! -insistió Tanus.

-Lo supe, eso debe bastarte, Tanus -se defendió el comandante-. Escúchame. Deja que yo salde cuentas con los fugaces y que os ayude a restablecer el orden en el país. Luego me iré, lo prometo.

El capitán relajó un poco la amenaza de su acero. Caprichosos fugaces, siempre atrayendo problemas. Y esta vez le había tocado a él en medio del ojo del huracán. Allí tenía a su merced a ocho fugaces, incluido el comandante de toda la fortaleza, el líder indiscutible de la esperanza.

-Sabes que nunca te he mentado, Tanus -afirmó categórico Arturo.

-¿Nunca? Ja, se te olvidó contarle que eras un fugaz ¿eh? -gritó Suzán.

-No hagas caso a esa perra. Ella planeaba arrasar Cretia y repartirse el botín con sus huestes de orcos.

Tanus asistía perplejo al cruce de insultos y de acusaciones. Parecía estar en un prostíbulo cualquiera, en medio de una riña y no en la mazmorra más profunda de Tres Colinas. El último bastión contra la invasión orca. De pronto recordó el motivo por el que Arturo había surgido: defender Cretia. Si él caía ahora, ¿quién defendería el reino? Malas noticias llevaría ese día al resto de la tropa. Fuese como fuese Arturo no podía ser su comandante por más tiempo. No después de haber llevado a cabo una encarnizada búsqueda de fugaces por toda Cretia y Arturo ser uno de ellos.

-¡Todos! ¡Todos ellos! ¡Mírales! -gritaba Arturo cada vez más fuera de sí-. Ellos planearon todo esto, las invasiones, los saqueos, las matanzas. ¡Ellos! ¡Eeeeeellooooooos!

Arturo, casi afónico, se desgañitaba acusando a los amordazados prisioneros. Suzán optó por guardar silencio. Aquel hombre estaba ido, gritando como loco, contradiciéndose, mintiendo. Si le dejaban hablar otro poco acabaría delatándose él solo.

-Tú eres el traidor a Cretia -pinchó Suzán.

-¡Noooooooooooooooooooo! ¡Tú, tú eres la cerda que ha traicionado al Rey! ¡Tuuuuuuuuuuuu...!

Extenuado, Arturo cayó de rodillas al suelo. Ya sin voz seguía tratando de gritar y de hablar afónicamente, con las venas de la frente y del cuello hinchadas a punto de estallar. Rojo de ira y de frustración señalaba a los prisioneros a Tanus y a sí mismo en un atropellado intento de explicar lo inexplicable.

Un relámpago cruzó el pensamiento de Tanus, un destello. El papel. Lo tenía él, en el bolsillo. Retrocedió un paso y sin dejar de apuntar con la espada al enajenado comandante sacó el trozo de papel y desdoblándolo lo leyó deprisa. A medida que sus ojos seguían las líneas su expresión fue cambiando desde la más absoluta sorpresa a la indignación más profunda que jamás había sentido.

Acabó de leer y levantando la vista del papel vio a Arturo gritando aún sin voz, sin percatarse de que su capitán había sacado de su bolsillo el mensaje y lo había leído.

-¡Cállate! -ordenó Tanus golpeando el rostro de su comandante.

Arturo se tranquilizó en un instante; rojo de ira intentaba respirar tumbado boca arriba en el suelo.

Tanus tomó el papel de nuevo y con voz recia leyó en alto.

*"Varandir, todo ha acabado. Eres el último que queda.
Todos tus aliados han sido apresados y ahora estás solo.
El enano y Toro yacen en la mazmorra,
cargados de cadenas, junto al resto.
Ríndete a la evidencia, jamás lo conseguirás.
Terminemos de una vez con este maldito juego,*

*entrega tus armas y os perdonaré la vida a todos
excepto a ti, claro, querido hermanito.
Niégate y yo personalmente me encargaré de rebanar el cuello
a la preciosa ramera que te has buscado como aliada.
¡Qué pena que yo la haya encontrado antes!
Entrégame tu vida a cambio de la del resto de
dragones de la hermandad o arderán en la hoguera.
Después arderá Cretia por los cuatro costados y
haré de este reino un campo de batalla sembrado de cadáveres.
Entrega tus armas o juro que la hija del Rey será entregada como sacrificio
al más bruto de los cabecillas orcos.
Hermano, sabes que no pueden dejarse puntos oscuros
en el pasado de cada uno o puede que éste se vuelva en contra..."*

Suzán escuchó atónita el contenido de la nota que había entregado a Varandir. Ahora comprendía su mirada. Ahora entendía por qué había rendido su espada sin luchar. ¡Por ella! ¡Por todos los demás!

Arturo se incorporó lentamente bajo la atónita mirada de Suzán y de Tanus. Mientras Varandir volvía a agitarse y a sacudir la cabeza en un intento desesperado de hablar.

El comandante de la tropa con una extraña mirada habló, recobrada aparentemente ya la calma.

-Bien. Hasta aquí hemos llegado. Tanus, necio, no debiste rechazar lo que te ofrecí. Ahora ya es demasiado tarde.

Juntó las manos y cerró los ojos mientras murmuraba algo ininteligible.

-Todos moriréis -exclamó y desapareció.

Tanus dio un respingo y se acercó raudo hasta el lugar en que había estado Arturo. No había ni la menor huella, ni rastro de él.

Varandir gritaba desesperado sacudiendo la cabeza atrás y adelante.

-Creo que deberías escuchar al mago -sugirió Suzán al soldado, que espada en mano miraba incrédulo el lugar en el que ya no estaba Arturo-. Él es quien puede aconsejarnos.

Tanus, mecánicamente, sin comprender muy bien lo que hacía obedeció a la caza recompensas y soltó la mordaza al sudoroso mago.

-¡Agh! ¡Rápido! ¡Desátanos! -pidió Varandir.

Tanus sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

-Ni hablar. Bastantes problemas me habéis causado ya los fugaces como para teneros sueltos por aquí.

-Pero él volverá, y si nos encuentra atados estamos perdidos -insistió el mago.

Tanus negó de nuevo con la cabeza.

-¿Quién volverá? -quiso saber Suzán.

-Arturo... o Nidarún -me temo, respondió en seguida Varandir-. Arturo en realidad es una creación secundaria, un punto oscuro de mi pasado que él ha explotado para su propio beneficio.

El soldado ahora sí que no entendía nada de nada.

-¿Y volverá aquí? -insistió Suzán.

-¿Dónde si no? -fue la respuesta del mago-. Aquí nos tiene a todos reunidos y maniatados. Es su ocasión de cobrar venganza y eliminarnos a todos. Las amenazas que escribió en la nota son ciertas.

-Pero ¿cómo pudo desaparecer? -preguntó la caza recompensas.

-No desapareció -aseguró Varandir-. Regresó *a casa*. Ya me entiendes.
Suzán asintió. Ahora lo entendía. Había salido de la partida. Era un fugaz, exactamente como ella.

-¿Puedo hacer yo lo mismo? -preguntó rápidamente.

Varandir asintió raudo.

-El círculo de manos lo forman las tuyas únicamente. ¡Si me hubieran dejado las manos juntas lo habría hecho yo mismo hace tiempo!

-Capitán Tanus, es complicado de entender, pero estamos con Cretia. Libere a los prisioneros; le ayudaremos a que todo esto acabe. Tal vez yo pueda evitar que él regrese.

Tanus miró incrédulo a la mujer. ¿Cuántas veces le habían asegurado eso mismo aquella noche? Ella se cogió las manos, exactamente como había hecho Arturo y también murmuró algo. Parpadeó y cuando quiso darse cuenta la mujer ya no estaba allí. Las ligaduras cayeron flojas al suelo, al lado del vacío poste que hasta hacía menos de un segundo amarraba a un prisionero.

¿Podía alguien entender a los *fugaces*?

XXVI.

Carreras por los pasillos.

Despertó sobresaltada. Se sentía sudorosa, pegajosa y acalorada. Había dormido con la ropa puesta, encima de la cama. ¿Por qué se encontraba tan cansada? Miró el despertador. Las nueve y diez. Era pronto.

Se incorporó y puso los pies en el suelo. Al hacer esto, un cuaderno negro se cayó y quedó abierto en el suelo, con alguna hoja doblada de mala manera. De pronto recordó.

Se miró las manos, y dando un salto hasta el lavabo estudió su rostro en el espejo. A parte de muchas ojeras tenía el mismo aspecto cansado de siempre. Llenó la pila de agua fría y sumergió la cabeza tratando de despejarse. Contuvo la respiración todo lo que pudo y procurando no pensar en nada dejó que el agua fría la refrescase. Cuando levantó la cabeza recordaba con claridad la angustia que había vivido. Y por qué había vuelto. Debía encontrar a Adrián.

Miró otra vez el despertador. Las nueve y cuarto. ¡El desayuno! Se iba a perder el desayuno. Se puso los playeros y sin atarse los cordones salió y corrió por el pasillo.

-Bueno días –saludó a otro monitor que encontró por el pasillo, sin pararse a hablar, alejándose a todo correr pasillo adelante.

Necesitaba comprobar la habitación del niño. Sólo un ala más allá.

Cuando llegó ante la puerta esperó unos segundos a recobrar el resuello; no podía ni hablar. Llamó con dos golpes secos y sin esperar a que respondieran entró abriendo violentamente.

La habitación estaba vacía, con las persianas levantadas y las dos camas deshechas. El baño estaba vacío. Se había esfumado el muy cabrito.

-¡Susana! –saludó alguien detrás suyo.

Se giró y reconoció a Toño, otro de los monitores.

-Hola, Toño.

-Te vas a perder el desayuno –dijo el monitor mirando su reloj de pulsera.

-Ya, ya –contestó Susana-. ¿Y este? –preguntó señalando una de las camas vacías.

-Increíble, ¿verdad? –respondió con una sonrisa Toño-. Volvió a aparecer y como si tal cosa. No veas que cara de angelote pone y qué pucheros que hace.

Susana no daba crédito a sus oídos.

-Y ahora estará desayunando tan ricamente. Vaya follón, no veas –concluyó el muchacho encogiéndose de hombros.

-¡El desayuno, allí lo encontraré! Gracias –y sin esperar contestación corrió hacia el comedor.

-Espera, no corras...

Deshizo el camino andado hasta su habitación. Pasó de largo y siguió corriendo por el pasillo hasta la puerta del patio. Esa mañana también llovía.

Corrió atravesando el patio, salvando de un salto las jardineras. Hace sólo unos días no hubiera saltado por encima, ni por encima de una jardinera la mitad de alta. Ni hubiera corrido como ahora, bajo la lluvia, sin que le importara mojarse. Algo había cambiado en su interior. Sentía un fuego que quemaba en su sangre, que hacía arder todos sus músculos: se sentía viva. Y estaba muy enfadada. Ahora, aquí, en las colonias

de la Caja de Ahorros ella era la responsable, la monitora. Y estaban jugando con su tiempo, con su credibilidad y con su paciencia.

El problema iba a acabar de forma tajante. En cuanto encontrase al pequeño y traicionero Adrián le iba a cantar las cuarenta. Vaya que sí. Se había agotado toda su paciencia. Y aunque era un juego, había sido muy real todo lo que había sentido y vivido en el lejano país de Cretia. Tanto frío, tanto sufrimiento y tanta angustia no habían sido en vano. No pensaba consentirlo.

Entró como una exhalación en el comedor. Al abrir la puerta una fría ráfaga de aire húmedo se coló dentro, arremolinándose en las mesas próximas, soplando el despeinado pelo de los chavales más cercanos. Tardó unos segundos en localizar al muchacho. Al fondo, en un lateral, zampando bollos y galletas mojadas en cacao, como si tal cosa.

Él la vio. Y la reconoció. Lo decían sus ojillos traviosos y chispeantes. Pero no se movió. Allí delante de todos sabía que tenía todas las de ganar, lo decía su altanera y soberbia mirada.

Susana se acercó a grandes pasos, con la mirada fija en el chico. Adrián, sólo estaba él en su pensamiento. Lo tenía a pocos metros ya cuando se interpuso un uniforme verde en su camino.

Levantando la vista vio un enorme guardia civil que cerraba el camino hacia el chico.

-Vuelve a tu mesa. No molestes y estate calladita.

La imperiosa orden y el tajante tono obligaron a la monitora a aceptar que el muchacho estaba protegido de su ira por el momento. *Casi más protegido que en Cretia*, pensó en un rápido destello.

Se sentó y sin ganas dio vueltas a un frío café con leche. Mordisqueó una galleta sin apetito, esperando que comenzasen las actividades. ¿Actividades? Recordó que las colonias habían sido suspendidas. Los chavales seguían sin aparecer.

Cuando acabó el desayuno no hubo carreras por los pasillos, ni gritos, ni algarabía ni alboroto. Incluso Héctor, el director de las colonias mantuvo un extraño silencio desganado; sin sus gritos y órdenes dictatoriales aquello no era lo mismo.

Susana intentó varias veces salir de su habitación y acercarse a Adrián. Pero la vigilancia era férrea. Varios guardias del cuerpo de montaña cuidaban que nadie entrara o saliera del Complejo Polideportivo Tres Pinares. ¿Tres Pinares? Un pequeño mecanismo encajó en su mente, engranando con otro y haciendo girar las ruedas dentadas de la comprensión. ¿Cuántas similitudes más le aguardaban?

Pudo moverse por algunos pasillos, pero el que daba acceso a las habitaciones de los muchachos, ahora que estaban ocupadas, estaba celosamente guardado. No estaba en el turno de guardia, por lo que no debía estar en los pasillos. Varios Guardias distintos la enviaron a su habitación en repetidas ocasiones. *Todo el mundo en su habitación y la maleta preparada, el autobús ya estaba en camino.* Esa era la consigna.

Pero Susana sabía que las colonias no acabarían así sin más. Adrián había demostrado ya que aprovecharía cualquier oportunidad que tuviera para desvanecerse y hacer de las suyas. Es más, recordando la situación en que había quedado todo en la mazmorra, Susana no tuvo ninguna duda de que intentaría volver. Aunque no tenía ni idea de qué nuevas maldades se le ocurrirían para atormentar a las gentes del inhóspito reino.

Paseaba por su habitación como un tigre enjaulado, dando vueltas en círculos alrededor de la cama y la alfombra. Sonrió al sentirse enjaulada como un gran felino. Se llevó las manos a la cadera y allí sólo encontró su cinturón y el pequeño bolsito que la

acompañaba a todas partes. Ella nunca había sido agresiva ¿qué la había cambiado así? Supo la respuesta al instante: ese juego, ese terrible y apasionante juego.

Su apesadumbrada mirada se perdió a través de los cristales de la habitación, buscando el cielo gris, amenazando tormenta para todo el día. Al menos no nevaría.

Sacudió la cabeza. No podía nevar, estaban en julio. Estaba trastornada, desubicada. Necesitaba terminar con aquella sensación de ansiedad y de vacío. Necesitaba encontrar a ese... ¡A ese!

Mirando por la ventana hacia el piso de abajo vio al muchacho a través de otra ventana. Estaba sentado en el despacho de Héctor, todo formalito en una silla, aguantando el chaparrón, imaginó.

Su mente voló, trazando una ruta que la llevase directa a los pisos de abajo. Su ventana no tenía reja. Y los pasillos de abajo estaban menos vigilados. Era la oportunidad de encontrarse con el pequeño bastardo cara a cara.

Corrió el pestillo del baño, atrancando la puerta. Abrió la ventana y el viento cargado de agua golpeó su rostro, pero eso no la echó para atrás. Ignorando el agua, incluso el vértigo que según recordaba había tenido hasta ese momento, Susana sacó el cuerpo por el hueco de la ventana. Subida en el alféizar calculó la distancia hasta el suelo y hasta el canalón que descendía vertical desde el tejado.

Desconocía si aguantaría su peso, pero no tenía ningún otro medio de comprobarlo que saltar y tratar de bajar. No lo pensó dos veces, calculó mentalmente la distancia y se lanzó hacia el canalón, estirando los brazos. Era un pequeño salto. La dificultad era agarrarse a tiempo y no caer al vacío desde el primer piso, sobre el jardín del patio.

Sus dedos se aferraron con fuerza al tubo galvanizado, la humedad hizo que resbalara hacia abajo, raspándose los nudillos y rompiéndose varias uñas. Apretando los dientes para no gritar, Susana detuvo su balanceo atrapando el tubo con los pies. Las zapatillas resbalaron también, pero al menos frenó algo la caída.

Hizo toda la presión que sus muslos permitieron y a duras penas mantuvo su precario equilibrio. Soltó una mano y vio sus dedos despellejados, sucios de la arenilla del cemento de la pared y cubiertos de sangre. Palpitaban como si tuviera dentro de cada uno de ellos un corazón. Dolía mucho más de lo que había esperado, incluso comenzó a marearse.

Sin ceder a la náusea y al creciente mareo de su cabeza, se obligó a aflojar paulatinamente las piernas y comenzar a resbalar poquito a poquito hacia el suelo. En unos segundos ya casi tenía los pies a la altura de las ventanas de la planta baja. Ocupó su mente en pensar en todo lo que había vivido en Cretia, el frío, las cabalgatas, las posadas, las peleas. Cualquier cosa era mejor que pensar en que se estaba desollando los dedos y raspando las rodillas contra todas las aristas cortantes del mundo. Cada ladrillo pasó lacerando dedos, muñecas y rodillas; cada nuevo punto de apoyo del canalón en la pared era un suplicio cortante de acero. Apretó los dientes y comenzó a llorar.

A escasos dos metros del suelo se dejó caer soltando sus temblorosas manos. En ese momento cualquier golpe sería menos doloroso que seguir rozando las heridas de las manos. Cayó de mala manera, torciéndose un tobillo y golpeándose la cabeza contra la acera. Y se mordió la lengua.

Cerró la boca para no gritar de dolor. Y para no dejar escapar el cacho de lengua que se había partido. Eso fue lo que más dolía, lo que le hacía sufrir con espasmos afilados de dolor, sacudiendo su cabeza en oleadas incontrolables.

Se giró y quedó boca abajo en el suelo mojado. Abrió la boca y escupió. No había sangre apenas. Se tanteó cuidadosamente la lengua con un dedo y finalmente se atrevió a sacarla de la boca. Estaba entera. Pero dolía como si se la hubiera partido.

Haciendo un esfuerzo para no gritar de cabreo, apretó los puños y aguantó el dolor de cada pelo de su piel. Y encima hacía frío. Sólo faltaba que nevase.

Calada hasta los huesos volvió a girarse y boca arriba observó si alguien la había visto desde el piso superior. Nadie en las ventanas. Se medio incorporó y corriendo todo lo que le permitió su maltrecho tobillo llegó bajo la ventana del despacho de Héctor.

Muy despacito, con parsimonia y aprovechando una maceta en el poyo de la ventana se asomó para ver si Adrián seguía dentro. Y efectivamente, allí estaba. Pero en ese momento se levantaba de la silla y parecía que se disponía a abandonar el despacho.

Susana corrió agachada hasta la puerta de acceso al jardín y horrorizada comprobó que estaba cerrada. Giró varias veces el picaporte, maldiciendo en silencio su mala suerte.

Vio la sombra de Adrián acercándose por el pasillo, y embobada se quedó mirando a través del cristal como el muchacho llegaba frente a ella y sonreía. *No has llegado a tiempo, querida* -leyó en sus labios. Entonces Adrián se despidió con la mano y siguió caminando hacia el final del pasillo.

Susana sabía que tras la puerta del fondo Adrián volvería a contar con la protección de los guardias civiles que custodiaban la entrada principal y el acceso a las habitaciones. Debía cogerle antes. Angustiada comenzó a comprobar todas las ventanas correderas. Una, cerrada. Dos, cerrada. Tres, cerrada. Cuatro, cerrada. Sólo quedaba una. ¡Abierta!

La corrió con violencia y se tiró al interior arrastrando varias macetas de flores. Nunca le habían gustado los geranios. Cayó en el pasillo en medio de un torbellino de tierra y hojas arrancadas. Ofrecía un aspecto deplorable: sucia, mojada, con la cara raspada y toda la ropa llena de barrillo y pétalos fucsia. Pero estaba dentro.

Adrián se asustó cuando vio avanzar a la chica con los dientes apretados y aspecto de haberse escapado de un psiquiátrico, con el pelo por la cara, pegado con agua sucia y los ojos fijos en él. Lanzando un gritito echó a correr con la muchacha a un palmo de cazarle. Corrió con todas sus fuerzas, conteniendo la respiración.

Llegó hasta la puerta y la abrió de un empujón, entrando como una centella en el amplio recibidor del complejo. Susana venía detrás, sin emitir un sólo sonido, con una idea fija en la mente. Lo estrangulaba.

La carrera, en aquellos días tan extraños, no pasó desapercibida a los dos guardias civiles. Reconocieron al pequeño mocoso que la liaba constantemente y se sorprendieron al ver a la chica que toda empapada corría detrás de él. Decidieron intervenir.

Adrián hizo un par de hábiles quiebros que le apartaron en el último momento de las garras de Susana y le concedieron unos segundos más de carrera para pensar dónde meterse. De pronto lo vio: el cuarto de baño. Apretó el ritmo y se coló por la puerta.

Susana estaba a punto de reventar. Su rodilla no podía más y el tobillo amenazaba con hacerla rodar por el suelo a cada paso. Fijo que tenía un esguince o algo así. Y la lengua se le había hinchado tanto que casi no cabía en la boca. Estuvo a punto de agarrar al crío un par de veces, pero siempre se escapaba por un pelo. De repente hizo un giro y se metió en los servicios. Sin pensarlo dos veces ella se metió detrás, apartando de un brusco empujón a una chica que salía del baño.

Los guardias tropezaron con la chica que había empujado Susana y concedieron los escasos segundos que Susana necesitaba para empujar la puerta y correr a atrancarse.

-Aquí ya no tienes escapatoria gusano -dijo Susana con la espalda apoyada en la puerta, jadeante y casi sin fuerzas.

Había visto meterse al chico en uno de los cubículos y le había oído cerrarse por dentro. Ahora oía con claridad su agitada respiración, encerrado en un maloliente excusado. ¿Así olían siempre los baños de los chicos?

-Sal y hablemos, sabandija. No voy a consentir que me fastidies más -ordenó Susana.

-Adiós querida... ¿O debería llamarte *Suzán*?

Susana se quedó boquiabierta. ¡El bastardo pensaba regresar en ese mismo momento!

Comenzaron a aporrear la puerta con fuerza. Debían ser los dos guardias.

-No se te ocurra... -gritó Susana, encaramándose de un salto a la taza del cubículo de al lado. Saltó hacia el muro y se aupó hasta la parte superior. Cuando se asomó al retrete que ocupaba Adrián allí ya no había nadie. Había regresado. Menudo lío.

Ya no aporreaban la puerta. Ahora la pateaban directamente. No tardarían más de diez segundos en arrancar de cuajo el cerrojo.

Susana respiró hondo, tragando saliva con asco por el nauseabundo olor. Cerró la puerta del retrete que ocupaba y se sentó en la taza olvidando su repugnancia. Cerró los ojos e imaginó sus espadas. Vio la pared en que estaban apoyadas, y los dos fornidos guardias que custodiaban la entrada a la mazmorra. ¡Mejor habría sido si hubiese confiado más en su instinto y en el de sus guardaespaldas!

Entrelazó los dedos de sus manos y volvió a respirar hondo.

Cuando los guardias civiles arrancaron la puerta, registraron palmo a palmo el lavabo de caballeros de la planta baja del complejo polideportivo Tres Pinares. Allí no había nadie, aparte de ellos.

XXVII.

Cara a cara.

Sintió su cuerpo, leve y ligero, posarse con suavidad en el húmedo suelo. Respiró el aire de sabor acre y rancio, paladeando el humo. Sus ojos buscaron los dos aceros apoyados en la pared. Estaban exactamente donde recordaba, allí donde ella los había depositado con mimo.

Alrededor vio la salida hacia el estrecho pasillo de entrada, la puerta hacia la mazmorra de los prisioneros abierta de par en par y junto a ella los dos fornidos guardias tendidos en el suelo, como fulminados, sin heridas visibles. Comprendió de inmediato lo que había pasado, *él* había llegado antes.

Tomó las espadas y las encajó en su cinturón con ligereza, en silencio. En la mazmorra contigua escuchó voces. La lucha había comenzado.

Corrió hacia la puerta y agachándose se asomó ligeramente para estudiar el interior. Lo que vio le fue muy familiar: siete postes con seis prisioneros atados y amordazados. Vio a Tanus, espada en mano, enfrentado a un desconocido enmascarado que empuñaba una cimitarra curvada y ligera.

Varandir se percató de su presencia y le guiñó un ojo de forma casi imperceptible. Luego le vio murmurar algo y desviar la mirada hacia el desconocido de la máscara. Dudó, no sabía a qué peligro se enfrentaba y ya había hecho suficientemente el pardillo en todo el tiempo que llevaba en Cretia. Se había acabado el confiar y el ponerse en manos de extraños.

Apoyada contra el muro escuchó lo que dentro de la mazmorra acontecía, esperando el mejor momento para actuar.

-No oses enfrentarte a mí, capitán –oyó decir al enmascarado-. No te interpongas y podrás disfrutar de tu insignificante vida.

-Todos los fugaces sois iguales... no os importa nada lo que ocurra a cualquiera que no sea de los vuestros ¿verdad? –oyó que respondía Tanus-. Ganas me dan de dejar que os matéis entre vosotros.

Suzán comprendió quién era el recién llegado.

-Harás muy bien, capitán. Ahora déjanos.

-¡No acepto tus órdenes! –gritó Tanus-. Tú no eres nadie aquí.

Suzán oyó entrechocar de aceros.

-No me tientes. No saldrás vivo de ésta -advirtió el desconocido.

Suzán volvió a asomarse. Los dos hombres, ligeramente encorvados, con sus espadas manteniendo a raya al adversario mientras giraban uno alrededor de otro, tensos y dispuestos a lanzar la estocada definitiva.

El desconocido dio un paso atrás, alejándose del soldado. Suzán le oyó pronunciar una letanía en un idioma desconocido, del que no comprendió nada más que roncousonidos guturales. La cimitarra del enmascarado se inflamó en llamas rojas.

Tanus, sorprendido reuló unos pasos, y a duras penas pudo soportar la acometida de su contrincante. Por puro instinto detuvo dos estocadas y se agachó para evitar el tajo dirigido a su cuello. El rastro de fuego chamuscó algo el vello de sus brazos y su cabello. Se sintió acorralado, a punto de ser devorado por el fuego infernal que ese enmascarado había invocado en su cimitarra.

El extraño lanzó un grito salvaje y golpeó con su arma de arriba a abajo. Tanus bloqueó el golpe, pero su acero no resistió el abrasador empuje de la hoja curvada, quebrándose en dos.

Al verse desarmado y desamparado, el capitán se precipitó en una rápida carrera hacia la puerta de entrada. Le acompañaron las risotadas del extraño mago y su flamígera cimitarra.

-¡Huye y no vuelvas, mequetrefe!

Suzán se apretó contra la pared, retirándose a toda prisa de la entrada. Tanus corrió a través de la puerta, saltando por encima de los cuerpos inertes de los guardias. Corrió por el estrecho pasillo sin detenerse y sin volver la cabeza, perdiéndose en la oscuridad, escaleras arriba.

La caza recompensas supo que había llegado la hora de solucionar el problema. Respiró hondo y apoyando ambas manos en la empuñadura de sus armas cruzó el umbral de la mazmorra. El extraño estaba de espaldas a ella, encarándose con los maniatados prisioneros.

-Supongo que tú debes ser Nidarún –dijo con voz firme al enmascarado.

Éste, girándose lentamente encaró a la mujer recién aparecida.

-Me estaba preguntando cuánto más ibas a tardar en volver -respondió.

-Se acabó -aseguró Suzán-. Ya has hecho suficiente mal en Cretia y otras partes.

Vas a parar todo esto.

El desconocido enfundó su cimitarra, lo que extinguió las llamas. Hinchó su pecho con altanería y se cruzó de brazos.

-¿Me vas a obligar tú? Ja, ja, ja -dijo riendo metálicamente a través de la máscara y asintiendo con la cabeza-. Ah, ya veo. Vas a luchar conmigo y pretendes vencerme -aseguró al ver el ceñudo gesto de Suzán.

La mujer desenvainó lentamente sus espadas, dejando que el susurro cimbreado de su filo amenazase al enemigo. Mantuvo la vista fija en el enmascarado, el gesto serio. Para sorpresa de todos los presentes, incluidos los prisioneros atados y amordazados, junto a la mujer aparecieron un fantasmal guerrero y un increíble felino rayado, con los músculos contraídos y a punto de saltar hacia la garganta del enmascarado. Un ligero gesto de su ama le contuvo.

Nidarún descruzó los brazos, desenfundando su cimitarra al instante.

-Kev, al pasillo. Impide que llegue cualquier guardia hasta esta estancia. ¡Ahora! -ordenó la mujer sin apartar los ojos de Nidarún y de su mano libre.

Avanzó un paso hacia Nidarún, de manera amenazante, segura de sí misma.

-Es mío, tigre, no intervengas en la lucha. Quiero acabar con esto personalmente.

El gran felino respondió con un rugido que heló la sangre a todos. Pero su actitud amenazante se aplacó un grado.

-Si él me vence... arráncale la yugular -continuó Suzán-. Debe morir.

El enmascarado alzó ambas manos hacia el techo, gritando una orden en un extraño lenguaje, pero al instante se quedó sorprendido al ver que nada ocurría. Repitió descompuesto el gesto y las palabras, mas nada ocurrió tampoco. Con un grito de rabia se acercó un paso hacia uno de los prisioneros.

-¡Perro, has sido tú! -gritó al tiempo que alzaba su cimitarra contra un sonriente Varandir que asentía con la cabeza.

Pero el golpe no llegó a su destino. Nidarún hubo de volverse para esquivar las furiosas acometidas de la caza recompensas. El torbellino de espadas obligó a Nidarún a desenfundar su cuchillo y acompañar a la cimitarra en las paradas y fintas que salvaran su pellejo.

-No queda mucho tiempo -gritó Varandir, que hasta entonces había permanecido ocupado-. ¡No podrá usar su magia durante un rato, pero mi hechizo se desvanecerá pronto!

Nidarún volvió a gritar con rabia al confirmarse sus sospechas. El entrometido mago había lanzado algún conjuro que protegía a la mujer o que atenuaba los efectos de los hechizos en la estancia. No tenía tiempo de comprobarlo, la mujer no le daba ni un sólo respiro, atacando con un frenesí poco común. Pero él, experto luchador, sabía que pronto cesaría ese ímpetu. Nadie aguantaba ese ritmo mucho tiempo.

El enmascarado observaba de reojo a Varandir. No quería que le sorprendiera con un nuevo conjuro y esperaba verle murmurar los salmos para contraatacar él mismo con un hechizo definitivo. Aún no había nacido quien le derrotase en una lucha a muerte. Sopesó la habilidad y la resistencia de la mujer y comprendió que con la cimitarra y el cuchillo podría limitarse a su propia defensa. Pero tenía más sorpresas.

Nidarún comprobó con satisfacción que el enorme felino permanecía sentado, como ausente, acatando las órdenes de su ama. Los *amigos* de Varandir y su inexplicable sentido del honor y el deber. Pronto serían un estupendo grupo de muertos, muy honorables, eso sí.

Suzán se esforzaba en forzar huecos en la infranqueable defensa del enmascarado. Nadie había resistido durante tanto tiempo un ataque tan feroz como ese sin llevarse ni un rasguño siquiera. No cedió ni un instante en su empuje e ignoró por completo las agudas punzadas de dolor que latían en sus brazos. Sus músculos comenzaban a resentirse por el intenso y continuo esfuerzo.

La caza recompensas fintaba arriba y abajo, amagaba, golpeaba, subía, bajaba, enviaba tajos dobles, de revés, opuestos, verticales, horizontales. Y siempre se topaba con la cimitarra o el cuchillo deteniendo su acero. Y cuando no, un quiebro, un salto o un paso atrás ponían a salvo la piel del enmascarado. Percibió con claridad que el hombre se limitaba a defender los golpes, sin contrarrestar ni una sola vez con un ataque. Dejaba que ella se cansase, no era la primera vez que le ocurría. Su maestro le había advertido muchas veces sobre ese extremo, un guerrero cansado es un guerrero muerto.

De súbito cesó en sus ataques y bajó las espadas hasta el suelo, dando un pequeño respiro a sus brazos. Trató de recuperar la respiración y la concentración. Había subestimado al contrincante y no había podido meter ni una sola vez el filo entre sus defensas.

Nidarún se detuvo también, estaba a pocos pasos de su adversario. Murmuró un leve encantamiento para comprobar si se había disipado el efecto anulador anterior y para satisfacción suya comprobó que una pequeña chispa prendía en su acero. Antes de que Varandir se percatase, conjuró el fuego de su filo y desafiante avanzó hacia Suzán.

El mago Varandir, maniatado como estaba, encontraba gran dificultad en invocar cualquier hechizo. Si tal vez hubiera estado desatado habría podido hacer más, pero en esas condiciones casi no podía mover las manos ni los dedos. Y eso era imprescindible para algunos conjuros. El repentino estallido en llamas de la cimitarra de Nidarún le advirtió que llegaba tarde con su defensa. No podría repetir ya el hechizo de protección, así que invocó un pequeño fuego en las cuerdas que sujetaban sus muñecas. Sabía que se quemaría, y que durante algunos minutos el dolor no le permitiría invocar. Pero necesitaba intervenir, Nidarún era demasiado traicionero para que aquella mujer sola le ganase sin ayuda.

Suzán retrocedió dos pasos y afrontó el hirviente filo de llamas. Por primera vez pasó a la defensiva, mostrando a su oponente que ella también era infranqueable si ponía en práctica todas las lecciones que había entrenado tantas y tantas veces.

Paulatinamente fue cediendo terreno ante el hombre enmascarado y comenzó a realizar sus movimientos de forma más lenta. Quería que pareciese que estaba muy cansada cuando en realidad se encontraba bastante entera. Hizo el amago de tropezar dos veces, y otras dos veces dejó que el fuego de la cimitarra le pasase demasiado cerca. Imaginó el rostro de Nidarún sonriente bajo la máscara.

En una de las paradas dejó caer su espada al suelo y dobló una de las rodillas hasta ponerla en tierra. Era el truco más viejo del mundo, no podía funcionar.

Pero funcionó.

Nidarún se abalanzó hacia adelante intentando dar el golpe definitivo. Armó su brazo por encima del hombro y lanzó un tajo a fondo para decapitar a la mujer. Mas no encontró su objetivo y trazó un tremendo arco descompensando su equilibrio.

Suzán había esperado para rodar por el suelo hasta el último momento, hundiendo el cuello entre los hombros. Sabía que si calculaba mal y tardaba unas milésimas de segundo más, su cabeza rodaría definitivamente por el suelo de aquella mazmorra. Aferró con ambas manos su espada y desde el suelo lanzó un rápido golpe horizontal a las piernas de Nidarún.

No acertó de lleno, pues el mago viendo la treta de Suzán saltó todo lo alto que pudo y la espada únicamente le hizo un corte por debajo de la rodilla. Cuando aterrizó en el suelo, con su cimitarra dispuesta para empalar a la mujer, no encontró más que las frías losas de roca. Suzán rodó fuera de su alcance y recuperó su segunda espada en el ágil movimiento.

Nidarún sintió la sangre tibia correr por su pierna. Había caído en la treta. Intentando devolver el golpe e igualar la lucha levantó la mano libre y haciendo un pequeño gesto todas las antorchas de la sala se extinguieron al unísono, dejando la mazmorra en penumbra, únicamente iluminada por las lejanas teas del pasillo de acceso.

Varandir reprimió un grito de frustración. Pues el fuego que liberaba sus ataduras también se había extinguido. Debía conseguir luz para la mujer cuanto antes.

Suzán siguió durante un instante el rescoldo bermellón de la cimitarra, pero pronto se extinguió. Se movió en silencio hacia la sombra más negra de la sala. No podía ver ni deseaba ser vista. Cerró los ojos, no les necesitaba. Se concentró en su oído y en su instinto.

De súbito se agachó, justo antes de que la cimitarra cercenase su gaznate. Al tiempo lanzó dos estocadas en la oscuridad, pero ninguna alcanzó al mago.

El silencio se adueñó de la sala, y Suzán, agazapada, ponía todo su empeño en concentrarse, en intuir los movimientos de su oponente. Se movió ligeramente, cambiando su ubicación para no facilitar un ataque de su enemigo.

De pronto, de la misma manera que había desaparecido la luz volvió a la sala. Todas las antorchas ardían con fuerza despidiendo un fulgor y un calor como nunca antes. Todos comprendieron quién había contrareestado el hechizo de oscuridad de Nidarún.

El enmascarado, rabioso al verse truncada su estratagema de nuevo redobló su furia y sus ataques sobre la mujer, embistiendo con toda su fuerza. Pero ella respondió con igual fiereza, devolviendo cada estocada con otra, cada punzada con otra a mayor velocidad.

Suzán se concentró en atacar las defensas de su oponente. Puso en marcha todo su autocontrol y dejó fluir sus movimientos, volteando sus espadas con ligereza, con giros naturales y poco forzados. Fintaba, atacaba, amagaba y paraba en rápida sucesión, más por reflejos y habilidad que respondiendo a lo que sus ojos veían. Sabía que tarde o temprano llegaría su oportunidad. Sólo debía tener paciencia.

Comenzó a lanzar ataques dobles en direcciones opuestas, normalmente un filo por encima del cuello y otro por debajo de la cintura, seguido de otro a ambos costados a la vez. Nidarún se veía forzado a continuos saltos y giros para esquivar las rápidas espadas de la mujer, no tenía tiempo de conjurar nuevas sorpresas, de momento.

La caza recompensas, con el ceño fruncido y la mirada obstinada continuaba sus ataques, dejando abiertas sus defensas adrede, pero el mago no mordía el cebo del anzuelo que le tendía. La mujer reconoció que su rival era un espadachín experto, y que conseguir superarle sería tarea complicada. El único momento en que había conseguido ponerle en apuros fue cuando el mago invocaba sus hechizos, al tener que repartir su concentración entre sus espadas y su conjuro. Por eso, y para darse un respiro, aflojó el ritmo permitiendo a sus pulmones oxigenar sus músculos doloridos por el esfuerzo. Sus ataques se tornaron sencillos y directos, no obligando al contrincante a exagerados movimientos defensivos.

Suzán observó cómo de inmediato el mago comenzaba a murmurar. Se preparó para el golpe definitivo.

Anticipó el culmen de la invocación y justo en el momento en que el murmullo de Nidarún se convertía en una imperiosa orden, al tiempo que elevaba sus manos hacia arriba, Suzán atacó a fondo. Lanzó primero una profunda estocada al corazón, de la que no esperaba nada más que sirviese de distracción para la segunda, dirigida inmediatamente después hacia la mano derecha, la que empuñaba el largo cuchillo.

El efecto fue sorprendente para los dos contrincantes, ambos sobresaltados por la rapidez con la que se sucedieron los hechos. Suzán alcanzó con su segunda espada, tal y como esperaba, a su oponente. Su afilado acero segó con limpieza dos dedos contra la empuñadura del cuchillo, haciendo que éstos saltasen salpicados de un abundante borbotón de sangre. Nidarún, sorprendido en la ejecución final de su hechizo consiguió que se invocase con éxito, pero no pudo reprimir un grito de dolor al tiempo que su cuerpo se desvanecía; todo su cuerpo excepto dos dedos enguantados que se quedaron suspendidos unas largas milésimas de segundo en el aire y después cayeron al suelo girando lentamente. El mago, sin poder contener su acto reflejo soltó el cuchillo y cerró la mano herida contra su costado. Ahora era invisible, y si no conseguía detener la hemorragia se vería delatado por su propia sangre.

Suzán se sobresaltó por dos extraños motivos. No comprendía del todo bien qué era lo que había ocurrido, pues sintió que alcanzaba al mago, pero justo en ese momento él desapareció casi por completo, ya que dos dedos permanecieron doblados en el aire, aferrándose a nada hasta que cayeron al suelo. De inmediato apreció el cuchillo en el aire, surgiendo del vacío y cayendo también al suelo. El grito de Nidarún hizo que la mujer se pusiera en guardia; el mago había conseguido volverse invisible, aunque unas gotas de sangre consiguieron guiar sus ojos hasta donde debía estar él.

Atacó sin esperar a más hechizos, pero sus filos hendieron el aire. Así que Suzán se agazapó a la defensiva, tratando de adivinar por dónde vendría el ataque. Ya no había rastro alguno de sangre que delatase a su enemigo.

De reojo vio como el mago Varandir abría mucho los ojos y murmuraba a toda velocidad lo que imaginó sería un contraconjuro. Entendió que con toda probabilidad el próximo objetivo de Nidarún sería el maniatado Varandir.

La mujer dio cuatro grandes zancadas y se aproximó a Varandir con las espadas preparadas para atacar al invisible contrincante. Lanzó algún ataque disuasorio alrededor del poste en el que se encontraba atado el mago, pero todos fueron al aire.

Cuando Varandir acabó su conjuro, ambos buscaron con urgencia a Nidarún, nerviosos por la posibilidad de ser sorprendidos por la espalda. Pero lo localizaron en el

extremo más alejado de la mazmorra, con una rodilla en tierra y tratando de atajar la hemorragia de la mano con un jirón de su camisa.

La mirada de Nidarún se endureció y desenvainando de nuevo su acero hizo un gesto con su mano vendada y desapareció de nuevo mientras comenzaba a caminar al frente, hacia Suzán y Varandir.

-Rápido, desátame –pidió Varandir a la caza recompensas.

Suzán, alerta por el inminente ataque comprendió que uno de los dos no podría esquivar esta vez el ataque de Nidarún, por lo que rodeó el poste con un rápido giro y de un tajo segó la chamuscada cuerda que amarraba las manos de Varandir. De inmediato el mago se desvaneció y Suzán se quedó sola bajo las aterradas miradas del resto de los fugaces. Todos los presentes en la mazmorra, al menos los visibles, temieron por su cuello. Pero Suzán era quien tenía las de perder.

Tratando de recuperar la calma hizo acopio de la última pizca de temple que tenía y cerrando los ojos tensó todos sus músculos en busca de su instinto luchador. Había tenido un maestro exigente, tan tenaz que la mayoría de las lecciones habían sido proporcionadas en la más completa oscuridad, por lo que Suzán había aprendido a agudizar su oído y su intuición.

No oyó sus pasos, cosa que esperaba. No oyó su respiración, cosa poco segura. Así que se concentró en el ligero silbido que emitiría el acero cuando lo dirigiese a su cuerpo. Sólo tenía que adivinar dónde iría dirigido el golpe. Decidió estirarse un poco, y ofrecer su cuello como blanco. De todos modos estaba acabada si no conseguía esquivar a tiempo la hoja invisible.

La tensa espera se prolongó más de lo que había supuesto en un principio, poniendo a prueba sus nervios y su concentración. No movió ni un músculo, respirando muy despacio hasta que su instinto más que su oído dio la orden. En ese instante sus brazos se alzaron, su cuerpo se tensó y sus piernas se dispararon como un resorte sincronizado con el resto de sus movimientos. Rodó por el suelo mientras el invisible mago reaparecía en el aire lanzando un tajo perdido a la mujer, que fue trabado y detenido por una firme espada. Un increíblemente rápido giro de muñeca y Suzán ya tenía las dos hojas enfilando el pecho y la cadera de Nidarún, en un furibundo ataque destinado a herirle de más gravedad.

Ninguno de los golpes llegó a destino. El hábil mago esquivó una de las hojas y detuvo la otra. Tras lo cual desapareció nuevamente, dejando paralizada a Suzán. Con la pequeña distancia que les separaba podría alcanzarla antes de que ella pudiera percatarse. Pero al instante apareció Varandir, lanzando un conjuro de visibilidad, lo que provocó que él mismo apareciese y que además apareciese la figura de Nidarún, que ya se había ladeado un paso y comenzaba a lanzar su acero hacia la garganta de la desprevenida Suzán.

La mujer se precipitó hacia delante y rodó por el suelo otra vez, perdiendo uno de sus aceros en la maniobra, quedando éste interpuesto entre ella y su contrincante.

-Entrometido Varandir –exclamó Nidarún-. Siempre tienes que estar por el medio. Debí acabar contigo cuando tuve la ocasión. Eres un pesado, ¿no puedes dejar de meterte en mi camino?

Varandir saludó con una ligera reverencia los cumplidos de su oponente.

-Siempre fuiste un presumido –añadió Nidarún sin apartar los ojos de la espada de Suzán y de la propia mujer. Caminaban en círculos, uno alrededor del otro, observándose con fuego en la mirada-. ¡Nadie te eligió como líder! Mira a dónde nos has conducido a todos.

Suzán amagó un ataque y fue respondido de inmediato por el mago con un cambio en su paso. Se lanzaron varias estocadas y el entrechocar de aceros mantuvo en silencio a los contendientes.

La situación había cambiado ligeramente y los dos luchadores volvían a estudiarse. Suzán procuraba no perder de vista su segunda espada, tirada en el suelo entre ella y su oponente, y Nidarún procuraba no desviar la mirada de la caza recompensas y del mago del fondo de la sala, quien podría preparar cualquier truco en cualquier momento.

Ruidos de lucha llegaron hasta la mazmorra provenientes de la escalera de acceso. Los guardias intentaban acceder hasta los niveles inferiores y el fantasmal guerrero que Suzán había enviado trataba de impedirlo. No tenían mucho tiempo antes de que los soldados de Tres Colinas hicieran retroceder a Kev y llegasen hasta la mazmorra.

Nidarún amagó varios ataques, y otra vez desapareció justo en el momento en que avanzaba hacia Suzán con la espada en alto. De inmediato, el prevenido Varandir lanzó el hechizo para deshacer la invisibilidad de Nidarún y para su sorpresa se encontró a su terrible enemigo cargando hacia él a toda velocidad. La maniobra le había sorprendido, y desarmado como estaba y sin tiempo para realizar otro conjuro defensivo o de ataque se vio acorralado y sin salida. Buscó con la mirada algún arma con la que defenderse, pero alrededor no había más que el desnudo suelo.

Suzán, viendo el engaño, intentó alcanzar al mago, pero en un segundo se dio cuenta de que no podría detenerle a tiempo. Gritó con rabia y se dispuso a arrojar su acero con la intención de, si había suerte, clavárselo en medio de la espalda o al menos apartarle del indefenso Varandir.

Nidarún apretó el paso, armó el brazo levantando su acero y mirando a su oponente a los ojos gritó salvajemente mientras dirigía su filo hacia el corazón de Varandir, el entrometido, el líder de pacotilla de sus aburridas aventuras en Cretia.

Varandir vio venir la espada e hinchando su pecho se dispuso a morir sin remedio. No tenía lugar a dónde huir, moriría allí mismo, en la apestosa mazmorra del fortín de Tres Colinas. No lo había planeado así nunca, pero rara vez uno muere como planea, sobre todo en un salvaje reino como Cretia. En un fogonazo pensó en sus fugaces incursiones en ese reino y en las muchas cosas que dejaba pendientes, en el magnífico grupo que estaba allí atrapado por la vanidad y la mala intención de un traidor, de uno solamente, pero de un *fugaz* también. Moriría y no tendría más remedio que comenzar de nuevo.

Con los ojos cerrados Varandir no vio venir todo lo que ocurrió. Ni siquiera Suzán, que se preparaba para lanzar su espada sabiendo que no podría hacerlo antes de que Varandir muriese ensartado por el acero de Nidarún. Y tampoco pudieron verlo los otros seis fugaces que miraban horrorizados cómo su líder, el espíritu del grupo y el más sabio y experimentado de todos ellos entregaba su propia vida al traidor Nidarún, al cabecilla del levantamiento orco, al máximo instigador de todos los males que acuciaban Cretia en los últimos cuatro años.

En realidad nadie lo vio, porque desde un principio había permanecido tan inmóvil y tan a parte que no habían vuelto a reparar en su presencia. Una mancha anaranjada y negra saltó como un torbellino salvaje sobre el asaltante Nidarún y chocó con él en el aire, derribándolo y haciendo que su acero no llegase al destino previsto.

Cuando Suzán consiguió reaccionar vio al majestuoso tigre con la garganta de Nidarún entre sus colmillos, goteando sangre del humano, que se sacudía con los últimos estertores de vida. En un ligero gorgoteo, el mago trató de decir algo, pero las

fuerzas le abandonaban ya definitivamente. Su última mirada interrogó a la caza recompensas de forma muda, pero clara.

-Ya ves –respondió Suzán-, como no es mi esclavo acata las órdenes hasta que le parece.

El tigre abrió las tremendas fauces y dejó caer a Nidarún. Cuando llegó al suelo ya había dado su último suspiro de vida.

-Dioses –exclamó Varandir-. Creí que no lo contaba.

Suzán recogió su segunda espada del suelo sin quitar ojo del cadáver de Nidarún.

-Lo mismo creí yo –confirmó Suzán.

El mago, rehaciéndose del susto avanzó hacia los prisioneros amordazados y maniatados.

-Nuestros problemas han acabado –afirmó Varandir-, al menos por ahora.

-Aún no, mago –aseguró la caza recompensas dirigiéndose hacia la puerta, de donde le llegaban sonidos de lucha y del choque de aceros.

Suzán se asomó al umbral de la puerta y de inmediato se abalanzó hacia el exterior, donde su guardaespaldas Kev mantenía a raya a cuatro furiosos soldados.

Varandir no perdió tiempo y recogiendo el cuchillo del traidor Nidarún desató a todos y cada uno de los fugaces que se encontraban atados a los postes desde hacía ya largas horas. Con malestar observó como alguno de ellos, los que aun no conociendo imaginó que serían del grupo de Kikro, estaba herido y en condiciones muy malas, tanto que un hombretón fornido no pudo sujetarse en pie y él mismo hubo de agarrarlo para que no cayese desplomado al suelo.

Liberó al hombre herido, un caballero adivinó por sus manos y sus ropas, a un alto elfo de los bosques, por sus rasgos y su porte altivo, a una increíble mujer rubia, de mirada de fuego, a Toro y a Kikro. Por fin estaban todos juntos. Y también estaba esa magnífica guerrera de las dos espadas, de la que creía tener algún vago recuerdo que no conseguía encontrar en su memoria, y sus dos increíbles ayudantes mágicos.

Varandir buscó con la mirada al tigre de elegante pelaje y al no verlo junto al cadáver de Nidarún comprendió que había ido a asistir a su ama.

-Jamás había pasado tanto miedo, lo juro por mis hijas –exclamó un magullado Toro que no paraba de frotarse las muñecas.

-Odio la magia –fue el comentario del malhumorado enano-. Nunca hasta hoy había visto el fin de mis días tan cercano.

El elfo y la amazona apenas musitaron un *gracias* con voz queda y de inmediato se acercaron para atender al malherido caballero que permanecía tendido en el suelo, delirando por la fiebre, agotando sus escasas fuerzas.

Toro se hizo con la cimitarra del traicionero Nidarún y de inmediato se dirigió hacia la entrada, donde los ruidos de lucha eran cada vez más próximos.

El enano, no viendo ningún arma con la que poder defenderse, ajustó su casco en su enorme cabezón y decidió hacer honor al nombre de su familia: Cabeza de Torre. Ya se procuraría él un arma después.

Varandir, con los prisioneros liberados, Nidarún muerto e inerte en el suelo y con los soldados como única amenaza, sintió la sangre hirviendo en sus venas. No iba a permitir que las mentiras y ponzoñas de Nidarún *Boca Apestosa* siguieran poniendo en peligro a tan magníficos luchadores, que tanto se habían esforzado por Cretia y que tanto habían sufrido por la traición de Nidarún.

Arrojó el cuchillo al suelo, y cubriéndose el rostro con la capucha comenzó a invocar un conjuro mientras caminaba hacia la puerta con paso ligero.

Toro y Kikro se vieron sorprendidos justo cuando ya iban a cargar contra los soldados por la tremenda furia de la voz que ordenó a todos permanecer quietos.

-¡¡¡Silencio!!! ¡¡¡Quietos todos de una vez!!! –gritó con voz profunda Varandir mientras salía por la puerta-. ¡¡¡Al suelo todos!!!

Una fuerza implacable obligó a tenderse de golpe a todos los presentes, incluida Suzán y los soldados de la guardia. Todo el mundo se vio arrojado al frío piso de golpe por la potente voz del mago, a excepción del fantasmal guerrero guardaespaldas de Suzán y su furioso tigre, que permanecieron alerta, pero inmóviles.

Varandir dio unos pasos hasta situarse en medio de los contendientes, tumbados ahora en el suelo. Su figura había crecido hasta rozar el techo y las antorchas habían menguado su luz hasta casi extinguirse.

-¡¡Ya está bien de luchas!! –gritó hacia los soldados-. No hemos venido a haceros mal ninguno.

La figura de Varandir menguó hasta su tamaño normal y la luz volvió a las antorchas. La fuerza que retenía a todos en el suelo se disipó y pudieron incorporarse un poco.

-El único culpable de los males de Cretia yace muerto en esa sala –añadió el mago mientras tendía la mano al capitán de los soldados, un *viejo* conocido-. No debéis temer ahora nada de nosotros.

Con los soldados en pie, rodeando a los *fugaces*, Varandir continuó hablando mientras ayudaba a incorporarse a todos.

-Siento que nuestros anteriores encuentros hayan sido tan desafortunados –dijo disculpándose al capitán Tanus.

-¿No sois enemigos entonces? –preguntó extrañado el soldado.

-Créeme que deseamos lo mejor para Cretia y para sus gentes –afirmó Varandir mientras se descubría el rostro-. Nidarún... y ese tal Arturo han obrado mucho mal en esta tierra. Espero que estemos a tiempo de deshacerlo todo.

Tanus recordó los últimos días vividos junto al comandante Arturo. Recordó cómo había ido cediendo ante la locura, mostrándose cada día más ido y fuera de sus cabales. Nada tenía que ver el Arturo de las últimas jornadas, el que había desaparecido disuelto en la nada con el Arturo salvador y garante de la libertad en Cretia. Era un *fugaz*... Era de los mismos que había ordenado perseguir y ejecutar. Era *uno de ellos*. Aunque algo en su cabeza se negaba a aceptar el hecho de que les hubieran dado tanto en tan poco tiempo para ahora arrebatárselo de golpe.

-Arturo era el enviado del Rey Pablino. ¿Qué ocurrió con él ahí dentro? –preguntó insistiendo en lo que él mismo ya estaba dejando de creer.

-Lo era –aseguró Varandir-. Y como verás a él también le ha traicionado, el propio Rey fue otra víctima de sus malas artes.

-¿Cómo puedes saber tú eso? –gritó Tanus.

Toro y Kikro cerraron filas en torno al mago. Los tres soldados presentes hicieron lo mismo junto a su capitán.

-Tranquilos –apaciguó Varandir-. Pronto verás confirmadas mis sospechas, si es cierto lo que pienso.

-¿Cuáles son esas sospechas? –preguntó ávido el capitán de la tropa.

-Dame unos minutos –pidió el mago-. ¿Existen más mazmorras en este lugar?

Extrañado ante la pregunta, Tanus tardó unos segundos en contestar.

-¿Más mazmorras? –respondió-. Ésta es la más exterior y la más pequeña. A partir de esa puerta hay más celdas y dependencias de las que puedo recordar –informó señalando un portón desvencijado y carcomido por la humedad que había pasado desapercibido hasta el momento.

Haciendo una seña a Kikro y a Toro, Varandir encaminó sus pasos hasta la deteriorada puerta.

-¿Sabes si hay más prisioneros en las mazmorras? –indagó de nuevo el mago.

-No, que yo sepa –respondió el capitán, buscando confirmación con la mirada en los otros soldados.

-¿Quién tiene la llave? –quiso saber Toro empujando la puerta con sus manazas.

Pero para sorpresa de los presentes se abrió despacio y sin ruido hacia un angosto y oscuro túnel. Hasta la nariz de Varandir llegó un tufo a cerrado y humedad que le provocó una mueca de asco. De los presentes, sólo el enano aspiró el aroma con deleite.

-Ah, olores de roca maciza, de vetas de mineral, de hongos comestibles... - exclamó Kikro ante el asombro de los presentes.

Una débil voz llegó hasta ellos, un sollozo quedo, un ruego descorazonado.

-¡Déjame en paz!

El grito paralizó a todos los presentes. Fue Varandir quien primero reaccionó y tomando una tea cercana a la entrada se adentró en el túnel.

-¿Hay alguien aquí? –preguntó mientras buscaba la mirada de Tanus, que le seguía los pasos.

-¡Márchate! –fue la confirmación que recibió la pregunta del mago.

Guiados por el sonido, todos corrieron hasta una puerta de la que parecía provenir la llamada de auxilio.

-¿Estás aquí? –preguntó de nuevo Varandir.

-No me atormentes más. ¡Por piedad!

La débil voz excitó los ánimos de los soldados, que apartando a los fugaces trataron de abrir la puerta. Pero se encontraron con que estaba cerrada con llave.

-¿Nadie tiene la llave? –interrogó Tanus con el pulso acelerado.

-Yo la tengo –rugió el enano al ver que nadie parecía tener la ansiada llave-. ¡¡Apartad todos!!

Y antes de que nadie pudiera adivinar lo que iba a suceder, el enano embistió la puerta de madera con la cabeza. El impacto fue seco y tan fuerte que no sólo rompió la cerradura, si no que arrancó de cuajo los goznes y derribó al completo la hoja de madera, con el enano hecho una furia rodando por encima.

Varandir entró al interior y descubrió una enlodada y pequeña estancia, iluminada por un diminuto cabo de vela. Tendida en un rincón, encima de un húmedo y sucio montón de paja vieron a una llorosa mujer, con un vestido que había conocido mejores épocas, pero que ahora se encontraba renegrido, roto, lleno de barro y mojado.

Una mujer demacrada, con los ojos llenos de lágrimas se arrojó a los brazos del mago que hubo de entregar la antorcha al sorprendido Tanus.

-¡Oh, dioses! Pensé que era él de nuevo... -sollozó la mujer escondiendo el rostro en el hombro del mago.

Tanus, sorprendido y apabullado no encontraba palabras que describieran su perplejidad.

-No... no... no sabía que nadie estuviera prisionero a parte de vosotros... - exclamó asombrado.

Los otros soldados se miraban incrédulos los unos a los otros, tratando de adivinar cuándo había llegado esa prisionera allí y quién la había encerrado sin que nadie tuviera conocimiento de ello.

-¿Pero... quién es esta mujer? –se preguntó Tanus, cada vez más sorprendido.

Varandir, abrazando a la prisionera y tratando de consolarla contestó por ella.

-Ha sido una suerte que llegáramos. ¿Verdad alteza? –dijo mientras acariciaba su cabello.

El tratamiento otorgado a la prisionera confundió a todos, pero más que a nadie al capitán Tanus.

-Ha sido una suerte que llegáramos para rescatar a Su Alteza la Princesa Vivian –exclamó el mago, mientras asentía con la cabeza ante la incredulidad de los soldados.

-¡No puede ser! –gritó Tanus-. A la princesa la raptaron unos vikingos del norte.

-O eso quiso alguien que se dijera –aseguró Toro.

Tanus arqueó las cejas. Saltar de sorpresa en sorpresa estaba siendo agotador. Ya no tenía ni un gramo más de capacidad para sorprenderse. Fugaces, Arturo, el mago, la princesa... ¡Vivir para creer!

-Sí, soldado, soy la Princesa Vivian. Y mi padre, el Rey de Cretia, recompensará vuestro esfuerzo.

En silencio, precedidos por el mago y la princesa apoyada en su brazo, todos salieron hacia la mazmorra mejor iluminada. La princesa había permanecido largo tiempo cautiva en aquellas reducidas dimensiones y ahora apenas podía caminar.

Cuando llegaron a la mazmorra vieron que la mujer rubia y el elfo salían de la sala de los postes con expresión muy seria. Ellos habían sido los únicos que no habían acompañado al grupo al interior del túnel y no estaban al corriente del hallazgo. Mas no parecían muy interesados.

-León se muere –informó el elfo al mago-. No hay nada que nosotros dos podamos hacer por él.

Varandir, recordando de golpe el precario estado del hombretón al soltarle del poste, dejó a la princesa al cuidado de Tanus y poniendo una mano en el hombro del elfo pidió que le acompañasen hasta el herido.

-Decidme, ¿cómo se llama vuestro compañero? –preguntó mientras entraban a la sala.

-León, León de Britunia –informó la bella mujer.

-Mmm ya veo, León, caballero de Britunia –dijo el mago viendo confirmadas sus sospechas.

Varandir se arrodilló frente al herido y tardó varios segundos en encontrarle el pulso, tan débil ya que apenas le mantenía con vida.

Rebuscando en sus bolsillos comenzó una suave letanía, que finalizó con una de sus manos en la frente del herido y la otra encima del costado izquierdo, buscando el corazón.

Tras ello levantó un poco la cabeza al herido y vertió unas gotas de un líquido encarnado en los labios de León susurrándole al oído.

-Bebe, León de Britunia, bebe. Y después duerme. Cuando despiertes estaremos todos ansiosos por abrazarte.

Y sonriendo miró a la compungida amazona, que abrazando al elfo no pudo reprimir por más tiempo el llanto. Durante el rescate de la princesa Vivian había olvidado que había nuevos compañeros que necesitaban también su ayuda.

-No os preocupéis, cuando despierte estará en perfectas condiciones. Con unos días de reposo se recuperará por completo.

Kikro se arrodilló junto al caballero y tomó preocupado su mano.

-Gracias, Varandir. Creo que me excedí en la complejidad de esta aventura.

El mago negó con la cabeza.

-Eres un buen líder. La culpa fue de él –dijo señalando el cuerpo sin vida del que había sido su compañero en un remoto pasado.

Suzán, viendo que sus guardaespaldas ya no eran necesarios envainó las espadas, no sin antes dar una cariñosa palmotada en el lomo del felino. Nuevamente habían sido sus salvadores y guardianes. Debía dejarles descansar y recuperarse de sus pequeñas heridas, y además no quería importunar a los soldados con la presencia de sus *aliados*. Según parecía todo estaba volviendo a su cauce.

Tanus, comprendiendo muchas cosas de golpe, y otorgando ahora el significado correcto a muchos actos del que había sido su comandante, descubrió el verdadero valor que correspondía a aventureros como aquellos *fugaces*. Había cruzado su camino con ellos muchas veces, y la verdad era que nunca le habían causado ningún mal, exceptuando una muy cercana pelea en cierta posada de la comarca. Pero en realidad, había sido él quien había buscado ferozmente hacerles prisioneros y cumplir la voluntad del que ahora sabía que era otro *fugaz* y enemigo irreconciliable de los demás.

¿Y qué decir del hallazgo de la princesa en las mazmorras del fortín? Cuando el Rey se enterase de que había permanecido allí presa no quería estar delante para averiguar su reacción. Menos mal que la habían conseguido encontrar con vida.

Haciendo un gesto que sus soldados entendieron a la primera, el capitán ordenó devolver a los fugaces sus pertenencias, que habían sido incautadas en el momento de su detención. La aparición de sus armas, mochilas y demás equipo fue celebrada con gran alborozo por los extraños aventureros.

Tanus no dejó de admirar la belleza de aquellas mujeres, lo extraño y maravilloso de sus armas y equipos. Y comprendió perfectamente por qué celebraban tanto la aparición de armas tan increíbles como el acero azulado del elfo o el enorme hacha del Rey enano. O el enorme arco de la fornida amazona. Formaban un variopinto e inconfundible grupo de fugaces, pero a la vez formaban un equipo de imparables aventureros, sin miedo en el rostro y con ansia de llegar más allá del horizonte. Por un momento, por un fugaz momento, Tanus deseó ser miembro de aquel equipo y luchar codo con codo con aquella gente. Casi deseó ser un *fugaz*.

Sin perder más tiempo, Tanus sugirió al grupo que abandonaran las mazmorras y ascendieran hasta dependencias más confortables, donde podrían ocuparse del herido y de la princesa como correspondía. Y así hicieron, saliendo a la sala donde los dos desafortunados guardias que habían custodiado la entrada seguían tendidos en el frío suelo, y abandonando el cuerpo, inerte también, de Nidarún el traidor.

En fila fueron ascendiendo los peldaños hacia la parte superior, alcanzando la parte más templada de la mazmorra y llegando a los últimos escalones, los que darían acceso a las dependencias interiores del fortín.

Fue entonces cuando notaron el ruido y el jaleo. Había gritos de voces inconfundiblemente masculinas que llamaban a gritos a la guardia, gritos de mujeres llorando desgarradamente y el singular crepitar de llamas de una gran hoguera. Olieron también el humo.

Corrieron el último tramo y ganaron la superficie atropelladamente, donde un mare magnum y un caos absoluto reinaba por doquier. Soldados corrían desordenadamente por todas partes. Se veía a hombres heridos que eran atendidos por alguna mujer del servicio del fortín. Se veían a otras mujeres llorando abrazadas a cuerpos sin vida, a soldados heridos, gritando por el dolor. Y fuego. Un nauseabundo olor acre a quemado acompañaba al abundante humo.

Tanus agarró por el brazo a uno de los soldados que pasaba corriendo por allí en ese mismo instante.

-¿Qué es lo que ocurre, soldado? –gritó mientras sacudía al histérico hombre.

-¡Nos atacan! ¡Nos atacan! ¡Estamos perdidos!

-¿Pero quién nos ataca?

-¡¡Un dragón! ¡¡Un dragón de fuego!! –respondió el soldado y soltándose de la mano de Tanus se alejó corriendo por el patio.

Kikro y Varandir cruzaron una mirada apesadumbrada de entendimiento.

XXVIII.

El asalto a Tres Colinas.

Desde las nubes la visión del insignificante campamento se reducía a una pequeña mancha en la llanura, apenas cuatro casas mal alineadas y peor construidas. Qué poco gusto tenían los humanos por la geometría, por la perfección de las líneas rectas, por las infinitas paralelas, por las circunferencias concéntricas, las figuras geométricas, las simetrías. Claro que ninguno de ellos podía llegar tan alto en el cielo como para comprender el verdadero significado de *visión aérea*.

No obstante, ni aun cuando hubieran podido vislumbrar esas imágenes ningún humano habría podido alcanzar a comprender la importancia de la armonía en las formas, de la perfección en las medidas, de la exquisitez en los diseños geométricos. El conjunto de cada pequeño detalle y su integración global en el cúmulo del todo era un puro arte inalcanzable para tan miserables criaturas; como inalcanzable era su inclusión en la inmortalidad de las formas perfectas. Y eso que hubo un tiempo en que algunos humanos habían llegado a acercarse deliciosamente a la armonía general.

Sin embargo podía considerarse normal que una raza tan efímera no lograra comprender el significado de la vida ni pudiese desarrollar el gusto por la perfecta armonía. Habían estado cerca, en otra época.

Pero no esos humanos de allá abajo, ratas incultas, salvajes incivilizados, ignorantes de mente estrecha. No, ninguno de allá abajo, en ese pueblucho de mala muerte al que llamaban fortaleza, ninguno de ellos, ni siquiera los de mayor edad alcanzaban a entender en qué consistía la cultura, la vida o la perfección.

Ninguno de los mortales humanos que poblaban las miserables construcciones de madera conocía ni merecía conocer nada en absoluto. Nadie sabía apreciar si quiera la belleza intrínseca del oro, de las gemas o de las piedras preciosas. Ninguno en absoluto merecía nada más que ser carroña para los buitres.

Él se encargaría de proporcionar alimento a los carroñeros. Y de armonizar con las suaves formas de la ceniza los toscos ángulos de casuchas y empalizadas de madera mal aserrada. Él pondría fin a la tortuosa existencia de cuantos se cruzasen en su camino, él o su ejército que bajaba a marchas forzadas de las montañas. Ese era un día de fuego y ceniza, de sangre y muerte. La muerte podía ser bella, perfecta y armoniosa. Sobre todo cuando mueren los enemigos. Sí, ese día era día de muerte, lo paladeaba en el ambiente.

Haciendo un picado desde más arriba de las nubes cayó como una tormenta sobre el desprevenido campamento de Tres Colinas, rociando con sus lenguas de fuego todo lo que salía a su paso: hombres, mujeres, caballerías o construcciones.

El olor acre de la carne quemada inundó todos los rincones. Los gritos, súplicas y lamentos se sobreponían al crepitar de las llamas, que arrasaban el campamento. Las primeras edificaciones estables del fortín ardían sin control, no dejando en pie ni almacenes ni viviendas ni establos ni empalizadas. Ardían con igual fiereza las torres de vigilancia y los depósitos de víveres, los civiles y los soldados, los hombres y las bestias de carga.

Los arrabales y proximidades del recinto amurallado eran poco más que despojos humeantes de las lonas y telas de las jaimas. El mercado era un tumulto de cadáveres humeantes y de heridos con horribles quemaduras. Los patios de armas

estaban atestados de moribundos, de gente, que buscando el cobijo de la muralla, había perecido atrapada entre los portalones de hierro y los muros de roca.

Hasta los tejados del torreón y de las edificaciones en piedra comenzaban a derrumbarse al arder sus estructuras de madera. Hasta el arroyo dejó de correr, evaporado por el asfixiante calor de las lenguas de fuego que el coloso alado esparcía por doquier.

Volando en temerarios círculos bajos, la bestia sopló su mortal aliento sobre todo el campamento de Tres Colinas sin encontrar la más mínima resistencia. Aunque no había resistencia posible ante su demoníaco poder de destrucción. Ni humano lo suficientemente tarado para mantener su escalofriante mirada. Ni enemigo lo suficientemente armado para combatirlo.

Con los últimos vestigios de la tarde lanzó una pequeña bocanada hacia el torreón principal y remontando el vuelo majestuosamente se mantuvo durante unos minutos desafiante en el aire, encima del campamento. Comprobó satisfecho el efecto de las llamas y envuelto en jirones de delicioso humo batió sus poderosas alas rumbo al cielo, hacia los últimos rayos de sol.

Ж

Varandir ordenó al grupo guarecerse de inmediato en el interior del edificio. Bien claro tenía que poco o nada podrían hacer para afrontar el terrible enemigo que les había tocado en suerte. También sabía que poco o nada tenía que ver esa pobre gente con todo ese desastre. Le buscaba a él, sólo a él. Incluso el resto de compañeros del grupo no importaba nada. Le buscaba a él y no pararía hasta que aceptase su reto, hasta que sólo quedase uno de los dos.

Desde el mismo momento en que constituyeron *la Hermandad*, él supo que habría problemas con Nidarún. Alguien tan indisciplinado, cruel y egoísta no atendería a razones por mucho tiempo. Pero aun así debían intentarlo, lo que estaban creando era bueno y el resto de la Hermandad apoyaba a su líder.

El rebelde hizo de cada decisión del Consejo una infinita discusión, un enfrentamiento con quien lo presidía, que fue creciendo en intensidad con el paso del tiempo. Hasta que en el último Concilio celebrado, Nidarún, *el traidor*, retó a muerte al Decano de la *Hermandad*. Haciendo uso de su veto, por su posición y por su edad, el líder rechazó el duelo y expulsó al rebelde del Concilio y de la Hermandad, impidiéndole progresar en su estatus, condenándolo a estancarse en el *grado Rojo*.

Varandir sabía que Nidarún intentaría provocarle por todos los medios, y que muy a su pesar, el paso del tiempo sólo favorecía al rebelde Rojo, en plenitud física y con todo un mundo de poder por aprender y por controlar; al contrario que él, anciano entre los imperecederos, sabio entre los creadores de mundos, de memoria inagotable, de poder insondable y energía escasa, robada por los siglos acumulados sobre sus alas.

Ninguno de los dos dio su brazo a torcer ni un ápice desde el inicio de las hostilidades. No podía ceder al chantaje ni a las amenazas. No debía plegarse a los caprichos de un miembro tan impulsivo y poco moral. No quería dejar en manos no deseadas la vida que tantos y tantos desvelos les había costado crear. No podía.

Pero se habían roto varias promesas. Habían *vuelto* y habían hecho partícipes a nuevos miembros, compañeros sin experiencia, que a punto habían estado de ayudar a los propósitos de Nidarún. Dragones Blancos puestos a prueba en una aventura que le superaba a él mismo, *Dragón Negro de la Hermandad*, *Supremo* del Consejo, *Decano* del último Concilio; por no hablar del alocado *Guía*.

Hasta él mismo había vuelto a Cretia, poniendo en juego todo lo que un día había prometido salvaguardar contra todo mal.

El peor de todos los sentimientos que le embargaban era la culpabilidad. Él había creado a ese monstruo, le había alimentado y le había dado poder. Luego no había sabido sujetarle ni manejarle a tiempo. Y ahora era ingobernable, una pesadilla de la que no conseguía despertar. Todos sus temores se habían confirmado; el mal era profundo, la herida abierta y sangrante.

Fugaz sería una palabra maldita durante siglos en toda Cretia. Incluso en todo el continente. Todo gracias a Nidarún, *el insaciable, el avaricioso, el traidor. Nidarún Boca Apestosa, el Tramposo.*

Sacudiendo la cabeza contempló al extraño grupo: peculiar, como todos los grupos de fugaces. Vestidos con ropas extravagantes, portadores de armas fabulosas, dignas del tesoro de un rey. Metiéndose en líos constantemente, en peleas, en aventuras. *Fugaces* al fin y al cabo.

Kikro y Toro eran viejos conocidos, compañeros de antiguas aventuras. Ellos comprendían mejor que nadie el problema al que se enfrentaban. Debían regresar a casa. Ellos dos lo sabían.

Los tres nuevos, los Dragones Blancos de la Hermandad, los recién iniciados con Kikro como Guía, formaban un grupito curioso y compenetrado. Eso había de reconocerlo al menos. Un elfo arquero y buen espadachín al parecer; un experto caballero de Britunia, curtido en mil batallas y una formidable amazona armada con un inmenso arco de madera rojiza como él no había visto antes en su vida.

¿Y la caza recompensas? ¿Quién había iniciado a esa fantástica espadachina? Ese Dragón había echado a volar él solo. Menudo carácter y menudo equipo llevaba. El día menos pensado un ladrón trataría de hacerse con alguna de las espadas... Pero pobre de él si ella lo sorprendía con las manos en la masa.

No obstante, debían regresar a casa. Tenían que afrontar lo que fuera que les deparase la vuelta y nunca más volver a pisar Cretia. Nidarún no podía chantajearles fuera de allí.

-Regresemos Kikro, ahora que estamos todos juntos -propuso el mago con la voz tomada por el quebranto-. Este enemigo nos supera con creces.

El enano asintió pesaroso. Toro se unió a su propuesta.

-Debéis hacerlo -afirmó el hombretón.

-Y no debemos regresar jamás -advirtió el mago Varandir clavando los ojos en el enano.

-Apoyo la idea -secundó Suzán-. Todos para casa cuanto antes.

-Pero y... ¿y el dragón? - preguntó Alisia, la princesa amazona.

-Él no puede seguirnos allí donde vamos -afirmó categóricamente Varandir.

-Podríamos haberlo logrado -murmuró Kikro.

-Aún podemos -intervino Robín, el elfo del bosque-. Hemos encontrado a la princesa.

La aludida levantó la horrorizada vista del suelo y contempló la incomprensible escena que estaba viviendo. Tenía cara de no entender nada.

El que sí entendía buena parte de lo que oía era Tanus. Y no le estaba gustando nada lo que se estaba diciendo allí.

-He oído suficiente -dijo el capitán de los soldados-. No me quedo a escuchar cómo nos abandonáis a nuestra suerte. Al fin y al cabo sois *fugaces*.

Todos enmudecieron ante la acusación del soldado.

-No sois enemigos. Pero amigos tampoco: huís en la hora de más necesidad - apuntó dando por finalizada la conversación-. Princesa, acompáñeme. Le guiaré a algún lugar más seguro.

Tomando del brazo a la princesa Vivian, el capitán dejó atrás a los fugaces. Él no podía desaparecer como ellos. ¡Qué más quisiera! Él tendría que afrontar el problema, le gustase o no. Para él no había otra alternativa ni para sus muchachos muertos, abrasados en combate desproporcionado. Al menos el gusano de fuego había remontado el vuelo y había dejado de hostigar el campamento. Un alivio pasajero.

-Adiós fugaces. Iros todos al infierno del que habéis salido y no volváis por aquí -murmuró mientras la frustración y la desesperación hacían presa de su ánimo.

Tanus consiguió que dos doncellas se hicieran cargo de la princesa y la pusieran a cubierto, en las dependencias más alejadas del fuego del torreón. Si algún día conseguía volver a inclinar su cabeza ante el Rey no quería tener que relatarle la muerte de su hija.

Consiguió hacer entrar en razón a un grupo de soldados que afortunadamente habían resultado ilesos como él y juntos recorrieron el patio de armas atendiendo a los heridos y reuniendo a todos los supervivientes de la masacre.

Subió a la muralla, a la zona nueva. Los sillares de granito habían resistido el envite del fuego, no así las barandillas y andamios usados en su construcción. El panorama que se encontró era desolador. El campamento estaba literalmente arrasado. Quedaban en pie el torreón principal con sus dos edificios anexos y la muralla en piedra, que no llegaba a rodear el propio torreón. Todo lo demás, empalizada, casas, establos, graneros, tiendas, torres de vigilancia y cualquier otra dependencia estaba reducido a humeantes cenizas o ardía aún devorado por las llamas.

Pero lo peor no eran los edificios arruinados, era los cientos de cuerpos carbonizados, los agonizantes alaridos de los heridos. Y el olor, ese olor penetrante a carne quemada, a carne de bestias y personas que habían perecido por igual.

No pudo soportar por más tiempo las nauseas; se agachó junto al parapeto y vomitó con grandes arcadas.

Después de haber descargado el estómago se sintió algo más aliviado. Todavía sudoroso y con los ojos lagrimosos se pasó la manga por la frente y apoyó la cabeza en la parte superior de la muralla. El tibio contacto con la piedra alivió algo su malestar y cuando consiguió aclarar su mirada vio en lejanía otro motivo de preocupación.

De un salto se subió al parapeto y restregándose los ojos observó atento el lejano horizonte. Dos largas columnas descendían de las montañas, portando ya antorchas ante la inminente llegada de la noche. Dos columnas que no tenían final. Dos columnas de orcos y bestias inmundas si sus ojos no le engañaban.

Se bajó mareado otra vez. Y volvió a vomitar con la mano en la frente. ¿Ese día no tendría final?

Ya no le quedaba nada en el estómago. ¿Qué era eso que vomitaba? Con repugnancia dejó de mirar y tratando de recobrar la calma buscó con la mirada algún superviviente que pudiera ayudarle en ese desesperado trance.

Con sorpresa divisó a un pelotón de unos veinte o treinta hombres que descendían de los puestos de vigilancia de las montañas. Galopaban hacia el campamento, o hacia lo que quedaba de él. Seguramente traían noticias sobre la incursión enemiga a la que precedían.

Haciendo de tripas corazón y esforzándose en calmar su inquieto estómago silbó todo lo alto que pudo y alzó su voz por encima de todo el caótico ambiente.

-¡Escuchadme todos! ¡Oídmeme! –gritó-. ¡Todos los supervivientes debéis dirigiros a la zona amurallada! Recoged sólo a los heridos que sean menos graves, no hay tiempo para más. ¡Nos atacan!

Algunos de los que le oyeron miraron en la dirección que Tanus señalaba y horrorizados comprobaron la cercanía de la nueva amenaza. Unos pocos reaccionaron y corrieron a cumplir las órdenes de su capitán, socorriendo a cuantos heridos tenían posibilidades de recobrase, a su completa discreción. Pero la mayoría se vino abajo y fue incapaz de dejar de mirar al enemigo cada vez más cercano.

-¡Todos a la muralla! ¡Todos al recinto amurallado! –volvió a gritar Tanus, ahora ya con la espada fuera de la vaina para reforzar sus palabras.

La llegada de los jinetes al menos sirvió para elevar la moral de los pocos soldados que aún se mantenían en pie. Tanus hizo recuento de sus escasas fuerzas. Según pudo ver, veintipocos jinetes de los recién llegados. Otro grupo de unos cuarenta a sesenta hombres que aún podría luchar y unos quince o veinte de la guardia del interior que había tenido la fortuna de salir ilesos del ataque del *gusano*. En total no llegaban a cien hombres. El resto estaba muerto o muy malherido. Todos. Hasta llegar a los casi mil quinientos soldados que había contado el destacamento. Todos muertos, quemados vivos.

Tanus dejó su espada por un momento descansar en la vaina y se puso los guantes, se apretó el cinturón, comprobó su daga y volvió a desenfundar. Era un buen día para morir peleando. No había esperanza ya en su corazón.

De todos modos estaba muerto en cuanto regresase el infierno de la mano del dragón de fuego. Y no deseaba morir abrasado. Prefería una hoja de cimitarra mellada y oxidada o una flecha empenachada en negro.

-¡Arqueros! ¡A la muralla! Preparemos un buen recibimiento a esos bastardos.

Atendiendo sus órdenes, una veintena de hombres ascendió hasta el parapeto portando sus arcos y aljabas. Desde la parte superior podrían defender el ataque de la única esquina que faltaba para cerrar el casi regular cuadrilátero de muralla interior.

Los trabajos apresurados en el campamento habían llevado a completar casi entera la primera muralla, aunque aún quedaba una abertura de unos cincuenta metros, con poco más que una leve zanja excavada y algunos montones de enormes sillares que poco o nada favorecerían la defensa.

Tanus comenzó a trazar el plan de batalla, aunque tampoco tenían muchas posibilidades. Defenderían hasta lo imposible el acceso al patio de armas y después se replegarían al torreón, donde lucharían en cada puerta y cada dependencia, siempre descendiendo hasta que no quedase ni un sólo defensor, siempre hacia los subterráneos. Y allí perecerían en los túneles de las mazmorras a manos de los orcos, o de hambre, o de sed. Sonrió. Un buen plan.

Sólo esperaba que el ataque viniera por la parte más lógica, que era la abertura en la muralla. Si atacaban asaltando el muro se encontrarían el paso franco, ya que no había hombres suficientes para defender todo el perímetro.

Dio las últimas instrucciones a los arqueros y descendió los peldaños. Él lideraría la batalla. Se abrió paso entre los soldados supervivientes y vio caras de horror y de incredulidad. En unos pocos minutos habían perecido camaradas, amigos y compañeros, todos víctimas de una horrible muerte. Y vio alivio en muchos de aquellos rostros. Al menos ellos tendrían la oportunidad de morir luchando y de llevarse por delante unos cuantos repugnantes orcos. Vio ansia en sus rostros y supo que era por desesperación. Morirían todos esa misma noche. Y no les importaba.

Tanus recordó que hacía no muchos días ya había huido de otra incursión orca, pero esta vez se sintió atrapado, sin esperanza. Y no le importaba.

Las primeras flechas cayeron sobre los defensores y alguno de los soldados murió antes de darse cuenta de que el asalto ya había comenzado. Tanus les vio caer, con rostros de sorpresa, con una palabra o un gesto sin completar y que ya nadie acabaría por ellos. Habían sido afortunados, ya no sufrirían más.

Los primeros en llegar fueron los enormes huargos, montados por feroces trasgos con arcos diminutos y mortíferos dardos envenenados. Les seguían atroces orcos de colmillos retorcidos, armados con toda suerte de garrotes, cimitarras, porras y lanzas. Llegaron como una marea, como una crecida súbita, como una gigantesca ola que venía a estrellarse contra la muralla.

Y a él no le importó. Consideró por un momento arrojar su espada y entregarse a la dulce muerte, a la liberación. Ya no tenía sentido tanto dolor y tanto esfuerzo. Se sintió abandonado, utilizado y muy cansado, muy muy cansado. Ya no importaba nada.

Repentinamente, una tremenda bola de fuego rozó las cabezas de los atónitos y cabizbajos defensores y frenó en seco el avance de los lobos y sus jinetes. Las llamaradas de este nuevo fuego mágico derribaron la primera fila del ataque orco, salpicando de llamas todo el avance. Tanus miró anonadado, sin comprender.

A la lluvia de fuego le siguió una tersa luz azulada, acompañada de una brisa que trajo un fresco aroma a hierba recién cortada. La luz cayó sobre los soldados, mojando sus cabezas con gotas de rocío, lavando los malos augurios y los efluvios malignos del hechizo que el dragón había conjurado al partir. De nuevo volvió la esperanza.

Tanus sintió que se abrían las ventanas de su corazón y que el soplo de aire fresco venía acompañado de nuevos bríos y de esperanza. Sintió que una suave mano se posaba en su hombro, desde atrás. Giró la cabeza y ya no se sorprendió de lo que vio.

-Capitán, todos esperamos que des la orden de atacar -dijo Suzán mirando sus ojos.

En lo alto de la torre, entre los restos del tejado, el mago Varandir hizo un gesto con el puño apremiando al soldado. Él había sido el artífice de la liberación del maleficio y de la bola de fuego. Subiendo las escaleras de dos en dos vio a la rubia amazona con su gran arco, abriéndose paso entre los dubitativos arqueros. Y tras él vio un amenazante elfo espada en mano, al gigantón Toro, también con su maza en la mano y al caballero de Britunia aguardando impaciente la señal de entrar en combate.

Sintió hervir su sangre. Apretó el puño de la espada y gritando hacia el cielo dio la orden a sus hombres.

-¡No les dejéis pasar! ¡A la carga!

Incluso antes de que acabara de pronunciar tales palabras vio como un torbellino de no más de un metro se abalanzaba sobre las huestes enemigas. Y si el oído no le engañaba entonaba una canción de batalla. Era el enano que había salido de no se sabía donde y empuñando su hacha se lanzó a por el enemigo sin importarle si los demás le seguían o no.

Por fortuna, los defensores de Tres Colinas se pusieron en marcha, entablado un feroz combate y frenando el avance enemigo por completo. Los arqueros no cesaban de disparar desde lo alto, abatiendo orcos y lobos por igual. Y de vez en cuando una bola de fuego castigaba la retaguardia enemiga, deteniendo el socorro a la primera línea y dando un respiro a los defensores.

En el centro de la brecha de la muralla se situaron luchando codo con codo los singulares *fugaces*, y pronto hicieron hueco entre los enemigos, pues nadie osaba acercarse al alcance de sus aceros. León, Kikro, Robín y Toro comenzaron a oscilar de izquierda a derecha en auxilio de los soldados más apurados, multiplicando sus golpes y haciendo retroceder a los malolientes orcos.

Recortada contra la muralla, Alis disparaba saeta tras saeta poniendo cuidado en no atravesar más que enemigos, seleccionando sus blancos con tino, eligiendo ayudar a aquellos en clara desventaja. Tres veces derribó al portador del estandarte enemigo, y tres veces lo levantaron, cada vez un poco más alejado del frente, cada vez más cerca del límite del alcance del gran arco.

Los largos minutos se sucedían y el ímpetu enemigo no cesaba. Más y más enemigos reemplazaban a los caídos. Y a pesar de los esfuerzos del mago y los arqueros las ayudas en la línea de combate llegaban y llegaban. Los orcos formaban un frente mejor organizado a cada momento que pasaba y los soldados se desperdigaban en grupos cada vez más separados y sin contar con casi ninguna clase de ayuda. Solamente un tercio de los defensores no había entrado en combate y aguardaba órdenes de su capitán.

-Ayudemos a los muchachos -dijo Tanus con la mirada fija en la lucha-. Reagrupémonos y retrocedamos.

-¿Concederemos la muralla? -quiso saber Suzán, que no se había separado de su lado.

-No hay más remedio -respondió lacónicamente el soldado.

Girándose hacia sus ansiosos soldados observó sus caras. No vio miedo en ninguna de ellas.

-Echemos una mano a nuestros compañeros. ¡Por Cretia! ¡Por el Rey!

-¡Por el Rey! -respondieron casi al unísono los soldados.

Suzán se adelantó al grupo de hombres, y caminando con resolución hacia el combate hizo aparecer sus hojas, que hasta ahora habían descansado en las fundas.

Tigre apareció a su lado, rozando con el lomo la pierna derecha de la caza recompensas. Su pelaje era ahora más vivo que nunca, incluso parecía mayor y más pesado. Al otro lado de la mujer, hombro con hombro, apareció *Kev*, el segundo guardaespaldas. Las espadas del fantasmal soldado ya aguardaban ansiosas la sangre de los enemigos.

Tanus miró maravillado los refuerzos. Y por primera vez se alegró de tenerles de su lado. Sin perder más tiempo guió a sus soldados hasta el frente, impartiendo órdenes para recular y reunir los grupos algo más cerca del torreón, al alcance de los arqueros de la muralla.

El tigre se arrojó temerariamente sobre los orcos, arrancando miembros y cabezas por doquier, viéndose sepultado de inmediato por una montaña de enemigos vivos, muertos y moribundos. *Kev* le siguió, sin quitar ojo de la caza recompensas, que como un huracán se abrió camino hasta el grupo de fugaces y reforzó la defensa de sus cansados brazos. Los demás soldados apoyaron el repliegue y juntos consiguieron hacer un frente común todo a lo largo de lo que faltaba de muralla; espada contra garra, flecha contra colmillo, hacha contra cimitarra.

Luchando y muriendo codo con codo, los defensores de Tres Colinas plantaron cara a los orcos, que nunca pudieron superar las defensas y penetrar en el patio de armas principal. Llegó la media noche y algunas antorchas dieron claridad a los hombres para continuar la lucha. Las estelas de las bolas de fuego que surgían del tejado iluminaban momentáneamente el campo de batalla, pero éstas eran cada vez menos frecuentes.

Pronto Tanus comprendió que el frente era demasiado ancho para continuar manteniéndolo en toda su longitud. Debían replegarse ahora y no caer bajo el peso enemigo. Aún había esperanza si se mantenían unidos. Dio la señal.

Los arqueros comenzaron a abandonar la muralla, como primer paso del repliegue. En cuanto ocupasen los tejados y ventanas de los edificios comenzarían a ceder terreno hasta el edificio central. Tanus calculó que en la entrada del edificio

podrían mantener al enemigo todavía unas pocas horas. Hasta que llegase el amanecer al menos.

Inesperadamente, el repliegue se produjo sin incidentes, y los orcos se limitaron a rugir amenazantes, acompañando la retirada de los soldados con insultos y gestos obscenos, pero sin seguirles, evitando las flechas defensoras.

El respiro concedido fue muy bien aceptado por los fatigados defensores. El Capitán se reunió con los leales y esforzados defensores que quedaban. Estaban cansados y la mayoría heridos. Pero sabía que ninguno de ellos cedería ante el invasor. Pelearían con coraje hasta que llegase el fin, si es que les llegaba el fin esa noche.

Varandir descendió del tejado y se unió al extenuado grupo de fugaces. No había ninguna baja entre ellos, pero León había empeorado de sus heridas y se encontraba tendido en el suelo, descansando con los ojos cerrados. Robín se había sentado a su lado y se sujetaba un costado, donde un feo tajo hacía manar sangre oscura de elfo. Toro, a pesar de que permanecía en pie, mantenía uno de los brazos pegado al cuerpo, probablemente con la clavícula rota, además de tener un ojo tan hinchado que no podía abrirlo. Aunque ninguna herida era de suma gravedad, el estado que presentaban era lastimoso, magullados y cubiertos de sangre de la cabeza a los pies.

El mago echó en falta al enano. Y por más que trató de localizarlo no halló pista alguna de su paradero. Ni León ni Toro supieron dar noticias de su estado.

-Era imposible seguirle. Por más que tratamos de mantener el grupo, él se metía más y más hacia el enemigo. Hubo un momento en la retirada que no continuó con nosotros. No sabemos más de él -aseguró Toro pesaroso.

-Sabe cuidarse solo -animó el mago.

Suzán se sumó a la conversación, acercándose sigilosamente desde las sombras. Ella había recibido poco más que pequeños cortes y algún golpe.

-Tigre no ha vuelto tampoco -informó-. Pero sigue vivo.

Toro y Varandir se volvieron hacia la mujer.

-Lo noto en mi espada. Tigre está vivo.

Se quedaron mirando a la caza recompensas y no supieron qué contestar.

-Está vivo -dijo una voz en las sombras-. Y coleando.

Varandir se apresuró a conjurar una luz que alumbrase al recién aparecido y vieron como el enano caminaba renqueante, apoyado en el maltrecho lomo del felino, de regreso del frente.

-Quise asegurarme de que no nos seguían -se excusó Kikro con una sonrisa-. ¡Y no lo hacen! -aseguró levantando su mellada hoja, teñida de carmesí.

Se dejó caer junto a Robín con un quejido de dolor.

-Pelea bien tu gatito, mujer -dijo mientras alargaba la mano hacia el elfo-. No tendrás uno de esos frasquitos de ungüento por ahí...

Varandir se apresuró a revisar las heridas del enano.

-Tranquilo, tranquilo. Sólo necesito un poco de descanso y... ¡Ah! No me toques ahí...

Una fea herida en el hombro inmovilizaba el brazo izquierdo por completo y una flecha clavada en la pantorrilla le impedía caminar con normalidad. Varandir no dijo nada, pero la flecha no era orca. *Vaya suerte, sin levantar un palmo del suelo y se va a topar con una flecha nuestra.*

El resto de soldados estaba en similares condiciones. Unos pocos heridos de consideración y el resto con diversos daños que aunque no les impidiese luchar, no dejaría que se desenvolviesen con normalidad.

Tanus llegó hasta el grupo de fugaces, antaño enemigos, traidores posteriormente y ahora inesperados aliados.

-Gracias -saludó-. Sin vosotros no habríamos ni luchado.

-El maleficio del dragón os envolvía. Es un poderoso enemigo el que nos acecha en esta ocasión -respondió el mago.

-¿Aguantaréis mucho más? -indagó Tanus-. Necesitamos resistir hasta el amanecer.

-¿Hasta el regreso del maligno dragón? -respondió cabizbajo Robín-. ¿Cómo le combatiremos entonces?

-No decaigas en tu lucha, elfo -dijo Varandir-. Llegado el momento lo sabremos.

Robín se encogió de hombros incrédulo. No albergaba esperanza alguna de derrotar al dragón.

-Venceremos -aseguró Alis-. Todos nosotros. Venceremos -repitió agachándose y tomando la mano del malherido elfo.

-Venceremos -coreó el enano-. Ni se os pase por la cabeza rendiros.

-Venceremos -aseguró también León, aun sin abrir los ojos ni poder levantar más que un poco un extenuado brazo.

-Venceremos -dijo Suzán uniéndose al grupo-. Yo cortaré la cabeza a ese dragón si es necesario.

-Y yo atravesaré su corazón con una flecha si se pone a tiro -acompañó Alis poniéndose en pie-. O con una espada si alguien me presta la suya y ese lagarto se pone al alcance de mi brazo.

-Puedes usar la mía, de poco me servirá ya esta noche -ofreció Robín.

Con una temblorosa mano tendió su azulado acero a la valerosa e increíble princesa amazona. Ni en esos momentos de angustia podía contener los latidos alocados de su corazón.

-Acepto -dijo Alis, tomando la empuñadura con ambas manos-. Y prometo que haré buen uso de ella si...

Un repentino zumbido, apenas perceptible al oído, pero sí visible a simple vista enmudeció a la amazona y atrajo la atención del grupo. La espada azulada comenzó a brillar con luz propia, latiendo en un ritmo fijo, casi cobrando vida.

-Siento una fuerza que se apodera de mi brazo -reveló la sorprendida amazona-. Es un cosquilleo.

-¿No dijiste que no había magia en tu acero? -preguntó sobresaltado Kikro.

-Nunca antes se había manifestado -aseguró el atónito elfo-. Nunca...

-¿Desde cuando posees este arma? -inquirió el mago, arrancando de la mano de la amazona tan singular acero.

-Desde siempre. Lo heredé de un lejano pariente... hace mucho tiempo ya de eso -dijo Robín.

-O sea, que lo robaste -dijo Varandir mientras miraba detenidamente la pulida hoja y la singular empuñadura.

-Sí -aceptó llanamente el elfo mientras humillaba la mirada-. La robé junto con el espejo mágico.

Varandir asintió mientras acariciaba el dormido acero ahora en sus manos.

-Interesante arma. Y muy antigua. Ya no se forja así... ni se conocen herreros capaces de forjar este extraño mineral. Muy antigua, sí.

Alis alargó la mano hacia la empuñadura.

-He sentido una sensación muy extraña. Nunca antes había sentido nada así.

El mago tendió la espada hacia la mujer. Cuando volvió a empuñarla el zumbido regresó, al tiempo que el brillo.

-¿La robaste... la tomaste prestada de una casa de antiguo linaje élfico, verdad? -interrogó Varandir al elfo, que asintió avergonzado a modo de respuesta-. ¿Y esa

desaparición motivó una larga y cruenta guerra que hizo menguar y casi desaparecer ese antiguo linaje, verdad?

El elfo se tapó el rostro con ambas manos durante un instante, abrumado por la culpabilidad. Avergonzado por los hechos de su lejano pasado, por sus tiempos jóvenes, respondió con un hilo de voz.

-Es cierto. Y ahora, aunque quiero, no puedo deshacer el mal causado. No tengo a nadie a quien devolver esta espada ya que murieron en aquella guerra los legítimos dueños.

Varandir asintió, como recordando hechos que ocurrieron en un remoto pasado en el que él era muy joven todavía.

-El odio de mi casa, arrastrada a la guerra por mis actos, y el de los ofendidos acompaña mis pasos desde hace siglos. Todavía a día de hoy sigo pagando por aquella falta.

-Así que esta es *Dranfuvil*, *Cercena Garras*, *Hoja de Estrellas*, *Daño de Dragón* y ahora *Ruina de Hoja Plateada* -afirmó Varandir mirando admirado la vetusta espada-. Sí, ese es su nombre pues la desaparición y posterior guerra que ocasionó llevó a la ruina y total abandono de una de las casas más antiguas de los elfos de los bosques, de los Antiguos. La familia *Hoja Plateada* no es hoy más que un vago recuerdo.

-No tortures más mi avergonzada alma. Esa espada es la que afirmas, aunque hasta ahora nada de su poder ha mostrado en mis manos. Ni nada extraordinario ha traído a mi vida sino pesares y ruina. *Ruina de Gruesolmo*, casa de mis ancestros, te nombro. Y en adelante nada más quiero saber de ti-. El elfo, con gruesos lagrimones rodando por el rostro apenas podía hablar-. *Hoja de Estrellas* te decían, pero no brillaste para mí, traidora.

Varandir se agachó y consoló al afligido elfo.

-Pero todo esto ocurrió hace muchos siglos. Ya has expiado tu culpa.

Robín negó con la cabeza.

-Hay muchos poderes en este mundo y no hay nadie que acierte a comprenderlos todos -dijo Varandir-. Mucho menos un joven elfo. No te tortures por ello.

Robín sollozó silencioso, rompiendo su secreto de siglos en mil pedazos.

-¡Claro que nunca ha mostrado su insondable poder en tu brazo, pedazo de bruto! -reprendió el mago-. Fue forjada para ser empuñada por una *reina*, por una mujer.

La revelación heló la sangre de Robín. Ahora comprendía lo que en tantos y tantos años no había conseguido desentrañar.

-En manos de cualquier varón no pasa de ser un acero tremendamente duro, bello... y dormido.

-Pareces muy entendido en la materia -apuntó Kikro y el mago pareció algo turbado.

-Algo he estudiado al respecto -respondió Varandir-. Y este acero, hasta hoy, se creía perdido para siempre.

-Pues aquí hay una Reina dispuesta a empuñarla -afirmó categóricamente la amazona amenazando con *Dranfuvil* al negro cielo-. Hoy no será la noche en que los orcos tomen esta fortaleza.

-¡No! -casi gritó el mago-. No debemos mostrar su poder a nuestro enemigo.

Tanus volvió a tener la sensación de no entender nada. Como casi siempre que les oía hablar.

Varandir, bajó la cabeza y respirando hondo informó al grupo de su decisión.

-Aún hay una oportunidad. Si le damos a Nidarún lo que ansía puede que le podamos coger desprevenido.

Todos los fugaces, y algún soldado curioso guardaron silencio ante las palabras del mago.

-Como Decano del Último Concilio debo atender a la petición de duelo realizada.

-¡No puedes hacer eso! -gritó Kikro-. Él es mucho más joven que tú. Vencerá y entonces ya no habrá freno para su ansia de poder. Nosotros no somos rivales para él.

-Lo sé -reconoció el mago-. Pero debo hacerlo, es la única posibilidad que nos queda.

-¡Te lo ruego, no lo hagas! -exclamó Kikro levantándose lastimosamente del suelo. Lloraba y las lágrimas mojaban su recia barba-. ¡Maestro, no acudas a una muerte segura!

Varandir se acercó hasta el enano y le sujetó para que no cayese al suelo.

-Debes confiar en mí. En mi muerte hallarás vuestra vida... y si todo sale bien tú serás el próximo Supremo del Consejo. Sé que lo podrás hacer.

-Maestro... -lloró Kikro hundiendo la cara entre los brazos del mago-. No puedes sacrificar tu avatar... sin él, sin él desaparecerá el mago para siempre...

-Sin él habrá esperanza para el resto.

Durante un segundo permanecieron así, acompañados por el silencio de los fugaces que les rodeaban. Unos comprendían lo que allí ocurría. Otros lo sospechaban. Otros ni siquiera entendían a qué se referían.

Tanus y los soldados, emocionados por lo que habían visto comprendieron que iban a hacer algo. Pero ninguno entendió ni lo más mínimo de todo aquel galimatías de casa élficas, de hojas de estrellas y guerras de la antigüedad.

-Resistid hasta el amanecer. No permitáis a las bestias que tomen el torreón. Resistid, resistid -ordenó el mago mirando a todos los presentes.

Después, deshaciéndose del abrazo del enano se dirigió a Suzán.

-No permitas que caiga el torreón. Ni cedáis la entrada por apurada que sea vuestra situación. Al amanecer los orcos se retirarán pues no soportan el sol. Ánimo -se despidió con una suave caricia en la mejilla de la caza recompensas-. ¡Resistid!

Agachándose junto al elfo y el enano sacó varias botellitas de barro y se las tendió.

-Tomad esto. Cerrará vuestras heridas, pero no hará que recuperéis la sangre perdida. Eso sólo lo consigue el descanso y la buena comida -y guiñando un ojo a ambos se levantó-. Resistid, aún hay esperanza.

Caminó hacia Tanus y poniendo las manos en sus hombros se despidió.

-Volveremos a vernos, no lo dudes. Mantén firme a tu gente -animó.

Un súbito retumbar de pisadas anunció la carga enemiga. Los soldados se desplegaron cubriendo el edificio bajo las órdenes de Tanus. No conseguirían pasar las defensas, no tan fácilmente. Suzán desenfundó de nuevo sus hojas y acompañó al general con sus dos renqueantes guardaespaldas.

Alis también comenzó a arrimarse a la lucha, pero la mano de Varandir la detuvo.

-Aguarda. Debo hablar contigo antes -y llevándosela al interior del edificio acercó los labios a su oído y cuchicheó durante un instante instrucciones que nadie más debía oír.

La princesa amazona abrió los ojos desmesuradamente y nada dijo cuando el mago se separó de ella. Se miró incrédula y después miró al mago.

-Recuerda, espérame al amanecer sobre el tejado del torreón. Sola -insistió Varandir-. Y no uses esa espada, por ningún motivo. Mantenla en la funda.

Diciendo esto se encaminó hacia el interior del torreón bajo la incrédula mirada de Alis. Mas antes incluso de traspasar la puerta se desvaneció en el aire, dejando tras de sí la lucha feroz de los orcos y los defensores de Tres Colinas.

Alis empuñó su arco y decidida se aproximó a la refriega.

XXIX.

Duelo de titanes.

Largos siglos habían transcurrido desde que realizara un viaje tan prolongado como aquel. Sus entumecidos huesos se resintieron de la humedad del clima y por más que batía enérgicamente las alas no conseguía desprenderse de la sensación de agarrotamiento. Se encontraba demasiado exhausto para ese tipo de empresas, mas no pudo encontrar otra alternativa. El deber le impulsaba a volar al encuentro de su destino, al amanecer, según lo acordado.

Comprendió que se dirigía hacia una terrible lucha. Eso le tenía muy preocupado. En más de dos mil años no había probado el dolor de las heridas y no le apetecía lo más mínimo hacerlo ahora. Sabía que su cuerpo, ya caduco y avejentado, no resistiría bien esa exigencia. Pero confiaba en su mente, en su despierta inteligencia para considerar al menos la posibilidad de aspirar a tener una mínima oportunidad. Lucharía y no sería presa fácil. No en vano él era el Decano del último Concilio, el más sabio, respetado y anciano de su especie.

Él había formado a todos y cada uno de los integrantes del Concilio actual, y a sus padres, y a los padres de sus padres. Se impuso durante largos milenios a la ambición y a la tentadora opción de dormir para siempre, hasta que llegase el glorioso día de alzarse de nuevo. Él supo resistir, pues comprendió que su destino hallaría un final acorde con su compromiso.

Supo entender que la edad de los Dragones había terminado. Se adaptó a las nuevas circunstancias, y lejos de enfrentarse a los nuevos y cada vez más numerosos hombres aprovechó su sabiduría para crear. Desde la sombra intentó ser útil a los monarcas de ese lado del mundo. Sus consejos no siempre fueron seguidos, pero alguna vez consiguió lograr altos propósitos.

Dragones, creadores de la tierra, señores del tiempo, forjadores de la magia, amos de la muerte. Así fueron antaño. Pero sus eras de dominio ya habían pasado y debían dejar que su propia creación se desarrollase por sí misma. Casi dioses. Eso era lo que la mayoría no logró entender nunca.

Su propia vida se contaba en eones, medidos en términos de los jóvenes humanos, pero no eran inmortales como algunos habían llegado a creer. Ni eran dioses ni dueños de su propio destino, pues allí en los orígenes del tiempo, donde una vez surgió todo de una pequeña chispa, el destino de todas las criaturas quedó sellado para siempre. Y el suyo, junto con los de su especie, era dejar paso a multitud de insignificantes vidas; cada dragón de insondable capacidad sustituido por una miríada de seres capaces de cualquier cosa.

Ese era el destino de los de su casta, aunque *Adrianopolinatis el Traidor* se empeñara en contradecirlo y en labrarse el suyo propio. Él fue su mentor y tutor durante siglos, y no estaba orgulloso de la obra creada. Todo el potencial de ese joven dragón usado para destruir en lugar de crear. No recordaba cuál había sido la última creación de ese joven *Rojo*. ¿En qué momento abandonó la senda correcta?

Probablemente en el mismo momento de nacer, pues el destino de cada uno está ya escrito y nada se puede hacer para cambiarlo. Y él estaba destinado a ser el nuevo *Decano*. Deseó que su decanato durara unos breves instantes. Hacía largos años que no deseaba algo tan ardientemente.

A la hora fijada llegó a destino. No había tenido tiempo de planear nada. Pero comprendió que llevaba toda una vida preparando ese instante final. Se encontraba extenuado, apagado y falto de motivación. En el primer rayo del amanecer vio escrito su destino. Aunque luchase no vería ya más veces la creación más hermosa, armoniosa y perfecta de cuantas el Concilio llevó a cabo jamás: el amanecer. Amaba el amanecer. Se despidió de él.

Ж

Con la llegada del sol los asaltantes se retiraron a paso ligero hacia las montañas, huyendo de la claridad y dejando tras de sí cientos de monstruos muertos o moribundos y decenas de hombres masacrados. No habían conseguido tomar la fortaleza por completo y ahora debían retirarse a sus cubiles antes de que el sol los debilitase.

La llegada del sol trajo también a otra criatura alada que fue saludada con vítores por los fugitivos asaltantes. Con el sol a su espalda, el dragón alado descendió sobre los restos de Tres Colinas produciendo dos efectos opuestos: esperanza en los asaltantes y decaimiento en los defensores.

El dragón sobrevoló el campo de batalla en amplios círculos y llegó hasta el torreón central. Extendiendo sus garras se posó completamente sobre la estructura. Su enorme peso hizo crujir vigas y contrafuertes, pero la torre resistió.

En lo alto del bastión de defensa una mujer esperaba la llegada de la criatura alada, y no pudo sino temblar de miedo ante el descomunal tamaño de tan increíble ser. Sus brillantes y nacaradas escamas de color negro refulgían con el sol naciente en un arco iris de vívidos colores. Sus ojos dorados, de mirada límpida y serena, hicieron cesar los temblores de la mujer.

-¿Estás preparada?

La mujer asintió, respirando profundamente. Sabía lo que eso significaba.

-Pues vamos allá.

La mujer buscó con la mirada esos ojos color miel de nuevo. Nada malo iba a pasarle, nada malo.

El dragón, pronunciando en un murmullo ronco una antigua letanía lanzó un conjuro e inclinándose la devoró en una rápida dentellada. Batió las alas y levantando una inmensa nube de cenizas se elevó sobre el campamento.

Robín no pudo reprimir un grito de angustia. Estaba herido en multitud de cortes, pero el que más sangraba en ese momento estaba en su pecho, en el interior. Kikro, tendido junto a él le sujetó por el hombro.

-Es necesario... debes confiar en él.

Pero el elfo ya no escuchaba nada, sumido en el llanto más amargo de toda su vida.

Los soldados, temerosos ante la presencia del dragón, no se atrevían a levantar la cabeza hacia el cielo ni a abandonar sus refugios. Los pocos supervivientes del asalto nocturno estaban tan aterrorizados que ninguno era capaz de otra cosa excepto de rezar a sus dioses y de cubrirse la cabeza con las manos. Todos excepto su capitán.

Tanus contemplaba maravillado a la criatura que había hecho aparición en el campamento. Sentado contra el muro recibía los primeros rayos del recién nacido sol y se recobraba del esfuerzo sobrehumano que había realizado para que nadie cesase en la defensa.

-Contempla con detenimiento a la criatura más antigua de toda la tierra. Más antigua incluso que la propia tierra.

Tanus giró levemente la cabeza y vio al gigantón Toro, herido como todos los demás, sangrando por todo el cuerpo y señalando la cima del torreón. Sonrió. Rodeado de fugaces uno no podía dejar de maravillarse a cada instante.

Mas el momento de deleite llegó a su fin. Una sombra ocultó el sol por unos instantes y un frío viento trajo olor a azufre y podredumbre. El *enemigo* había llegado.

Ж

-¡*Xaviodipoulus, el Grande!* ¡El Decano Supremo abandona su retiro y regresa una vez más a la vida! ¡Saludos, Dragón Negro de la Hermandad! ¡Bienvenido a este campo de batalla!

El Negro batió enérgicamente las alas y se mantuvo suspendido en el aire.

-Ahórrate los saludos *Adrianopolinatis, el Menor*. Sabes a qué he venido.

El Rojo, de menor tamaño como se podía observar al contemplarles juntos, voló hasta situarse frente a frente con su superior.

-¿Volverá el Concilio a reunirse tantos siglos después? -dijo *Adrianopolinatis* con una sonrisa en las fauces-. Pues eso has venido a comunicarme, ¿no?

El gran Negro permaneció mudo.

-¿Me aceptarás como sucesor y volverás a admitirme en el Concilio? ¿Lo harás? -insistió *Adrianopolinatis*.

-Sabes que he venido en busca de tu cabeza -respondió el anciano dragón-. No puedo aceptarte de nuevo en el Concilio.

-Oh, vaya -respondió el joven con voz afligida y trazó un círculo en el aire llevándose las manos al pecho-. Me rompes el corazón... viejo.

-No tienes cabida en el Concilio. Ni tú ni ninguno de los traidores que te acompañaron, jovenzuelo -respondió desafiante el gran Negro remontando unos metros el vuelo sobre la cabeza de su oponente.

-Déjate de pamplinas. ¿El gran *Xaviodipoulus, el Longevo*, no encuentra otra excusa mejor para intervenir en las guerras de los humanos? ¿Esa es la ley que el gran *Xaviodipoulus, el Indescifrable*, dictó en el nacimiento de los infectos humanos?

El Rojo se situó a la misma altura y esta vez más cerca del dragón negro. Sus fosas nasales dejaban escapar volutas de humo azufrado.

-No es una guerra de humanos, *Adrianopolinatis, el Maligno*, la has comenzado tú; has provocado toda suerte de males en esta tierra intentando que me enfrentase a ti. Bien, ya lo has conseguido.

El Rojo sonrió malicioso, entrecerrando los ojos. Sabía que era físicamente superior a pesar de su menor tamaño. La victoria estaba cerca. Sopló una lengua de fuego que hubiera arrasado dos ciudades sobre su oponente y voló rápidamente con las garras extendidas.

El ataque no cogió por sorpresa a *Xaviodipoulus*. Esperaba el momento en que el joven Rojo comenzase la lucha. El fuego no pudo hacer nada más que dar un poco de calor en su impenetrable coraza y concentrándose en el que supuso el ataque de verdad, que llegaría a continuación, pronunció un conjuro.

Adrianopolinatis atravesó el lugar en el que debiera estar el maestro con las aceradas garras a punto para desgarrar su piel, pero en lugar del dragón se encontró una ligera nube que se dispersó a su veloz paso.

-Impetuoso como siempre, *Adrianopolinatis, el Adelantado* -dijo una voz a la espalda del dragón rojo-. La paciencia no ha sido nunca tu fuerte.

-Paciencia es virtud de tímidos e indecisos. Los fuertes no dudan -respondió encolerizado volviendo su vuelo hacia Xaviodipoulus-. No conseguirás huir eternamente de mí.

-No dudar nunca es acto de irreflexivos jóvenes como tú -dijo otra vez a la espalda del Rojo, y antes de que éste pudiera reaccionar recibió un zarpazo entre las alas, consiguiendo desprender varias escamas de la coraza carmesí e hiriendo de sangre al dragón.

Un rugido atronador sacudió las nubes mientras el Rojo se revolvía de dolor hacia su atacante. Descubrió con sorpresa otro Xaviodipoulus que le miraba reprobador.

-Duda ahora y crece en sabiduría joven *Adrianopolinatis, el Aprendiz* -dijo un tercer dragón negro a la derecha del segundo.

-Crece, jovencito -dijo un cuarto Negro a la espalda de *Adrianopolinatis*.

El Rojo, cerrando por un instante los párpados musitó una breve letanía y extendiendo las garras deshizo el hechizo de Xaviodipoulus. Las ilusorias imágenes del Negro se difuminaron en la brisa.

-¿Magia? ¿Eso es todo? -se mofó *Adrianopolinatis* mirando al verdadero Xaviodipoulus.

El gran Negro estaba sorprendido al comprobar que su ataque, antaño mortal de necesidad, en esa ocasión no había provocado más que un rasguño. Había mermado mucho. Sonrió para sus adentros. En otro tiempo ya estaría ocupándose de otra cosa con el oponente herido de muerte bajo sus garras.

-¿Y esto lo conoces? -preguntó *Adrianopolinatis* chascando los dedos.

El efecto sorprendió a Xaviodipoulus, pues una nube de oscuridad cubrió al Rojo, haciéndole desaparecer momentáneamente de la vista. Pero más le sorprendió recibir un tremendo golpe en la espalda, junto a la base de las alas, en el mismo lugar exacto que él había elegido anteriormente. Xaviodipoulus comprendió que el Rojo había aprovechado su ocultamiento para teletransportarse hasta su espalda.

Salió despedido varios metros hacia abajo. No le costó mucho volver a controlar su vuelo, pero descubrió que el discípulo podía emular al maestro bastante bien. Y que a diferencia de él, el golpe que había recibido no había tratado de herirle, o al menos solamente en el orgullo. Empate a un golpe.

-Has progresado mucho, *Adrianopolinatis, el Irascible* -reconoció Xaviodipoulus-. Te felicito.

El Rojo inclinó la cabeza aceptando la felicitación. La primera en dos mil años de su antiguo maestro.

-Estoy preparado para suplirte, para subir de nivel. ¡Yo seré el próximo Decano! -clamó *Adrianopolinatis* y se lanzó en un furioso ataque contra el maestro.

-No lo dudo, *Adrianopolinatis, el Sangriento*. Pero no hoy -respondió el Negro al tiempo que con un quiebro dejaba pasar al enfurecido Rojo.

-¡Hoy ha de ser sin falta!

-¡Sólo si me vences en singular combate!

-¡Eso intento! Pero no dejas de evitarme. ¡Como si tuvieras miedo de tu destino! -gritó el Rojo haciendo que un aire huracanado arremolinase nubes de tormenta a su alrededor.

-No temo a mi destino, pues lo que ha de ser será. Te temo a ti, *Adrianopolinatis, el Destructor*.

Un rayo abrasador partió las negras nubes en dos y alcanzó el pecho de Xaviodipoulus en un estallido atronador. Al rayo le siguió el Rojo.

Xaviodipoulus, aturdido por el impacto y sintiendo un escozor increíble en sus carnes se dejó caer hacia los lejanos campos. Batió poderosamente las alas y aceleró su caída,

sintiendo tras de sí el vuelo del Rojo. Lenguas de fuego lamían sus talones y hubo de conjurar un soplo huracanado tras él que frenase el vuelo de Adrianopolinatis.

La ligera ventaja obtenida le permitió ver la coraza de su pecho agrietada por el rayo. Y por las grietas comenzó a manar sangre, sangre de dragón.

-¡No huyas! ¡Al final te atraparé! -rugió Adrianopolinatis.

El Negro, haciendo un inverosímil cambio de rumbo comenzó a ascender hacia el sol, batiendo las alas tan velozmente como su desbocado corazón permitía. Se elevó y se elevó hasta que ya no encontró aire con qué llenar sus pulmones y sus alas no encontraron en qué sustentarse. Entonces invocó su poderosa magia y se concentró para la batalla final.

Una única vez en toda la existencia de la tierra, desde su creación y hasta el final de su tiempo, una sola vez se había producido una batalla semejante a la que aconteció aquel día. Cierto era que en aquella primera vez y en esa segunda, y probablemente última, había estado presente un mismo luchador: *Xaviodipoulus, el Gran Negro*, el patriarca de toda la estirpe, el Decano del Último Concilio, el último superviviente de los Antiguos. Y no era menos cierto que en ambas ocasiones se había visto forzado al combate, pues de entre de los de su estirpe era de los menos belicosos y violentos.

En la que él sabía que sería su última batalla, su último acto en la vida pretendía ser armonioso y creativo, no destructivo como cualquier otra batalla acontecida en la historia. Con él acabaría la saga de los Primeros Nacidos, de los Sabios, de los Antiguos. Y no estaba apenado por ello, sino por el legado que había dejado en la bella creación de tantos y tantos siglos de trabajo.

Lejos de legar una raza de dragones fuertes, sabios y justos, administradores de justicia y creadores de vida, lejos de su ideal, dejaba un pequeño grupo de seres alados, unos viles y otros desinteresados. Y de entre todos, el más poderoso era el más infecto y corrupto, aspirando a sembrar el caos y el terror por doquier. Aun así no era ni sombra de lo que pudiera haber sido si su mente no se hubiera cerrado caminos, como el que llevaba a lo que él mismo podía haberle enseñado. Aunque al menos había un minúsculo grupo de leales, de jóvenes dragones seguidores de su obra. Ya no tendría tiempo de explicarles más lecciones.

No podía decir que tras una larga vida de eones había fracasado. Pero el último regusto que saboreaba era profundamente amargo. La vida tenía estas sinrazones, aunque estaba seguro que todo obedecía a un propósito superior, más profundo de lo que él, el más sabio entre los sabios, podía comprender.

Recordó las últimas palabras que le dirigió *Tedocrator, el Inmenso*, el maestro que él mismo se había visto obligado a derrotar en singular reto: "*Abandonarás el decanato de la misma forma que logras acceder a él, Xaviodipoulus, el Conjurador. Recuerda mis palabras*". Se había acordado muchas veces de ellas, sobre todo en los últimos tiempos.

Jamás se había enfrentado a una furia semejante, a un odio de tal magnitud que hasta ese momento para él había sido inconcebible. Los conjuros de estaban destinados a proporcionarle el peor de los dolores posibles y las dentelladas feroces no buscaban otra cosa que devorar su corazón aún palpitante.

Comprendió en ese momento que no debía haber dejado crecer ese odio en el enemigo, acumulando y acumulando rencor y resentimiento. Tal era la maldad que destilaban todas sus dentelladas que en verdad Xaviodipoulus llegó a estar preocupado por sufrir demasiado antes del fin. Estaba preparado para morir, pero no para una larga y dolorosa agonía.

Durante horas soportó, repelió y deshizo conjuros de toda suerte y naturaleza sin descanso: cientos de relámpagos, nubes de ácido y esferas de vacío que hacían reventar

sus arterias en el interior; miles de dentelladas y zarpazos; multitud de golpes y coletazos. Y todos y cada uno de ellos a una endiablada velocidad que no le permitía descanso alguno.

Pero lo más hiriente de todo no fue recibir golpes, cortes o descargas. Lo peor fue escuchar de boca de su propio enemigo los planes inmediatos que tenía en mente para cuando el combate acabase. Lo menor de todo era que su cuerpo sería desmembrado y repartido por los doce mares, excepto su corazón, que sería conservado para tener atrapado el espíritu indomable del Gran Negro. No, lo peor era los planes de destrucción que llevaría a cabo, despertando de su letargo de siglos a antiguos seguidores de la senda equivocada, a viejos avaros cuya malicia sólo era superada por quien planeaba despertarles.

Soportó estoicamente toda clase de insultos y humillaciones, toda clase de hirientes comentarios sobre sus más recientes creaciones, que serían inmediatamente borradas de la faz de la tierra, incluidos los apestosos e insignificantes humanos si no aceptaban su esclavitud. Lo soportó todo y ni siquiera contestó a las provocaciones que recibió, en parte porque no podía mantener el ritmo de defensa si hablaba y en parte porque todavía conservaba una minúscula esperanza. En el fondo de su alma había una diminuto rescoldo que él trataba de mantener encendido protegiéndolo de los huracanados vientos.

Xavioidipoulus luchó con coraje y bravura en singular combate, como su oponente había solicitado siglos atrás en el último Concilio. Aquél día expulsó a *Adrianopolinatis, el Colérico*, del Concilio, negándole derecho alguno a aspirar al decanato. Pero sólo había sido un aplazamiento a tan temido combate, pues aunque más joven y de menor tamaño, *Adrianopolinatis, el Aventajado*, era un formidable adversario. Incluso para él.

Ambos contendientes disputaron con todas sus fuerzas y conjuros hasta que agotada la magia y los hechizos de ataque se enzarzaron en un colosal cuerpo a cuerpo que les llenó de dentelladas y desgarrones.

Por fin, *Adrianopolinatis, el Invencible*, hizo honor a uno de sus millones de nombres y atenazando en una feroz presa a su contrincante pudo apresar su nuca con los terribles colmillos, goteantes de venenoso odio. Con sus zarpas superiores inmovilizaba la mandíbula de *Xavioidipoulus, el Recto*, y con las inferiores desgarraba su vientre, desprendiendo tantas escamas que cuando le hubo dado muerte apenas quedaron restos de tal armadura en el cuerpo de *Xavioidipoulus, el Coloso*; y los hombres que presenciaron tal combate lo recordarían en sus trovas como el día que llovieron lágrimas negras desde las nubes.

Viéndose atrapado y sin posibilidad de escabullirse, el Gran Negro humilló su cabeza y abandonó su suerte a lo que el Rojo quisiera hacer de ella. Concentrándose únicamente en sus garras, usó de una de ellas, afilada e intacta que, con toda intención no había usado en tan sangriento combate. Con toda la fuerza que le restaba incrustó la afilada uña en el borde superior de una escama del pecho de su oponente y trató de penetrar con toda su furia en la carne del enemigo.

Adrianopolinatis vio próxima su victoria, y un júbilo salvaje se apoderó de todo su cuerpo. Había sido una cara victoria y había tenido que hacer uso de todos sus conjuros y reservas mágicas, de todas sus reservas de energías; estaba herido en multitud de puntos por los que sangraba abundantemente. Pero su enemigo no estaba mejor que él, y ahora, con su cráneo atrapado en sus colmillos podía despedirse de su larga vida.

El Rojo sólo sintió no poder carcajearse de su enemigo mientras le daba muerte. El fin de *Xaviodipoulus, el Decano*, había llegado. La era de *Adrianopolinatolis, el Implacable*, había comenzado.

Concentró todo su devastador poder en las mandíbulas y apretó hasta que los huesos del cráneo del Gran Negro crujieron quebrándose en cien mil pedazos y su cerebro era destrozado por los colmillos del Rojo.

Adrianopolinatolis soltó su presa y la dejó caer al vacío abriendo las fauces. El peso muerto del Gran Negro cayó hacia la lejana tierra con gran regocijo para el vencedor de la contienda.

La primera reacción fue rugir de rabia y júbilo, mas el grito se tornó en aullido de dolor al desprenderse una gruesa escama de su pecho con la caída del Gran Negro; una de las garras del vencido se había incrustado en su coraza desesperadamente en la agonía final.

Sacudiéndose en el aire, voló raudo hacia el cuerpo sin vida que se precipitaba al vacío. Aún necesitaba completar la victoria: debía arrancar el corazón de su adversario y devorarlo si aspiraba a poseer la sabiduría y coraje del vencido o conservarlo para impedir al alma del vencido volar hasta la *última morada*.

A pesar de todo lo que había dicho durante la refriega, Adrianopolinatolis ardía en deseos de devorar el preciado tesoro y absorber cuanto fuera posible de la legendaria sabiduría de *Xaviodipoulus, el Vencido*: el último nombre del colosal Dragón Negro.

El cuerpo sin vida del dragón se estrelló con un estampido ensordecedor. Cayó delante de las tres colinas que daban nombre al campamento arrasado. La nube de cenizas y polvo que se levantó cubrió por completo el cielo, oscureciendo momentáneamente el brillo del sol. El enorme cuerpo inerte originó un cráter de más de cuarenta metros, y aun así la enorme bestia sobresalía del agujero.

En la zona reinaba un silencio sepulcral, como si todas las criaturas conociesen que un antiguo benefactor había desaparecido para siempre, y era posible que fuera así. No se escuchaba ni el ligero murmullo de la brisa contra la muralla de piedra ni el canto de las aves. Tampoco se escuchaba la respiración de los pocos defensores que habían sobrevivido en Tres Colinas.

En los restos de la fortificada posición, los defensores aún vivos poco o nada habían podido ver de la gran batalla, a parte de fogonazos, nieblas, resplandores y estallidos. No habían visto nada, y poco habían escuchado de lo que había sucedido por encima de sus cabezas, más allá del alcance de su vista. Pero lo que sí habían visto fue la lenta caída desde el infinito del único defensor que en verdad había podido hacer frente al despiadado dragón rojo. Su aparición entre las nubes, con el cuello inerte y las extremidades ondulando al viento, con las alas desgarradas y girando sin control arrancó lágrimas de desesperación a los ya vencidos soldados.

Lo poco que habían entendido, dentro de su confusión, era que ese gigantesco dragón negro había venido para hacer frente al otro rojo. Y aunque no entendían muy bien las razones bastante que les importaba, siempre que les librase del abrasador aliento del otro dragón.

Los pocos que de verdad entendían algo lloraban desconsolados desde hacía tiempo. Desde antes incluso que cayera el cuerpo sin vida del que otrora fuese su mentor y maestro. Incluso los que no habían conocido al Gran Negro entendían la importancia del hecho que habían presenciado. Acababan de contemplar el edicto de su sentencia a muerte, pero ninguno tuvo ánimo para huir.

El Rojo, sangrando por múltiples heridas descendió raudo sobre los despojos de su víctima. Ignorando a los insignificantes defensores del pueblucho y desatendiendo cualquier otro asunto, Adrianopolinatolis posó sus zarpas en el interior del gran cráter

originado por el impacto del Negro. El polvo aún flotaba en el ambiente, haciendo que los pocos humanos que se atrevieron a mirar por encima del parapeto sólo viesen sombras veladas.

Con gran impaciencia el Rojo comprobó que efectivamente su antiguo maestro no respiraba ni tenía pulso. Muerto y bien muerto. Ya había logrado la eterna quietud, el descanso silencioso. Tras las comprobaciones atacó su pecho con garras y dientes. Abrió una herida tal que el inerte corazón quedó al descubierto, al alcance de sus afilados colmillos.

Durante un segundo dudó. Iba a privar a todo un Gran Maestro del sueño en la *última morada*. Sólo con devorar la odiada y ansiada víscera se iba a apoderar de tantos conocimientos y experiencias que probablemente hubiera necesitado varias vidas de dragón para alcanzar ese grado.

Enterró las fauces hasta los mismos ojos en el pecho abierto, tenía intención de comer de un sólo bocado tan exquisito manjar. Mas nunca jamás llegó a cerrar las mandíbulas. Un dolor inesperado le quemó en la lengua.

Sacudió violentamente la cabeza y se echó para atrás dejando escapar un aullido sorprendido. Paladeó el gusto de su propia sangre y vio asustado cómo parte de su bífida lengua había quedado cercenada junto al corazón del Gran Negro.

Rugió rabioso, mas ningún conjuro pudo ser lanzado con éxito al no poder articular convenientemente la fórmula. Gritó desesperado, atragantándose con su propia sangre. ¿Qué clase de influjo había dañado así su boca?

Una brillante y azulada claridad segó las entrañas próximas al corazón, dejando al descubierto un cegador destello que manaba del interior del cuerpo de Xaviodipoulus. Tras el destello, Adrianopolinatis no daba crédito a sus ojos, apareció una fornida amazona, empuñando un afilado acero, que era el origen de tan intensa luz.

Abriéndose paso hacia el exterior la mujer usó la espada como si fuera un machete y cercenó carne y huesos. Su diminuta e ínfima presencia entre los dos colosos era un desvarío. Cualquier pequeño movimiento del Rojo aplastaría a la mujer contra el cadáver del otro dragón. Incluso no tendría mayor dificultad en devorar de un sólo bocado a tan minúscula presa.

Pero algo detenía al feroz Adrianopolinatis. No sólo la presencia de la mujer, pues tras ella, el enorme ser alado había visto surgir los fantasmas del pasado.

-*Xaviodipoulus, el Vengador*, me manda a decirte que *Dranfuvil* ha sido hallada de nuevo. Y te envía sus saludos desde la Morada Eterna.

Un sinfín de emociones sacudió la enfermiza mente del dragón y poco o nada atinaba a pensar.

-*Daño de Dragón...* hallada de nuevo...

Alis dio un nuevo paso al frente y mostrando en todo su esplendor y belleza a *Dranfuvil* añadió desafiando al coloso.

-También me pidió que te dijera que *no se pueden dejar puntos oscuros en el pasado*.

Adrianopolinatis se sintió perdido y comprendió de inmediato que la escama arrancada por Xaviodipoulus, la última que había perdido, había dejado un hueco en su defensa demasiado grande. Y que su falta no la había provocado el Gran Negro para aprovecharla él, si no para la portadora de *Cercena Garras*.

Haciendo gala de una rapidez inaudita, Adrianopolinatis hizo uso de sus poderes mentales innatos y conjuró un globo de energía que rodease y no permitiera avanzar a la amazona. Pero el hechizo no surtió efecto.

Conjuró una barrera de oscuridad entre ambos y ésta tampoco surtió el efecto deseado. El Rojo comprendió que Xavioidipoulus ya había previsto todo y que había protegido convenientemente a la mujer.

Alis no dudó ni un sólo instante y dejándose guiar por la sed de sangre de *Dranfuvil* saltó hacia arriba, en el salto más alto que jamás conseguiría. El punzante acero se clavó con facilidad a través del hueco dejado por la ausente escama y buscó con avidez el corazón del dragón, arrastrando en su rauda carrera el brazo de la amazona.

Adrianopolinatis encogió su pecho, tratando de hurtar sus puntos vitales del abrasador acero. Viéndose perdido exhaló una bocanada de llamas que chamuscó a la amazona, pero que inconcebiblemente no la prendió como una antorcha; *Dranfuvil* la protegía y guiaba.

La espada candente y sedienta de justicia alcanzó su meta, cercenó en dos mitades aún palpitantes el malvado corazón y se retiró al exterior. Había cumplido su destino, para el cuál había sido forjada hacía más de diez mil años, por un joven dragón, discípulo aventajado del Gran Decano del Concilio y aprendiz de las artes arcanas, por un tal *Adrianopolinatis, el Gallardo*.

Ж

La nube de polvo se asentó poco a poco. Para desesperación de los impacientes soldados y demás defensores de Tres Colinas el tiempo transcurría y nada sucedía. No se oía ningún ruido y nada sabían de la lucha de los dos formidables contrincantes. Todos esperaban confirmación a sus negros presagios sobre su incierto futuro y la tarde estaba echándose encima. Quedaban muy pocas horas de luz.

Al ver que no se movía nada ni nadie dentro del cráter, los hombres fueron perdiendo miedo y ganando desesperación. A parte de la lógica curiosidad necesitaban saber qué había ocurrido con su terrible enemigo y con su magnífico defensor. Tenían que conocer qué había sucedido y qué iba a suceder ahora que su héroe había perecido en manos del dragón rojo.

Con sorpresa descubrieron una diminuta figura cubierta de sangre, desarrapada y muy fatigada que se arrastraba fuera del cráter.

-¿Es que... -un violento ataque de tos cortó sus palabras-...es que nadie me va a ayudar a salir de este agujero?

-Está viva. ¡Está viva! -gritó Kikro.

-¿Viva? ¡Dioses, gracias! -rezó el elfo-. Rápido, alguien que le eche una mano.

Tanus, nuevamente sorprendido, atendió en persona a la intrépida amazona. Ayudado por dos soldados y lanzando temerosas miradas hacia el cráter, ayudó a Alis a trepar por el empinado borde del hoyo y se alejó de allí hacia el recio torreón que orgullosamente había resistido todas las acometidas invasoras. ¿Resistiría aquella noche también?

El sol estaba ya cerca del ocaso y los dos exploradores que habían enviado regresaban a todo galope. Eso sólo podía significar una cosa. Las columnas de orcos regresaban. Tres Colinas volvía a ser asediada.

Apesadumbrado, el capitán de la guarnición y líder en la defensa observó todos sus efectivos para el combate. Media docena de magníficos fugaces, todos malheridos y extenuados; y una decena de voluntariosos soldados, también heridos y al borde de la extenuación. No tenía más remedio que ordenar la retirada al interior del torreón.

Pero la puerta tampoco resistiría mucho. Y una vez en los túneles ya no vendría el sol a marcar la retirada invasora. No había esperanza.

XXX.

Viejos túneles, nuevos amigos.

Ordenó la dolorosa retirada al interior. Aunque era poco lo que abandonaban, mayormente cenizas y cadáveres, reconocer la derrota escocía en el orgullo de todos ellos.

Ninguno de los fugaces aceptó de buen grado la orden, aun cojos y heridos querían presentar batalla. Pero la visión del enemigo tan cercano mostró con toda crudeza el desequilibrio de fuerzas. Sin líder, pues todos estaban desmoralizados con la ausencia del mago Varandir, y sin fuerzas ya para empuñar la espada, tuvieron que acatar la orden. Todos salvo el obstinado enano.

Increíblemente Kikro no presentaba más que arañazos, moratones y un par de dolorosos mordiscos, amén de las heridas curadas gracias a las mágicas pociones del mago. Blandió amenazante su hacha frente a la nariz de Tanus y gritó hasta enrojecer de ira poniendo en tela de juicio la decisión del capitán de la tropa.

-Ningún enano acatará tu decisión, soldadito. Y menos éste. Kikro Cabeza de Torre no huye de orcos ni de ratas como esas -gritó señalando la horda invasora.

-¿Ningún enano? -replicó Tanus-. No veo a más enanos que a ti, Kikro. Razona.

Pero Tanus sabía que nada haría entrar en razón a tan tozudo cabeza dura. Menos cuando había visto al frente de los invasores un gigante, antagonista por excelencia del pueblo enano, y si su sospecha era cierta ya habían cruzado su acero con él anteriormente.

-¡Para qué quieres más! Kikro Cabeza de Torre, Rey de Reyes se basta y se sobra para defender él solo la entrada. Marchad y atrancaros que yo me ocuparé de que ninguna alimaña ponga una zarpa sobre ella.

-Pero Kikro... -intervino la magullada y exhausta amazona- Ni siquiera tú, Rey de Reyes podrás con cientos de ellos a un tiempo.

-Podré -aseguró el enano ajustando su cinturón a la prominente barriga.

-Retirémonos a los túneles y matemos orcos allí -sugirió León, que también comprendía la imposibilidad de tamaña empresa para ellos solos.

-¡No! -fue la escueta respuesta del enano.

-Si tú te quedas no tendré más remedio que quedarme contigo -afirmó rotundamente el elfo.

Kikro sonrió abiertamente.

-¡Mejor! Ahora estoy más seguro de que no conseguirán pasar.

-Pero sois sólo dos. No resistiréis toda la noche -comentó Tanus intentando convencer a los *fugaces*.

-¡Nos quedamos! -afirmó Kikro y plantó el hacha en el suelo junto a él.

-¿Quedarnos? -se preguntó Suzán, quien hasta ahora se había mantenido al margen.

-Pero Kikro... No es suficiente. ¿Quién apoyará tu mellada hacha?

Una voz surgió de la oscuridad interior del torreón.

-¡¡Yo!! ¡¡Yo le apoyaré!! Grom Hachadura, de los Hachadura del clan de la Séptima Corona.

-¡¡Y yo!! Bradur Testarota, leal a mi Rey.

-¡¡Y yo!! Breadur, hijo de Bradur Testarota.

-¡¡Y yo también!! Dakin Rocante, leal hasta la última gota de mi sangre, como todo mi clan minero.

Uno a uno, los enanos fueron saliendo del interior del torreón y se plantaron rodeando a su Rey.

-Pero... ¿de dónde salen estos? -se sorprendió Tanus.

-De los túneles -afirmó Grom-. Nos hemos adelantado para traeros la noticia, majestad. Él nos guió.

Kikro miró en la dirección que señalaba el enano y no pudo reprimir una tremenda carcajada.

-Sabía que volverías.

-Claro, amigos míos. No puedo perderme toda esta diversión -dijo Varandir saliendo de entre las sombras apoyado en una larga vara. Parecía mucho más viejo que la última vez que se había despedido.

-Pero cómo... -balbuceó el capitán Tanus.

Varandir se acercó a él y observando con detenimiento al enemigo que se les acercaba respondió a la incompleta pregunta.

-Los antiguos túneles, capitán. Llegan muy lejos. Y se avanza rápido por ellos si no se extravía la senda correcta.

Por el portón apareció toda una escuadra de fornidos guerreros enanos, bien armados y preparados para la batalla. Haciendo una reverencia o un gesto con la cabeza pasaron junto a su monarca. Sin que nadie les diera instrucciones ni les guiase, el escuadrón enano inspeccionó la zona y preparó la defensa de la manera más conveniente a su experto entender. El enemigo estaba ya muy cerca.

-La columna llegará antes del anochecer -afirmó Varandir.

-¿La columna? -preguntó Tanus.

-Kikro solicitó refuerzos antes de que... antes de que nos apresarais -aclaró el mago-. Los enanos son resistentes y unos tenaces corredores en caso de apuro. La demanda de socorro llegó a la mina y el grueso del ejército se puso en marcha hacia Tres Colinas, aun sin saber a qué enemigo debían enfrentarse.

Tanus se maravilló de lo que le estaban contando. En sólo tres días movilizar un ejército y acudir desde la entrada de la cueva era prácticamente imposible. Incluso a caballo.

-¿Y por qué no habéis venido todos por los túneles? -preguntó Suzán.

-Bueno -respondió sonriendo Varandir-. No conocíamos el camino y era mejor no arriesgar la llegada de todos los refuerzos.

-El torreón resistirá -aseguró de nuevo Kikro-. Ya os lo estaba diciendo yo.

Robín se situó a su lado, apoyando su esbelta mano en el hombro del Rey. Resistirían.

-Creo que vosotros es mejor que descanséis -sugirió Varandir-. Si a lo largo de la noche se hace necesario deberéis intervenir, pero ahora no creo que sea imprescindible -finalizó señalando hacia el este, hacia una colina sobre la que se destacaban ya los primeros exploradores enanos, la vanguardia del pequeño ejército que acudía en auxilio del Rey. Vítores del escuadrón enano recién aparecido jaleó la llegada de los suyos.

-No llegarán antes que los orcos -calculó Alis-. Deberemos resistir hasta entonces.

-Sí -aceptó Varandir-, deberemos resistir hasta su llegada, pero esta noche no peharemos solos. Los ecos de guerra han llegado muy lejos y muy rápido -volvió a señalar, aunque esta vez al oeste, donde sobre otra colina se recortaban varios jinetes

con grandes pendones y estandartes ondulando al viento. Los soldados vitorearon la llegada de nuevos combatientes.

Del oeste sonaron trompetas de desafío al enemigo. Los jinetes cada vez eran más y las puntas de sus lanzas lanzaban destellos amenazantes con los últimos rayos del ocaso. Del este les contestaron los cuernos de guerra enanos, desafiantes también, roncós y amenazantes.

La columna orca, con el gigante al frente, detuvo su avance. Lejos de espantarse y de huir colina arriba, el frente invasor se dividió en tres. El grueso de orcos se dirigió a la carga contra los restos del torreón y la derruida fortaleza de Tres Colinas, con el gigante bramando salvajemente. Otra parte se volvió al este para hacer frente a los enanos y otra parte al oeste, para impedir que el socorro llegara al torreón antes que el ataque del grueso de su ejército. Las bestias estaban decididas a tomar la fortaleza y a acabar con todos sus defensores sin que les importase el precio a pagar.

Pero todo se torció para los invasores, pues en el frente este se midieron a una fuerza muy superior a la que parecía a primera vista. Los astutos y previsores enanos no habían mostrado todo su potencial, y buena parte de sus efectivos habían permanecido ocultos a la vista de los orcos.

La carga en forma de cuña de los disciplinados guerreros resultó devastadora y en un abrir y cerrar de ojos seccionó ese frente en dos mitades, llegando a atacar la retaguardia de los asaltantes a la fortaleza. Otro grueso pelotón se ocupó de que las partes separadas de los orcos no tuvieran oportunidad de unirse de nuevo y aunar esfuerzos. La engrasada maquinaria táctica de los enanos funcionaba de forma precisa y letal, segando cabezas de orcos y despejando su parte del campo de batalla.

Por el oeste no fue mejor para los salvajes orcos. La carga demoledora de la caballería arrasó todo el frente, dejando orcos atravesados por largas lanzas o por las espadas y los pocos supervivientes fueron pisoteados con saña por los caballos. Poco tardaron los caballeros de brillante armadura en poner en fuga a todos sus oponentes, uniendo sus fuerzas en el centro exacto del campo de batalla con las formaciones enanas.

El último y esperanzador rayo de sol iluminó al mejor y más decidido de los caballeros, haciendo brillar su armadura en oro puro, lanzando cegadores destellos. Su poderoso brazo blandía una enorme espada y sus actos estaban respaldados por un grupo de fieles e inseparables jinetes, montados en poderosos caballos. Tras ellos, un escuadrón de arqueros montados en blancos caballos como la nieve sembraba de muerte las filas enemigas.

Disciplinadamente, como si hubieran trazado un plan con anterioridad, los caballeros atacaron la retaguardia en fuga del ejército orco, impidiendo que regresaran al frente y asegurándose que huyeran muy lejos. Los enanos por su parte giraron hacia el torreón, donde sabían que su monarca necesitaba ayuda. Y donde pensaban llegar sin que ninguna bestia pudiera impedir tan firme decisión.

La carga contra el torreón llegó haciendo retumbar el suelo. Los defensores, firmes y convencidos de la victoria, no cedieron ni un centímetro con las primeras acometidas. Los refuerzos recién llegados detuvieron el avance en la brecha de la muralla, mientras los arqueros se cebaban en los desprotegidos asaltantes.

No hubo palabras suficientes ni razonamientos tan certeros que consiguieran mantener a los *fugaces* al margen, y cada uno en la medida de sus posibilidades participó en la lucha. De todos ellos destacó el enano Kikro, que envalentonado por la llegada de los suyos y orgulloso de su raza, se lanzó de cabeza contra los asaltantes, obligando a toda la defensa a adelantar posiciones para impedir que el Rey se viera aislado en medio de la marea de orcos y lobos.

Suzán, por su parte, se unió a la lucha junto a los soldados y sus fieles guardaespaldas. Y viendo el cariz que tomaba el asalto envió a su tigre a cubrir la espalda del monarca de la antigua nación enana. En medio del ataque el ágil felino sembraba el caos, siendo de mayor utilidad que en un ataque frontal. Junto al enano formaba un temible equipo que lo mismo atacaba de frente que por los costados, sembrando la confusión entre los orcos.

En un principio el ataque vio frenado su ímpetu, pero tras los instantes iniciales, el puro empuje de la superioridad numérica hizo retroceder a los defensores hasta el límite del patio de armas interior de la fortaleza.

El rey enano se percató de que la marea de asaltantes engullía su posición, dejándole en una isla, subido a una montaña de cadáveres orcos, rugiendo, soltando mandobles a todo aquél que ponía su cabeza a tiro. Había derribado tantos orcos que no cabrían todas las muescas en el mango de su hacha. Pero sí había sitio para una muesca más, para una muy especial.

Contento de no tener que vigilar su espalda pues el gatito de la mujer le protegía, Kikro atisbó de soslayo el que era su objetivo, su presa más codiciada en aquella batalla. Cuando cobrase su cabeza del suelo y añadiese la muesca en el mango ya habría cumplido sus expectativas para tan sangriento día. Soltó un rápido tajo a un orco peludo que corría hacia el torreón y de un salto se sumergió en el torrente de guerreros que descendía hacia la muralla.

Se agazapó y procurando que nadie tropezase con él luchó con la corriente que le arrastraba en dirección opuesta a su objetivo. En un par de ocasiones tuvo que recurrir a su escudo para detener un par de lanzas, incluso tuvo que dar un par de cortes en alguna pierna peluda que amenazaba con pisotearle. Del resto se encargaba el gatito.

Avanzando como un auténtico poseso pronto llegó a las inmediaciones de su presa: un fornido gigante de largas barbas, de brazos como troncos de árbol y voz potente como un trueno. El gigante portaba al hombro una porra del tamaño de una casa y la manejaba con tal facilidad que aparecía ligera a los ojos de cualquier observador. Pero Kikro sabía bien que un sólo golpe de esa cachiporra podía romper las costillas al enano más fuerte y vestido con la mejor armadura. Lo sabía porque a él le había pasado; y si no llega a ser por la intervención de sus compañeros de andanzas allí mismo habrían finalizado sus días de correrías por Cretia.

Sin embargo, había aprendido muchos trucos desde que un gigante, de la familia de aquel le espachurrase de un sólo golpe; de la misma familia probablemente, pues los pocos gigantes que pululaban por el mundo eran todos parientes, hijos de la misma puerca, según relataban los enanos.

El gigante, con su voz grave arengaba a los asaltantes, no permitiendo que ninguno huyese, y dividiendo las fuerzas entre el grupo que atacaba el torreón y el grupo que defendería a los enanos y los caballeros que les masacraban desde la retaguardia.

Kikro, guiñando un ojo al tigre señaló al enorme enemigo.

-Este me le dejas para mí solo. Tú ya tienes a los demás para divertirte -dijo señalando a los cientos de orcos que les rodeaban.

-Acabemos con él y estos monos peludos huirán -respondió también en un susurro el tigre, dejando de piedra a Kikro.

-No me mires así. Nunca antes me habías hablado y no he podido responderte a nada.

-A por él, entonces. Distráele y yo me encargo de derribarle.

El tigre, de un ágil salto salvó un grupo de orcos que aterrados huyeron cuesta abajo y rugiendo desafió al gigante. Éste, de inmediato blandió el mazo y sonriendo dio

un par de pasos que le acercaron hasta donde el felino le amenazaba enseñando su afilada dentadura.

La rapidez del gigante pilló de sorpresa al enano y al propio tigre, que por poco no fue aplastado por el porrazo. Trozos de piedra y tierra se levantaron por el aire al estrellarse el mazo del gigante en el suelo, y antes de que el gran felino pudiese contraatacar ya le enviaba otro golpe.

Kikro, no pudiendo esperar más y temiendo que la lucha con el tigre se llevase su objetivo demasiado lejos, saltó de su escondrijo y hacha en mano, sin pronunciar grito alguno, como en él era habitual, cargó hacia las gruesas piernas del gigante, al que no llegaba ni a las rodillas. Pero la fortuna no estuvo de su parte en aquella ocasión, y fue a dar de frente con un grupo de tres orcos que trataba de esquivar la furia de su comandante.

Los orcos, al ver al enano buscaron el resto de su grupo, esperando encontrar un vociferante pelotón de enanos en formación y cargando. Pero al no ver a nadie más comprendieron que era su oportunidad de acabar con el asqueroso hombrecillo.

El enano agachó la cabeza y antes de que los orcos pudieran reaccionar clavó la coronilla en el estómago de uno de ellos y blandiendo el hacha se lanzó sobre el segundo. El tercero pudo esquivar el lejano golpe que le envió Kikro. De sendos tajos remató a sus dos primeros contrincantes. Encarando al tercero afianzó los pies en el suelo y el mango del hacha en sus recias manos.

Girando lo más rápido que pudo, el orco situó al enano entre él y el gigante, que con suerte lo vería y aplastaría sin que pudiese escapar. Y así como había planeado sucedió, pues el enorme comandante se percató de la presencia del enano, y levantando sigiloso el mazo descargó un terrible golpe destinado a machacarle.

Kikro, al ver la sonrisilla estúpida en la cara del orco comprendió lo que estaba a punto de suceder y lanzándose hacia un lado esquivó por milímetros un golpe que le habría roto la cabeza, a pesar de lo dura que era. Rodó por el suelo y se levantó de un salto, dispuesto a volver a lanzarse para esquivar otro golpe.

El segundo golpe de Cesarón no cayó nunca pues habiendo descuidado su espalda, el tigre se había lanzado a sus riñones, donde sus zarpas y colmillos infligían un tremendo castigo. Esto lo aprovechó el enano, y en medio de los alaridos del gigante se coló entre sus piernas; de un profundo tajo cortó los tendones de la parte posterior de la rodilla derecha, y descargando con toda su fuerza el revés del hacha en la parte delantera de la rodilla destrozó la rótula. El peso del inmenso ser hizo el resto.

El fornido y musculoso comandante de las tropas invasoras se vio con los huesos en el suelo sin comprender cómo había pasado. Allí tumbado era vulnerable y estaba en desventaja frente a los móviles y pequeños contrincantes, por lo que desesperadamente trató de levantarse. En un hercúleo esfuerzo se dio la vuelta, y ya boca abajo encogió la pierna sana para incorporarse. Justo cuando lo lograba, los casi trescientos kilos de felino le cayeron encima de la espalda y sus colmillos le atenazaron la nuca. Además, el ágil hacha de Kikro cercenó el brazo derecho a la altura del codo.

Cesarón no llegó a ver más y prácticamente no sintió nada. Dos rápidos hachazos separaron su cabeza del cuello y la batalla terminó para él.

Kikro trepó a la espalda del enemigo derribado con su cabeza en la mano. Comparativamente, el tamaño de la cabeza no era proporcionado al resto del cuerpo y eso permitió al enano encaramarse a los hombros del gigante y gritar salvajemente su triunfo mientras mostraba a todo el que quisiera mirar su trofeo. El feroz rugido del tigre secundaba su amenaza; un buen aliado ese gatito.

Los asaltantes orcos, sin un comandante que les arengara, con los jinetes acribillándoles por un lado, los enanos por otro y los defensores que no cedían,

acabaron por fijarse en los dos cuerpos que yacían en un cráter próximo al lugar de la batalla. Pronto descubrieron que se trataba del cadáver de su *Amo*, del tirano implacable que había liderado aquella sangrienta campaña. Sintieron miedo. Y confusión. Sin líderes que seguir ni órdenes que cumplir emprendieron la huida.

No fue una fuga organizada ni procurando las menores bajas posibles. Fue una desbandada total. Los orcos corrieron hacia las montañas por donde pudieron, abandonando armas, armaduras y todo tipo de pertrechos, a compañeros heridos y cada uno a todo aquél que no fuese él mismo. Los jinetes se esforzaban en alcanzar a los fugitivos y les acosaron hasta las primeras estribaciones montañosas, no permitiéndoles ni un respiro. Y así fue como el asalto a Tres Colinas fue desbaratado y finalmente defendido con éxito, aunque no sin tremendas bajas y graves pérdidas materiales, pues la guarnición estaba aniquilada y el poblado reducido a cenizas.

Cuando Tanus, seguido por Varandir y Suzán, abandonó el patio de armas y subió al encuentro de las tropas enanas que tan a tiempo habían llegado, se encontró con el enorme cuerpo decapitado del gigante que había visto comandar el asalto. Sentado cómodamente, usando la cabezota a modo de taburete, y fumando en pipa Kikro saludó con un ceremonioso gesto a sus amigos, mientras, el enorme felino se lamía las zarpas parsimoniosamente, recostado a los pies del enano.

-Salud, capitán Tanus -dijo el enano expulsando una gran bocanada de humo que llenaba su boca-. Como veis el torreón ha resistido.

-Lo veo, enano. Gracias a vuestro esfuerzo -admitió Tanus y Kikro respondió al cumplido levantándose y haciendo una grácil reverencia.

-Y a la de tan esforzados caballeros, que no llegaron menos a tiempo -añadió Varandir señalando un grupo de jinetes que se acercaba al trote.

-Es cierto, mago -respondió Tanus y añadió sin poder contener su curiosidad-. ¿Quién serán tan bravos guerreros y quién les habrá levantado en armas?

-A fe mía que lo vamos a averiguar en breve -susurró Varandir ante la inminente llegada de los caballeros.

El grupo de no más de ocho jinetes portaba armas de combate ricamente engalanadas y sus poderosos caballos estaban enjaezados con piezas de acero pulido y las mejores telas. Todos portaban escudos nobiliarios de distintas familias, y su porte era gallardo y orgulloso por igual en cada jinete.

-Bienvenidos a Tres Colinas. Nunca podremos agradeceros lo suficiente vuestra ayuda en una hora tan desesperada como ésta -saludó Tanus, esperando que al menos le revelasen sus nombres o su misión en tan apartada tierra.

Uno de los jinetes, envainando la espada se acercó al tiempo que descubría su cara, entregando el yelmo a uno de los que le acompañaban. Su armadura, de oro, ricamente adornada, se encontraba salpicada de sangre enemiga, y sin embargo eso no menguó su belleza y sobriedad. Los ojos serenos y duros recorrieron al grupo, lanzando brillos de reconocimiento al ver a alguno de los presentes.

-Mal Rey sería yo si no acudiese a la desesperada llamada de auxilio de mis súbditos. Pues son ellos quienes derraman su sangre por mí en el combate por mis tierras, por las tierras de mi corona. Y no ha llegado el día en que el monarca de este reino deje de acudir al combate contra tan inmundas bestias.

Desconcertado por tan inesperada presencia, Tanus hincó la rodilla en tierra y agachó la cabeza en presencia de Pablino el Pacificador, Rey de Cretia y de todos sus capitanes, sus más fieles defensores.

-No, por favor, levantaos -pidió el monarca descendiendo del caballo-. Soy yo quien debe daros las gracias, a todos vosotros.

Pablino miró alrededor y vio pocos hombres en pie en el campo de batalla. Lo que se veía era un pueblo reducido a escombros y cenizas y una multitud de cadáveres.

-¿Alguien puede guiarme hasta Arturo?

Tanus miró incómodo a Varandir, que cerró los ojos resignado ante la multitud de explicaciones que se veía forzado a dar.

-Mi señor... el Comandante Arturo, líder del fortín, cayó luchando valientemente -informó Tanus.

-Oh. Ya veo. ¿Estás tú al mando, entonces?

-Sí, mi Rey -interrumpió Varandir-. El capitán Tanus nos lideró y animó en la defensa del torreón... o de lo que queda de él.

Pablino desvió la mirada hacia las ruinas.

-¿Pero qué ha pasado aquí? La última vez que estuve en este emplazamiento había una plaza fortificada y un sin fin de gentes.

Varandir se adelantó, y tomando el brazo del Rey le guió hacia lo que quedaba de la fortaleza.

-Si me permitís, mi señor, yo os explicaré buena parte de lo que ha pasado. Venid conmigo, pues os aguarda una noticia que dudo mucho que esperéis.

Ж

Cuando la luna se elevó plena en el cielo despejado sobre Tres Colinas, el Rey Pablino ya se había reunido con su amada hija. Ni la corona ni la tremenda armadura de batalla impidieron al Rey llorar de emoción al reencontrarse con la *niña* de sus ojos. Efectivamente, tal y como Varandir predijo fue una noticia que el propio Rey no había esperado.

Fue una larga noche de fuegos de campamento, de historias extrañas e inverosímiles, de relatos de dragones luchando en lo alto del cielo, de batallas desesperadas, de perdidos reinos y de esperanzas renovadas. Varandir, el mago, junto con sus inseparables compañeros fueron relatando al Rey de Cretia sus aventuras y desventuras, hasta llegar a rescatar, inesperadamente, a la princesa Vivian.

Muchas fueron las preguntas del Rey, mas no quedó ni una sola sin contestar. Algunos extremos fueron aclarados por los propios testigos como el capitán Tanus, sus soldados y la propia princesa. Y de todo lo expuesto, el Rey no dudó de su veracidad, pues ya había quedado suficientemente claro quién estaba de qué lado y por qué.

El Rey Pablino evitó pronunciar la palabra *fugaz*, pues no quería que ese término surgido de sus labios diera lugar a nuevas discusiones o sombras. Pero al final de la noche se hubo de afrontar ese lado de la historia, y dirigiéndose directamente a Varandir, el Rey indagó unas pocas y precisas cuestiones. Para sorpresa de todos los presentes parecía estar muy al corriente de la presencia de *fugaces* en su reino, y a diferencia del criterio impuesto por Arturo no pensaba que fueran el origen de todos los males.

Lejos de culpabilizar a Varandir y su grupo, Pablino les pidió disculpas por haberles perseguido. Acordó seguir conversando con Varandir sobre la manera de buscar el beneficio mutuo, pues ayuda tan inestimable como la que podían prestar aquellos increíbles guerreros no debía ser desestimada a la ligera, en su opinión.

Y cuando el alba volvía a rayar en el horizonte se retiró a una enorme tienda plantada en el centro del patio de armas, con la princesa profundamente dormida en brazos. Nada más cerrar el cortinón de la puerta, un cerco de aguerridos centinelas

rodeó el perímetro del aposento real, dispuestos a impedir que nada turbase el real sueño de su monarca.

Fue en ese mismo momento cuando Suzán se acercó a Varandir y con semblante serio anunció lo que hacía tiempo sabían todos.

-Es la hora –dijo la caza recompensas mirando al mago, pero dirigiéndose a todo el grupo.

León, Alis y Robín asintieron.

Toro asintió apesadumbrado.

Varandir asintió conforme.

Pero Kikro negó con la cabeza.

-No puedo irme ahora. No puedo abandonar a mi pueblo.

-¡Kikro Cabeza de Torre! –amonestó severa Suzán-. Es lo convenido. Debemos regresar ahora.

-No lo haré –negó rotundamente el enano-. Debo averiguar unas cuantas cosas antes.

-Tú regresarás ahora, con los demás –mandó Suzán poniéndose roja de enfado.

-Antes tengo que saber si esos túneles... -dijo Kikro, pero Varandir no le dejó terminar y le interrumpió.

-Yo puedo confirmarlo, Kikro. Hemos visto algunos indicios y me hacen sospechar que estamos en la pista correcta.

-¿Sí? ¡Cuéntame todo! –se entusiasmó Kikro.

-Pilares de gruesos sillares labrados... con inscripciones que debo estudiar aún para saber qué dicen.

-¡Quiero ir ahora! –exclamó el enano poniéndose en pie.

Suzán, ante la atónita mirada del resto del grupo se acercó hasta el enano y tomándolo del brazo lo alejó hasta un rincón, del que volvieron a los pocos minutos.

-Muchachos, nos vamos –anunció el enano a su regreso. Lucía una media sonrisa complacida en el rostro y ya no se negaba en redondo.

-Es lo mejor, Kikro –convino Varandir-. Además, he estado pensando y esta noche podemos atar muchos cabos sueltos.

Suzán ya iba a protestar pero el índice alzado del mago la contuvo.

-Serán sólo unos minutos más –se excusó Varandir-. Kikro, tu grupo vino en busca de la princesa y al fin la habéis rescatado.

-Eso es cierto –reconoció Robín.

-Sí, pero no hemos cobrado la recompensa –interrumpió Alis, que colgada del brazo sano del elfo no abandonaba a éste para nada.

-Tendréis ocasión más adelante, puesto que no dudo que el Rey cumplirá su palabra –dijo Varandir.

-Hemos logrado el objetivo entonces –admitió Kikro, volviendo a su papel de Guía.

-Sí, incluso puedo decir que he encontrado quién empuñe mi espada mejor que yo –intervino Robín haciendo una reverencia ante la princesa amazona Alis-. Y puesto que necesitas de un maestro que te enseñe el arte de la esgrima, te ruego que aceptes a *Dranfuvil* como regalo y a este viejo elfo como maestro.

La amazona, ruborizada hasta las pestañas, se sintió alagada y atacada a la vez, pues no era plato de su gusto el reconocer sus carencias. Y menos en boca de un varón.

-Acepto gustosa, gracias –respondió Alis-. Te ruego yo también que aceptes mi arco como prenda de mi agradecimiento, pues sé que has expresado tu admiración por este arma en más de una ocasión. Incluso si el *maestro* accede puedo enseñarle a manejarlo de manera que únicamente sea superado por una amazona.

La pícara sonrisa de Alis ruborizó también a Robín, quien no quiso o no pudo responder, aturdido por las alabanzas, los regalos y las puyas.

-Pues yo no encontré amor alguno al que entregar mi corazón –comentó tristemente León-. Mi única compañía ha sido este enano gruñón y esta pareja de adolescentes que no ha parado de discutir ni un instante. Ellos y orcos y más orcos.

Kikro sonrió asintiendo.

-Pues no te quejes. Yo mismo soy más apuesto que la mayoría de las mujeres enanas.

-No bromeo, Cabeza de Torre –rabió el caballero.

-Ni yo, León de Britunia –respondió el enano.

Varandir hubo de mediar entonces, pues veía el camino que tomaba esa discusión.

-Si eso es cierto, León. Antes de regresar a tu país, deberías dirigir tu montura a Siesa. He oído que dentro de dos semanas se celebra un torneo de caballeros para elegir al mejor pretendiente de la hija de un acaudalado noble de la corte.

-¿Y es bella? –quiso saber León.

-Bellísima –confirmó el mago.

-No más que yo, supongo –objetó Kikro atusándose la sucia barba.

-Aceptaré tu consejo, mago –respondió el caballero haciendo caso omiso al enano.

-Pero eso será en otra aventura. Ahora debéis regresar –intervino Suzán.

Ceremoniosamente, el enano extendió ambos brazos hacia Alis y el elfo, invitando con la cabeza al caballero León. Juntaron sus manos, allí en pie, en la oscura estancia de aquel torreón. Se miraron a los ojos, cómplices. El círculo de manos estaba completo.

-Ha sido una buena aventura, chicos.

Todos asintieron. Lo había sido.

-Ahora cerrad los ojos y pensad en el regreso, en lo que hemos dejado atrás.

En un instante los cuatro *viajeros* habían partido, dejando en Suzán una incómoda sensación de ausencia.

Varandir sonrió. Ahora les tocaba el turno a ellos.

-¿Qué le dijiste al terco enano para que aceptase regresar de repente?

-Tuve que prometerle que volvería a cazar gigantes junto a él. Y junto a mi guardaespaldas felino –admitió resignada la caza recompensas.

-¿Nunca antes estuviste aquí? Te has desenvuelto a la perfección.

-Si yo te contara...

Toro se acercó silencioso a la pareja. Para él la marcha de sus amigos no era motivo de alegría. Él no podía seguirles allí donde iban.

-Creo que El Buen Pozo Sediento aceptará a un aventurero como yo. Puedo atender los animales y patear traseros en las peleas; puede que incluso alguna de las criadas me haga un hueco en su colchón... Si alguno de vosotros vuelve por aquí buscadme en la posada.

-No lo olvidaremos.

-Espero con ansiedad ese día –reconoció el fornido hombretón bajando la mirada.

Varandir apretó el hombro del guerrero.

-Yo volveré a verte algún día.

-Lo sé –dijo Toro-. Espero veros a todos pronto.

Toro se alejó con los ojos acuosos, cojeando, agotado, dejando a Suzán a solas con el mago.

-¿Cómo pudiste volver? Todos te creían muerto, junto con el dragón.
El mago asintió.
-Y así debería ser, pero la magia que reside en el Decano es poderosa y aún persiste en su corazón. Cuando esa magia se extinga Varandir también se extinguirá.
-Es todo muy confuso –reconoció la caza recompensas.
El mago sonrió y abrazó a la mujer.
-Gracias por venir a rescatarnos.
Suzán asintió con la cabeza. Había sido duro.
-¿Y ahora? ¿Qué pasará ahora? –preguntó intrigada.
-Todo cambiará, Suzán. Hemos concluido la partida que comenzamos hace años –dijo en voz baja Varandir.
Suzán estaba perpleja.
-¿Todo volverá a ser como era hace dos años, cuando desaparecieron los niños... cuando desaparecisteis?
-Efectivamente –afirmó Varandir.
-Entonces nada de esto ha ocurrido todavía. Ni el campamento, ni la desaparición de los chicos... ¡Nada!
-En Cretia sí. Allí, de donde nosotros venimos, no.
-Vaya jaleo.
El mago sonrió de nuevo.
-Cuesta hacerse a la idea. Pero tienes dos años para pensar en ello –añadió agarrándose las manos y cerrando los ojos-. Adiós, Suzán. Hasta la vista.
-¡Espera, espera!
Varandir abrió los ojos.
-¿Volveremos a vernos?
-En Cretia cuando quieras. Al *otro lado*... es probable que dentro de dos años.
El mago volvió a cerrar los ojos, concentrándose.
-¡Espera, espera!
Varandir no pudo evitar sonreír.
-¿Qué ocurre ahora?
-¿Cuando yo vuelva todo será para mí como era hace dos años?
-Exacto.
-Vale.
El anciano cerró de nuevo los ojos.
-¡Espera, espera!
-Dime.
-¿Me acordaré de vosotros? Quiero decir, si no ha pasado lo que ha pasado, entonces no nos hemos conocido y si no nos hemos conocido, entonces yo nunca habría venido a Cretia. Entonces yo no debería estar aquí. ¡No te he conocido!
Varandir rió de buena gana.
-Tranquilízate. Recordarás todo, si no me equivoco.
El mago volvió a cerrar los ojos. Y justo en el instante en que la caza recompensas le iba a interrumpir otra vez, extendió el dedo índice advirtiendo con severidad que ya no quería más interrupciones.
-Nos veremos pronto, Suzán. En el Buen Pozo Sediento. Recuérdalo.
Y por fin partió, dejando sola a Suzán en la fría estancia, con la chimenea apagada y el alba tiñendo de claridad el horizonte.
Había regresado a casa ya una vez, pero ahora no se decidía, pues una parte de ella no quería que la aventura terminase. Tenía muchas preguntas sin responder; aunque quien podía responderlas ya no se encontraba en Cretia.

Estaba atrapada. Posó ambas manos en los puños de las espadas y se sintió poderosa. Se acercó hasta la ventana, vislumbró el campamento de los soldados con las fogatas ya apagadas. Pensó en sus guardaespaldas. Sabía que volvería.

Se resignó y entrelazó los dedos de las manos, tal y como los otros *fugaces* habían hecho hacía un instante. Se concentró, buscando imágenes que recordar. Deseaba regresar.

EPÍLOGO

Susana Marqués despertó sobresaltada. Apenas había dormido aquella noche por la emoción. Ese día era su cumpleaños: dieciocho añitos. Pero eso no era lo que la tenía en un estado de excitación fuera de lo común. En realidad, lo que la tenía nerviosita perdida era que ese día se iba de colonias, de monitora. El día había llegado. Al fin, al fin.

Se vistió a toda prisa y casi sin desayunar agarró el petate que había preparado el día anterior y salió de casa hacia el lugar de salida del autobús. Dos rápidos besos a sus padres y adiós, hasta dentro de dos semanas.

Llevaba esperando ese día más de dos años. Dos largos años en los que había conservado un secreto increíble. No se lo había contado a nadie, porque ¿quién demonios iba a creerla?

Además, cómo explicar que todo había comenzado en un futuro pasado, que ella realmente no había vivido, aunque conservara recuerdos imborrables; que todo se había originado a consecuencia de algo que había sucedido en un pasado que después, afortunadamente no había llegado a suceder; que todo aquel galimatías lo provocaba un juego, un increíble juego, tan especial que no era posible explicarlo, había que vivirlo.

Atrás quedaban las aventuras junto a elfos, enanos, magos, guerreros, amazonas, caballos, terribles fieras y aterradores monstruos. Todas y cada una de esas aventuras grabadas a fuego en su inquieto corazón. Y hoy por fin conocería a los verdaderos protagonistas de tantas y tantas andanzas, a las personas reales que daban vida a los fantásticos personajes dentro de Cretia y de otros mundos inventados por la febril imaginación adolescente.

Hoy por fin les conocería a todos, y volvería a poner rostro a la mancha borrosa que ofrecía su memoria. Ardía en deseos de encontrarse cara a cara con sus compañeros de Hermandad. Inconscientemente tocó una diminuta cabeza de dragón prendida en su camiseta.

Dieciocho años no eran muchos, aunque recordó que estaba ansiosa por encontrarse con niños de trece; a esas edades la diferencia se le antojaba tan grande que temió durante un instante encontrarse con un grupete de chavalillos alocados, con niños al fin y al cabo.

Y eso fue precisamente lo que se encontró a su llegada a la plazoleta de la cita. Llegó casi una hora antes y ya había toda una invasión de chavales vistiendo camisetas rojas, excitados e incontrolables, acompañados de padres y madres desquiciados de los nervios, afónicos de gritar a sus niños y deseando que un bendito autobús les recogiera e hiciera desaparecer durante una corta y apacible quincena.

Los niños corrían por todas partes y en más de una ocasión estuvo alguno a punto de ser atropellado. Algunos subían a los árboles, otros trepaban por los coches aparcados y el resto corría por entre un batiburrillo de mochilas, padres y vehículos.

Intentó localizar alguna cara familiar, pero entre tanta gente, tantos gritos y tanta confusión sólo pudo distinguir el rostro del director de las colonias: Héctor. Por supuesto no se acercó a él, no le soportaba. Así que se parapetó contra una pared y esperó.

Por fin llegaron los autobuses y abrieron los maleteros, lo que provocó una algarabía ensordecedora. Sería prácticamente imposible organizar el embarque, y eso que cada niño, los padres en realidad, habían recibido una circular de la Caja de Ahorros en la que se informaba del número de autobús y del número de asiento. ¿Cuántos de

aquellos monstruitos habían olvidado la carta en casa? ¿Cuántos la habían perdido? ¿Y roto? Comenzaba a estar agobiada.

Localizó su autobús y metió la mochila en el maletero. Había revisado la lista y entre los doscientos y pico niños había seis Adrianes, dos de ellos en su autobús. ¿Habría tenido la fortuna de...?

Se retiró unos pasos para dejar espacio y que otros acomodaran su equipaje en el maletero, cuando observó a un pequeño diablo que para colocar mejor su mochila apartó e incluso tiró al suelo cuantas maletas y bolsas estaban en su camino. Algún otro pequeño le recriminó tal acto, pero ni caso que les hizo. Cuando se giró hacia ella reconoció de inmediato ese rostro pecoso, esa mirada desafiante, esa mueca de burla. Era él.

En dos zancadas le trincó por la oreja y sin mediar ni una palabra le llevó hasta los bultos que se esparcían por el suelo.

-Lo vas a recoger todo –susurró-. ¿Es que siempre la tienes que montar tú, Adrián?

El muchacho pareció sorprenderse al principio, pero sus inteligentes ojos demostraron comprensión tras un repentino destello. Sin dejar de sonreír recogió todo lo que había tirado y subió al autobús sin armar más gresca.

Ж

Escondida en el sucio desván una multitud de recuerdos se agolparon en su mente. Todo había sido familiar: algunos rostros, las habitaciones, los pasillos, el gimnasio... Pero el desván era exactamente como había rememorado su mente en todo ese tiempo.

Se encontraba completamente a oscuras, solamente iluminada por los relámpagos de la brutal tormenta que descargaba sobre el Complejo Polideportivo Tres Pinares. Se había perdido casi la mitad de la cena y se perdería la charla nocturna del director. Pero esta vez Adrián no se le iba a escapar de rositas.

Sabía que esa misma noche daría comienzo una partida, y no entraba en sus planes el pasar todas las peripecias que le habían sucedido antaño para enderezar el rumbo de esa dichosa aventura. Adrián intervendría, estaba segura, y le vencerían como ya habían hecho en tantas otras ocasiones. Pero no se inmiscuiría en una *cadena de manos*, impidiendo regresar a todos. No esta vez.

La medianoche llegó y todos los ruidos de la residencia se apagaron. Sólo se escuchaba la tormenta de fuera y el crujir de los desvencijados huesos de los antiguos muebles almacenados en el desván.

La puerta chirrió y dio paso a cuatro asustados muchachos: tres chicos y una chica. Habían llegado. Suzán repasó mentalmente al grupo: Kikro, Robín, Alis y León. ¡Qué cuatro!

Cuchicheaban entre sí, lanzando nerviosas miradas alrededor, escudriñando las sombras.

-Shhh... Pueden descubrirnos.

El murmullo se extinguió de inmediato. Haces de luz enfocaban los rincones del viejo desván polvoriento, deslumbrando asustadas miradas, iluminando rostros conocidos recientemente.

-Sentaos, sentaos... más cerca -ordenó en un susurro uno de los chicos.

El muchacho esperó hasta que el roce de ropas y el arrastrar de pies hubiera cesado.

-Bienvenidos... -continuó- bienvenidos, miembros de la *Hermandad de los Dragones*. No hacen falta presentaciones... ya nos conocemos. De todos modos, yo soy Quico, o Paquito, lo que prefiráis, Dragón Negro de la Hermandad -diciendo esto hizo brillar con la linterna una cabeza de dragón prendida en su camiseta. Todos miraron boquiabiertos el pin-. Todos vosotros sois Dragones Rojos de la Hermandad por el momento. Para conseguir ascender dentro de nuestra Hermandad aún debéis demostrar muchas cualidades.

Las tablas del suelo chascaron, enmudeciendo al chico. Sobresaltados haces de linternas recorrieron rápidamente la vacía estancia. Allí no había nadie más que ellos, tres *Dragones Rojos* y el *Guía, Dragón Negro* de la Hermandad. Al menos que ellos supieran.

Susana sonrió. Allí estaba otro *Dragón*, velando por la seguridad de la Hermandad, como era su obligación.

Embargada por la emoción escuchó las descripciones de los personajes que estaban a punto de adentrarse en Cretia. Todos ellos eran viejos conocidos, amigos incluso. Ella también estaba deseosa de aventuras, pero esa en concreto corría un serio peligro si abandonaba la vigilancia.

Ante sus ojos desfilaron la Princesa amazona, Alis; el príncipe elfo desterrado, Robín; el Caballero León de Britunia y Kikro Cabeza de Torre, Rey de Reyes de la perdida Nación Enana. Cuatro fantásticos aventureros que se dirigían a Cretia a cumplir su misión. Deseó poder unirse al grupo, pero debía esperar.

...es invierno, está nevando desde hace dos días y hemos perdido nuestras monturas... nos encontramos al este de Óstima, en medio de un bosquecillo de abetos, en lo alto de una colina, intentando encontrar un refugio que nos salve de morir congelados...

Ante los sorprendidos ojos de Susana los cuatro chavales desaparecieron en la nada. No pudo dejar de maravillarse de tan increíble suceso.

La puerta chirrió de nuevo, y un quinto muchacho entró en el desván. Con su linterna buscó también en la sala, pero no pudo descubrir a nadie. El chico, se sentó en el suelo y esperó.

Un repentino relámpago, acompañado de un enorme trueno consiguió algo que parecía increíble. Los cuatro aventureros que se habían internado en Cretia aparecieron fugazmente, sobresaltados y rompiendo la cadena de manos.

Alicia chilló asustada, la había cogido desprevenida. Inconscientemente se llevó las manos a la cara, entreabriendo los ojos a las sobras funestas del viejo desván.

-¡¡No, no, no soltéis las manos!! -gritó Quico.

-Dame, dame la mano, Alicia...

-Oh, lo siento. No he podido remediarlo. Me asustó verdaderamente...

Susana saltó silenciosa de su escondrijo y soltó un pescozón al muchacho recién llegado. Adrián se vio empujado hacia adelante y no tuvo posibilidad de unir sus manos al círculo inconexo.

-No abráis los ojos. Rápido, concentraos. Estamos en la cueva, y se nos ha apagado el fuego...

De nuevo desaparecieron en la oscuridad del desván, dejando solos a Susana y a Adrián.

-No vas a salirte con la tuya, Adrián.

El muchacho hizo una mueca contrariado. Sus ojos cargados de rencor lanzaron dagas a los de la alta monitora.

-Levántate de ahí y a tu habitación.

El muchacho siguió obstinadamente sentado en el suelo.

-¡Que te levantes! -ordenó Susana mientras cogía de la oreja al pequeño demonio-. ¡Y a la cama he dicho!

Le bajó por las escaleras y sin soltar la colorada oreja le introdujo en su habitación.

-Que descanses. No vas a intervenir mientras yo pueda evitarlo. No en mis colonias. No en mi *Hermanidad*, ya fuiste expulsado.

Y diciendo esto Susana cerró la puerta de la habitación de Adrián *Boca Apestosa, el tramposo*. No fastidiaría a sus chicos. No mientras ella fuese el Decano del Concilio, Gran Dragón Negro de la Hermanidad.

fin